

MALETÍN
DE RELATOS
PACÍFICOS

MEMORIA DE
GUERREROS

Alicia Castillo Lasprilla

A FALTA DE
UN ANIMAL

Carlos Rodríguez

LA
CONVENCIÓN
MUNDIAL

Carlos Andrés Hurtado

DON JUAN
EL BRUJO

Dayana Zapata Flórez

ruta de
escape

Giussepe Ramírez

TAFARIS

Ivonne M. Rojas

JUAN EVARISTO
Y LA MANCHA
NEGRA SOBRE
EL RÍO MIRA

Jaime Rivas Díaz

LA JUSTICIERA
DANZA DE
LOS ÁRBOLES

Jairo Anaxarco
Ortíz Lemos

EL MONTE
ARRULLADOR

José L. Mosquera R.
/ Twandré /

KILELE

Juan Sebastián Mina

CUMBE

Juana Maldek

NATO Y SU
ABUELO
NATELO

Leo Ángel Rodríguez Cortés

AL VAIVÉN
DE LAS
MAREAS

Marcela Cuero Rodríguez

LA PESTE

Mario Alberto Dulcey

TERRITORIO
EN
EMERGENCIA

Melkin Palacios

EL MAREÑO
Y LA
PULPERA

Pilar Madrid

PATIANGA

Rakel Rengifo Rengifo

RESISTENCIA
PACÍFICO

Santiago Cruz Hoyos

MALDITA
MARAVILLA

Sintia Angulo

BAJO EL
YARUMO

Velia Vidal

METIÉNDOLE
EL AGUA
AL COCO

Víctor Manuel Rengifo

RENACIMIENTOS

Yaír André
Cuenú Mosquera

MI ABUELA
RITA

Yijhan Rentería Salazar



8

MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

MENÚ



REGIÓN PACÍFICO



RELATAR DESDE EL BOSQUE

Entre 1990 y 2015 Colombia perdió alrededor de 6 millones de hectáreas de bosque. Desde el 2015 la velocidad de la deforestación ha ido disminuyendo, pero igual ese año desaparecieron 124 mil hectáreas con sus aguas y la biodiversidad allí comprometida.

Alguien tiene que hacer algo. El relato tiene que cambiar. La palabra puede ser uno de los principios. Y no cualquier palabra, sino aquella que busca la forma del relato; no la palabra que impone y que soborna, la que corrompe y destruye, sino aquella que se va puliendo de boca en boca, melodiosa y elíptica, como piedra de río.

Cerca de 60 millones de hectáreas del territorio nacional son bosques; algo más de la mitad de la superficie continental del país. Bosques que nos alimentan. Bosques que regulan el clima. Bosques que sustentan la vida. Como nación, Colombia se ha impuesto la meta de cuidar estos ecosistemas: conservar los que aún existen; reducir la deforestación. Para tal propósito se ha venido construyendo la Estrategia Nacional REDD+,

que busca mitigar los impactos del cambio climático y generar oportunidades económicas asociadas al manejo sostenible del bosque.

Bajo la premisa de que ese proceso de conservación es inseparable de la construcción de un tejido narrativo, y de que toda cadena trófica es, en definitiva, una red de circulación de historias, nos embarcamos en la tarea de pensar colectivamente cómo volver a relatar los bosques. Sabíamos que, en la coyuntura actual, donde la selva vive bajo amenaza permanente de destrucción, había que repensar desde la narrativa cuestiones como el concepto de conservación y la construcción de los lugares de enunciación: es decir, quién habla, desde qué lugar, qué sujetos históricos son los que están produciendo los relatos y qué implica conservar los ecosistemas.

De las diferentes regiones naturales, escogimos el Pacífico, un lugar de extraordinaria riqueza cultural, alta diversidad biológica y abundante agua; también un territorio con altas tasas de deforestación y degradación forestal.

Inventamos a la vez una meta imaginaria que hiciera posible un recorrido de reflexión crítica y ánimo creativo; un horizonte exigente: ensanchar el acervo de relatos sobre bosque (selva) y territorio en las comunidades afrocolombianas y negras de la región del Pacífico colombiano. Imaginamos dicha meta como solo era posible: con las propias comunidades; operando un salón de

creación en el territorio, acordando espacios sin puertas ni ventanas, cerca de un río o a escasos metros del mar; nos hicimos, los relatos y nosotros, todos los participantes, en el furor de la selva misma.

Elegimos un nombre. Este incorporó el pretexto académico que hizo posible la reunión de instituciones, voluntades y recursos de financiación: Diplomado Pacífico en Escritura Creativa, una intersección de intereses ambientales y culturales que asoció al Instituto Caro y Cuervo, al Fondo Acción y al Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible.

Convocamos a narradores afrocolombianos de los cuatro departamentos del Pacífico. Les preguntamos por su conexión física y emocional con la literatura, la selva, el territorio y la cultura. Elegimos el número acordado: veintitrés. Hubo quien tuvo que subir a una loma a buscar señal para enviar los textos que lo harían parte de esta historia. Hubo quien renunció al trabajo para participar. Hubo quienes volvieron a pisar su tierra natal.

La investigación bibliográfica y de repertorios nos condujo a decenas de preguntas estéticas y pedagógicas. ¿De qué modo, por ejemplo, el lenguaje, la literatura, podían ser el acta conjetural de un territorio? ¿De qué modo una caminata por la selva podía convertirse en escenario de taller? Diseñamos guías de trabajo. Diseñamos ejercicios de creación. Asistimos a charlas con sabedores locales. Recorrimos el bosque húmedo

tropical, el manglar, el estero y el río. Abrimos los sentidos al tiempo que operamos una maquinaria ejecutiva sofisticada para cumplir tareas logísticas infinitas: aviones, buses, lanchas, chalupas, taxis, mototaxis, brujitas. Andar a pie. Encontrarnos todos en cielos recónditos de aquella tierra donde el verde y el negro son de todos los colores.

Fueron cuatro semanas de inmersión creativa en el Pacífico. Una por cada departamento en los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 2016. Siempre fueron lugares en medio de territorios colectivos. A cada encuentro lo llamamos "sesión".

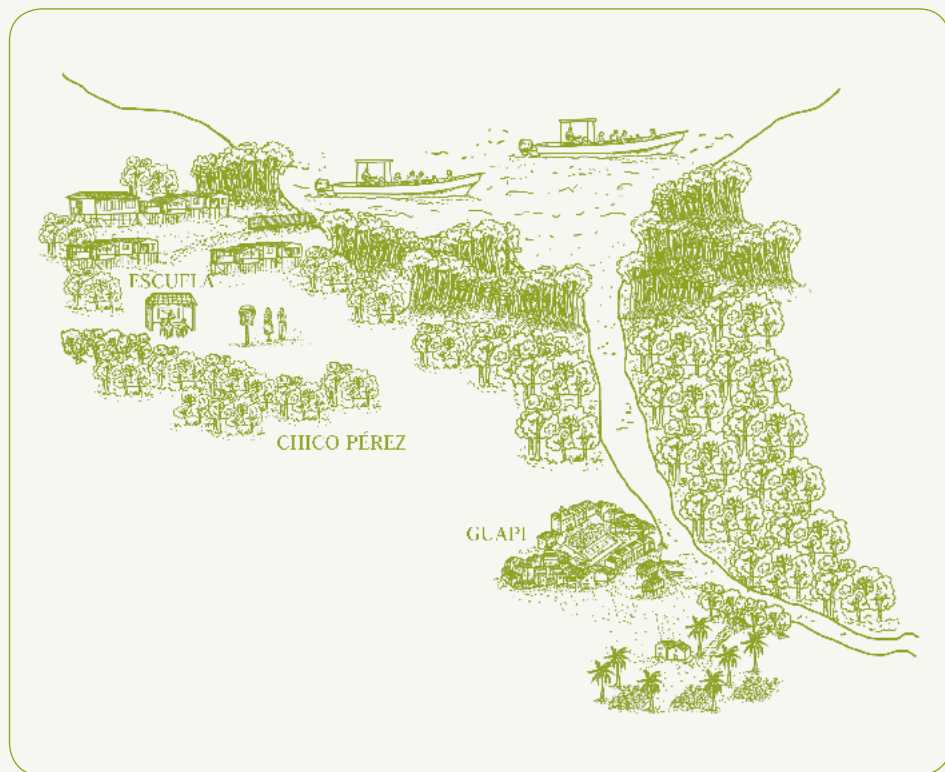
Bocagrande 'La Antigua', municipio de Tumaco, departamento de Nariño. Chico Pérez, frontera de los municipios de Santa Bárbara de Iscuandé y Guapi, departamento del Cauca. Reserva natural San Cipriano, municipio de Buenaventura, departamento del Valle del Cauca. Manungará, consejo comunitario de ASOCASAN, municipio de Tadó, departamento del Chocó.

Recorrimos el río Mira, nos acercamos a los manglares y nos detuvimos ante el sonido trágico de las motosierras persistentes. Vimos escuelas abandonadas, caseríos sin niños y los ojos extraviados de gente local silenciada por la monotonía hegemónica del relato del orden público nacional. Divisamos banderas insurgentes en islotes de manglar. Cenamos en casas de familia a orillas olvidadas del mar. Jugamos fútbol con niñas

BOCAGRANDE "LA ANTIGUA", TUMACO, NARIÑO



GUAPI, CAUCA



y niños y leímos en la fila de espera del único teléfono público a cientos de kilómetros a la redonda. Escuchamos el tejido de las mallas de pesca de los hombres del pueblo y comimos la piangua pescada por las mujeres de ese mismo pueblo. Atravesamos la Cordillera Oriental. Sentimos aparecer los ecosistemas secos del valle del río Dagua. Nos deslizamos sobre el antiguo ferrocarril del Pacífico, que inició construcción en 1878 cuando el río Magdalena perdía navegabilidad y se trazaba el Canal de Panamá. Cruzamos los ríos Quito, Atrato y San Juan. A veces a pie descalzo, remangados, casi hasta suspender las cabezas. Reímos y bebimos alrededor de las fogatas. Tocamos el agua limpia. Corroboramos la bondad en el corazón de los hombres litoral.

Una tarde de lluvia cristalina colgamos el índice visual de los movimientos narrativos de los relatos en construcción. Fue la visualización de lo que podrían ser los cuadernillos de cordel suspendidos en el aire; la anticipación de la realidad hoy en nuestras manos. Sentimos esperanza. Los recorridos geográficos y metafóricos habían entrado en nuestros cerebros. Era cierto que estábamos dándole forma a una experiencia colectiva; era cierto que podíamos hacer la naturaleza, con nuestros propios valles y montañas y nuestros propios ríos y manglares; era cierto, quizá era cierto, que la literatura podía volvernos a la vida.

No es solo que nuestra vida dependa de la naturaleza. Es que nuestra experiencia estética del mundo debe volver a la naturaleza o nunca más volverá a ser experiencia del mundo.

No es solo el aire, el agua, la comida o la madera. No son solo los recursos. Son ellos y los imaginarios de futuro que son capaces de abrir. Son ellos y la experiencia estética del mundo que conllevan. Ambos significan, en consonancia, el establecimiento de la realidad.

En el contexto de una Colombia que empieza a vivir al fin para construir paz en las regiones, y que se prepara para enfrentar los cambios del clima, vivir y relatar e inventar de nuevo el bosque no es una de las posibilidades con gracia; es la más crucial de las demandas morales que nos hace el propio mundo.

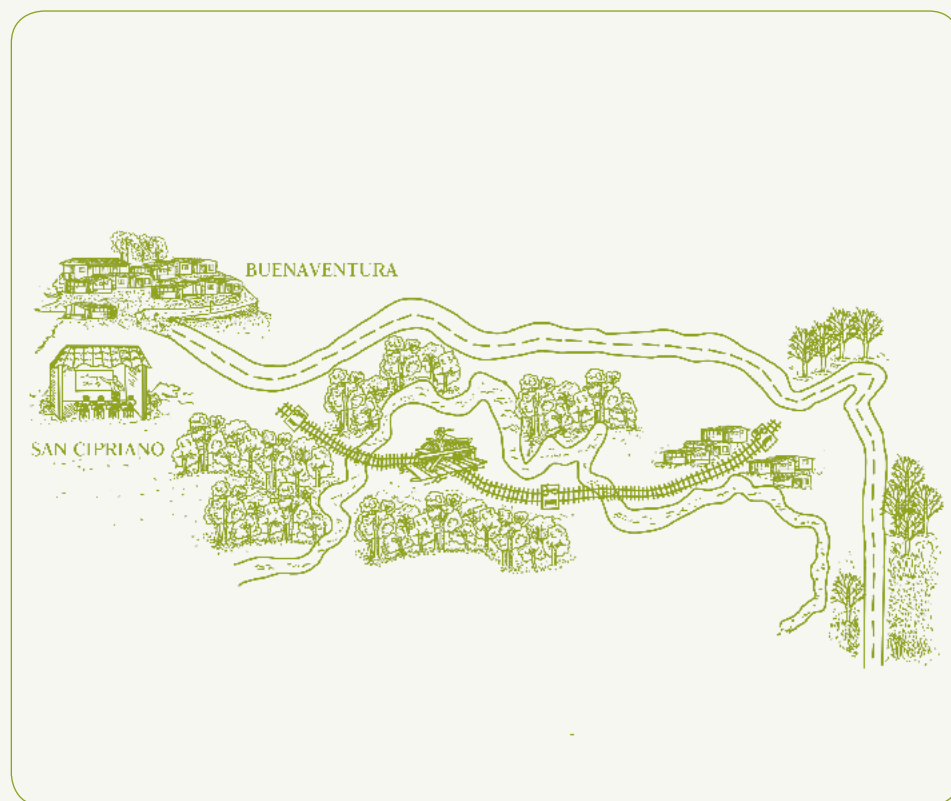
Coordinadores, Diplomado Pacífico en Escritura Creativa

Elizabeth Valenzuela

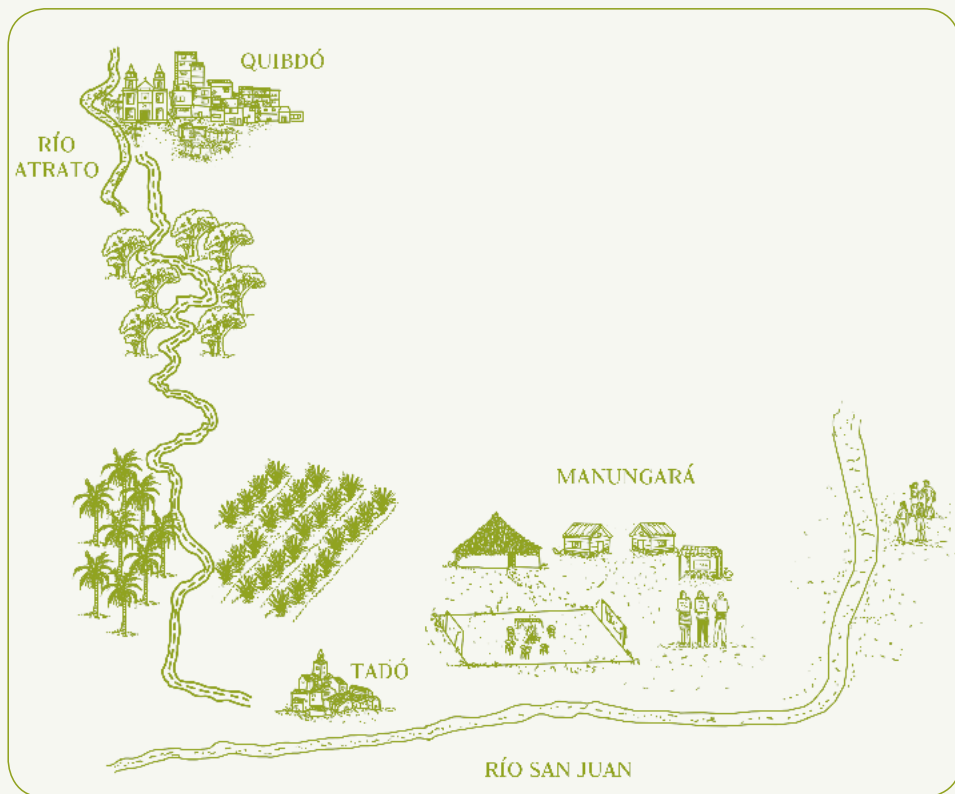
Juan Cárdenas

Juan Álvarez

RESERVA NATURAL SAN CIPRIANO, BUENAVENTURA, VALLE DEL CAUCA



MANUNGARÁ TADO, CHOCÓ



UN TEXTO ES UN TERRITORIO

(manifiesto estético)

Juan Cárdenas

Un texto es un territorio. Un territorio es siempre la crítica de un territorio. La crítica consiste en levantar el mapa de un territorio. El mapa es un modelo teórico de conocimiento, no una representación exacta del territorio. Un territorio es irrepresentable.

Pero es posible recorrer un territorio. Es posible oler un territorio. Es posible comerlo. Es posible observarlo. Y, en definitiva, es posible levantar acta conjetural de un territorio. Eso es la literatura.

Nadie puede adueñarse de un territorio. Nadie es el dueño de un territorio. Solo se puede ser dueño de una propiedad. La propiedad es la suplantación de las cosas por las mercancías.

El territorio es eso que no se puede reducir a una mercancía, como el lenguaje.

El territorio es siempre el territorio del sueño. El territorio del inconsciente. Donde habita la lengua secreta y común entre los vivos y los muertos. El territorio es nuestra historia.

Leer es recorrer el territorio.
Escribir es volver a recorrer el territorio.
La literatura es un reconocimiento del terreno.
Nadie sabe dónde empieza y dónde termina el territorio. Sus pliegues interiores son inabarcables.
El territorio es siempre el hogar de un extraño. El territorio es el extrañamiento del hogar, donde los animales hablan, donde los árboles son como cate-drales atravesadas por la luz del pasado.
El territorio es el lugar donde la historia y la fábula se confunden.
Esta página es un mapa del territorio. Las aves se posan sobre estas líneas, los animales de la noche utilizan estas letras como refugio, la serpiente pone sus huevos en estos matorrales.
Nuestra sombra se arrastra por el camino.
El río no se calla nunca. No se puede hacer callar al río.

UN SALÓN DE CREACIÓN ES EL MUNDO

(manifiesto pedagógico)

Juan Álvarez

La pedagogía es la lidia de la ignorancia. Toda pregunta pedagógica es una pregunta por la temperatura de encuentro de los cerebros. Nadie sabe en realidad cómo conocen o experimentan o se forman los cerebros. Se han trazado conjeturas, pero son eso, indicios de mejores o peores intenciones. Ante el abismo de estas dos ignorancias —aquella general sobre el mundo; aquella particular sobre el funcionamiento del cerebro—, la pedagogía solo puede ocurrir como delicadeza. Feroz a veces, pero delicadeza, al fin y al cabo. Una lidia agraciada; la lidia delicada y feroz de quien avanza así patine.

Lidiar es encontrar la manera de vivir en las metáforas.

La metáfora, por ejemplo, del salón de clase (el salón de creación) como escenario de encuentro. ¿Para

quién se prepara ese escenario de encuentro? ¿Para qué se prepara ese escenario de encuentro? ¿Por qué el escenario, para ser encuentro, debe ser primero y antes que nada su anticipación imaginada? ¿De qué manera distribuir allí las fuerzas de la imaginación y el razonamiento?

Pensar pedagógicamente es trazar el recorrido de la mayor cantidad de preguntas posibles. Lo opuesto a cercar el camino seguro. Dinamita benigna. Luces, centellas, ángulos; disposiciones del espacio para la constitución del escenario de encuentro de los cerebros.

Hubo un tiempo en que el escenario pedagógico se confundió con el escenario expositivo: el salón de clase como cúmulo de asientos para oír la voz única del maestro. Hoy la sospecha es distinta: en el escenario de encuentro lo que debe oírse es el murmullo tumultuoso de todas las voces presentes. A veces por turnos; u orientados por un protocolo de discusión; o por una guía de astucias; o arrojados a la solución de una tarea situada.

La ejecución de este encuentro delicado y feroz de los cerebros debe comprometer el núcleo de la razón del encuentro. Mirarlo distante y atentamente; pero también entregarse a él como quien vive un drama.

Para el caso de la relación entre la “educación medioambiental” y la unidad de comprensión del mundo llamada “relato”, tal núcleo es necesariamente una

moralidad: los deberes y esperanzas de los seres vivos ante la naturaleza.

Enseñar nunca es enseñar algo; enseñar es recorrer juntos, durante un periodo breve de tiempo, el camino para la apropiación entera del mundo.

Aprender no es aprender en el escenario de encuentro; aprender es pasar alerta por el fragor del escenario de encuentro, para quedar vibrando a un grado de apertura sensible que nos permita transformar cada ocasión oportuna de la vida misma en una posibilidad de invocación del escenario de encuentro.

Quien descubre la manera de vivir en las metáforas no teme a la incertidumbre.

Quien hace de su aprendizaje una autonomía propia es dueño de su cerebro.

Quien es dueño de su cerebro es dueño de su cerebro y de su cuerpo: gente libre para actuar hoy la urgencia de construir una nueva relación entre nosotros, los animales y la naturaleza.

ISBN: 978-958-56246-3-4
RELATAR DESDE EL BOSQUE

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Alicia Castillo Lasprilla

MEMORIA DE GUERREROS



MENÚ



Andad, mensajeros veloces, a la nación de elevada estatura y tez brillante, al pueblo temible desde su principio y después, gente fuerte y conquistadora, cuya tierra es surcada por ríos.

Los Manglares, lugar de comida, la choza de peces, conchas y aves, donde las raíces danzan como polleras al ritmo de la marimba. Es lo que dice el loco guerrero, quien combatió en las guerras libertarias del país por muchos años, pues fue reclutado cuando apenas tenía 17 años. Lo único que guardó en su corazón destrozado fue la imagen de la tía Dominga y el libro de secretos.

Pasaron años de combates en los que aprendió a defender el territorio con la esgrima de machete. Los compañeros lo llamaban el loco guerrero. Sí, era un loco y escribía con dibujos que él llamaba “gimnasia de los manglares”.

Un día del mes de diciembre decidió escapar de aquel lugar. La guerra para mí ha terminado, se dijo. Con nostalgia y letras grandes escribió en la pared de aquel cuarto donde vivía: *Estoy libre*. Y pensó en su amor, en sus amigos, en los esteros, en el río de su pueblo, en las balsadas y los potrillos.

Sentía miedo del mundo que lo rodeaba pues desconocía muchas cosas.

Su apellido, Carabalí, era la brújula para encontrar a Dominga, su tía.

Esa noche no pudo dormir. Metió en su maleta vieja el traje de guerra, un pantalón blanco, una camisa del mismo color con botones dorados. La pluma de escribir de punta de oro, su tarjeta de apuntes y las medallas recibidas por su valentía y destreza para pelear. Tengo miedo, guerrero, tengo miedo, susurraba para sí. La tía Dominga, ¿vivirá? Era una de las preguntas que tenía en su cabeza.

De pronto escuchó el silbato del tren que anunciaba la partida. Corrió para no perderlo. El loco guerrero se sentó junto a la ventana y permaneció observando el paisaje durante el viaje. Vio a un grupo de niños bañándose en el río y sus risas lo hicieron pensar en los recuerdos de su infancia. La alegría de regresar a su pueblo le hizo componer una canción que tarareaba y tarareaba.

Se detuvo el tren. Era la última estación. Allí se apeó y fue a buscar en el embarcadero un potrillo que

lo llevara a su destino final, Chico Pérez. Ya había olvidado cómo era viajar por la pista de los peces, los caminos de los esteros y las montañas de pico espumoso que estallan al chocar unas con otras.

A lo lejos alcanzó a divisar el pequeño muelle junto a un islote de manglares con una bandera tricolor. Se ajustó la gorra, arregló su camisa, se puso de pie e hizo un saludo militar a su bello territorio.

Al bajar del potrillo le extrañó no escuchar el sonido de la tambora que solía interpretar el viejo Baudilio, ni los regaños de pastora a su hijo Juvenal. Todo era raro y el silencio lo acompañó hasta llegar a la casa de la tía Dominga, o mejor, a lo que quedaba de ella. Era una auténtica ruina. El loco lloró y lloró sin consuelo. De repente, alcanzó a ver un niño en medio de la espesura y se le acercó. El niño lo miró pero siguió su camino. El loco le preguntó a gritos:

“¿Dónde está la gente de aquí?”.

El niño le respondió:

“Todos se han marchado. Las familias se fueron en una noche de aguacero porque llegaron hombres malos y acabaron con las casas, con la escuela, mataron niños y se llevaron a mis amigos lejos, muy lejos. Me encuentro solo”.

“Ven, niño, siéntate conmigo”, dijo el loco, pero el niño ya se había ido. Un perro que recorría la playa se acercó a olfatearlo y el loco lo espantó sacudiendo una rama.

Cansado por el viaje, se recostó en una tabla del refugio que hizo con toda la rabia y la tristeza que le producía el hecho de no haber encontrado ni a Dominga ni a sus seres queridos.

Al día siguiente, hambriento, salió a pasear por la playa, recogió una vara y empezó a limpiar el camino con ella. De pronto alcanzó a divisar un tarro muy tapado, lo cogió y trató de abrirlo pero no pudo; lo dejó tirado donde lo encontró y decidió meterse en medio de los manglares a piangüar. Sacó unas pocas conchas pero casi de inmediato suspendió su labor, porque lo picó un gusano verde, al fin y al cabo había perdido la costumbre de andar en los manglares. Respiró profundo y continuó su camino. De pronto una luz fuerte le hizo perder el conocimiento.

El niño, que lo venía siguiendo, vio cómo se desmayaba y aprovechó el momento para entrar al refugio del loco guerrero y sacar de su maleta el viejo libro donde estaban escritos sus secretos. El niño corrió con lo robado y se internó en el monte.

Durante todo el tiempo que pasó desmayado, el loco guerrero soñó con el gran amor de su vida, Jovina, que era ahijada de la tía Dominga, partera del territorio y cantora de vidas. Ella siempre decía: “No tengan miedo de naa, a nosotros juntos nos tienen que conocer por lo que hacemos y tenemos, salvemos nuestro territorio. Dios nos ayuda a descubrir los tesoros que poseemos

en este lugar, pero es nuestra decisión conservarlos. Las escrituras dicen: *A los pueblos los llamarán montes, chuparán la abundancia de los mares y los tesoros escondidos de la arena humillarán a sus enemigos*. Somos fuertes. Con una herencia arraigada como el manglar rojo producimos tanto como el manglar blanco, de corteza firme y dura como el manglar negro”.

Al despertar, el guerrero se dirigió a su refugio. Al encontrar sus objetos desordenados buscó lo más importante: “la gimnasia de manglares”, recuerdo de su tía Dominga, y vio con sorpresa que no estaba. ¿Quién lo había robado? ¿El perro? ¿El niño? Se dejó caer sobre la arena, abatido por la pérdida.

Pensó: me pondré mi traje de guerra y saldré a buscar el libro.

Dio vueltas toda la tarde pero no lo encontró. Exhausto, con hambre y sed, tumbó un coco. En esas apareció el niño con un machete.

“Me robaste, niño”, dijo el loco guerrero.

El niño se rió y le preguntó: “¿Es usted guerrero?”.

El loco dijo con voz de mando: “Recuerda, niño, soy un guerrero, he luchado por largos años, nadie me ha podido ganar. Por eso encontraré lo que me pertenece. Si tienes mi cuaderno de la gimnasia de manglares debes entregármelo. Me han robado mi mayor tesoro, lo único que tenía de la tía Dominga, de cuando nos enseñaba la esgrima de machete”.

El niño salió corriendo y volvió con el cuaderno.

“Quiero ser un guerrero, señor”, le dijo, pero no le entregó el cuaderno.

De pronto el loco recordó que en momentos de angustia la tía Dominga recitaba un pasaje bíblico: *Alzaré los ojos a los montes de dónde vendrá mi socorro, mi socorro viene de Dios que hizo los cielos y la tierra*.

Cuando quiso darse cuenta, el niño había vuelto a desaparecer.

Los árboles de mangle llamaron su atención, tanto que fue a sentarse en sus raíces y descubrió que estaban talladas con figuras de hombres, animales y dioses idénticos a los de la gimnasia de manglares. Admirado, exclamó: “¡Qué bello es esto! Sin duda aquí están los secretos del libro”.

A muy temprana edad la tía les había enseñado a jugar la esgrima de machete y bordón, repitiendo estas palabras: “El juego de la esgrima lo heredaré del abuelo Tomás, quien fue esclavizado. Él contaba que esta práctica, de destreza, malicia, y muchos secretos, pertenecía a los guerreros de África, hombres valientes y de gran altura, Reyes. Arte marcial con el cual defendían a sus tribus y era transmitido de generación en generación”.

Ella había prometido enseñarles este arte a sus descendientes y así lo hizo con la pequeña Jovina, con Miguel, el otro ahijado, y en particular con el loco guerrero, el sobrino amado, que tenía un fuerte parecido

con los reyes guerreros. Les contó que la esgrima era un juego de defensa personal de origen africano, de mucha agilidad y fuerza en el cuerpo, como la capoeira, en el Brasil, tradición que nos relaciona con nuestros ancestros. En el norte del Cauca la utilizan en la danza del torbellino, con matrimonios y bautizos, para que esta manifestación no se pierda y sea recordada la valentía de nuestros antepasados.

Anocheció, subió la marea y el loco guerrero trepó casi hasta la copa de los mangles. El niño se encontraba entre las ramas. El loco guerrero sintió miedo al verlo con una túnica blanca resplandeciente. El niño lloró y desapareció. Unas voces susurraban: “Guerrero, pelea, guerrero, defiéndenos. Tú conoces los secretos. Quitale de nosotros esa lanza con la bandera tricolor que atraviesa nuestro corazón. Ahora escucha: Jovina se fue para Puerto Tejada, donde la familia Carabalí, los familiares de Dominga. Ellos fueron guerreros que escaparon de las haciendas con otras personas y conformaron el palenque Monte Oscuro. Para defenderse de la dura esclavitud, las mujeres con los peinados de trenzas les mostraron los caminos de libertad y con esos mensajes ellos escaparon”.

El guerrero loco, pensativo, sintió un viento frío que pasaba a su lado. Era el niño que venía a entregarle la gimnasia de mangles diciendo antes de volver a desaparecer: “Defiende a los niños que se llevaron”.

El loco guerrero bajó aprisa del manglar para ir a buscar a su gran amor, Jovina. Pero cuando ya emprendía su camino observó el juego de los peces alrededor del raizal y se puso nostálgico. “¿Cómo partir así? Los manglares son guerreros”, pensó, “mis mejores amigos, los que me enseñaron a luchar, fueron mis cómplices cuando niño, en los juegos con mis amigos, en las huidas de los castigos de la tía Dominga, en los besos de amor con Jovina, en la unidad familiar. Todo lo que necesité saber lo aprendí de los manglares. Estos me llevaron a conocer el sentido de pertenencia, la fuerza y tenacidad, cuando defienden el territorio de vientos y maremotos. El liderazgo de los mangles es único, sus raíces brotan y buscan la leche de sus vidas en el lodo, con los sedimentos forman suelos y con el follaje oxigenan vidas”.

Entonces el niño lo guió al lugar donde antes había encontrado el tarro que no pudo abrir y le dijo:

“Allí murió la tía Dominga y allí fue sepultada. Defendió a los niños, a las mujeres de los abusos de esos hombres, aquí murieron muchos. La dejamos sola, todos olvidaron los consejos de ella: no teman a nadie, decía. Por favor, guerrero, haga algo para que regrese toda la gente al pueblo y para que venga Jovina también”.

El loco guerrero asintió, se dirigió al muelle y se sentó en un trozo de madera.

En ese momento los mangles lo llamaron y él no se hizo esperar.

“¿Todavía conservas el legado heredado que le dimos a Dominga? Ahora escucha bien: hoy en la noche tú arrancarás de nuestros corazones esa lanza con la bandera tricolor. Ve al manglar de Anchico, el mismo manglar donde te hizo la ceremonia la tía Dominga para entregarte la gimnasia de manglares. Ve a ese manglar porque el mundo sabrá que el loco guerrero ha regresado y, así como tú, las familias volverán a su tierra. Este día es un día histórico para todos. Harán uso de tus saberes. Nosotros y el niño ya sabemos qué hacer”.

Entonces el loco guerrero agarró la gimnasia de manglares y exclamó: “La Luz vencerá a la oscuridad”.

A continuación se internó en el bosque, tomó unas semillas de los árboles de mangle y con ellas fabricó unos silbatos que sonaban tan fuerte como la campana de la escuela. Y así alertó a los peces, aves y conchas sobre lo que sucedería esa noche.

Al llegar al manglar de Anchico, los árboles tomaron formas de guerreros con machetes y bordones; los machete destilaban luces, la luna llena reflejó las imágenes de lo que estaba sucediendo. Chico Pérez se convirtió en un lugar iluminado. El loco guerrero se impulsó con tanta fuerza que cuando se quiso dar cuenta ya estaba volando por los aires. El niño se posó sobre él y juntos arrancaron la lanza de la bandera tricolor que mataba poco a poco los manglares.

El loco guerrero, contento por lo que había hecho y triste porque Jovina no estaba a su lado, se dijo: “Nunca le dije a la tía Dominga lo que sentía por Jovina porque seguro se iba a enojar. Ella decía que yo era mujeriego, que Jovina tenía que casarse con un hombre fuerte y, en lo posible, esgrimista. Me voy a buscar a mi gran amor, me voy a Puerto Tejada.”

Detrás de él ladraba el perro. El loco agarró su maleta y corrió hacia el muelle, adonde estaba llegando una canoa. “¿Quiénes serán?”, se preguntó.

Se acercó a la canoa y lanzó un grito de júbilo. Era Jovina, con Miguel y un jovencito. Cayó de rodillas dando gracias a Dios por ese bonito encuentro. “Jovina”, pensó, “mi Jovina, se ve muy bonita y ya es toda una mujer”.

Ella se bajó de la canoa, y abrazó al guerrero loco. “Anoche te vi”, le dijo, “la luna iluminó Chico Pérez, vimos cómo arrancabas de los manglares esa lanza que nos entristecía y nos hizo salir de aquí, vimos cómo salvabas a los manglares, eres un guerrero, y vimos cómo los manglares te ayudaron”.

El joven que venía con Jovina preguntó: “Mamá, ¿él es el guerrero que vimos anoche?”

“Sí hijo, es el loco guerrero”.

Sorprendido por el joven, el loco preguntó: “¿Cuántos años tiene? ¿Miguel es el papá?”.

Jovina respondió: “Todos te creímos muerto. ¿Recuerdas lo que nos contaba Dominga? Solo en el norte

del Cauca los apellidos de los hombres valientes traídos de África se conservaban. Siempre nos decía mi apellido, Carabalí, que proviene de esas tierras, por eso Miguel y yo no dudamos en desplazarnos para Puerto Tejada”.

Miguel interrumpió la conversación.

“Hola, amigo”, dijo, “¿cómo estás? ¿Dónde estabas? Qué alegría verte”.

El loco guerrero le dio un fuerte apretón de manos y lo abrazó.

Miguel dijo: “sabía que vos estabas enamorado de Jovina, pero decían que habías muerto”.

El loco guerrero estaba en un total abismo de tristeza y soledad.

“Gracias por cuidar de Jovina, hermano”, dijo antes de retirarse en busca de un lugar lejano para llorar.

Esa tarde no se levantó y al día siguiente Jovina, atormentada, buscó al guerrero, lo tomó de la mano y le dijo:

“Tú eres y serás el amor de mi vida, tengo un hijo fuerte, Miguel me ha cuidado y es un buen hombre, nos quiere mucho, pero he pensado en ti todo el tiempo. Mi amor por ti se mantuvo vivo todos estos años, como la luz del sol”.

Dicho esto, Jovina se retiró.

Luego llegó el niño del traje resplandeciente, tomó de la mano al loco guerrero y juntos se internaron en los manglares, perdiéndose entre los raiceros.

Días más tarde, un fuerte viento de oriente trajo a las familias de regreso a Chico Pérez. Los salvaguardias del mar y de la atmósfera fueron vistos también por el mundo entero.

A Jovina los manglares le dieron este mensaje:

“Tú serás la mujer que llevará al Pueblo la tradición de lo que aprendiste de la esgrima de machete, de conservarnos, enséñale a la gente la utilidad que aportamos. Organiza al pueblo y cuéntale a todos que Chico Pérez es tierra de Guerreros, un pueblo que lucha por unos principios y valores”.

Del guerrero loco nunca se supo nada más. Por allí dicen que en ocasiones se ve una luz brillante y resplandeciente y escuchan música de machetes en la selva.

Las mujeres, dirigidas por Jovina y acompañadas de Miguel, hicieron una fiesta en memoria del loco Guerrero. Llegaron con danzas, coplas y parábolas. Al son de marimba, tambora y violines, improvisaron canciones sobre la valentía de los manglares y el loco guerrero.

Jovina también recordaba las palabras sabias de Domingo tomadas de la Biblia: “Dios nos traerá sanidad y medicinas y nos revelará abundancia de paz y verdad”.

Luego izaron una bandera, esta vez con los colores de los manglares del territorio, rojo, blanco y negro y la imagen del loco guerrero.

“¿Pa’ qué esa bandera?”, preguntó el joven hijo de Jovina y ella respondió: “Pa’ que todos sepan quiénes somos. Anda vístete, hijo, ponte el traje de guerrero, el pantalón blanco con camisa de botones dorados”.

Y desde ese momento las personas que desean saber de la gimnasia de manglares del loco guerrero visitan la escuela de esgrima de machete y bordón en Puerto Tejada, para encontrarse con Sandoval y sus discípulos.

A partir de ese día en Chico Pérez se interpreta esta parábola en honor al loco guerrero, para recordar al hombre que peleó con valor y amó con pasión.

Chico Pérez escucha:

Pueblo que como león
Se levantará
Y como león se erguirá
Donde
Los niños y mujeres
Buscaron la reconciliación y la paz.

El loco guerrero
Con su valentía
Y la de los manglares
Consumieron al opresor

Con el libro de secretos
La gimnasia de manglares, de
Juego, paradas, técnicas y métodos
La esgrima de
Machete y Bordón
Una manifestación cultural
Del norte del Cauca, con la cual
Libertó su territorio y luchó por su país.

Jovina, portadora de cultura y el amor
Del loco guerrero, junto con Miguel,
Aprendieron los saberes
De la tía Dominga.

El loco guerrero
Salvó los manglares
Que morían de soledad
E hizo que su gente
Regresara a su lugar,
Chico Pérez.

ISBN:978-958-56244-0-5

MEMORIA DE GUERREROS

© Alicia Castillo Lasprilla (Puerto Tejada, Cauca)

Trabaja en procesos étnico-territoriales en defensa de los derechos afros y de la mujer. Es gestora cultural y autoridad tradicional del consejo comunitario de negritudes Cuenca río Palo y Paila. En la actualidad construye el “Centro Cultural de Memoria Étnica y Cultural, Casa del Cacao”.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

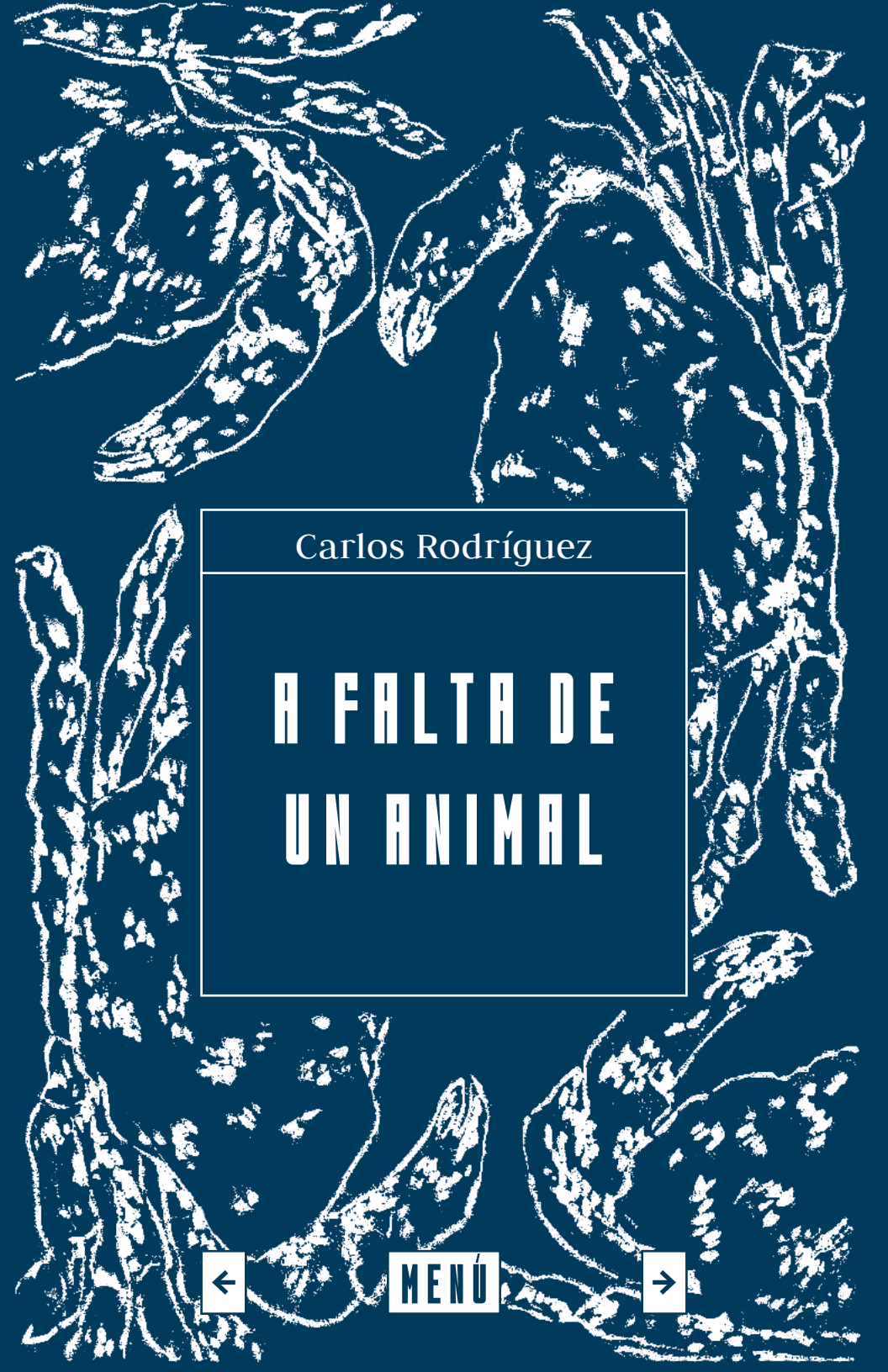
www.estudiomachete.com

Impresión

Torreblanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Carlos Rodríguez

A FALTA DE UN ANIMAL



MENÚ



En el principio de los tiempos el mundo como mundo no existía. Todo era tinieblas y oscuridad. El caos reinaba por completo. En vista de esa situación los dioses se inventaron la luz y la luz fue hecha. Crearon el mundo con sus cielos y sus mares y, por supuesto, dejaron El Monte como el más hermoso de los viveros de ese mundo nuevo. Cuando se dieron cuenta de que a esta creación divina le faltaba un ingrediente adicional para que quedara completa, dieron vida a los animales para que, conviviendo en paz y armonía, gobernaran y conquistaran las bellezas del mundo. Y estos, bien mandados, se esparcieron por la inmensa geografía terráquea, invadiendo cielos, mares y El Monte en toda su espesura.

Dejaron al León como rey de tanta majestuosidad. Rey absoluto no solo del Monte, sino también soberano de todos los animales del mundo. El León era el encargado de mantener el orden y, fundamentalmente, de hacer cumplir las órdenes de los dioses. Y este León gobernaba con gran sabiduría para mantener la paz y el equilibrio en la Tierra, direccionada desde El Monte, pues no permitía que entre animales se generara ningún tipo de violencia y de esta forma los grandes respetaban a los pequeños y los pequeños a los grandes en una comunión perfecta.

Pero con el paso del tiempo, la convivencia entre los animales cambió por completo. Unas a otras, las criaturas empezaron a hacerse daño, se olvidaron de la orden impartida por los dioses de vivir en paz y armonía y ahora reinaba solo el individualismo; se perseguían para comerse y para hacerse daño, los unos a los otros. Por esta razón, los dioses decidieron tomar fuertes medidas y restablecer el orden que intentaron disponer en el mundo desde principios del Tiempo.

Para lograrlo llamaron un día al León:

—¡Hola, León! Te hemos llamado porque hemos tomado la decisión de enviar un diluvio universal. Durante cuarenta largos días con sus noches, lloverá sobre la faz de la Tierra, para que esta sea limpiada de tanta maldad que hoy la tiene sumida en el desorden y la desesperanza.

—Pero, señores, eso sería catastrófico para la vida de los animales —reclamó el León, preocupado, sorprendido y suplicante.

—Es necesario —dijeron los dioses—. Los animales que hoy pueblan la Tierra se han dedicado a fomentar la maldad y el irrespeto entre ellos mismos, por lo tanto, hemos tomado esta drástica decisión, que sin duda alguna no tiene marcha atrás.

—No, no me parece justo —insistió el León—. Además yo, como rey, debo velar por la seguridad de todos y no encuentro acertada esta medida.

—Sabemos que eres un rey justo, sabio y bondadoso que no se ha dejado tentar de tanta maldad, por eso te vamos a encargar una gran misión —sentenciaron los dioses.

—¡Ustedes dirán! —contestó el preocupado rey.

—Tienes tres días de plazo, tres días únicamente, para que, desde tu sabiduría, escojas veinte animales que por su comportamiento ejemplar, demostraciones de amistad, bondad, respeto, altruismo, solidaridad y demás valores eternos, subirán contigo a un arca que vas a construir, a fin de protegerlos del diluvio que vamos a mandar sobre la Tierra y así se salven de morir ahogados. Con los animales que se salven y que tú desde tu sabiduría sabrás escoger, pasado el diluvio universal, van a formar una nueva raza, una nueva sociedad llena de bondad, respeto, solidaridad y convivencia.

El león meditabundo salió del encuentro con los dioses. Preocupado porque solo contaba con tres días de plazo para reunir al selecto grupo de animales que harían parte del nuevo proyecto de vida. La preocupación aumentaba al ver en la tierra a los animales haciendo sus actividades cotidianas; las aves volando libremente y los animales del agua nadando plácidamente, disfrutando del don preciado de la vida, una vida que estaban a punto de perder por disposición de los dioses y, lo que era peor, el preocupado rey no sabía a quiénes dejar y a quiénes salvar de entre tantos animales, ya que en su sentimiento de rey justo y bondadoso todos merecían subir al arca.

Era tan grande el conjunto de animales que poblaban la tierra, los aires y los mares, que era casi imposible reunir en tres días una selección exclusiva. No obstante, tenía que acatar cabalmente la orden impuesta, así que se dedicó a observar a todas las criaturas y a repasar y a evaluar una y otra y otra y otra vez su comportamiento para la escogencia, intentando desde su sabiduría tomar la decisión más justa y, sobretodo, acertada.

Pasaron los tres días del plazo y el León acudió al encuentro con los dioses para hacer entrega de la famosa lista de privilegiados. Sin pérdida de tiempo aquellos le preguntaron:

—¿Ya tienes la lista que te encargamos?

—Sí, ya la tengo y aquí está —contestó más tranquilo

el León, mientras extendía su garra derecha para hacerles entrega de la famosa selección.

De forma inmediata, los dioses revisaron la lista, antes de lanzar varios gritos de asombro al leerla:

—¿Pero qué significa esto?

—Es la lista de animales que ustedes me pidieron convocar para librarlos del diluvio universal —contestó el León con cierta malicia.

—Pero no entendemos qué son estos nombres tan raros —replicaron los dioses, aún envueltos en el asombro y la ira.

Para su mayor descontento y pasmo, el León les quitó la lista que segundos antes les había entregado y tras invitar a los convocados, empezó a leer en voz alta.

Uno a uno, ante el llamado a lista del León, empezaron a salir de la espesura del Monte formando una larga fila de animales extraños. Encabezaba la fila el llamado *RANARIO*, que era una combinación entre una rana y un canario; otro llamado *COLIMBRIZ* que era un colibrí alargado como una lombriz; apareció una cosa más rara todavía llamada *JEJENCUDO*, nacido entre un jején y un zancudo; un animal llamado *LORATA*, de la combinación entre una lora y una rata, otro llamado *PATOMA*, del cruce entre un pato y una paloma; el *PULGOJO*, que salió de la mezcla entre la pulga y el piojo; otro llamado *GATORTUGA*, con cabeza y cola de gato y el duro caparazón de la tortuga; la *MOSCARAÑA*, con el

cuerpo y las alas de la mosca y las patas de una araña; uno más al que llamó *CUCEBRA*, que era una larga culebra, pero con el cuerpo a rayas blanco y negro como una cebra; y otro llamado *RINOCEFANTE*, un animal de gran tamaño, quizás el más grande de todos, el cual tenía el cuerpo y el cuerno del rinoceronte y las orejas, rabo y trompa del elefante.

La lista de animales raros continuaba con el *CABRALLO*, combinado entre una cabra y un caballo, este animalejo era de lo más parecido a un pony aunque del tamaño de una cabra, con cara, espalda y cola de caballo. Del cruce de un alacrán y un cangrejo, salió otro llamado *ALACRÁNGREJO*, un espécimen con dos tenazas y un aguijón; el llamado *LECHUZAPO*, un animal muy feo nacido entre los no menos agraciados lechuza y sapo, y como no podía ser de otro modo, la principal característica que había heredado el nuevo personaje eran sus ojos en extremo saltones.

Continuó el desfile con un animal llamado *MICONEJO*, que salió entre el mico y el conejo; otro al que llamó *CUCARACHANGO*, nacido del cruce entre la cucaracha y el chango; el *ZORRATÓN*, de la combinación entre el zorro y el ratón. Luego apareció un animal gigante rarísimo llamado *HIPOSÓTAMO*, de la mezcla entre un hipopótamo y un oso; otro llamado *TIBURRÓN*, de una extraña combinación entre un tiburón y un burro; uno más llamado *CAMOLLO*, del cruce entre

el camello y el pollo, que era un pollo con dos jorobas. Finalmente, remataba la convocatoria el *CHIVILÁN* producto de la mezcla entre un chivo y un gavilán.

Cuarenta animales cruzados entre sí. Nuevas especies que daban cabida en el arca a una mayor cantidad de animales.

A pesar de que se generó una protesta divina por la decisión tomada por el León, este ni corto ni perezoso y sin perder tiempo, empezó la construcción de la gran arca. Con la ayuda de los animales escogidos y ante la inclemente burla de los no convocados, quienes aseguraban que era puro cuento eso del diluvio universal, exactamente a las dos semanas terminaron de construirla.

Inmediatamente por indicación de los dioses, uno a uno de los animales raros fue entrando al arca para inaugurarla. Una vez estuvieron todos adentro, el cielo empezó a oscurecerse. Como por arte de magia el sol se ocultó y el día tan hermoso que hasta ese momento hacía se tornó opaco. De repente, empezó a llover inclementemente, y en cuestión de minutos todos los rincones de la Tierra se llenaron de agua y la lluvia se unió con los mares y con los ríos en una sola corriente y todas las criaturas que habitaban el mundo murieron ahogadas.

A bordo del arca todo era alegría y felicidad. Los animales supervivientes gozaban porque, al fin y al cabo, se habían librado del castigo enviado por los dio-

ses. El *ZORRATÓN* vivía feliz, el zorro y el ratón sentían que eran una combinación perfecta y como a ambos les gustaba el monte esperaban ansiosos el momento de volver a recorrerlo. El *ALACRÁNGREJO*, felices con sus tenazas y su tremendo aguijón que los hacía soñar invencibles. Igual le ocurría al *HIPOSÓTAMO*, los grandulones hipopótamo y oso se sentían ahora mucho más imponentes, sin olvidar la alegría del *TIBURRÓN*, por la felicidad del tiburón con una parte que le sobresalía vistosamente, producto del aporte del burro.

Por desgracia, la dicha no duraría mucho, pues había otros no muy contentos. Los problemas de convivencia empezaron a surgir y las quejas no tardaron en llegar de manera continua a oídos de su majestad, el León, antes rey y ahora capitán del arca.

Y había de qué preocuparse, claro, pues la *MOSCARAÑA* se mantenía todo el día y toda la noche corriendo por el arca, la parte de araña queriéndose comer a la parte mosca. Con el *CUCARACHANGO* ocurría otro tanto, pues la cucaracha no podía pegar ojo, ya que si se descuidaba podía divinamente terminar convertida en la comida del chango, quien tenía a su compañero de cuerpo entre sus comidas preferidas. Con el *GATORTUGA* no era menor el tropel, ya que la parte tortuga quería vivir siempre metida en el agua y la parte gato protestaba.

Con el *LECHUZAPO* pasaba una cosa parecida: a la parte sapo le gustaba estar metido en el agua la mayor

parte del tiempo, mientras que la parte lechuza, acostumbrada a lidiar de noche y dormir de día, ya no podía hacer sus acostumbradas siestas desde el momento en que la unieron con el batracio ese, como lo llamaba ella. Ahora los días de insomnio aumentaban de manera despiadada el tamaño de los inmensos ojos del nocturno animal, y aquella unión contra natura molestaba también al sapito, a quien el trasnocho no le venía bien. Todo esto para no hablar de las demás quejas, que se habían convertido en el pan de cada día en la ya convulsionada arca.

Ante las situaciones difíciles para la convivencia y la complejidad de la nueva vida que llevaban, un día decidieron exponer todo su inconformismo y ajustar cuentas con quien todos consideraban el culpable de aquel enredo, por haberlos creado con tan disímiles características y condiciones. Todas las extrañas criaturas asumían que su actual estado era el resultado de un castigo divino, pues acaso quién había mandado al León a copiar a los dioses, abusando de un poder que solo a estos últimos estaba conferido: el poder de la creación.

En gran masa se acercaron a reclamarle al Rey y ahora capitán del arca, a quien rodearon para que les arreglara el problema. Muy preocupado y acorralado por todos los animales, el León en vano intentaba explicarles que el cambio había obedecido al deseo de salvar a la mayoría posible de animales del

diluvio vaticinado, pero estos, impulsados por la ira, no entendían razones. Para ellos lo único que contaba era solucionar la situación tan incómoda que ahora estaban viviendo.

Contra las paredes de la inaugurada arca se encontraba el León, a punto de ser alcanzado por la turba enfurecida, cuando despertó sobresaltado y se vio echado en la cómoda cama donde dormía cada noche, a salvo de la pesadilla ocasionada por la avalancha de seres nacidos del noble deseo de salvar a sus súbditos del diluvio universal.

Sudoroso, se levantó, abrió sus inmensos ojos rasgados y descubrió que estaba en un lugar seguro, viviendo en la apacibilidad del Monte creado por sus dioses, allí donde todo era paz y equilibrio, y no en medio de las aguas turbulentas de la tierra cubierta por un cruel diluvio. Al final todo lo vivido había sido tan solo un sueño, o más bien, una pesadilla tan grande como sus barbas.

Con la convicción de estar rodeado del regocijo del Monte, se asomó por el balcón de su palacio para respirar el aire puro que le proporcionaba tanta naturaleza creada por los dioses. Y no bien empezaba a disfrutar de todo ese encanto, cuando vio que a su palacio se acercaban en gavilla la *TORTUGAÑA*, el *TIGRILO* y el *CAMALEÓN*. Se sintió desfallecer, pues pensó que la pesadilla había revivido.

Tan impresionado había quedado después de aquella horrible pesadilla, tan intensas le habían parecido las situaciones y las imágenes allí vividas, que de súbito empezó a ver a los animales con los que trataba cotidianamente como si fueran seres extraños creados por la imaginación. Así, a la *TORTUGAÑA* la vio como el injerto entre una tortuga y una araña, al *TIGRILLO* como el cruce de un tigre y un grillo y al *CAMALEÓN* como una mezcla de camarón y león.

Ya más tranquilo, el soberano, reunió al grupo TTC (tortugaña, tigrillo y camaleón) para contarles en medio de risas el sueño vivido, lo que aprovecharon para inventar nuevas criaturas, paridas de la imaginación que solo el Monte, el gran Monte, podría crear, inclusive en los sueños más recónditos.

GLOSARIO:

CHANGO: (Quiscalus mexicanus). Pequeña ave passeriforme de la familia Icteridae, de color negro con un lustre iridiscente, que habita la región del Pacífico Sur colombiano. Miden entre 33 a 43 cm de longitud con una cola casi tan larga como su mismo cuerpo. Su canto es una mezcla de sonidos fuertes y estridentes parecido al del cuervo.

En la costa norte de Colombia le llaman “*maria-mulata*” y en otros lados del Caribe le dicen “zanate”. En Centro América se le conoce como clarinero al macho. En Panamá es llamado “*talingo*” o “*changa-mé*”. En Venezuela, se le conoce con el nombre de “*Pedro Luis*” o “*Negro Luis*”.

TIGRILLO: (Leopardus tigrinus). Especie de tigre pequeño de la familia *Felinae*, su tamaño es muy parecido al de un gato doméstico de tamaño grande, con la cola larga y bien poblada. El color de su piel es como gris, de manchas oscuras. Habita en las tierras bajas, zonas de matorral, bosques y esteros de la Costa Pacífica colombiana.

TORTUGAÑA: Tortuga de tamaño entre pequeño y mediano oriunda del Pacífico Sur colombiano. Es de color negro, patas amarillas y tiene un caparazón ovalado cuando es hembra o alargado cuando es macho. Vive generalmente en hábitats acuáticos, desde charcas, pozos, zanjas y arroyos hasta grandes ríos y lagos.

ISBN: 978-958-56244-2-9

A FALTA DE UN ANIMAL

© Carlos Rodríguez (Tumaco, Nariño)

Decimero mayor. Sostenedor de la tradición oral del Pacífico Sur colombiano, que por más de 20 años ha narrado su cotidianidad a través de la cuentería tradicional y las décimas cimarronas.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño



Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Carlos Andrés Hurtado

LA
/
CONVENCIÓN
MUNDIAL



MENÚ



*“Vas por la selva, y continuamente
te preguntas cosas”*

Luis Britto García, *Cacería*

Hablaba de la fundación del pueblo, de cómo un grupo de esclavos despertaron una mañana con mapas grabados sobre sus ojos, como un rastro de luz, verde y esbelto, que solo ellos, por ser ellos, podían ver. Un día, escapando de las antiguas plantaciones, uno decidió regresar con él un tramo del camino y ahí donde se detuvieron formaron un caserío que más tarde llamaron Sentido. Dos siglos después, el pueblo se alzaba solitario sobre una selva húmeda y espesa, invadida por el desamparo del tiempo y el discurso de un monte inmanente, perpetuo. El pueblo al llegar era viejo, con un viento

húmedo quedado desde hacía milenios en el lugar, como si bajo sus calles de madera creciera una segunda selva, con un segundo cielo y una segunda religión.

La casa, de una madera corroída, ya grisácea, dejaba entrever un rojizo inicial propio de su especie, el chachajo. Una gran ventana atraía el viento de la tarde hacia el interior, sacudiendo una vieja lámpara de cristal y la hamaca desde donde él hablaba.

Cuando al fin le pregunté por ella, cerró los ojos, los mantuvo así durante un minuto, moviendo levemente las manos como un abanico desdichado, buscando la imagen exacta de su rostro para retratarla.

—¿Sabe? —empezó—, cada mañana cuando despertó busco un espejo, examino cuidadosamente mis ojos varios minutos, buscando un rastro, un mapa que me conduzca a ella.

Al igual que Cindy, su mujer, otras dos mineras salieron de sus casas una mañana, tomaron la antigua vía del ferrocarril, se adentraron en el monte y caminaron por el río ausente para no volver jamás.

Se llamaba Raúl, las dos semanas que había permanecido en el pueblo lo vi siempre con el mismo traje verde limón, una sonrisa que a pesar de todo era impecable, y cierta gracia al andar. Esperaba a Cindy, aunque no dejaba de pensar que ya estaba con ella.

Continuó hablando, y aunque era agradable escucharlo, no daba pista alguna, algo sustancioso que pudiera servir para ayudarlo a él y a los tres hijos que había dejado. Tampoco la policía se había asomado al lugar; ni los medios, que apenas cubrieron el evento, ni el Dios casi oxidado que observaba impávido desde la pared.

Partí al atardecer. Los niños seguían en la única calle que atravesaba todo el pueblo, la calle se elevaba a cinco metros del suelo sobre pilotes acordonados y ligeramente erguidos. El sol a esa hora parecía no querer marcharse sino retroceder de nuevo a la cordillera y descorrer los días, pero como un destino manifiesto se perdía inevitablemente tras el manglar, dejando destellos de colores además de una incómoda sensación de trabajo no cumplido.

El pueblo era un caserío de unas 50 casas rústicas, vagamente acomodadas sobre los rastros de un antiguo río que alguna vez pasó. Salvo el penetrante olor a pescado podrido, ya nada quedaba del caudal.

Amaranta era dueña de la casa más grande del pueblo, que alguna vez sirvió de posada para los visitantes. Era una mujer fuerte, tan alta e inteligente que solo mirarla despertaba respeto y simpatía. Ahí me hospedaría.

—Antes el trabajo era manual, en la minería y en la pesca —dijo sentada fuera de su casa. La acompañaban

otras dos mujeres—. Después llegaron las máquinas, fueron sacando arena, piedras, oro y el río se fue secando. Solo en noviembre, cuando las lluvias son fuertes se puede ver el agua bajar.

A la mañana siguiente desperté a la hora en que el cielo aún era virgen, recorriendo las antiguas vías me crucé con un hombre que venía de la capital con un mensaje escrito del director del periódico.

—¿Puedo preguntarle algo, señorita? —Asentí.— ¿Qué hace en este pueblo? —No comprendí bien su pregunta. Le respondí que investigaba algo. Lo despedí y leí la carta.

“Andrea, le escribo para recibir reportes de la convención. Tengo entendido que aún no ha llegado al evento, y que se ha dedicado a un caso absurdo que la policía y los medios hemos dado por perdido. Acérquese pronto al evento, mire que quedan pocos días. Desista, no hay nada nuevo bajo el imperio del sol”.

Víctor era un hombre serio pero demoledor. Trabajó toda su vida como reportero para la prensa nacional. Cuando finalmente ascendió a director me contrató como investigadora. Conocía bien la costa y antes de venir lo persuadí para que me dejara indagar sobre estas mujeres, cosa que no lo contentó. Ya habría tiempo de ir a la convención, pensé.

La Convención Mundial era un evento anual que se realizaba no muy lejos de donde estaba. Reunía a líderes, presidentes y empresarios de todo el mundo entorno a un solo tema: el medio ambiente. Iría el último día.

Al regresar, el restaurante de Claudia estaba vacío y, aunque vacilé para entrar, al final lo hice, con la misma desconfianza que lo había hecho los días previos. La sorpresa fue la misma: el pescado sabía a gasolina, el arroz era escaso y el jugo olía a la cañería de las ciudades más sucias.

—El pescado no es de este río, claro está —dijo—. Pero los otros no están mejor, créame.

En la tarde fui con Hernán, el párroco del pueblo, quien además de darme un poco de comida me habló de las tres mujeres. Iban con cierta frecuencia. Pasaban todos los días antes de partir. Aquella última mañana vi sus rostros marchitos, sus plegarias eran más agudas, guardaban una fuerte resignación.

El padre luego me invitó a caminar fuera del pueblo.

—No es el único caso —dijo, apuntando con sus manos hacia dos colinas—. En aquella está el cementerio de los viejos, aquellos que murieron por el simple paso del tiempo. En aquella otra está el cementerio de los desaparecidos.

Este último era notoriamente grande, tanto como el primero. El padre me miró fijamente, estaba apenada. Sabía que no comprendía nada de lo que ahí pasaba.

—Perdono tu inocencia, por eso te aconsejo que antes de partir vayas con el viejo Azael, él sabe de estas cosas más que yo. En el camino, que es río arriba, mira el entorno, lo que queda del río, los árboles que ya no están, sin embargo míralos. Mira la ausencia de peces, de pájaros, de mitos, quizá ahí comprendas algo de esto.

El resto del día solo pensé en el cementerio, lápidas blancas, flores marchitas, como si no hubiese quién las cambiara.

La mañana siguiente seguí los consejos del padre, fui con Rafael, hermano de Veneranda, otra de las mujeres desaparecidas. Fuimos a pie río arriba, un viaje que tomaría varias horas. Habló nuevamente de ella.

—Siempre fue callada en sus cosas, procuraba pedir la menor ayuda posible, en eso era igual a su madre. Aquel día no dijo nada al partir, dejó el almuerzo y sábanas hechas. Antes la había visto colgando alguna ropa en la azotea.

El río, o lo que quedaba de él, se hacía más ahuecado a medida que avanzábamos, restos de madera cortadas y animales descompuestos, que no llegarían nunca al mar, decoraban la gran cicatriz.

Nos detuvimos en un pueblo llamado Villa Noela por un cargamento de plátanos y yuca. Serían unas cincuenta casas, construidas con una madera fina, pintadas todas de blanco, con ventanales amarillos, techos verdes. Era un pueblo nuevo, no cabía duda. Sobre sus

calles aún no se veían habitantes. En el parque, sin embargo, encontré a un obrero.

—Las casas no son para la gente de acá, sino para los operarios de las minas y cortadores de leña que vienen de otras partes —empezó. Recordé luego la calle lúgubre de Sentido, ya perforada por la humedad—. Ellos serán los únicos que al final quedarán. Un día a mí también me tocará partir, mi trabajo aquí termina.

Seguimos la pista del río y encontramos otros pueblos sobre terrenos más inciertos. Viejas embarcaciones encalladas habían quedado en sus ríos.

Al mediodía llegamos, las casas ahora de paja se veían más unidas al monte que penetraba en ellas con violencia. No fue difícil encontrar ahí a Azael. Hablaba con otros hombres en lo que parecía ser un centro de abastos, jugaban naipes y bebían.

Me condujo a través de las chozas a una casa de guadua, la única del pueblo. Tres jóvenes sentados en la entrada hablaban de las aves que se veían en ese lugar, aves que no eran carroñeras hambrientas. Antes de entrar uno de ellos me pidió quitarme las botas que Raúl me había prestado. Lo hice sin protestar, recordé a mi madre decir una vez que la tierra era medicina, que por ahí entraba la vida, que un día ésta nos reclamaría, por lo que era absurdo temerle y crear interferencias.

Adentro Azael se sentó en el suelo y callado me ofreció un trago de curado, una bebida hecha a base de una docena de plantas que algunas mujeres utilizaban para calmar los cólicos menstruales. Una bebida fuerte, que arrasaba toda la descomposición a su paso.

Él era alto, con una piel impecable, azabache, ojos tan oscuros que una sentía perderse en ellos. Vestía de rojo y llevaba un bastón envuelto en telas amarillas y verdes.

—No has venido en busca de respuestas solo, has venido esperando que te diga algo que ya comprendes —empezó. No respondí nada—. Las preguntas no existen aquí, hace mucho se evaporaron con el río.

Al final conté que investigaba sobre las tres mujeres, pero ahora...

—Ahora no hay nada —terminó.

Un hombre de mediana estatura y piel de cuero entró, trayendo consigo otra bebida, la dejó sobre una mesa también de guadua.

—¿Mañana te marchas, no es así? —siguió Azael.

Respondí contrariada que sí. Salvo algunas entrevistas, en dos semanas no había encontrado nada, como si ellas también se hubiesen secado con el río.

—Eres noble, el párroco y yo lo sabemos, aplaudimos tu esfuerzo, pero debes comprender que no es mucho lo que te podemos decir. Aquí los que mandan son

otros —dijo señalando el bosque—. En su debido tiempo hablarán, y no solo a ti, a toda una especie.

Nunca me agradó la gente que le daba mucha vuelta a las cosas, y él lo hacía con frecuencia.

—Tú serás nuestra guía —finalizó al fin. Luego me ofreció beber un poco de la infusión. Era tabaco, sin verlo pude adivinarlo, mi abuelo fumó, bebió y mambeó de tabaco, cuando niña nos daba a mi madre y a mí pequeños sorbos, por lo que el olor me era bastante familiar.

Lo tomé sin vacilar. En pocos minutos los sentimientos de culpa se interrumpieron, poco a poco fui escuchando lo que la bebida quería decirme: eran los primeros efectos que agudizaban los sentidos. Azael con los ojos cerrados no dijo más y comprendí entonces que debía dejarme llevar: escuchando los pasos de la gente afuera, los bailes de la noche anterior, sin haber estado. Escuché el viento estrellarse contra las casas y desprender las pajas, tan sutilmente. Era un viento que-
dado, guardado en el pueblo como un secreto antiguo que no debía ser revelado. Me impresionó escuchar el agua que una vez brotaba de las montañas, escuchar el río perderse hacia el mar, y ser siempre nuevo, olí las hojas, veía los árboles perderse hacia un infierno feliz, como refugio a la desesperación de sus días. Faltaban algunas horas para que anoheciera, sin embargo estaba allí. Entonces comprendí que esto no se trataba solo

de tres mujeres, ahí mismo se libraba una batalla por la supervivencia de una cultura, comprendí que esto era un reino, y que estaba en emergencia. En el clímax del ritual una bruma en la mente me mostró una a una a las tres mujeres, alzando sus manos y despidiéndose, tras de ellas sin decir nada; vi al resto de gente, al padre, a Rafael, a los niños de las calles, vi a Azael, estaban todos.

Volví a Sentido en la noche, el pueblo se iluminaba con algunas velas al interior de las casas. De pequeña añoraba ver la noche en la ventana, en el techo, en la cara de mi vieja madre, inundando y cubriendo toda la ciudad, monopolizando los sentidos, y llevando todo a un sueño de felicidad del que nadie querría despertar. Eran tiempos difíciles.

Ese nuevo día partí, con la esperanza de haber descubierto algo. Caminé algunas horas hasta encontrar una trocha descuidada, donde tomé un bus hasta la convención. Para llegar se bordeaba la montaña varios cientos de kilómetros por un camino destapado, anegado al barro y las pendientes, con improvisados puentes y la hostilidad de un monte que se hacía cada vez más terreno. Luego seguía la carretera nueva, construida para el evento, era extensa, como una cicatriz que se comía el monte. Recordé lo dicho por Aza: el cemento es cáncer.

Cuando llegué una primera línea de seguridad me detuvo junto a otros periodistas. A unos 200 metros podía verse el edificio blanco como el mármol, sin ventanales, de unos 50 metros de altura, rodeado por cámaras y carros de seguridad. El edificio parecía haber sido lanzado al plano de la selva, nunca me expliqué cómo pudieron haberlo construido tan lejos. Más allá se veía un río correr hacia el mar.

Una segunda línea de seguridad le daba el paso a los vehículos oficiales. Era un día caluroso, brisaba pero no bastaba. A través de las grandes pantallas se veía a los presidentes hablar. Yo estaba en otro cuento, un movimiento corriiizo proveniente del río robó mi atención un momento.

Cuando al fin logré entrar ya serían las 11:30. Estaba al lado de la puerta, donde aún entraba aire fresco.

Junto a mí una periodista noruega transmitía para su país acalorada y al frente un africano hacía lo mismo para el suyo. En el anfiteatro los presidentes agitaban los abanicos y hablaban entre ellos, mientras el secretario anunciaba desde el escenario al próximo en hablar. Aún tenía una vista de afuera, ahora los movimientos que antes percibí vagamente se hacían más fuertes, pero acusé al calor delirante.

Pasaron los minutos y estos movimientos eran ahora más visibles, algo pasaría, no cabía duda, como

si un desfile gigantesco fuese a salir del monte para venir hacia nosotros. En un momento mi corazón se contrajo violentamente, el sudor pasaba del pelo al cuello y se esparcía al resto del cuerpo. Algo pasaría, algo saldría del monte y haría gritar a medio mundo. Mis palmas sudaban y no era el calor, mis ojos querían salir de sus órbitas. Entonces pasó. El río que por ahí corría fue cambiando su curso lentamente hacia nosotros. Luego los árboles se desprendieron de la tierra y avanzaron los pájaros, luego tigres y serpientes, hasta que finalmente todo el monte se alzó y descorrió hacia nosotros. Las nubes también se aproximaron como un remolino hacia la convención. Los gritos ya habían empezado hacía rato mientras adentro seguían hablando.

La turba no venía violentamente, a decir verdad, tampoco causaba estragos a su paso, avanzaba en un fúnebre silencio. La gente se arrinconó contra el edificio, saturando la entrada.

El comandante encargado de la seguridad ordenó disparar a los ríos y a las plantas, ordenó crear una barrera de seguridad que fue fácilmente saltada por el río y por los árboles ahuecados por las balas. La seguridad era inútil. Los presidentes habían parado y unos se amontonaban sobre otros, contra la pared, sobre la cinta azul que los separaba del resto, otros subían hacia el palco, mezclándose con el bullicio. Las cáma-

ras seguían encendidas, lo que me hizo pensar en los millones de hogares afuera. Quizá las mascotas ahora estaban en cuarentena, junto al jardín y las flores. Las viejas quizá rezaban, pero nadie podía negar nunca lo que ahí ocurría. No era una película de ciencia ficción, tampoco un bello cuento de hadas. Era la natura que se alzaba contra nosotros.

La turba en silencio y sin desordenar nada a su paso fue entrando al centro de convenciones: los pasillos sirvieron de base al río. Los árboles se posaban sobre la entrada, otros en la zona de decorados, el musgo se apropió de las paredes, pero no desordenaban nada. Una bandada de venados, aulladores, dantas y tigrillos fueron los primeros en ingresar y apropiarse de los asientos vacíos, luego los pájaros hicieron una entrada triunfal y volaron sobre el amplio techo como llevando un mensaje divino a los asistentes, que ahora callados veíamos a los peces brotar de un suelo hecho río.

Más tarde casas de madera también entraron, como si un espíritu se hubiese apropiado de ellas, sospechaba que era Sentido. Las casas y las canoas estaban vacías. Una pulsión honda brotó en mí como una flor que nace marchita, un alboroto de cada órgano, de cada vena estremeció mis adentros.

Luego todo se acalló.

Durante un minuto ocurrió un silencio incómodo y calmo, ni los árboles se agitaban, ni los pájaros cantaban. Y pasó lo siguiente: eran tres, tres cadáveres de mujeres jóvenes que brotaron del río, vestidas todas con trajes blancos. El público se sobresaltó, pero luego callamos. Los niños que había visto en la calle, el párroco del pueblo, Raúl y Azael, todo el pueblo flotaba sobre el río en dirección al escenario. Cerré los ojos y sujeté el dolor con mis manos, presionándolas ciegamente.

Al cabo de un minuto el calor ya se había hecho indiferente, los animales y las plantas fueron los primeros en salir. Las aves volaron hacia afuera, el musgo se desprendió de las paredes y los cuadros, los árboles salieron, el oro del techo y de los anillos de la gente también cedió, finalmente el río con los cadáveres se hizo paisaje nuevamente, dando por terminada la convención mundial.

Nunca volvería a Sentido, sin embargo estaba segura de que el pueblo estaría vacío y en las lápidas del segundo cementerio encontraría sus nombres. Concluí que la búsqueda de unos siempre será la búsqueda de todos, y que la verdad nunca será escrita completamente.

ISBN: 978-958-56244-3-6

LA CONVENCION MUNDIAL

© Carlos Andrés Hurtado (Popayán, Cauca)

Estudiante de derecho en la Universidad del Cauca.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Dayana Zapata Flórez

DON JUAN EL BRUJO



MENÚ



Cuentan que un día de enero del año 1960, cerca de la quebrada Tamín, nació en medio de un torrencial aguacero un niño de ojos profundos y negros. Aquella noche los relámpagos adornaban el cielo y un velón blanco con la imagen de la Virgen María iluminaba la habitación. Doña Rosa recibía en sus brazos a la nueva criatura. Para cuando el niño dio su primer grito, el velón ya estaba consumido.

Don Limbanio corrió a buscar velas en la cocina. Cuando se disponía a tomarlas vio una sombra salir por la puerta de atrás. Entonces aligeró el paso para alcanzarla y no pudo por las enormes gotas que caían afuera y los gritos de Rosa, quien no podía terminar de

preparar a la nueva madre a oscuras. Al llegar al cuarto encendió las velas y pudo ver las lágrimas caer por el rostro de su hija Teresa, quien contemplaba con evidente amor el ser que había traído a la vida. Esa noche nacía una vida y se apagarían otras.

Dicen que al otro día todos se reunieron en torno a la casa del recién nacido, trayendo diferentes regalos para la familia, pero lo que comenzó como un festejo de viche se convertiría más tarde en una tragedia que dejaría al pequeño sin sus padres.

El niño creció al cuidado de su abuela Rosa y su abuelo Limbanio, a quienes después de un tiempo llamaría sus padres. Aprendió a caminar, a tomar aguapanela, a escabullirse entre los palos de guayaba, caimito y borojó. De joven aprendió de su abuelo, se enamoró de una hermosa negra de Tamín adentro llamada Inés y, según muchos relatos contados por la gente, fue aproximadamente a sus veinte años cuando se inició como brujo.

Desde entonces una cantidad de sucesos han marcado su vida y la de quienes llegan a saber de él. En medio de susurros dicen que incendió Tamín, que mató los animales, que hizo infértil la tierra, que se fue a vivir monte adentro, que embrujó sus tierras, que aún vive, que se ahogó en la quebrada y muchas cosas más. De entre las historias más importantes sobresale la del cuaderno, pues cuentan que este

cuaderno escrito por él contiene grandes secretos.
Su búsqueda fue inútil hasta hoy.

Han pasado casi treinta años de historias, historias
que merecen ser contadas y escuchadas. Por eso he
hecho una recopilación de los sucesos más importan-
tes, contados por muchos a quienes él amaba.

¡Brujo, brujo, brujo, brujo!
A eso todo condujo
Mientras el cielo aún llora
Al compás de una tambora.

Aquella casa de palma
Que construí con el alma
En llamas hoy se envuelve
Recuerdo que a mí vuelve.

Machetes, hachas, cadenas
Cual si fuesen mis condenas
Esperan pacientemente
Son la furia de la gente.

Inmóvil y solo estaba
Esperanza desgastada
Vagué por tierras lejanas
Esperando un mañana.
Don Juan el Brujo

Llegada a Tamín

Tras mi suspiro, vinieron enormes gotas de agua. Se es-
cuchaba el sonido de la canoa al chocar con las piedras
de la parte seca de la quebrada, la risa de los presentes,
quienes, desde el inicio del recorrido hasta minutos
antes, permanecieron estáticos, pues un descomunal
balanceo podría haber provocado que hasta el remero
terminara en el agua. A lo lejos contemplé la vieja casa
de palma, y, afuera, ella. Cabellos de plata, piel arruga-
da por los años, ojos profundos y negros, Doña Rosa, mi
abuela. Estaba en aquella mecedora, que me traía tan-
tos recuerdos: parecía que el viento de aquella mañana
la balanceara de un lugar a otro, la naturaleza se fun-
día en ella. Después de casi tres días de haber llegado,
puso en mis manos sus borradores, los borradores de
los versos. Yo estaba ahí porque la amaba, ella lo sabía.
Pero también estaba ahí por esas letras...

VERSOS EN HONOR A JUAN URREGO

Por Doña Rosa de Urrego

Del nacimiento de Juan

Rostros felices esa noche
Sin palabras de reproche
Un niño al mundo llegaba
A todos esperanza daba.

Ponchera, alcohol, algodón
Agua tibia en el fogón
Un velón, muchas oraciones
Se entonaban canciones.

Era una noche ruidosa
La madre estaba ansiosa
Enormes gotas caían
Los quejidos ya venían.

El velón se consumió
La oscuridad apareció
Y una sombra misteriosa
Rondaba cual ambiciosa.

El niño abrió sus ojos
Sus pómulos estaban rojos
Luego todos sonreímos
Las lágrimas no contuvimos.

Fuimos felices un instante
Sonrisas incesantes
La tristeza aparecería
A todos invadiría.

Leía detenidamente aquellas desgastadas hojas,
desgastadas y valiosas para mí. Mientras lo hacía re-
cordaba a mi abuela sentarse en aquella vieja mecedo-
ra a escribir. Era una de las cosas que ella más amaba.

En el aire se sentía el aroma a aguapanela con limoncillo.
Detuve la lectura de los versos y, como hacía de pequeño,
salí ansioso y bajé los cuatro escalones de madera. Vi a
mi abuela sirviendo aguapanela y pan, corrí a ayudarle.

—Juan Alberto, llévele esto a su padrino Enán, por fa-
vor —me dijo.

—Claro, ñata —le respondí. Luego vi su sonrisa cual
lucero en el cielo, me imagino que hacía mucho nadie la
llamaba así.

Los fuertes y enormes brazos de mi padrino me reci-
bieron, vi caer por sus mejillas algunas lágrimas, como
las gotas que se deslizan por las hojas. Disimuladamente
las secó. También lo abracé fuerte.

Era costumbre siempre que lo visitaba que ambos impro-
visáramos versos. Nos retábamos y terminábamos en car-
cajadas. Como sabía lo mucho que a él le gustaba comencé...

Buenos días Don Enán
Vecino de mi tío Cenán
Aquí le manda mi abuela
Pa' que vaya pa' la escuela.
Mucha aguapanela y pan
Pa' que coma como Mohán
Pa' que coja mucha agüita
Y no ande como guagüita.

Que no le vaya a pasar
Que lo pongan a danzar

Y el cuerpo no le aguante
Y se desplome como antes.

Don Enán, mi padrino querido, no pudo contener la
risa, al igual que todos los presentes. Entonces se le-
vantó y dijo:

Bienvenido este pelao
Sentate aquí a mi lao
Te recibo la encomienda
Dejá que yo te atienda.

Patiarquiado, patiseco,
Andás como chueco
Recordá que no sos pesca-o
Pa' hacete en bacalao.

Le das un beso a tu abuela
La que siempre te consuela
Como niñito llorón
Cuando te pones rabón.

Mis carcajadas se unieron a las de los presentes,
quienes se gozaron el buen rato que les hicimos pasar.
Cuando todos se fueron, mi padrino entró a la casa y
trajo consigo una caja de madera. De ella sacó unos
viejos papeles y al entregármelos me dijo:
—Cúdalos con tu alma. Encuentra tu camino.

Llegué de nuevo a casa hacia las 3:30 am. Me re-
costé y mi mirada se perdió en medio de la habitación
oscura. A lo lejos escuché la corriente del río y el canto
tierno de un pajarito. Las gotas que empezaron a caer
en el techo y la brisa fresca que entraba por la ventana
hicieron que entrara en un sueño profundo. En medio
de la madrugada, sentí algo pesado sobre mi cama, me
levanté sobresaltado y encendí una veladora. A partir
de allí, no pude volver a cerrar los ojos. Tomé las hojas
que me había dado mi abuela y continúe leyendo...

Muerte de la madre de Juan

Por Doña Rosa de Urrego

Ya era de mañanita
Rocíe agua bendita
Vecinos a casa llegaban
Muchos regalos cargaban.

A Juan en brazos cogían
Palabras bonitas decían
El niño Juan les sonreía
Los llenaba de alegría.

Un fuerte grito se oyó
Cuando la tarde cayó
Y la vida de Teresa
En un segundo cesa.

Del padre del pequeño
No se supo ni en sueño
Y así el pequeño Juan
Creció a orillas del San Juan.

Dicen que trajo desgracia
Aunque nació con gracia
Que lo rodea la oscuridad
Y la insolente soledad.

Con sus abuelos creció
Con amor se le crió
Aunque digan mil historias
No se borra de mi memoria.

El crecer de un niño

Por Doña Rosa de Urrego

De niño aprendió a pescar
Barbudos iba a buscar
Se montaba en la canoa
Con su amigo Gamboa.

Cuando yo echaba cuelga
Entraba Juan en huelga
Pues quería ir a la mina
A pescar pura guabina.

Aprendió a sembrar achín
Por la quebrada Tamín
Yuca, plátano y banano
Con sus propias manos.

Recogía agua y cargaba
Su abuela cansada estaba
Así se hizo muy fuerte
Se fue haciendo su suerte.

Valiente el niño crecía
No se veía cobardía
A su abuelo admiraba
Y a su abuela mucho amaba.

Estaba tan perdido como una aguja en un pajar.
Leía y mi mente divagaba. Sentí el peso en mis ojos,
era imposible contener el cansancio. Cuando estaba
a punto de quedarme dormido, escuché el susurrar
de dos voces en el pasillo. Me puse en pie, me acerqué
lentamente y pude darme cuenta de que se trataba de
mi abuela Rosa y mi padrino Enán.

Al mirar por una rendija de la puerta, vi a mi
abuela contener las lágrimas. Mi padrino hablaba
con la voz entrecortada, su respiración estaba agi-
tada y sus ojos alborotados. Lo que escuché luego
cambiaría el curso de una historia que al parecer
no terminaba.

—Rosa, hoy vi a Juan. Me encontraba en sus tierras sembrando achín y a lo lejos lo vi. Corrí a buscarlo, pero no lo alcancé. Me sonrió y se perdió entre las matas de banano. Cuando regresé al lugar mi catanga estaba llena y los achines ya estaban sembrados. Creo que lo mejor será que le pidamos a Juan Alberto que nos devuelva las hojas que le hemos entregado, debemos protegerlo.

—No —contestó mi abuela—. Juan jamás le hará daño.

Volví a la cama. Desde ahí escuché cómo se alejaban los pasos de mi padrino. Mi abuela se asomó a mi habitación, fingí estar dormido y vi cómo ella me daba su bendición, como siempre, antes de marcharse.

Al otro día empaqué lo que pude en mi mochila, busqué las hojas que mi abuela y Don Enán me habían entregado, pero no las encontré. Recorrí toda la casa sin éxito. Luego me escabullí entre los palos de guayaba, guama y caimito que había en el patio. Estaba decidido a ir a las tierras de aquel señor, del que tanto había escuchado hablar. Don Juan el Brujo.

Versos en honor a Don Juan el Brujo

Por Juan Alberto

Río abajo, río abajo
El misterio me trajo
En una canoa voy
He olvidado lo que soy.

Voces escucho a mi oído
¿Las he de dejar en el olvido?
O seguir hasta las tierras
A las que muchos se aferran.

Cuando pude reaccionar
A otras tierras iba a llegar
Unos se echaban la bendición
Otros entonaban una canción.

Me miraban con extrañeza
No veían en mi pureza
Escuchaba las carcajadas
Por otros esbozadas.

Llevaban escapularios
Conocidos como rosarios
Agua bendita en botellas
Se tapaban las huellas.

Cuando a la playa llegamos
Otra gente encontramos
Asustada y temerosa
Llorando y ansiosa.

Muchos de ellos se rieron
Como cobardes los vieron
Yo guardé silencio
Solo escuchaba el viento.

Oraciones escuché
Sin embargo no recé
Caminos distintos tomamos
Y así nos alejamos.

A las tierras de Don Juan
Todos iban con afán
A sembrar, a recoger
Y sus familias sostener.

Pero todos no entraban
De los caminos no pasaban
Se devolvían atormentados
Con sus pasos abrumados.

Me llené de valentía
Mientras mucha gente huía
Esta tierra me llamaba
Y yo a ella llegaba.

Llegada a las tierras de Don Juan
Por Juan Alberto

El verdor de la naturaleza
Lleno de sutileza y belleza
Se imponía en el paisaje
Cual si fuera hermoso traje.

Los árboles en su vaivén
Mientras yo decía amén
Por tan cordial bienvenida
Que me llenaba de vida.

Mariposas de colores
Flores, delicados olores
Todo a mi paso sentía
Todo a mi paso vivía.

Palos de guama, borojó
Chontaduro, almirajó
Adornaban los caminos
Anhelados por campesinos.

Todo allí era diferente
Tal cual decía la gente
Que soñaba que Tamín
No llegara a su fin.

Mientras todo yo admiraba
Cosas lindas imaginaba
Inició un fuerte aguacero
Que no caía desde enero.

Desprevenida llegó la noche
Con la luna como broche
Mientras la luna iluminaba
El aguacero todo inundaba.

Corrí desesperadamente
Respiraba bruscamente
Todo se puso oscuro
No había camino seguro.

Empecé a buscar ayuda
La naturaleza estaba muda
O tal vez solo observaba
Los pasos que yo daba.

Me encontré desorientado
Estaba muy abrumado
Sin saber a dónde ir
O cual camino seguir.

El aguacero se hizo tormenta
Mientras la luna ahuyenta
En un momento inesperado
Mi suerte había cambiado.

Escuché un fuerte sonido
Me tomó desprevenido
Se desprendía una rama
De un enorme palo de guama.

Inútil sería tratar de correr
Pues nada podía hacer
La rama hacía mí venía
Y la muerte yo presentía.

Desperté en medio de una enorme sala. Por las rendijas entraba la luz del nuevo día. Sentí un fuerte dolor en mi pierna derecha y al mirarla observé que estaba lastimada. Sobre ella habían aplicado un ungüento de siempreviva y santamaría; conocía estas hierbas. Entonces me pregunté: ¿Cómo llegué hasta aquí? ¿De quién era esta casa? Mis pensamientos se vieron interrumpidos al sentir un profundo aroma dulzón. Me puse en pie y me dirigí a la cocina. Sobre el fogón de madera había una olla de aguapanela y dos plátanos asando. Sentía demasiada hambre, pero también sentí pena de tomar algo que no me pertenecía.

Salí al patio trasero, que era hermoso. Había árboles que pensé ya no existían, se respiraba un aire fresco. Me sentí tranquilo. Luego escuché un ruido en la cocina, entré nuevamente y vi servidos sobre una pequeña mesa de madera un pocillo de aguapanela y un plátano asado. Todo rastro de angustia se desvaneció y decidí comer. Al terminar quise salir al frente de la casa, pero antes de llegar a la sala, pasé delante de una puerta entreabierta. La empujé lentamente y entré.

Las paredes del recinto estaban empapeladas con periódicos, había una vieja mesa de madera en una esquina y, en medio de la habitación, un velón blanco. Me acerqué un poco y vi sobre la mesa hojas sueltas, ya amarillas y algo carcomidas. Mi mano tembló un poco al tocarlas. Para mi sorpresa, comprobé que

algunas correspondían a las que se me habían perdido. Apresuré el paso y salí de aquella habitación.

Me senté afuera de la casa. Mi espíritu cual remolino y mi corazón cual fuego ardiendo se preguntaban: ¿Cómo llegaron aquellas hojas hasta allí? ¿Quién estaba en aquella casa? ¿Debería irme? Después de unos minutos revisé nuevamente las hojas y me di cuenta de que había otras que no eran ni de mi abuela ni de mi padrino.

Se vistió el cielo de negro, adornado con una brillante luna. Saqué el velón de la habitación al patio de enfrente y me senté en una banca de madera. Comencé a leer. Decidí terminar de leer los versos de mi abuela y comenzar con los de Don Enán:

De la Juventud de Juan

Por Doña Rosa de Urrego

Alto, pelo apretado, musculoso
Valiente, honesto, valeroso
Espíritu libre, creativo
De injusticias era cautivo.

Todo amaba inmensamente
Era amigable y decente
Aprendió a hacer el bien
Sin importar a quién.

Su corazón latió de amor
Aunque llegara el dolor
Dicen no tenía corazón
En eso no tienen razón.

Construyó mucho a su paso
De un conversar escaso
Manos bendecidas tenía
Al tocar la tierra, latía.

¡Brujo, brujo, lo llamaban!
A que durmiera esperaban
Para hacerle cualquier mal
Y su casa llenar de sal.

Todo aprendió empíricamente
Ayudaba a la gente
Pero quienes envidia sentían
Verle morir querían.

Sus tierras prosperaban
Con amor las sembraba
Pero se desató la furia
Y llegó la vil injuria.

Su casa incendiaron
De brujo lo llamaron
Hicieron que no volviera
Ni tranquilidad tuviera.

¡Ay pobre mi niño Juan!
Te extraña el Río San Juan
Regresa a esta tu tierra
Olvídate de esta guerra.

Una tras otra cayeron las lágrimas. Mojaron
aquellas letras escritas con dolor, sentí nostalgia.
Lancé un suspiro al cielo, miré a mi alrededor y la
noche emanaba paz, tranquilidad y dulzura. Entonces
entendí la fuerza del vínculo entre mi abuela
y él. Tomé las dos hojas escritas por mi padrino y
seguí leyendo:

Un amigo

Por Don Enán Mosquera

¡Enán, Enán, Enán, Enán!
Me llamaba con afán
Vamos a tirar el anzuelo
Hagamos de esto un duelo.

Juntos, unidos crecimos
Hasta viejos nos dijimos
Conocí su humilde corazón
¡Infamia llamarle ladrón!

De pequeños mucho jugamos
De grande también bailamos

Vi su espíritu forjarse
Y nunca ante nada afanarse.

Con desdén le llaman brujo
Su sabiduría esto produjo
Hoy de él mucho se dice
Por eso estos versos hice.

Las historias mal contadas
Palabras disparatadas
Voy a aclarar un poco
Mientras su espíritu toco.

Del incendio de Tamín

Por Don Enán Mosquera

Aquella terrible noche
Llena de mordaz reproche
Todos a él insultaban
Que era brujo insinuaban.

Tamín ardía en llamas
Se escuchaban proclamas
¡Juan es el culpable!
¡Es un ser indeseable!

Todos corrían a las calles
Lo culpaban con detalle

Pues el día anterior
Había dicho a Nicanor:

—Don Nicanor, tuve un sueño
Las tierras no tenían dueño
Pues un incendio voraz
Detener no fui capaz.

Todo, todo se consumía
Sin importar lo que yo hacía
Con angustia todos lloraban
Otros inútilmente rezaban.

Todo esto dijo mi amigo
Al que sería su enemigo
Pues Tamín vivió un incendio
Yo lo estaba viviendo.

Rayos cayeron en el pueblo
Al recordarlo tiemblo
Pero fue culpable el destino
No ningún vecino.

Culparon a mi querido amigo
Que estaba ese día conmigo
Lloró desconsoladamente
Ante la cruel y vil gente.

Pocas casas quedaron en Tamín
La de Helena y Don Agustín

Los árboles eran cenizas
Que se habían vuelto trizas.

Gracias al cielo nadie murió
Pero una tumba se cavó
Enterrarlo vivo querían
No importaba lo que perdían.

Juan a todos enfrentó
En su discurso no erró
Logró a muchos persuadir
La calma empezó a fluir.

Desde allí quedó señalado
Por algunos atacado
Juan el brujo le solían llamar
Y su destierro clamar.

Leí casi hasta el amanecer los versos de Don Enán y los otros que encontré en aquellas hojas que no sabía a quién pertenecían. Eran las mismas historias, contadas por dos personas diferentes.

En los versos se contaba la verdad de muchas historias terribles que se le atribuían a Don Juan. Recordé algunas conversaciones con personas del pueblo, quienes decían que todo lo malo que acontecía era culpa de Don Juan el Brujo. Comprendí muchas cosas y me sentí an-

sioso de darlas a conocer. No entendía por qué mi padrino y mi abuela no decían la verdad sobre aquel señor. No había sido culpable de la muerte de muchos animales, pues una peste había sido la razón. No envenenó jamás el agua, que había sido contaminada por un líquido que algunos extranjeros echaron al río para sacar peces. No saló las tierras en Tamín, pues muchos descuidaron sus tierras y así se revelaba una verdad tras otra...

Decían también que las tierras de Don Juan eran las más prósperas de la región, pues él sabía conjuros para sembrar y cosechar. De todo esto se hablaba en los versos.

Se vino el aguacero y entré a la casa. Recosté mi cabeza en el suelo. De pronto vi una sombra pasar de la habitación a la cocina. Me levanté, traté de seguirla, pero fue inútil. Sobre la mesa de la cocina encontré, arrugado y rasgado de lo viejo, un cuaderno. ¿Acaso, era aquel cuaderno que, según decían, tenía miles hechicerías, brujerías y secretos?, me pregunté. Al abrirlo...

—¡Juan Alberto, Juan Alberto, Juan Alberto! —escuché a lo lejos las voces llamarme. Logré reconocer algunas: se trataba de Don Enán y algunos amigos de mi abuela. Había perdido la noción del tiempo. Me asomé a la puerta y vi que se acercaban. Volví rápidamente a la cocina pero el cuaderno ya no estaba. En su lugar había dos hojas que parecían recién escritas. Mientras llegaban leí la primera hoja:

A Inés

Tu particular belleza
Como el espíritu que reza
Donde no encontré dureza
Ni sobras de tristeza.

Eres tú, amor eterno
Donde no existe infierno
Donde todo se hace tierno
Donde es dulce el invierno.

Tu camino, mi camino
Mi particular destino
Como rocío a mi vino
Y así todo convino.

No llores, pronto vendrás
Paz y calma tendrás
De mi camino sabrás
A mi lado estarás.

Al alejarme de la casa, vi como un hombre de sombrero blanco, alto y de cabello canoso me decía adiós y sonreía mientras se alejaba. En un pestañeo la figura desapareció. Tomé la segunda hoja. Solo había tres frases escritas... frases que siempre serán mi más grande secreto.

Al instante recordé una vieja foto que había en casa
de mi abuela y que mi madre Inés aún tenía. Sentí un
profundo escalofrío. ¡Era él, mi padre: Don Juan el brujo!

¡Tierra, tierra, tierra, tierra!

*Mi alma está sembrada en ti
Desde pequeño te conocí
En mis entrañas te sentí
Tus caminos siempre recorrí.*

¡Tierra, tierra, tierra, tierra!

*A veces dura, a veces cruel
He sido tu amigo fiel
Como la abeja a la miel
Como mis huesos a mi piel.*

¡Tierra, tierra, tierra, tierra!

*Con mis manos te he sembrado
Con amor te he labrado
A ti, me he atado
Y sufrimientos he ganado.*

¡Tierra, tierra, tierra, tierra!

*Don Juan el brujo me han llamado
Ellos dicen, te he embrujado
Para no sentirse desconcertados
Yo, simplemente te he amado.*

Don Juan el Brujo

ISBN: 978-958-56244-5-0

DON JUAN EL BRUJO

© Dayana Zapata Flórez (Quibdó, Chocó)

Normalista Superior y Licenciada en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica del Chocó Diego Luis Córdoba. Docente de preescolar y actualmente tutora del Programa Todos a Aprender.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

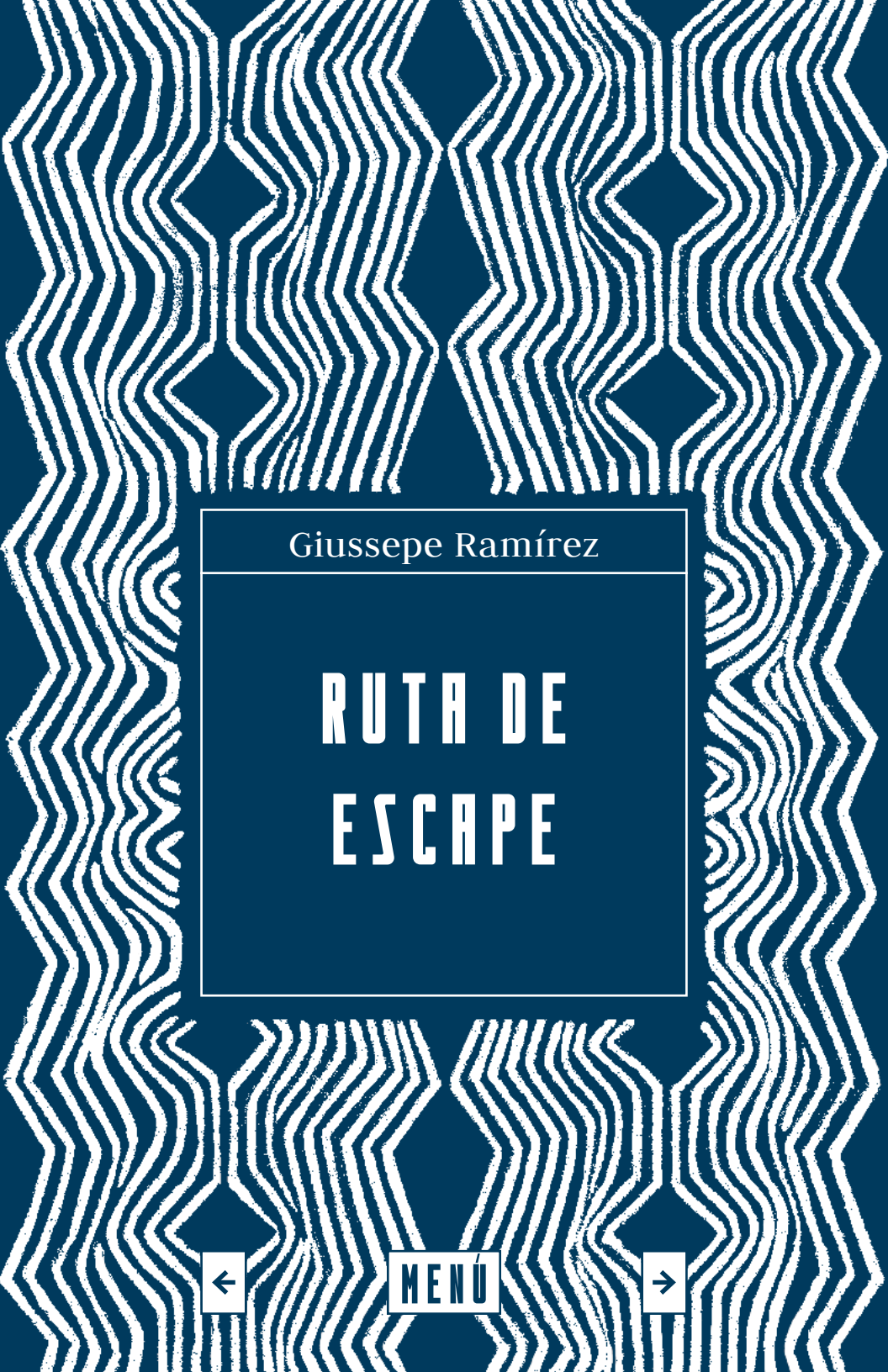
www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Giussepe Ramírez

RUTA DE ESCAPE



MENÚ



O dio mi vida, quiero largarme.
La motocicleta truena a la una de la mañana por cuarta vez esta semana. Despierto sobresaltado, con la sensación de que en ella va el ladrón de algo muy valioso para mí. Doy vueltas en la cama a la espera de que el sueño me caiga encima otra vez, que la oscuridad haga lo suyo. Lo busco en los rincones, pero es imposible. Las aves inician su canto. Es aterrador: la inminencia de la luz en medio de la oscuridad.

Las detesto. Detesto su invocación solar.

Me siento en el sillón, resignado a dejar que el tiempo corra hasta la hora de ir a trabajar. Presiono mis sienes para contener los demonios que quieren salir de

mi cabeza. Los sonidos de la ciudad me tienen tomado por el cuello. Maquino extrañas maneras para que cesen de atormentarme.

Qué hago en la ciudad, me pregunto cada noche o cada mañana en la que un ruido me altera. Digo ruido, pero podría ser otra cosa que no se me ocurre o no quiero decir. Procuro salir de casa solo cuando estoy obligado; evito caminar por las calles. Pero ni siquiera la casa sirve de trinchera.

En la oscuridad de la sala planeo formas de devolverme la tranquilidad arrebatada. La calle me recibe con el escupitajo negro de un autobús. Camino con terror por la acera porque debo lidiar con seres anónimos que pueden hurtarme la paz o declararme la guerra. Siento que me miran raro, como si sospecharan algo. Frunzo el ceño, pongo los ojos desconfiados y aprieto la mandíbula para repeler cualquier ataque. En el autobús recibo la estampida de unos animales afanados sin segundos en sus muñecas. Una selva silenciosa, siniestra y llena de depredadores es un lugar más acogedor que este pequeño autobús donde contenemos la respiración para apiñarnos antes de que cierren las puertas.

Llego a la oficina y le exijo a mi jefe las vacaciones acumuladas de dos años.

Con el tiempo de las vacaciones en mis manos decido ir a Gorgona, huir de tierras continentales, de la ciudad

y sus cadenas: reuniones aburridas, horarios de trabajo, rutas anacrónicas, hombres hostiles; el progreso.

A ver si el mar en su infinitad líquida silencia la moto que ha interrumpido mi sueño y persiste como una herida abierta en mis oídos.

Fue mi tercer viaje en avión. Decidí poner el equipaje de mano entre mis piernas. Llevaba una linterna y una caja de fósforos. Era mi manera de decirme que estaba preparado ante la eventualidad de tener que encender una fogata muy cerca de las ruinas del avión. Cubríamos la ruta entre un par de pueblos colombianos. No debería tomar más de una hora.

El avión voló por encima de la hostilidad que caminaba por los andenes y de los odios alimentándose tras un volante; desde arriba se veían indefensos. Cuando ganamos altura fueron inexistentes. Sonreí. Nos alejamos hasta que entramos en la solitaria paz de las nubes. Hubo gritos y angustias cuando el avión amenazó perder altura y entró en un vacío. Sin embargo, el avión mantuvo la ruta sin contratiempos ni aterrizaje de emergencia.

Atravesamos parajes inhóspitos del Pacífico colombiano. En mi mente repasaba lo que vería si hacía el recorrido en lancha: extensos bosques tropicales llenos de natos vacíos y manglares sembrándose a sí mismos; esteros y ríos caudalosos, de esos que arrastran troncos y

cadáveres; aldeas de pescadores encalladas en el barro; pistas de nieve oscura cubiertas en la noche por el agua.

La azafata repitió los movimientos robóticos de siempre: las manos paralelas señalando los pasillos, en cruz indicando las salidas de emergencia, como si fuera fácil lanzarse a gran altura, o como si uno siempre eligiera el precipicio y no las llamas. Nos recostamos sobre el ala izquierda, salimos del limbo blanco y nuestros ojos tuvieron que adaptarse al contraste verde. El tren de aterrizaje se desplegó penosamente. Por la ventanilla observé los techos de las casas, construidas al lado del aeropuerto, rozadas por las alas del avión.

Descendí pensando si regresaría a salvo para terminar de escribir esta historia, o si en caso de un accidente el manuscrito sobreviviría a la humedad y al fuego. Metí en el maletín las hojas que contenían las primeras líneas de este relato. Las protegía entre un folder de cuero.

Hacía calor, del tipo de calor que se pega a la piel como sustancia viscosa. El aeropuerto era la unión de dos pequeñas salas sin televisores. No había bandas transportadoras de equipaje. Un carrito oxidado trajo las maletas arrumadas.

Tomé la mía y fui a pasear por los puestos de dulces y bebidas típicas que se encontraban a pocos metros de la bahía, donde algunos mototaxis esperaban a los turistas. Me detuve frente a uno que exhibía

unas galletas apetitosas. Tomé un paquete y mientras pagaba un hombre mayor se me acercó. Tenía los hombros bajos y una mirada solemne.

—Joven, ¿tiene candela? —Extrajo un cigarrillo de una cajetilla vieja—. Me quitaron el encendedor.

Mientras buscaba la caja de fósforos en el maletín, un folleto de Gorgona cayó al piso. Le extendí los fósforos.

—¡Vaya! Ya no se ven muchas de estas —dijo el hombre, usando como sonajero la caja de fósforos—. Ya la gente ni siquiera fuma tabaco. Se llevan a la boca una especie de falo electrónico al que solo deben hundirle un botón para hacer humo. ¡No me diga que usted también va para Gorgona! —dijo, y se agachó con el cigarrillo encendido para recoger el folleto. De su pequeño morral sacó uno igual y celebró la coincidencia con una sonrisa amarillenta. Me dio la mano. Dijo llamarse Bruno. Me invitó a tomar el mismo mototaxi para ir al muelle.

Durante el trayecto, lleno de baches, fumó rápidamente el cigarrillo. Procuró que el conductor le diera toda la información posible del pueblo, la comida, las fiestas, el licor, las culebras y el mar.

Mientras bajábamos por las escaleras del muelle, que parecían el vestigio de una antigua ciudad ahora sumergida, Bruno me pidió de nuevo un fósforo.

—Se la regalo, usted la necesita más que yo —le dije con la caja en la palma de mi mano.

—Hacía tiempo no me daban un regalo tan útil.

En el muelle estaba la lancha esperándonos. Subimos y ocupamos puestos a estribor. En la otra orilla del río los yarumos estaban quietos y las canoas atacaban a fuerza de motor y canaleta las distancias. Bruno botó el humo por la nariz y subió un poco las piernas.

—El mar es insoportable pero va a valer la pena atravesarlo para conocer la isla. Además he recibido un buen regalo.

Miró la cajita de fósforos como si fuera un objeto extraño que escondiera algún misterio milenario. Yo lo miré disimuladamente a la cara. Sus ojos eran más claros que los míos, pero menos brillantes.

La lancha encendió motores. Tomamos camino por un brazo del río que nos escupió en el mar. En algunas zonas disminuimos la velocidad para no quedar atrapados en un bajo o chocar con el tronco de un árbol. El mar apareció paulatinamente, hasta que el bosque desapareció y solo éramos el cielo, el mar y nosotros. Miré las olas repetidas. Imaginé que eran pequeñas montañas volcánicas por las que navegábamos. Estaba prohibido fumar durante el trayecto.

—Parece que el mar pudiera esconder, cubrirlo todo —comentó Bruno, y lanzó una bocanada imaginaria.

—Debe ser. Antes todo estaba cubierto por agua.

Bruno sacó una fotografía de su billetera. La miró con el cigarro apagado en la boca. Eran una mujer

y un niño. La mujer con vestido azul y el niño con abrigo verde.

—Yo quisiera esconder aquí —abarcó con la mano toda el agua— secretos que ni siquiera las personas que más nos aman soportarían, que ni siquiera nosotros mismos soportaríamos que ellos supieran. Sin embargo, son secretos tan parte de nosotros, tan nosotros mismos, que mantenerlos en la oscuridad es una tortura.

Todavía tenía la fotografía en la mano cuando vi que la arrugaba y, como si soltara una pesada carga, dejaba que el viento la arrastrara hacia el mar.

El viaje transcurrió entre olas que zarandearon la pequeña lancha. Durante el recorrido una mujer habló excesivamente, como si temiera su silencio y quisiera comprobar a cada segundo que seguía viva; los demás pasajeros tomaban todas las fotografías que podían, como si al día siguiente perdieran la memoria y ese exceso los salvara del olvido y el vacío en sus cabezas. El sol aún no asomaba. Las nubes flotaban bajo.

Gorgona nos recibió con una lluvia menuda. A varios metros de la costa el sonido de un coco contra el suelo se perdió rápidamente entre la selva, habitada por culebras, monos capuchinos, ranas y una cárcel abandonada que era el principal atractivo turístico. Allí los visitantes se fotografiaban tras las rejas con sonrisas que sus antiguos habitantes nunca esbozaron.

Primero visitamos la antigua prisión. Una virgen daba la bienvenida al sitio. Algunas construcciones habían sido consumidas por la naturaleza pero otras intentaban mantener su antigua fachada. Podían verse árboles que echaron raíces sobre un muro de tres metros, musgo y enredaderas tapando lo que antes era el límite gris de un condenado. Los monos capuchinos paseaban por un árbol que daba sombra a uno de los patios. Los fogones, que estuvieron encendidos durante veinticuatro años, ahora exhibían el óxido acumulado después de la clausura. Los comedores se extendían como archivos de banquetes nada apetitosos. Los baños, con sus muros recortados a la altura de la cintura para vigilar los movimientos de otros reclusos, daban la impresión de una capilla donde se practicaron rituales oscuros. Para gracia de todos, un visitante simuló defecar en una letrina tapada de hojas secas. En el dormitorio que supuestamente aseaban con regularidad, los murciélagos se descolgaron de los camarotes al escuchar nuestros pasos. El segundo dormitorio ya era dominio de la vegetación. Después de atravesarlo se encontraba un pequeño boquete en la pared clausurada con alambres, que según los guías fue una antigua ruta por donde un prisionero escapó y por la que ahora no se podía transitar.

Después del recorrido el grupo se dispersó. Me senté en la playa a intentar ver una ballena y escoger

piedras planas para lanzar al agua. Los soldados de la fragata que custodiaba la isla reían. Bruno vino a sentarse a mi lado mientras un pelicano rompía el agua en busca de comida y emergía con el pico vacío. Me acompañó en silencio por dos minutos.

—Vamos de nuevo a la prisión, tal vez encontremos algo interesante. Está también la ruta prohibida. Estos guías son muy aburridos. En una prisión siempre hay vestigios de sus habitantes, pero sobre todo de su dolor.

Dudé. No quería romper las reglas. La curiosidad fue más fuerte.

Nos levantamos sin que nadie lo advirtiera. Volvimos a atravesar los patios, el comedor, los dormitorios, los cuartos de aislamiento y la cocina.

—Los prisioneros trabajaban más de siete años para llevar a cabo un plan. Pasaban una temporada en la cocina para robar víveres, después en labores de carpintería y tala para conseguir la madera necesaria y construir una barcaza que escondían muy bien hasta el día de la fuga. Documentadas y exitosas hay dos —le dije repitiendo lo que había leído antes del viaje.

—Fueron más. Justificaron otras fugas con la muerte de prisioneros a manos de los tiburones, pero ya sabemos que los tiburones del Pacífico son mansitos. Además, la muerte no tiene que ser un tiburón, puede ser simple agua, la cáscara de un plátano al borde de un abismo o el azar de un rayo en medio de

la pradera. —Bruno hablaba como un animal herido que aguarda la muerte y ve símbolos de ella en los pequeños detalles o en las circunstancias más improbables.— En cualquier caso, la muerte era preferible a una condena en este sitio. Pero algunos hombres temen acabar con sus tormentos.

Llegamos a los calabozos. Bruno entró a uno de ellos. Examinó una de las paredes. Me llamó con un gesto de la mano. Cuando entré estaba acostado sobre el muro. Señaló una imagen: un cristo demasiado anguloso con un pelo abundante cubriéndole la cara, grabado en la pared con trazos rectos. Al lado, un poema. Esforcé la vista para leer.

*Voy a contarte mi secreto a solas
le dije una vez al mar y con sentida voz,
le conté el desastre de mi vida.
Y al conocer mi amarga desventura
—hombre —exclamó con doloroso acento
soy grande, pero más es tu tormento;
soy hondo, pero más es tu amargura.*

Bruno me miró para advertir mi reacción. En aquella celda la vida se hacía más pequeña. El dolor y los demonios de sus antiguos habitantes empezaban a meterse por los huesos y a presionar el pecho, como si desde el pasado vinieran a compartir sus angustias y miserias.

Salí inmediatamente.

Bruno siguió tendido unos segundos para hacer suyo lo que flotaba en ese cuarto de confinamiento.

Esperé impaciente a que saliera.

—Julio Flórez —susurró al salir. Hablaba para él mismo.

—Quién es Julio Flórez —pregunté.

—Algún condenado se sabía el poema de Julio Flórez

—dijo como si no me hubiera escuchado.

Continuamos el recorrido. Las gotas de lluvia aumentaron su tamaño y el día se hizo más oscuro. Nos detuvimos en el dormitorio donde la naturaleza había reclamado su lugar; en un sitio como ese, donde llovía diariamente, el límite de la vida no lo impondría un alojamiento de criminales.

—No tendría ningún problema en morir aquí —dijo Bruno.

Atravesamos el dormitorio. Miramos el inicio de la antigua ruta. Bruno se arrastró por la tierra, con cuidado de no cortarse la espalda. Lo seguí. El sendero tenía la hierba descolorida y partes fangosas por las que transitamos con cuidado de no resbalar. Era estrecho y la vegetación le había robado espacio.

La humedad se pegó a nuestros cuerpos. Una sed para la que no íbamos preparados nos acosó las lenguas. Terminamos el ascenso. El sendero continuaba. Aún era de día. Descansamos unos minutos en la cima mientras mirábamos la cárcel infinita que rodeaba a la

isla. Sentado sobre una piedra, Bruno buscó mi aprobación para continuar. Levanté el mentón en dirección al otro lado de la isla.

Descendimos. El terreno era resbaladizo. Tuvimos cuidado de no caer. Había piedras que nos pudieron significar la muerte. En algunos puntos nos agarramos de las raíces de los árboles para no rodar por la pendiente. La base del cerro estaba a trescientos metros. La tarde cayó tras nuestros pasos.

Vimos pasar el día y las nubes entre las copas de los árboles; aves que batían sus alas por última vez buscando un lugar para descansar. Era de noche y las serpientes emergieron de los fosos de la isla; las ratas nos pasaban por encima, sin detenerse. Encendí la linterna. Nos rodeaba una oscuridad de árboles y puntos de colores que nos miraban sin moverse. Desde donde estábamos se veía la penosa imagen de la luna reflejada en la mancha negra que era el mar a esa hora. Procuramos que nuestra respiración se confundiera con el viento para no asustar a los animales. Descendimos cerca de la playa, pero no llegamos hasta ella. Nos detuvimos tras el tronco de un árbol, exactamente donde el sendero terminaba con una cruz hecha de ramas que se elevaba sobre un pequeño montículo de tierra. Bruno encendió un cigarrillo. Un espectro surgió en la escasa luz que alumbraba la improvisada tumba.

Bruno empezó a cavar.

Yo lo miraba impaciente.

Sus grandes manos no sacaban suficiente tierra.

Sostuve la linterna entre los dientes para ayudarlo.

Abrimos un hoyo del tamaño de un bebé. Los brazos se nos cansaron cuando el tiempo perdió su límite común, cuando sus unidades se convirtieron en una falta de sentido, y ahora era el montón de tierra a nuestro lado, los metros cúbicos que poníamos donde no llegaba la luz. Nos detuvimos. Bruno movió los antebrazos para desentumecer los músculos. Pasó la manga de la camisa por su frente. Tenía el aspecto de un minero. Observó sus uñas negras. Un viento cargado de sal refrescó el aire. Me pidió que volviera a alumbrar el hoyo. No regresaría hasta no encontrar algo, dijo. Yo tenía la boca cansada. Dejé de excavar. Seguí alumbrando. Reanudó la tarea con una nueva técnica. El hoyo tuvo el tamaño de un perro grande. No había nada, ni huesos ni pájaros muertos. Bruno estaba exhausto. Apagué la linterna por un momento para que la batería no se agotara.

Nos tendimos al lado del hoyo a descansar y a ver el cielo. Nos llegaba el rumor del mar y las pisadas de quién sabe qué animales. Los ojos me pesaban. Cuando los cerré, la mano terrosa y olorosa a tabaco de Bruno me acarició la mejilla. No hice nada.

Regresamos en silencio.

Atravesamos los mundos de tres pasos que creaba la linterna.

ISBN: 978-958-56244-4-3

RUTA DE ESCAPE

© Giuseppe Ramírez (Cali, Valle del Cauca)

Estudiante de Economía en la Universidad del Valle, columnista en el portal web Tras la cola de la rata. Sus cuentos y relatos han sido publicados en revistas como Lexikalia y Literariedad, y en el periódico El Pueblo de Cali.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

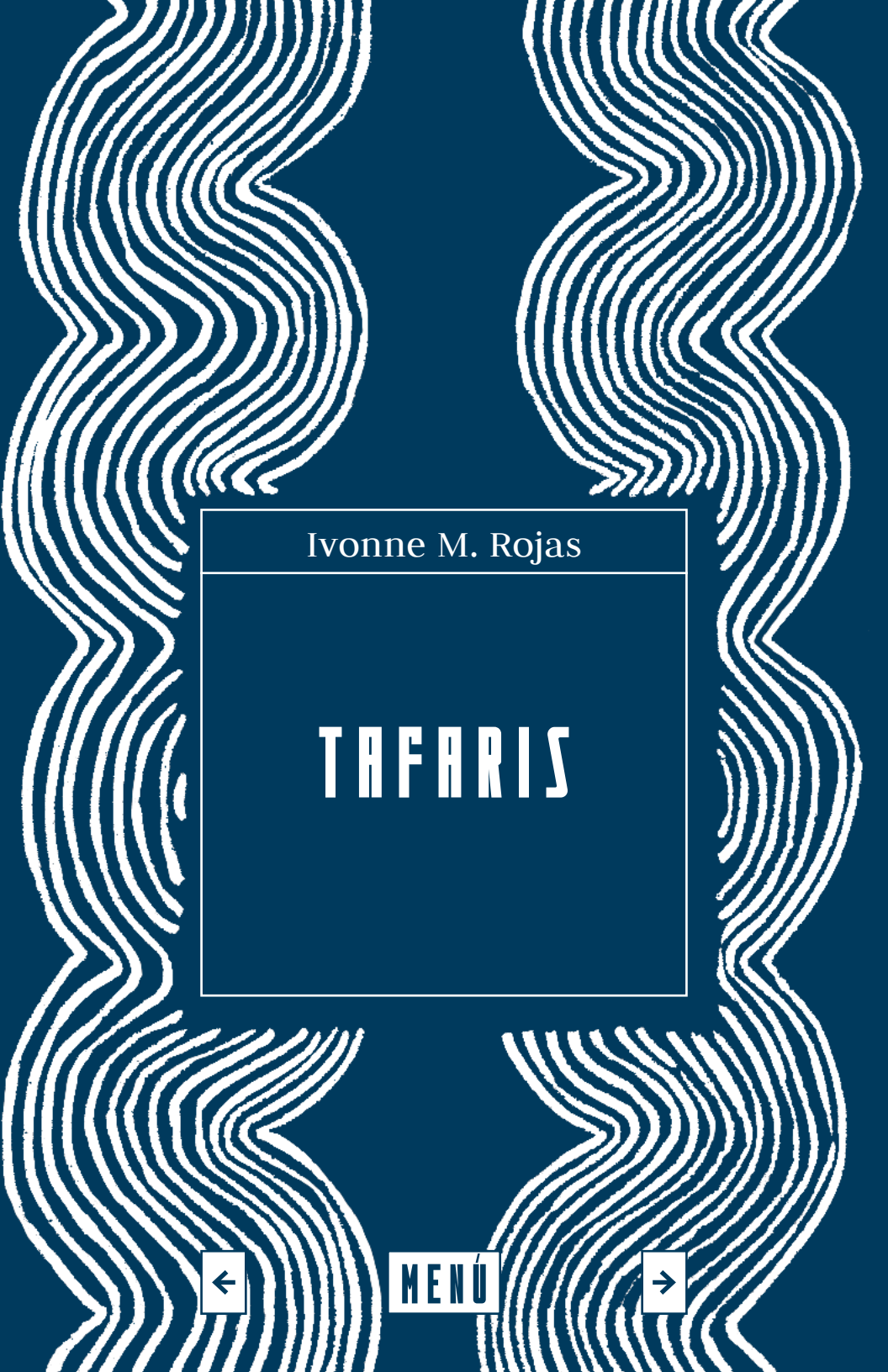
www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Ivonne M. Rojas

TAFARIS



MENÚ



A noche vi a la muerte, Enam, anoche vi a la muerte y se reía de mí. La vi afuera de la casa y cuando me dormí se me metió en los sueños y no me dejó dormir. Decime algo, no te quedés ahí mirándome como si nada. ¿No me escuchás?

—Dejá a esa pobre en paz. De ti se ríe porque la desafías y uno debe cuidar sus límites, no se debe luchar cuando se va a perder, mucho menos quitarle trabajo a alguien tan poderoso. Cada vez que alguien enferma, en algunos casos cuando hasta los médicos han desahuciado al enfermo, tú les das remedios que los alivian y le dañas el trabajo. ¿Cómo no querés que esté esperando tu momento?

—No digás eso. Enam, que yo solo ayudo a las personas con el don que el creador me dio. ¿O será que ya llegó mi momento?

—No lo sé, no lo sé. ¿Qué más te puedo decir?

—Malagradecido, salvé a tu mamá de esa mala muerte que le venía y ahora resulta que desafío muertes.

—Mejor hacé las maletas de los dos, como de viaje sin regreso, que al atardecer nos vamos. Si es cierto eso que dicen, que ella visita la vida de su muerto una noche antes de llevársela, hoy te deja sin vida y yo sin vos no sé vivir, mujer.



A aquel lugar llegamos por azares del destino. Enam y yo navegábamos por aguas del Pacífico, en la ruta que va de Buenaventura a Tumaco, una noche del mes de mayo, de hace ya muchos años. Perdimos nuestra ruta y acabamos encallados en una isla en medio de la nada. Vimos luces que danzaban al son de la también lejana melodía de fondo. La curiosidad y lo lejos que estábamos o creíamos estar de nuestro destino, nos hizo pensar que esa noche podríamos quedarnos allí para continuar viaje temprano en la mañana.

Bajamos de la lancha y tocamos la campana que estaba justo en el camino de entrada para anunciar nuestra llegada. A medida que avanzábamos, de a pocos se

escuchaba más y más cerca la música. Todos salieron a recibirnos en medio de cantos y sonrisas.

Unos días antes, no se sabe cuántos, habían llegado a la población tres hombres con el rostro pintado de alegría, nariz roja y ropas de colores estampadas con globos, además de dos mujeres vestidas de faldas largas y anchas, cubiertas de joyas, y otro par que decían tener habilidades excepcionales, poderes que nunca demostraron porque no había espacio suficiente para su función. Los dirigía el hombre que, según se decía, era el mago y que tenía la capacidad de saber lo que sucedería, segundos antes de que esto ocurriera, inclusive cualquier variación en los hechos que se produjera a última hora él también la sabía. Esa misma noche, en su función, el mago supo que llegaríamos. Por eso habían salido a recibirnos. La carpa en la que montaban su acto estaba armada en una esquina del parque, entre dos palmeras y desde su llegada no habían tenido una sola noche sin función.

Ni los del circo ni nosotros volvimos a salir. Pasaron muchos días con sus noches, meses y años, pero nadie abandonaba la isla más que para pescar y pianguar.

Ailakoko, que así se llamaba el lugar, era habitada por unas treinta familias de pescadores y concheras, eso sí, con muchos niños que correteaban de un lado a otro, sonriendo, jugando. Las casas eran palafíticas, con pequeñas ventanas y amplias puertas, pintadas desde los techos hasta el piso de muchos colores,

amarillos, azules, verdes, naranjas, fucsias y rojos engalanaban sus fachadas y algunas tenían paisajes completos pintados. Estos dejaban ver verdes palmeras, frondosas plantas y coloridas flores que parecían extenderse hasta su interior e invitar a habitarlas. Las casas estaban ubicadas a lado y lado de un estrecho camino de madera que facilitaba el paso a sus transeúntes y terminaba en el poco espacio de tierra firme con el que contaban y en el que había una pequeña plaza de mercado donde se intercambiaban alimentos los fines de semana. Un salón con las letras del abecedario pintadas en su fachada hacía las veces de escuela y, como centro de todo, había un parque bordeado por palmeras y sillones hechos con troncos de madera en los que se sentaban a respirar el mar los más abuelos.

Todos parecían desconocer los avances del mundo o quizá habían renunciado a ellos. El agua para consumo se recogía durante los aguaceros y era albergada en grandes barriles. En las noches afuera de cada casa se ponía una antorcha encendida que no se apagaba hasta muy tarde.

Después de las ocho de la noche se reunían en un salón comunal jóvenes, niños y ancianos a contar sus aventuras del día, a danzar al son de la marimba entonada en un currulao y a planear el siguiente día de trabajo. Se despedían entre coplas y alabaos.

Esos días sin tiempo se fueron pasando. Habíamos encontrado un maravilloso lugar en el que las horas

parecían medidas en la hamaca de la paciencia y custodiadas por la tranquilidad; también nosotros entregamos nuestros pesares al mar para que cuando la marea subiera y golpeará con fuerza se los llevara bien lejos.



—Aquí nadie envejece, el que está viejo, es porque viejo llegó. Así decían en la isla y creía que era una forma de presumir de vidas sobre vidas, porque, aunque no eran muchos, juntos sumaban edades eternas.

La primera vez que me senté en el parque a dejarme acariciar por la brisa, junto a mí se sentó un hombre que por su aspecto debía tener muchos años, de hecho yo lo creía el más anciano de la isla. Al preguntar por su edad me sonrió y dijo:

—Tengo todos los años de la Tierra, los de los hombres juntos, los del pueblo en triple. Aquí tenemos la edad del mundo.

Luego, se marchó.



Yo siempre disfruté de ser pianguera, desde muy pequeña. A bordo de un angosto bote de madera que teníamos en casa y que impulsábamos con remos, mi Nana y yo salíamos temprano en la mañana, cuando el radiante anaranjado apenas asomaba en el horizonte. Allí, aprovechando la marea baja para caminar entre

los manglares, buscábamos la piangua. Aún tengo fijada en mí la primera vez que salí en el bote con mi Nana a Cabo Manglares y vi la inmensidad del río Mira.

A ser pianguera me enseñó mi madre y a mi madre, a su vez, le enseñó la suya y así de generación en generación. Entre cantos de laboreo, mitos y leyendas me pasaba gran parte del día, junto con las otras mujeres del pueblo y sus hijas y nietas y sobrinas y nueras y vecinas, conocidas y desconocidas... éramos una gran familia. Al llegar a casa dejábamos un poco de piangua para la comida y el resto lo vendíamos. Con el dinero que recogíamos, mi Nana me compraba regalos y ayudaba con los gastos de la casa.

En la isla, como no podía ser de otro modo, mi labor era ir a pianguar. Salíamos de a dos por bote, antes de que despuntara el alba. La piangua que recolectábamos en la isla la llevábamos al mercado y la cambiábamos por plantas, frutos, flores, pescados...

La única mujer que no salía a pianguar era Maisha. Ella siempre salía a despedirnos y augurarnos buen día de trabajo, pero nunca la vi subida en un bote. Había quienes creían que si ella salía de la isla, toda nuestra forma de vida desaparecería. También se rumoreaba que la silueta de mujer que salía cada noche, justo después de que las antorchas se apagaban y que se escurría por el delgado hilo entre la noche y el amanecer, era la suya. Decían que se alcanzaba a ver cuando el mar le servía de espejo a la luna y que era el

momento en el que salía a pactar tiempo con el tiempo y a embolatar a la muerte. Yo nunca la vi.



Maisha era una mujer de pocas palabras a la que le bastaba el silencio para irradiar felicidad. Se veía libre, bella, viva, no tenía hijos y logré deducir que nadie supo de dónde ni cuándo había llegado, pero ahí estaba, siempre radiante, siempre sonriente. Con frases sabias en su boca, como la más sabia de todas las mujeres del lugar. El día que llegamos a la isla nos recibió con amabilidad:

—Qué gusto que hayan encontrado el camino —dijo.
—Soy Maisha. Era solo cuestión de tiempo para que estuvieran aquí.

No pensé en esas palabras hasta mucho tiempo después.

Aunque la vida en la isla era mucho más de lo que cualquiera puede esperar, un día me quedé suspendida en los recuerdos y empecé a extrañar a mi Nana y a mi Tata. Soñé que morían de tristeza por no volverme a ver. Entonces se me volvió una pesadilla cerrar los ojos y ver a la muerte cobijando las vidas de mis seres queridos. Así que decidí que había llegado la hora de ir a verlos. Mi decisión, sin embargo, no tuvo buena acogida. Algunos empezaron a evitarme y muchos empezaron a resguardarse en sus casas al verme pasar. Nadie pronunció si quiera una palabra,

hasta Enam callaba. Pasado un tiempo preferí dejar de hablar del tema.

El mago del circo fue el único que se atrevió a decirme que quien llegaba a la isla no podía volver a salir de ella. Entonces entendí que nuestra llegada a Ailakoko no había sido una casualidad. Yo, mujer creyente, empecé a pedirle a Dios que no me quitara la vida sin volver a ver a mi familia. No tardé en caer enferma. Ah, por Dios, que ya no veía ni la luz del día, no comía, no dormía, no me levantaba de la cama.

Los escuchaba desde mi habitación, susurrando al pie de la puerta de mi casa.

—Cuidado que la muerte anda por aquí, esperando, acechándonos.

Otros decían estar vigilando que no se escapara el mal, porque ya había encontrado la ruta de entrada a la isla.

—Cálmate, mujer, esas son ideas tuyas —decía Enam.

Luego supe que cuando enfermé, Maisha no volvió a salir de casa. Decían que cuando llamaban a su puerta apenas se asomaba por un hueco de la ventana y no pronunciaba palabra alguna. También se decía que lo poco que veían de ella a través de las rendijas de su casa era la figura de una mujer con el rostro cubierto por un paño húmedo embebido en aromas florales.

Al igual que yo, Maisha no comía, no bebía, sus ojos perdieron el brillo y en cuestión de semanas le pasaron por la piel años percutidos de vejez. En la

isla nadie tocaba la marimba, ni el cununo, nadie entonaba cantos. Todas las noches dejaban en la puerta de su casa ramilletes de flores silvestres, las más perfumadas que encontraban. Cuando la brisa entraba con fuerza, hasta mi habitación llegaba el aroma de aquellas plantas.



Conocí a Enam en el puerto, fuimos con mi Nana a hacer el mercado de la semana y ahí lo vi, de pantalón y camisa, vestido como para ir a misa de domingo. Ojos claros, luminosos como los faros que guían los buques y que ese día me iluminaron hasta el alma.

Nos seguimos con miradas, con sonrisas. ¡Qué negro tan bello!, pensé. No dejé de mirarlo, hasta que me fui. Tendríamos dieciséis años.

Tres años y tres días pasaron desde el día en el mercado hasta esa tarde en la que llamaron a la puerta de la casa de mis Tatas. Fui a abrir y de repente volví a ver esos luminosos ojos que, esta vez, me arrebataron un suspiro. No pude hablar. Lo había estado buscando todo ese tiempo, siempre lo buscaba, ansiosa por averiguar quién me había mirado de esa forma en el mercado, esa mirada que me hacía pensar que algo en forma de mariposa aleteaba en mi vientre. Hasta esa tarde en mi puerta, en que ni hablar pude.

—Vengo por vos —dijo.

—Soy Enam Balanta. Ya hablé con tu Tata y, si aceptas, serás mi mujer.

—No sé ni quien sos, pero si me vas a seguir mirando así, con vos me voy. Soy Shaira. De ahora en adelante, tu mujer.

Esa mañana en la isla volví a recordar cómo había empezado nuestra historia y, cómo él, mi enviado por Dios, ya no era capaz de mirarme como la primera vez. Me había bastado con un cruce de miradas para descubrir que mi desazón no era solo porque quería ver a mi familia, sino por la posibilidad de perderlo todo. Esa misma noche le recordé a Enam nuestros seis años juntos y los votos que hicimos ante el altar. Pero su silencio fue la respuesta.

—Nos vamos de acá, vos me conocés, sino te vas conmigo, me voy sola —le dije, esperando una respuesta que no llegó nunca.



Enam deambulaba de un lado a otro en las noches, la madera crujía con cada paso suyo, como le crujían en el alma sus preocupaciones. O por lo menos eso pensaba yo. Cada amanecer en que se marchaba con los demás a pescar no dejaba de marcar sus pasos por cada rincón de la casa. Distante, silente, huyendo del peso de verme postrada en una cama sin poder hacer nada. Un

día, sentado en el borde de la cama, en medio de solos, me lo confesó: sus ojos empezaban a mirar con interés a otra mujer.

Esa madrugada, después de caminar de un lado a otro, pareció haber hallado respuestas. Salió por un buen rato y regresó balbuceando palabras que no lograba entender. Llevaba una linterna de mecha en su mano y recogía cosas como si tuviera poco tiempo para hacerlo: manteles, platos, ollas, plantas y ropa, todo en una misma talega.

—¿Qué haces Enam, qué haces? —le pregunté. Se puso un pantalón y una camisa de manga larga.

—Nos vamos, mujer —dijo, mirándome—. Ya regreso.

Al cabo de unos minutos volvió con una talega en forma de hamaca y me llevó cargada hasta una pequeña embarcación.

En la isla ya las antorchas se habían apagado. Nadie salió a despedirnos. No hubo marimbas, ni currulaos, ni arrullos. Nada.



Mi Nana y mi Tata fueron sorprendidas una mañana lluviosa con nuestros rostros. Nos miraron cual alma a media noche, con espanto.

—Los buscamos por el río y por el mar. Bendito Dios que nos los devolvió con bien —dijeron.

Ese mismo día, familia, amigos y vecinos nos acompañaron, en un gran banquete, al son de marimba, cununo y guasá, todos animados por el viche, la tomaseca y el arrechón.

Pasaron meses de meses para que yo, que siempre hablo, hablara. Estaba sentada en una banca afuera de la casa de mis Tatas, mirando a los pescadores remar río arriba después de su día de trabajo, cuando decidí contarles sobre la isla, sobre Maisha.

—¿Maisha? —dijo mi Tata—. Esa es la leyenda de Tafaris, “La esposa de la muerte”. Una mujer de unos treinta años, que nunca salía de su casa, no comía, ni bebía nada, se quedó sin amigos y sin familia, alguien que cargaba una maldición: nunca moriría. Se dice que la muerte se enamoró de ella cuando tenía ella unos ocho años y estaba muy enferma. Entonces fue la muerte a visitarla para robarle la vida, la miró a los ojos y vio los ojos más puros que jamás hubiera visto en su eternidad. Se enamoró perdidamente y supo que la única forma de tenerla era conservándola siempre con vida. Pero Maisha, que entre los vivos era rechazada, sufría mucho. En su familia la trataban como a un monstruo pues, al igual que su enamorado, percibía los últimos suspiros de vida de una persona. Aquel olor nauseabundo que emana la carne podrida y la sangre seca dentro de las venas,

el sabor a metal que deja la sangre en la boca cuando se descuena. Si ella, al mirar a alguien a los ojos o rozar sus manos, sentía aquello, en cuestión de un par de días esa persona moría. Quienes no entendían la maldición, rogaban a Tafariis que les diera vida.

La muerte enfureció el día en que Tafariis le gritó que nunca sería suya. Así que la muerte quitó cuantas vidas pudo a su alrededor, como cercándola, como retándola y ella, que no soportaba tanta soledad, tanto rechazo, empezó a usar velos embebidos de fragancias florales para cubrirse el rostro y que, según creía, podrían librarla hasta cierto punto de aquel mal que portaba. Un día, cuando vio que nada surtía efecto, desapareció y nadie supo más de ella. Desde entonces se dice que la muerte pena buscándola por doquier. Porque la ama. Porque la necesita.



Nos siguió hasta Tumaco porque no podía dejar ir a Enam, quizá porque nunca antes se había enamorado. La vieron caminando por las calles con vestidos largos, velos embebidos de aromas florales sobre su cabeza y la mirada perdida en el infinito. No salíamos de casa, temerosos, esperando a que se cansara de buscarnos y se marchara. Pero ella insistía, deambulando sin cesar por las calles.

Una noche volví a ver la muerte a las puertas de mi casa y otra vez se reía de mí, solo que esta vez la enfrenté.

—Si venís por mí, déjame decirte que no te tengo miedo y que conocí a Tafariis. Está aquí en Tumaco, vino a buscar a mi Enam porque se enamoró de él —le dije.

Sin mentir fue la primera vez que vi fuego en unos ojos, que ardían como deben arder en el infierno los pecados mortales en el alma de los condenados. Dejó atrás sus risas y supongo que salió a buscarla, no sin antes marcar con una extraña señal la entrada de nuestra casa. Desde entonces la muerte esa no ha vuelto y de Tafariis no se volvió a saber nada, ni en Tumaco, ni en ninguna otra parte. Pero cuando el mar le sirve de espejo a la luna, algunos dicen que se ve la silueta de una mujer que sale a pactar tiempo con el tiempo y a embolatar a la muerte.

ISBN: 978-958-56244-7-4

TAFARIS

© Ivonne M. Rojas (Guacarí, Valle del Cauca)

Profesional en Administración de Empresas graduada en el 2007 de la Universidad del Valle. Actualmente estudiante de Tecnología en Gestión Logística, en el SENA modalidad virtual. Escritora por vocación y en constante formación.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPI”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPI”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño



Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017



The background of the book cover is a detailed black and white illustration. The upper half is filled with dense, leafy vegetation, possibly reeds or tall grasses. In the lower-left corner, a small bird, likely a heron or egret, stands in a pool of water. The lower half of the cover is dominated by a large, dark, textured area representing water, with white highlights suggesting ripples and reflections. A white rectangular box is centered on the cover, containing the author's name and the title.

Jaime Rivas Díaz

**JUAN EVARISTO
Y LA MANCHA
NEGRA SOBRE
EL RÍO MIRA**



MENÚ



Bajo una mañana calurosa y brillante, la mancha corría presurosa como una manta negra sobre el río. Había cubierto todo de negro, negro hollín de petróleo crudo.

Sentados en un viejo tronco caído cerca del embarcadero, dos niños en uniforme escolar consumían las tortillas de harina frita y los vasos de otaya caliente que eran su desayuno. Miraban asombrados la manta negra que corría frente a ellos. De pronto escucharon caer algo al río. Fue un golpe fuerte seguido de gritos. Se levantaron y caminaron hacia el embarcadero. En la orilla algo se movía, gemía y luchaba por escapar de la espesa mancha negra: era un niño de escasos cinco años.

Los dos escolares bajaron saltando por la escalera tallada en el barranco y fueron a socorrer al niño que se batía contra la corriente y la mancha que amenazaba con tragárselo. Entraron al río y le alcanzaron los bracitos, lo halaron a la orilla y trataron de calmarlo: el niño era un animalito asustado; lloraba a gritos y el cuerpo le temblaba; de sus ojos brotaban lágrimas oscuras, y por la boca escupía la mezcla de agua y petróleo crudo que había tragado al caer.

Juan Evaristo Angulo. Así se llamaba el niño. Era hijo de Petronila Caicedo, la Petro, y Ramiro Angulo, una pareja joven, padres de tres niños de los cuales Evaristo era el menor. Esa mañana el niño había ido a bañarse al río como de costumbre, sin saber que por su río bajaba una mancha negra compuesta de petróleo crudo, tierra y animales muertos. Se salvó de morir en ella, pero la mancha seguía río abajo como una bestia mitológica que se tragaba las aguas y la vida que llevaba adentro. En su superficie, a la luz del sol, brillaban las barrigas de los peces que iba alcanzando.

—¡Es una maldición de los últimos días! Está en la Biblia, en el libro de Revelaciones —sentenció Pércides Bustamante, pastor y único guía en el caserío de la Iglesia Pentecostés Unida de Colombia. Los áulicos seguidores asintieron con la cabeza; solo una persona sabía que no era así, pero de todos modos calló.

Era Petronila, que desde hacía un año asistía a los cultos buscando, en la Palabra de Dios, respuestas a su alma fatigada por la tragedia familiar, como le había aconsejado el pastor. Pero en cuanto a la mancha de crudo, pese a que el Pastor lo decía de manera tan enfática, ella dudaba, no podía ser un castigo divino, lo había escuchado en la emisora: se trataba de una parte del derrame de crudo producto de la explosión del Oleoducto Transandino dinamitado por las FARC el 25 de junio del año 2015. Fueron más de 410 mil galones de crudo derramados en las aguas del río Mira. Ella no sabía calcular esa cantidad, pero tenía que ser bastante. El daño ambiental más grande sufrido por el país en los últimos 10 años, recodaba que habían dicho.

—¿Cómo alguien decente podía desatar semejante tragedia? —se preguntó, mientras caminaba hacia su casa entre el eco de las canciones religiosas que salían de la iglesia y las melodías de un enorme tocadiscos que canturreaba *Nadie es eterno en el mundo/ Ni teniendo un corazón/*.

A la vuelta de la esquina divisó a los tres muchachos, el más pequeño era su hijo. Corrió a recibirlo. Evaristo venía llorando, desesperado. Uno de los muchachos, el más grande, dijo:

—Se cayó al río.

—Casi se ahoga —dijo el otro.

—Mi papi me estaba llamando para que me fuera con él.

—¿Cuál papi? —preguntó la mamá.

—Mi papi —contestó el niño entre lágrimas y sollozos.

A la Petro la atrapó una mezcla de rabia y temor, pero no dijo nada.

Cuando Evaristo entró a la casa de mano de su madre pasó por la sala y la cocina y fue hasta la azotea. En su camino dejó una estela de restos de la mancha negra que aún llevaba encima. Ya en la azotea la madre se dispuso a bañarlo. Sacó agua de un tanque plástico donde la recogía de la lluvia y fue a la cocina, retiró unas tapas y platos que había sobre una cocineta de gas, abrió la llave de la pipeta de color gris, accionó la perilla de encendido y por la hornilla se filtraron unas llamas de color amarillo que luego se hicieron azules. Sobre esta hornilla usó la olla con agua para calentarla y luego bañar al niño. Cuando volvió a la azotea lo encontró sentado y con los bracitos cruzados en el pecho: temblaba de frío, los dientes le castañeaban y su cuerpo estaba más caliente de lo normal. Ya no lloraba.

—¡Ay mijo! —se lamentó la mujer, y corrió a buscar una toalla para cubrirlo.

—Mi papi estaba allá en el río, me llamaba para que me fuera con él.

Unos pasos fuertes se sintieron cruzar la sala. La figura larga y renegrada de don Guacho pasó por la cocina y salió a la azotea.

—Vea papá cómo casi se me ahoga el niño en ese río, ¡Dios mío, este niño!

El viejo lo miró desconsolado. Luego dijo:

—Tiene que tener más cuidado hijo, cómo va a tirarse a ese río, como está de turbio.

—Fue mi papi que me llamaba —dijo el niño ya más calmado.

El viejo Guacho miró a su hija y esta bajó la mirada. No quería hablar de ese asunto.

—Vea, —dijo cambiando de tema— en ese noticiero dijeron esta mañana que este es el quinto atentado en las últimas dos semanas y que ocurrió a la altura del kilómetro 72, en la vía que junta la vereda El Pinde con Tumaco. Vea, hija, eso es para asustarse, son como 10 mil barriles de petróleo regados en el río aquí, cerquita a la bocatoma del acueducto de Tumaco.

—Me imagino que van a cerrarla —dijo Petronila.

—Esa gente de Tumaco, a seguir sufriendo por agua.

—Esa gente parece estar acostumbrada.

Sus años de trabajo como doméstica en casas de Tumaco le habían dado a Petronila una imagen más amplia del problema de su río y su relación con la vida de sus habitantes. Allí aprendió que el Mira le ha dado de

beber a buena parte de la población tumaqueña; por lo que había escuchado en las conversas cotidianas de sus jefes y patronas se había enterado también de que satisfacer la necesidad de consumo de agua dulce y potable había sido un reto que la población tumaqueña llevaba años perdiendo. Los tanques elevados del Morro, del polideportivo San Judas y el del barrio Payán, eran elefantes grises que atestiguan ese fracaso.

Cuando Petronila pensó en que cerrarían la bocatoma, recordó que esa barcaza flotante sobre el río Mira, entre las veredas San Isidro y Descolgadero, llevaba agua solo a las tres cuartas de la población que habita en la zona urbana. A comunidades como la suya no llegaba el acueducto.

—¿Qué fue lo que ocurrió con Evaristo? —preguntó una voz de mujer vieja desde la sala.

Era la vieja Trini que llegaba. En su rostro se reflejaba una mezcla de rabia y temor. La noticia del accidente del niño le había llegado tarde, pero ahí estaba presta para saber qué le había ocurrido a su nieto.

—Se cayó al río y casi se ahoga en esa mancha de crudo que está bajando —contestó la Petro, incorporándose y entrando al niño al cuarto.

—¿Viste si tiene fiebre?

—Sí mamá, tiene otra vez fiebre y está como helado.

—Ay Petro, ese niño hay que curarlo de espanto y mal viento. Vos no me has querido hacer caso, vos sos

muy terca y vas a dejar morir a tu hijo por eso. Vos por andar creyéndole todo lo que dice ese hablador de tu pastor estás descuidando la salud de tu muchacho.

—Mamá, ya hemos hablado mucho de esto.

—Sí, mucho, pero como te lavaron el cerebro, ¡Ya no escuchas! —exclamó la abuela, sin ocultar el disgusto.

—Mamá, por favor.

La Petro guardó silencio.

La vieja Trini respiró profundo y salió de la casa furibunda.

En la iglesia evangelista le habían dicho a Petronila que esas creencias y prácticas eran cosas del diablo. Por eso ella había aprendido a desconfiar de ellas. Ahora, la enfermedad del niño la distanciaba de su madre y se le había vuelto su martirio diario. La Petro se quedó mirando la puerta por un instante mientras que la vieja Trini salía del cuarto. Por la ventana se colaban una ráfaga de luz matinal y el griterío de los niños saliendo de la escuela. Hacía calor. Miró sobre la mesita de la cama una Biblia con las tapas desgastadas. Se inclinó sobre la mesita, hojeó por un momento el libro sin detenerse en ninguna de las páginas. Luego la dejó en la mesita y miró al niño. Evaristo sudaba. Volvió a la cocina y trajo un vaso con agua, en la mesa de la sala recogió una bolsa plástica con pastillas y entró al cuarto. El niño seguía sin dormirse, entonces ella se sentó a su lado, lo levantó y le hizo tomar una pastilla.

—¿Mami, mi papi me va a llevar por el río?

—No mijo, ¿por qué dice eso?

—Él me lo dijo.

—No mijo, ¿cómo se le ocurre que su papi lo quería ahogar? No, no piense eso, tesoro —y lo besó mientras lo arropaba.

—Dios mío, no te lo lleves —rogó en silencio.

Dios se había llevado a Ramiro. Una mañana de domingo, mientras escuchaba vallenatos y se tomaba unos tragos con unos primos y amigos, casi todos antiguos trabajadores de las palmeras y ahora *raspachines* de coca. Dos hombres en una motocicleta llegaron hasta él y le dispararon tres veces seguidas. Se le fue la vida al tiempo que caía de la silla con la botella de wiski en una mano y con la otra intentando sostenerse en la nada. No pudo, las heridas eran letales, su pecho y su boca sangraban, y en su último instante de vida la mirada se le cruzó con la del niño, que quedó atónito, medio sonámbulo, sin comprender del todo la agonía de su padre. Atado por el terror no pudo gritar ni correr, solo se quedó quieto, mirando a su padre que se desplomaba y moría ante él.

Allí empezaron los problemas de salud de Evaristo y la Petro inició un peregrinar por la ruta de los centros de salud y hospitales de la ciudad, buscando un remedio para Evaristo y fue por eso que conoció a las empresas

promotoras y a las instituciones prestadoras de salud que juegan con la vida de la población. Ella recuerda, en estas ocasiones, que cuando Ramiro trabajaba con la Palmera, su contrato de seis meses le permitía afiliarse a su mujer y a sus tres hijos a salud y pensión. Esa época la recuerda Petronila como buena porque en cualquier situación de enfermedad ellos corrían a Tumaco y tenían un médico que atendía a cualquiera de su familia. Cuando Ramiro pasó a ser *raspachin* eso se acabó. Ahora que había muerto la situación solo había empeorado. Por eso a la Petro le tocó carretear, en momentos de crisis de Evaristo con una EPS del sistema subsidiado y con unos servicios de salud lamentables. Las situaciones de emergencia eran una tortura porque salir del pueblo a media noche o en el día siempre significaba esperar una buseta que la mayoría de las veces iba tan llena que tenían que apretujarse entre personas, bultos de mercancías y racimos de plátano, para llegar al hospital y esperar turno en la fila de enfermos graves, es decir heridos a machetazo o a cuchillo en las riñas de todos los días, o los accidentados del mototaxismo que abundaban como motociclistas en las calles de la ciudad. La Petro se cargaba a su hijo, se sentaba esperando un turno, le humedecía la fiebre con un pañuelo y se aguantaba toda la incomodidad y la gritaría hasta que la llamaban y esperaba la otra lista para quienes ya tenían historia clínica y esperaban la disponibilidad de un médico, que

siempre era un practicante andino que revisaba al niño, miraba los reportes de la temperatura, el pulso y la tensión arterial que le hacía la enfermera y que luego de auscultarle los ojos, presionarle el abdomen y escucharle el corazón, le recetaba una docena de Acetaminofén para el dolor y un frasco de Loratadina para la fiebre y con su acento sureño le recordaba a la Petro que hay que hervir el agua de consumo diario y la que usaba para hacerle jugo a los niños porque esos síntomas eran propios de parasitismo.

La Petro pasó la tarde cuidando de Evaristo, tratando de detenerle la fiebre a punta de Acetaminofén y oraciones, pero cuando anocheció el niño ardía y deliraba:

—¡Mami, ahí viene la mancha, mi papi viene con la mancha, mi papi, la mancha! ¡Mami, la mancha se lleva a mi papi! ¡Se lo lleva...!

El viejo Guacho la miró de reojo y encontró a la abuela sentada en una silla, atisbando por la ventana cómo se oscurecía el caserío.

—Sigue pensando en lo del niño, ¿cierto?

—Claro. La Petro lo va dejar morir por esas estupideces que le enseñan los evangelistas.

—Vieja, la muchacha no es tonta, tarde o temprano va a reaccionar. Téngale paciencia.

—¿Más? ¡Eso no es justo con mi nieto! —contestó a punto de llorar, y caminó a la cocina.

El viejo la siguió con la mirada, en silencio.

—Usted sabía que la Petro todavía guarda las ropas del muerto, hasta las botas las tiene debajo de la cama.

—Pero ¿cómo puede ser, ella no se ha liberado de todo eso? —preguntó el viejo Guacho alarmado. Por su mente pasaron recuerdos de almas en pena que habían destrozado familias.

—No, y lo que creo es que ese muerto está tratando de llevarse al hijo.

El viejo hizo silencio, la frente se le llenó de arrugas y sintió encogerse el corazón.

—Hay que hablar con ella. Eso no está bien, hay que dejar ir a ese muchacho ya.

—Pero ella no quiere, ¡y como es tan terca!

El anciano miró a su mujer y la encontró más vieja que de costumbre, la vida se le escapaba, ella ya no era tan fuerte cómo la había conocido.

Hizo uno de esos tradicionales silencios en los que se perdía desde hacía algunos años. Los recuerdos y pensamientos le mordían el corazón. Este día en particular había sido muy raro. La mancha negra sobre el río, el accidente del nieto y esa insistencia del niño en decir que su padre quería llevárselo por el río. Quizás las cosas de la vida ya no eran tan coherentes, pensó. O eran más coherentes de lo que parecían. Hacerse viejo tenía sus desventajas. Pero conocía ese río como conocía los días que había vivido recorriéndolo, por

eso algo le taladraba en la mente. Para él, la muerte lenta del río no había sido reportada nunca antes. El río Mira, la principal fuente de agua potable para la ciudad de Tumaco, ya estaba contaminado antes que llegara la mancha de crudo. Su río no había sido dañado ahora con el derrame; al contrario, la vida del río, junto con sus habitantes humanos, acuáticos y terrestres, había venido deteriorándose al paso de los años en lo que va corrido de las últimas cuatro décadas del siglo pasado y las dos de este. Él había visto las intervenciones de tipo capitalista como megaproyectos de extracción maderera que sacaron a golpe de hacha y sierra los bosques que crecían en sus veredas; monocultivos como la palma aceitera que llevaba más de tres décadas contaminando las aguas y los terrenos con los venenos industriales necesarios para su sostenimiento; acciones ilegales, como la caza intensiva, que a mediados de los cincuenta acabó con los lagartos para satisfacer un mercado internacional de zapatos, correas y maletines del cuero vistoso. De la presencia de estos animales solo quedaba el nombre del pequeño caserío La Lagartera en la ribera del río, donde los más viejos, como él, recuerdan que en las playas cercanas los lagartos se arrastraban sobre el barro y bajo el sol ardiente. Y sus recuerdos lo llevaron a la parte baja del río, a sus esteros, donde deambulan entre la Tunda, el Riviel y el Duende, las almas

perdidas de los muertos asesinados y desaparecidos por la guerra del narcotráfico que trajo a estas playas de paz el tráfico de cocaína y la presencia de guerrillas y paramilitares, responsables del desplazamiento de la mayoría de la población que vivía en los caseríos. Su familia era una de las pocas que quedaban aún ahí a orillas, resistiéndose a abandonar, persistiendo en la esperanza de que los tiempos mejoraran.

—¡Viejo! —oyó la voz de la vieja Trini que lo llamaba desde la cocina.

—¿Qué pasó? —contestó escapando de sus pensamientos.

—¿Usted quiere comer algo?

—¡No! —contestó, incorporándose—. Ese asunto del nieto me ha quitado hasta el hambre.

—Yo tampoco quiero comer nada, pero es malo acostarse sin comer. Tomemos una agüita de limoncillo a ver si podemos dormir.

—Bien, como digas, vieja.

Eran las dos de la madrugada cuando el viejo Guacho se levantó a tiendas entre la oscuridad. Fuertes golpes sonaban en la puerta de su casa.

—¿Quién es? —preguntó la vieja Trini, adormilada.

—No sé, voy a ver.

Cuando el viejo abrió la puerta de madera, encontró en la escalera a su hija.

—Papá, se me muere mi hijito.

Detrás del viejo Guacho apareció la vieja Trini, con el rostro duro empapado de lágrimas. La anciana bajó la escalera y abrazó a la hija que lloraba desconsolada.

Al día siguiente, la Petro estuvo muy animada, algo que no se le veía desde que quedó viuda y se metió de evangelista. Esa tarde iba de un lado para otro en su casa, levantaba esto, bajaba lo otro y se le vio varias veces asomada a la ventana mirando hacia el río y hacia el cielo. Sus niños reposaban el almuerzo y Evaristo dormía, luego de una noche tormentosa, más demacrado y débil. Una especie de alegría se le posó en su rostro cuando divisó a la vieja Trini venir entre las viviendas cercanas a la vera del río cargando una canasta donde se distinguían varias ramas con sus hojas. No demoró mucho la abuela en presentarse frente a la hija.

—¿La encontró, mami?

—Sí hija, eso, por allá en la finca de Arnulfo crece como monte.

Cuando la vieja Trini subió, la Petro aprovechó para ir a buscar a Evaristo. Lo encontró despierto, sudando una fiebre diurna. Lo hizo incorporarse, le quitó la camisita húmeda y lo hizo sentarse al borde del camarote. Así lo encontró la abuela. La anciana lo abrazó y luego le besó en la frente.

—Mami, esta mañana quemé toda esa ropa y hasta las botas. Me dio tan duro —dijo triste.

—¿Ya nunca lo volveré a ver?

—Era necesario hija, usted lo sabe.

—Pero al menos la ropa me hacía creer que él estaba aquí, que no se lo habían llevado de esa manera.

—Él va a estar con usted siempre, pero ahora hay que dejarlo ir. Es la tradición.

La Petro la abrazó y lloró en su hombro. La vieja Trini la abrazó y la besó tiernamente.

Entonces la vieja Trini se puso a rezar en silencio. El niño miraba extrañado. Luego la abuela cogió un ramillete de las hierbas que traía en su canasta y procedió a golpearlo despacio en la espalda y en el pecho mientras rezaba algo en silencio. Unos minutos después revisó el ramillete, que lucía marchito, las hojas verdes se habían tornado casi negras, indicio de que el niño tenía mal de ojo y espanto.

Esa tarde y las que siguieron en la semana, la abuela de Evaristo repitió el ritual y el niño poco a poco recuperó su salud. A la semana siguiente ya estaba corriendo y saltando con sus amiguitos.

—Mami, mi abuela dice que ya estoy bien, pero que no puedo ir a bañarme al río porque me vuelvo a enfermar.

—Sí mijo, hay que hacerle caso a la abuela. No se puede ir al río porque está enfermo.

—Mami, ¿por qué si el río está enfermo? ¿Por qué mi abuela no lo cura como a mí?

La Petro miró a su hijo con ternura, lo abrazó. Sabía que no tenía cómo contestarle la pregunta.

La mancha negra siguió bajando, salió a la bocana, se internó en los esteros y se pegó a las playas donde reposaban los peces y los pájaros asesinados por ella.

ISBN: 978-958-56244-8-1

JUAN EVARISTO Y LA MANCHA NEGRA SOBRE EL RÍO MIRA

©Jaime Rivas Díaz (Cabo Manglares, Nariño)

Comunicador social egresado de la Universidad del Valle, asesor en comunicación, autor de las novelas *Endiablao* y *El Silencio de Luz Marina*. Mantiene dos blogs: palabrasrenacientes.blogspot.com y palabraderenacientes.blogspot.com.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Jairo Anaxarco
Ortíz Lemos

LA JUSTICIERA
DANZA DE
LOS ARBOLES



MENÚ



Augusto todavía era un bebé cuando Raquel descubrió en su hijo esa rara cualidad. Resultaba indudable que el niño, aún sin saber hablar, a punta de balbuceos trataba de comunicarse con las plantas; también lo era que ellas movían sus hojas y parecían responder a los tartamudeos de Augusto. Después, a medida que iba creciendo, esos tartajeos alcanzaron cierta fluidez y pudo entablar con ellas extensos diálogos.

Con el pasar del tiempo se hicieron tan frecuentes que a nadie en su familia le extrañaba que el niño pasara en el huerto buena parte del día. Sus interlocutores eran: la Albahaca, la Chillangua, el Orégano, la

Hierbabuena, el Limoncillo y el Llantén, suma de plantas medicinales y especies; al igual que algunas plantas ornamentales como el Anturio, la Begonia, la Dalia, la Siempreviva, la Hortensia y el Clavel, todas hacían parte de su nutrido auditorio.

Años más tarde se volvió amigo del centenario árbol de ceiba que, atrincherado en el centro de la plaza, por la lozanía que irradiaba parecía desafiar al tiempo. El viejo árbol le contó cómo había visto pasar entre sus ramas a muchas generaciones; le habló de los inicios del pueblo. En esos días ya lejanos, era una aldea tan pequeña que apenas contaba con una decena de chozas, construidas con guaduas y hojas de palma.

—¡Se fundó alrededor mío! —exclamó emocionado. —Dada mi privilegiada ubicación, estaba enterado de la vida de todos, era testigo de excepción de sus alegrías y tristezas. Llegué a considerarlos mi familia, compartía con ellos sus logros y fracasos, mi follaje acogía a los amantes bisoños que, sobre mis ramas y hojas, hacían sus primeros pinitos en el amor. Me acuerdo mucho de tu tatarabuelo, que fue uno de los fundadores del pueblo. Sobre mis ramas construyó una casa, que más que casa parecía un nido, se entendía a la perfección con las aves que, en enjambre, siempre estaban con él. Permanecía aquí más tiempo que en otro lugar, le decía a todo el mundo que me quería mucho, y seguramente decía la verdad. Ese

entrañable afecto yo lo recibía convertido en orines y mierda; era generoso con sus cagadas y meadas que a diario me prodigaba, so pretexto de abonarme, de fertilizar al viejo árbol de ceiba, como él decía, para que viviera eternamente; en fin, yo siempre tuve la certeza de que era uno de mis hijos y un buen padre debe querer a todos sus hijos, a los buenos y a los malos, incluso a aquellos que pagan la paternidad con mierda.

Nosotros estamos obligados a ser comprensivos y pacientes, somos los seres vivos más antiguos de la creación, somos tan viejos que la extinción de los dinosaurios, si se quiere, es un episodio reciente de nuestra historia. Hay hermanos que, con cinco mil años a cuestas, se mantienen en pie con el mismo vigor con el que lo hace un joven. Hemos visto transformarse al mundo una y otra vez, los primeros hombres medían entre diez y catorce pies. Menos mal que tu tatarabuelo no fue uno de ellos porque, de haberlo sido, en lugar de cagarme los pies seguramente me habría cagado la cara.

Ahora estoy en el centro de una plaza, las casas están distantes, ya no en ese círculo estrecho y asfixiante del pasado, y esto se lo debo a un incendio que barrió con todas las viviendas construidas a mi alrededor. Yo mismo estuve a punto de ser presa de las llamas, pero justo cuando creí que moriría incinerado y que ese iba a ser mi final, un providencial aguacero me salvó la vida. ¡Qué hermosos que son los aguaceros!, Augusto,

¡qué hermosos que son! Yo sé que a ti te gustan, te he visto pasar muchas veces, empapado hasta los huesos, muy tranquilo, impasible, como si lo disfrutaras. Desde que un aguacero me salvó la vida, yo los amo.

Mi vida ha estado en peligro varias veces y por alguna extraña razón esto siempre ha coincidido con las situaciones en las que el pueblo ha estado a punto de desaparecer. Hace muchos años llovió de manera torrencial durante todo un mes, los ríos se salieron de madre y hubo una enorme inundación: el agua se llevó la mitad de las casas del pueblo. No me vayas a preguntar qué río, eran todos los ríos, era otro diluvio universal, al extremo que yo echaba de menos la presencia de un Noé contemporáneo, aunque esa ausencia duró muy poco. Un enorme barco apareció de repente. Había equivocado su periplo y, proveniente del legítimo océano Pacífico, terminó en ese otro malnacido mar que habían conformado los extraviados ríos. Un grupo de marineros echó una pesada ancla cerca de mí, pero era tal la furia de las aguas que el enorme barco empezó a danzar como una bailarina borracha. Y fue entonces que a alguien de la tripulación se le ocurrió señalarme y gritar: ¡jamarremoslo al árbol de ceiba! Más tardaron en decirlo que en hacerlo. Cables de acero uncieron en el acto mi cintura y, ante el empuje de las aguas, sentí que me arrancaban de la tierra, a la que había permanecido aferrada por

doscientos años. Por fortuna, mis raíces resistieron. Los marineros aplaudían y tú te preguntarás a quién iban dirigidos sus aplausos. A quien más iba a ser, Augusto, a quien más. ¡Pues a mí! ¡Al viejo árbol de ceiba, convertido en héroe!

Augusto acababa de cumplir diez años de edad. Vestía de cortos todavía cuando viajó con su padre a un pueblo cercano, el centro maderero de la región. Visitaron el aserrío “La María”, por mucho el más grande e importante de todos. Augusto aprovechó que su padre estuviera ocupado, cerrando algunos negocios con el propietario del aserrío, para recorrer algunas de sus instalaciones: conoció la sección de tratamiento donde, en albercas de cemento, las tablas y demás piezas eran sumergidas en una solución de Aldrín y otros venenos para su inmunización. Asimismo, estuvo en la sección de secado, en donde la madera era introducida en grandes hornos que le arrancaban a la pulpa todo rastro de humedad. Augusto empezó a sentirse mal. Un dolor lacerante invadió su cuerpo; se asomó a un balcón que daba al río en busca de una bocanada de aire que aliviara la angustia y el dolor que lo poseían, pero fue peor.

Horrorizado miró cómo los árboles, convertidos ahora en troncos, eran asegurados con garfios y amarrados con cadenas de acero por hombres que

permanecían en el agua apenas cubiertos por insignificantes taparrabos. Entendió que lo visto anteriormente en las secciones de inmunización y secado no había sido otra cosa que el final del tortuoso proceso.

Un jadeante y estrepitoso winche, impulsado por vapor, subía los troncos, arrastrándolos sobre una rampa. La presión que se escapaba a chorros por la herrumbrosa tubería, producía un sibilante y desapacible ruido, una espesa nube de humo ocultaba al operador, dando la sensación de que el winche o se manejaba solo o era manejado por un fantasma. Los troncos eran llevados hasta una plataforma, donde otros trabajadores, con unos ganchos de acero llamados “perros”, sujetos a fuertes mangos de madera, los acomodaban de uno en uno, en un carro que, deslizándose vertiginosamente sobre garruchas, transportaba la carga hasta su destino final: una dentada y aterradora sierra que daba buena cuenta de ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Los árboles que, hasta hacía poco, campearan altivos sobre la faz de la tierra, eran ahora descuartizados; sus despojos: tablones, tablas, varengas, listones, eran apilados en diferentes estibas, atendiendo a la diversidad de las piezas. Cada vez que la sierra hendía sus dientes en la inerme pulpa, Augusto escuchaba el grito desesperado y lleno de dolor que, a cada acometida de la sierra, lanzaba la madera. Solo él veía chorrear la

sangre que surgía a borbotones de la troza que estaba siendo despedazada. Sin saber cómo mitigar el dolor del hermano, estremecido, se acercaba a las heridas tablas y sobre su doliente humanidad, pasaba amorosamente sus manos; porque solo él sabía del dolor que las tablas padecían.

Al regresar a su pueblo, Augusto ya no era más el mismo niño de diez años. En cuestión de unas pocas semanas, dentro de esa cabecita se había instalado un adulto. Augusto había alcanzado un grado de insospechada madurez en muy poco tiempo.

Uno de esos días se dirigió a la plaza del pueblo, pues tenía urgencia de hablar con el viejo árbol de ceiba. Durante los últimos tres años habían conversado sobre todos los temas posibles, de lo humano y lo divino, según decía el árbol, pero su amigo nunca le habló de la tragedia de sus hermanos. Por qué le había ocultado esa terrible verdad, no lo sabía. El doblemente centenario árbol lo recibió como siempre, moviendo sus ramas y sus hojas, como si estuviera expuesto a un fuerte ventarrón. Aquella era su particular manera de expresarle cuánto lo quería, pero ese día Augusto estaba enojado.

Pasados unos minutos y algo más sereno se recriminó para sus adentros. ¡Que injusto, qué ingrato que era con el árbol de ceiba! En interminables sesiones, le había enseñado tantas cosas hermosas de la naturaleza, lecciones

que finalmente lo convirtieron en un devoto defensor del entorno. Le había enseñado a querer a las aves, a quererlas más allá de la preciosidad de su plumaje, más allá de la sonoridad de sus cantos, a quererlas de una manera espiritual, a ver en ellas, más que en cualquier otra criatura, la mano del Dios de la creación. Le había enseñado a admirar la belleza de las mariposas, que no eran otra cosa, según decía el viejo árbol, que pedazos de cielo del paraíso terrenal, perdido para siempre después del pecado original. Ese mismo cielo que, después de tanto llorar por nosotros, un aciago día, se rompió en mil pedazos, sus fragmentos convertidos en mariposas escaparon y se echaron a volar por todo el mundo. Ellas tienen la misión de llenar de alegría y colores nuestras vidas. Esas mariposas al morir vuelven a ocupar su lugar en ese cielo, convertido ahora en un gigantesco rompecabezas que se vive armando y desarmando constantemente. Está aquí, en este mundo, pero a ustedes, dada su condición humana, no les es posible percibir su existencia. Eso le había dicho con un tono de insoslayable tristeza.

Cuando el árbol veterano le explicó los motivos por los cuales no había querido revelarles lo que por esta época era el inevitable final de sus hermanos, el enojo de Augusto desapareció.

Sencillamente lo había hecho, le dijo el árbol, porque lo consideraba muy niño y para evitarle el inmenso dolor que, él sabía, esa revelación le causaría; en fin, había

sido mejor como sucedió: que él descubriera la verdad por su propia cuenta y no por otros medios.

Pero las tribulaciones de Augusto no paraban allí, el destino le tenía reservado un sufrimiento aún mayor. La familia no tardó en trasladarse a Mandinga, ese pueblo cuya economía se basaba en la explotación de la madera, y, lo que a la postre resultó peor, su padre terminó metido de lleno en ese mismo negocio. A su casa llegaban hombres siniestros, pero había uno en particular cuya crueldad no tenía límites, nunca se supo su verdadero nombre, simplemente le llamaban “La Roncona”. Este individuo se jactaba de haber exterminado, él solo, bosques enteros. “Los corteros”, que así se les llamaba a los taladores de árboles, decían que aquel hombre tenía pacto con el diablo. A menudo se desligaba de la cuadrilla y se internaba en la espesura del bosque. Sus compañeros, que no se atrevían a ir más allá del comienzo de la selva, escuchaban asombrados los interminables golpes de hacha que, roncós —y esa era la razón de su apodo—, salían de lo profundo del bosque, testimoniando de manera clara y precisa su fabril actividad. Igualmente escuchaban consternados la estruendosa caída de los gigantescos árboles, que hacían temblar la tierra. Y este hombre, sediento de savia, de sangre vegetal, formidable depredador del verde de la tierra: asesinaba, masacraba la selva entera. Lo hacía de manera tan atroz y espantosa que los

árboles grandes, por gigantescos que fueran, temblaban ante la presencia de aquel demonio de hombre.

Bien pronto se instaló en el pueblo otro aserrío y, después de este, otro y finalmente fueron muchos. Al extremo de que ya no constituía noticia alguna el hecho de que se montara un nuevo aserrío.

El pueblo entero se convirtió para Augusto en toda una pesadilla. No había lugar donde su espíritu pudiese estar en paz, aquí y allá oía los gritos de sus hermanos árboles, que eran asesinados por las incansables hachas y sierras, que día tras día avanzaban en su tarea de total exterminio. El espanto de Augusto era creciente, e igual lo era su impotencia frente a la vorágine de destrucción y codicia que animaba la tarea criminal en la que estaban inmersos los hombres de la región.

Las lluvias empezaron a espaciarse en el tiempo, cada día más y más. Los veranos se volvieron inicialmente prolongados, luego todo se volvió verano y después del verano todo fue un infierno. El río finalmente se secó y lo que alguna vez fuera su lecho, lleno de vida, colmado de líquenes, de peces, sábalos, mojarras, cugos, con sus orillas colmadas de conejos, ardillas, tatabras y armadillos, se convirtió en un desierto. Los árboles desaparecieron y las aves cantoras con ellos. El lugar se sumió en un silencio de muerte. Aquel otrora paraíso, transformado en un arenal, cedió el paso a una polvorienta carretera. Por ella pasaban las volquetas

cargadas de troncos que venían de lugares cada vez más lejanos, en los que todavía quedaban montañas verdes, riachuelos de cristalinas aguas, aves de coloridos plumajes y niños con sonrisas felices. Y cuando a Augusto le contaban esto, sus ojos se llenaban de lágrimas, porque sabía que el paisaje, al igual que las risas, y los gozosos gritos de aquellos niños que él no conocía, desaparecerían muy pronto. En su cabeza empezó a germinar la idea de parar la destrucción como fuera; se prometió que pronto pasaría a la acción.

Un día decidió huir de la casa, se fue escondido en una volqueta, una de las tantas que transportaba los árboles asesinados. Se había vuelto amigo de Fredy, el hijo del conductor, quien lo ocultó lo mejor que pudo para que nadie lo viera. Después de viajar muchas horas a través de un yermo desierto llegaron a una región llena de cuajados bosques, donde había aves que entonaban melodiosos trinos y niños que exhibían exultantes sonrisas. Augusto no lo pensó y antes de que el carro se detuviera y fuese descubierto por el padre de su amigo, se lanzó de la volqueta en plena marcha y se internó en la profundidad del bosque.

Después de mucho caminar, llegó a un lugar que, por la altitud de los árboles y su gran número, intuyó que era el corazón del bosque. Cansado, se recostó al pie de uno de los árboles gigantes y no tardó en quedarse dormido; cuando despertó ya era de noche. Un

millón de insectos, luces voladoras, vivaqueaban suspendidas en el aire. Una arrolladora sinfonía, que tenía la pretensión de sumar todos los sonidos del universo, surgía de las entrañas del bosque. La armonía hizo que Augusto imaginara a una multitud de músicos en un inmenso escenario, tocando miles de instrumentos, ejecutando las más bellas partituras solo para su disfrute. Al principio se sintió sobresaltado, temeroso, pero muy pronto una inexplicable tranquilidad y confianza se apoderaron de él. Suspendido en una especie de aletargada vigilia, no transcurrió mucho tiempo para que volviera a dormirse. Cuando despertó de nuevo tuvo conciencia de que ya era de madrugada; la luna brillaba de manera esplendorosa. Escuchó murmullos, que luego se convirtieron en voces:

—Augusto —escuchó decir, con voz grave, al árbol de Chachajo, en cuyos pies había dormido—. Mis hermanos y yo sabemos quién eres. Nos había sido anunciada tu visita.

—Eres nuestro salvador —replicaron todos en coro: los olorosos Cedros de trajes blancos, el adusto Guayacán, los vigorosos Chanúl, y Nato, los nobles Tangare, Popa, María, Jigua, y Paliashte, los proletarios Cuangare, Sande, y Goma, hasta el maloliente Tulapueta. Todos estaban allí, hablándole:

—Nos lo ha dicho nuestra madre, la Tierra, que todo lo sabe, nos lo dijo el viento que viene de donde

tú vienes, y los árboles más viejos lo afirman: “escrito está en las estrellas que vendrías a salvarnos”.

Y Augusto, con la deslumbrante iluminación de un clarividente, supo en aquel momento que ese era su destino; el destino que él quería, el que le habían asignado los astros. Augusto habló con los árboles y ellos le manifestaron su temor, le dijeron que estaba próximo el día en que llegarían hasta allí los implacables taladores de miradas torvas, de miradas fieras, provistos de aterradoras hachas. Y entonces, la sangre de los árboles correría a raudales, gritarían, pero sus gritos serían inaudibles para el común de la gente, excepto para él. Le dijeron que era el único que conocía del dolor de los árboles, el único ser humano capaz de experimentar como si fuera en carne propia el sufrimiento y la angustia de ellos. Entonces a Augusto se le ocurrió que no todo estaba perdido y descubrió asombrado que el plan que pensaba proponerle a sus amigos árboles no era nada nuevo. Por el contrario, cuando empezó a explicárselos, tuvo conciencia de que esa idea había permanecido en su mente, de manera subyacente, desde siempre. Ahora que se había hecho la luz entendía que su fuga de la casa paterna, cuya finalidad en principio carecía de una estrategia clara, obedecía a un procedimiento que, sin saberlo, su subconsciente había madurado minuciosamente. Sí, ahora pasarían al ataque, no podían seguir con esa pasividad, permitiendo el holocausto. ¡Cuántos hermanos habían muerto y no pasaba

absolutamente nada! Ese pequeño hombre con cara de diablo, llamado “La Roncona” —vaya uno a saber, hasta pudiera tratarse del mismo demonio—, los árboles, sobrecogidos por el terror, lo describían como incansable, con cien veces más energía y vigor que las de cualquier ser humano; con su horrible cara, en la que solo brillaban sus dientes agresivamente blancos donde también rielaban, con amarillo brillo, chispas de oro. ¿O serán de candela?, se preguntó Augusto. Y los árboles en medio de la reunión, agitaron sus ramas, sacudieron frenéticamente sus hojas. Había llegado su salvador.

Augusto les pidió un último sacrificio:

—Tendrán que sucumbir algunos hermanos antes de poder cantar victoria —les dijo. Y con la mejor de las pedagogías, paciente, minuciosamente, les explicó paso a paso lo que tendrían que hacer. Al ser talados deberían esforzarse por cambiar el curso de su caída, desafiando incluso las leyes de la física, y, en un supremo esfuerzo, caerle encima al enemigo. Les repitió una y otra vez el plan.

—Si están distantes, los árboles más altos tendrán que ubicar con precisión donde está la cuadrilla, y en esa dirección tratar de generar el efecto dominó, es decir, caer sobre otro árbol para que este a su vez caiga sobre otro, hasta dar el golpe final, aplastando a aquellos que vengan a dañarlos. A partir de ahora dejaremos de ser inermes e indefensos —les dijo Augusto—.

Seremos activos, rechazaremos la agresión y pasaremos a la ofensiva.

Augusto, que se sentía el comandante de un gran ejército de colosales guerreros, dispuestos a morir con sus raíces puestas, se quedó en el bosque a la espera de los agresores. Pero no perdió el tiempo. Se dedicó a revisar su plan, consideró el más ínfimo de los detalles; mientras tanto, sus hermanos árboles se ejercitaban tratando de mover y direccionar sus ramas en uno u otro sentido. Ese sector del bosque que cada día era más amplio, pues ahora hasta de los confines más apartados llegaban mensajes de solidaridad, se había convertido por la actividad desplegada en un campamento militar; todo en aquel lugar hacía presagiar la inminencia de una terrible confrontación.

Las aves mantenían una permanente y estrecha comunicación entre las diferentes secciones del bosque e informaban constantemente de la proximidad del enemigo. Gracias a ellas, Augusto supo que al frente de los desalmados venía “La Roncona”. Aquel hombre metía miedo y los pequeños animales del bosque ante el estallar de su tremebunda carcajada, huían despavoridos. Finalmente, las aves informaron aquel día sobre la proximidad de la cuadrilla. Con claridad se oía el golpe seco y demoledor de las hachas y el retumbar lleno de lúgubres ecos de la caída de los árboles. Augusto se recriminaba el haber tardado

tanto en llegar en auxilio del bosque, pues por su tardanza se habían sacrificado cientos y hasta miles de hermanos árboles, muertes que podrían haberse evitado y que ahora le pesaban en la conciencia.

Después de una última arenga, en la que destacó el valor y la importancia que tenía para la humanidad la preservación del bosque y de cada uno de los árboles como símbolo de vida y permanencia sobre la tierra, con un último llamado a hacerle frente al enemigo con valor, Augusto se aprestó a librar la gran batalla.

El municipio de Roberto Payán posee un territorio colmado de bosques de naturaleza húmedo tropical que, desde hace más de sesenta años, ha sido y sigue siendo blanco de la más atroz y despiadada depredación. A las seis de la mañana del 10 de mayo de 2012, la noticia llegó a San José, su cabecera municipal. El pueblo, como si se estuviese desperezando, empezaba apenas a emerger de la niebla, la niebla del verano, como decían los nativos. A tres kilómetros de allí, en la ribera del Patía, la caída de un sinnúmero de árboles en la ladera de la montaña, había aniquilado a una cuadrilla de treinta corteros. Fernando, el portador de la noticia, un hombre de mediana edad, de yines, botas pantaneras y gorra, contratista de madera, se tomaba un café en el único establecimiento que a esa hora estaba abierto. Tendría que esperar todavía dos horas

a que las oficinas públicas iniciaran sus labores para dar parte a las autoridades de la tragedia. Bastó que enterara al dueño del cafetín sobre el particular para que, en cuestión de diez minutos, tuviera a buena parte de la comunidad arremolinada a su alrededor. Los parroquianos se santiguaban, pues hacía meses que no llovía y en ese sector la tierra era firme, para nada deleznable, así que nadie se explicaba el porqué de la tragedia. No obstante, frente a la recurrente pregunta, única y lógica que se les ocurría hacer, de un presunto deslizamiento, Fernando trataba de hacerles entender, sin lograrlo, pero sí avivando la creciente incredulidad de la gente, que no había tenido lugar deslizamiento alguno, pues los cadáveres en su totalidad habían quedado aplastados por los árboles y no sepultados. Y a falta de una consistente explicación agregaba finalmente que esto dificultaría el rescate de los cuerpos.

Un anciano que fumaba cachimba, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado, como quien reprueba algo, se retiró del corrillo pensando que, «en las acciones de la naturaleza no hay perversidad alguna, ella simplemente sabe cómo responder a las agresiones del hombre».

ISBN: 978-958-56244-9-8

LA JUSTICIERA DANZA DE LOS ÁRBOLES

© Jairo Anaxarco Ortiz Lemos (Barbacoas, Nariño)

Escritor, autor de la novela *Santa María Préstame tu Ombligo*.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





José L. Mosquera R.
/ Twandré /

EL MONTE ARRULLADOR



MENÚ



Dicen los viejos que la maldición de unos es la bendición de otros. En el caso del caserío de Cantarrana la fortuna fue de pocos y la desgracia de bastantes. Cuentan los que saben que allá en los montes susurrantes se esconden historias extraordinarias. El caserío de Casas Viejas es ejemplo.

Justiniano Riascos se convirtió en mayordomo comunitario en remplazo de don Marcelo Amú, quien murió a los 111 años después de agonizar varias semanas. Era un hechicero versado; liberarse de sus ángeles y diablos no le fue fácil. Solo hasta que le dieron a beber sus uñas los espíritus del bien y el mal lo dejaron partir.

Fue Machelo —como le decían al finado— quien le habló a Justo —como le decían a Justiniano— de la legendaria ‘Flor del Tula’. Ocurrió al culminar una tonga, y al cabo de un año de su muerte, en sueños, se le reveló, confesándole cuál era la recompensa si llegaba a conseguir aquella flor catalogada como la más bella del universo.

A sus 75 años don Justo era un personaje reconocido por muchas cualidades, pero la gente le tomó afecto después de encabezar la lucha contra el gobierno central para impedir la explotación, por parte de una multinacional, del ‘Monte de las Ánimas’, que para el Estado representaba una inmensa riqueza mineral. Pa’ Casas Viejas, en cambio, el dicho monte simbolizaba un territorio sagrado donde iban a descansar las almas de sus muertos. Además, el monte ocultaba un secreto que todos temían saber, por eso, a pesar de conservarlo, nadie se acercaba por allá.

Haberse vuelto el habitante más ilustre del pueblo le llenaba de orgullo, pero don Justo no estaba satisfecho, perseguía una ambición más heroica, y por eso de su mente no se le quitaba la famosa leyenda. No iba a perder más tiempo en si era verdad o mentira, la decisión ya estaba tomada; además, ya había hecho todo lo necesario para emprender la aventura, le faltaba un solo paso: agarrar la flor antes que el espíritu. Para eso había repasado la oración de la mano poderosa cientos

de veces y había fraguado en su cabeza miles de estrategias para ser más ágil que aquella sombra peregrina.

Llegado el 22 de septiembre, al sucumbir el atardecer, Justo labró un palo que le serviría de apoyo y tomó rumbo hacia el ‘Monte de las Ánimas’. Sabía que no era necesario irse tan temprano, la desesperación por alcanzar su objetivo le pudo más. Muchos lo vieron salir. El único que le lanzó una frase irónica fue su compa Victoriano: “Al monte vas, ermitaño, a liberar una pesada carga”. Pensó en responderle que solo iba a milandar, prefirió ignorar todos los sentidos de su frase. En la orilla del mismísimo río Micay empujó el portillo, cogió palanca, canalate y se embarcó agua bajo entonando cantos de boga al tenor del recatón.

Las tonadas del Oi Ve y el roncar del canaleta cesaron cuando entró a la quebrada del Riviel, donde después de pasar el manso de Los Sábalo le tocaba palanquear corriente arriba. Al terminar de pasar la Playa de la Tunda, antes de adentrarse en el monte, recitó al revés los respectivos rezos que lo protegerían de todos los espantos y visiones nocheriegas de la montaña. En el Paso del Guatín recordó que una de las condiciones que debía tener presente era que no podía medir el tiempo en aparatos inventados por la humanidad. Debía tener la suficiente sabiduría para advertir la llegada de la media noche y presenciar el extraño acontecimiento. El viejo curtido no perdió la noción del tiempo

ni estaba nervioso de nada, se sabía todas las invocaciones que le habían enseñado sus ancestros más próximos, lo cual era un privilegio que no tenía cualquiera. Selectivamente, las viejas y los viejos confiaban sus secretos a las personas. Estaba preocupado, eso sí, porque suponía que el espíritu, al igual que él, estaría expectante del suceso, y el no verlo representaba una desventaja para él. De hecho, esa fue la principal causa por la cual sus antecesores, que también tuvieron la osadía de emprender esta malaventura, fracasaron, lo que los dejó como culebras mal apaleadas.

Un presentimiento intenso le hizo comprender que el momento estaba cerca. Será el ánima de Machelo, pensó. La fatiga del cuerpo lo puso inquieto. Decidió tranquilizarse como si nada excepcional allá en lo profundo del bosque estuviera por ocurrir. Resolvió alejarse y esconderse atrás de un papachinal, desde donde podía ver el tronco del Tula, el palo muerto que alguna vez fue un árbol lleno de vida y ahora era un esqueleto de madera donde nacería la prodigiosa flor. Tomó posición para emprender la carrera al menor visaje y se acuclilló a esperar. Entonces, de repente, el rozar punzante de una pringamoza en su cuello le hizo pegar el brinco y correr a toda velocidad hacia el Tula, en cuyo interior empezó a producirse un crujido y un destello de luz plateada que resplandeció el espacio y venció la oscuridad antes imperante.

La leyenda de la flor del Tula tenía muchas versiones, pero todas obviaron este fantasmagórico fenómeno, incluso la de Machelo.

Después de correr con todas sus fuerzas Justo terminó abalanzándose con las manos abiertas hacia el Tula, el cual se encontraba partido como si un hachazo lo hubiera dejado abierto de par en par. Allí estaba resplandeciente, era toda ella, una flor de siete pétalos y una belleza indescriptible. Justo se apresuró a cogerla, sin embargo no sintió que la hubiera agarrado. Extrañado se incorporó, y vio cómo la flor levitó hacia la altura de su pecho. Esta empezó a moverse hacia la cima del monte, alejándose del viejo, que decidió seguirla. La luz plateada que emanaba la flor resplandecía e iluminaba el camino. Se miraban rostros de animales cuadrúpedos y aves que no ocultaban el asombro en sus iris grisáceos. En la travesía subieron lomas, pasaron quebradas y riachuelos hasta llegar a un claro donde la flor se detuvo.

Allí una corriente de aire se apoderó del lugar. El frío brutal le heló la sangre a Justo, y aunque el viejo apenas podía percibir una forma vítrea en el aire, el hálito espectral confirmaba la presencia. El espíritu, a quien Justo había arrebatado el derecho a poseer una vez más la musa de la selva, había llegado para consumir el trato, tal como lo decía la leyenda: el hombre o la mujer que en el equinoccio de primavera del año, consiga co-

ger antes que el espíritu a la inmemorial ‘Flor del Tula’, tendrá que entregársela por ser el guardián del ‘Monte de las Ánimas’, quien lo recompensará con un legado inalcanzable para la mayoría de los mortales.

—Perdonará usted, mayordomo, el gélido de mi aura, pero es la naturaleza de nosotros los espíritus. Bienvenido.

—Descuide usted, divinidad; con entereza asumo el clima de mi victoria.

—Bueno, mayordomo, ha conseguido usted lo que ansiaba de una manera audaz, pero dígame. ¿Qué lo ha motivado?

—Existen hombres de tierras lejanas que quieren destruir la mía. Como humano, junto a mis coterráneos, los enfrentamos y los vencimos, pero no es suficiente para mí. Primero vine a descubrir el secreto que se esconde aquí, así cuando me muera convertirme en el nuevo guardián del ‘Monte de las Ánimas’.

—El ‘Monte Arrullador’ querrá decir.

—¿El monte qué...?

—Arrullador, sí señor, y el secreto que se esconde aquí no es más que un cenotafio donde yacen los siete cuerpos del matronato.

—¿Pero de qué me está hablando usted? ¿Podría contarme la historia completa?

—Atrás, en los montes susurrantes, se esconden muchas historias portentosas. La que te voy a narrar es una de ellas:

El caserío del que tú vienes, llamado hoy Casas Viejas, originalmente se llamó Cantarrana. Sus fundadoras lo llamaron así por el intenso croar de estos animales en la noche. Situado en las orillas del mismísimo río Micay, era una colonia de la selva donde habitaban los Kalunga, mujeres y hombres pacíficos ombligados de Anansi, dios y diosa de la diáspora africana. Los Kalunga tenían muchas cosas por las cuales sentirse privilegiados, pero había una en especial que los hacía únicos: el ‘Matronato’, una cohorte de siete mujeres milenarias que regían los destinos de la comunidad desde un islote en el mismísimo río Micay. Su carácter de sacerdotisas inspiraba respeto y admiración por parte de sus prohijados. No les llamaban matronas solo por el hecho de traer a casi todos los miembros de la comunidad al mundo, sino porque eran la máxima autoridad. Resolvían los conflictos comunitarios; regulaban actividades de economía autosostenible como la tonga y la mano cambiada; impartían las normas de convivencia para evitar las malas conductas y también se habían consagrado como una especie de oráculo al que la gente consultaba cuando tenían alguna dificultad. Todo esto mantenía al pueblo en notable armonía. Tenían además poderes asombrosos que utilizaban en las curaciones con la complicitad del secreto de plantas como la malva, el amansaguapo, la suelda con suelda, el anamú o la venturosa. Aunque las ancianas

tenían miles de años encima, llegaron a un estado en el que ya no envejecían más; y aunque corría el rumor de que eran mujeres eternas, ellas mismas advirtieron que el día en que se destruyeran sus almas morirían.

Estas ancianas escondían un enigma que nadie más en la comunidad sabía. Tenían una correlación fantástica con una impetuosa y misteriosa arboleda. Esta estaba ubicada en la cima de un bosque y se erigía desde la tierra como un grupo de rascacielos madereños: era el ‘Monte Arrullador’, un hatajo de seis árboles gigantes y una planta arborescente que representaban la esencia de la purificación selvática. Su nombre se debía al dulce sonido que emanaba desde su interior. Oculto por la niebla en el día, desnudo en las noches y circundado por criaturas noctívagas, este monte era el clímax y punto de encuentro de la selva, donde diversas especies de animales y plantas, muchas de ellas desconocidas en otros lugares, confluían en una danza armoniosa entre la flora y la fauna, lo que lo convertía en erial consagrado de la vida.

El ‘Matronato’ no era un consejo de diosas terrenales o brujas bondadosas, solo tenían dones extraordinarios superiores al resto de los humanos. El ‘Monte Arrullador’ era sagrado para ellas por una razón especial: de allí provenía y dependía su existencia; esos siete árboles configuraban sus almas. El alma de Librada estaba representada por el Trúntago, árbol de madera

perdurable, viga de las casas y soporte de los puentes. Digna tenía como alma al Choibá, mango de herramientas de trabajo y columna de las casas. Salvadora el Chachajo, el madero de los canaletes roncadores. Marina, a su vez, era figurada por el Sangre Gallina, el de la savia purpúrea que brota a la menor herida. Fortunata el Balso, la madera de las artes por su suavidad y liviandad. Amada no se quedaba atrás, tenía de alma al Tangaré, el árbol de la carpintería. Veneranda, finalmente, estaba unida a una palmera intrusa en medio de esa sacra arboleda, el Pambíl, dama de la chonta que al ser convertida en instrumento musical libera el sonido más puro de la selva.

Quién más podía ser, sino Anansi, la autora de este vínculo prodigioso, que con sus hilos bendijo a estas siete mujeres con estos siete árboles, decidiéndoles así almas para que consumaran su trabajo en la tierra. Para mantener esta ilación, las matronas hacían rituales de purificación al pasmoso monte y estos árboles sagrados a su vez depuraban y purificaban todo el resto del bosque.

Toda esta connivencia entre el ‘Matronato’ y el ‘Monte Arrullador’ tenía efecto en Cantarrana, de manera que los Kalunga eran muy privilegiados. La naturaleza les proveía de todo lo necesario: agua, alimentos, materiales, aire puro, plantas medicinales; ostentaban variadas especies de aves, animales silvestres y peces

de agua dulce. Su sistema de autoconsumo no permitía el comercio. Los pocos árboles que se cortaban de manera selectiva eran para uso necesario; nadie fragmentaba un árbol si no era por una necesidad imperiosa y no podía hacerse en luna ni en cuarto creciente porque la madera se pudría. Era deber también resembrar proporcionalmente a lo consumido, así como cultivar en luna nueva para obtener buenas cosechas.

A pesar de la ignorancia de los Kalunga respecto al ‘Monte Arrullador’, no había quien no le tuviera gran admiración al ‘Matronato’. Había un niño de 11 años llamado Sirhán que tenía una especial fijación con las sacerdotisas. Se mantenía constantemente con ellas, a menudo les llevaba obsequios y se había convertido en su ayudante. La matrona Marina lo trajo al mundo, y desde que vio la barriga alargada y puntuda de Sihara, su madre, supo que era varón.

Una tarde, cuando los Kalunga estaban dedicados a sus actividades cotidianas, empezó a percibirse un sutil olor a chontaduro en cocción, que poco a poco se fue esparciendo por toda la comunidad. Al principio la gente no le prestó mucha atención, pero su constancia ya pasadas horas y horas comenzó a inquietarlos. En unas casas se creía que el olor venía de la de enfrente, en la de enfrente que de la del lado, y en la del lado que de la de atrás. No provenía de ninguna, y se propagó a tal punto que la gente empezó a salir de sus hogares a

averiguar de dónde era que salía el aroma que le estaba abriendo el apetito a todo el mundo. Nadie hallaba una explicación, empezando que ni siquiera había cosecha de chontaduro. La intensidad del olor exquisito se incrementó al punto de que la gente empezó a delirar como si el mismísimo opio enajenara sus voluntades. Gemidos y alaridos formaron un coro colectivo de lamentos, hasta que un grito estridente los despertó del éxtasis. Era Sirhán, quien se encontraba en el río poniendo una catanga en el tulal y subió al pueblo a avisar lo que estaba sucediendo: venía bajando, por la mitad del río, una olla de chontaduro hirviendo. Mientras la gente miraba estupefacta cómo la olla negra se iba agua abajo, Sirhan fue corriendo a contarles a las matronas que se encontraban reunidas haciendo artesanías con los cristales del Algarrobo, y aunque no alcanzaron a ver el suceso lograron restablecer la calma.

Al caer la noche, cuando Sirhán se fue a tomar el choibalate que la matrona Digna siempre le preparaba, alcanzó a escuchar, de boca de la matrona Librada, las últimas palabras de la reunión que habían sostenido.

—Nuestros antepasados no están enviando señales, algo muy malo está por ocurrir, y nada podemos hacer, porque el mal proviene de las fuerzas ruines del corazón de los hombres, y nuestros benignos poderes paledecen ante ellas, lo único que podemos hacer es tratar de salvar a nuestro pueblo.

El evento de la olla de chontaduro fue un primer presagio, porque después vinieron otros que le quitaron la tranquilidad a Cantarrana. Como que las gallinas en vez de los gallos empezaron a cantar en la madrugada. Algunas personas empezaron a mirar sus sombras sin cabeza, o los perros no paraban de llorar en la noche y el guaco, pájaro de la muerte, no dejaba de interpretar su canto melancólico caída la oscuridad.

Pero lo peor estaba por venir.

Lo que los presagios anunciaban empezó a materializarse el día que las matronas escogieron para comunicar la decisión que habían tomado. Ocurrió que la matrona Digna amaneció muerta.

No les quedó más remedio que practicarle los respectivos rituales fúnebres y enterrarla debajo de la misma choza donde vivía. La gente no se había recuperado del fallecimiento de la anciana cuando apareció muerta Salvadora. Lo mismo pasó luego con Librada. Nadie supo la causa de sus muertes. En los días que sobrevivieron murieron Amada, Veneranda y Fortunata. Solo quedaba Marina, solitaria en el islote junto a sus seis hermanas muertas.

La gente se llenó de miedo.

La ausencia de las sacerdotisas les impedía saber qué hacer. Marina, la matrona sobreviviente, al ver el desconcierto envió un mensaje con Sirhán para que

lo divulgara a toda la comunidad. Debían abandonar Cantarrana; había surgido una enfermedad en el aire que iba acabar con toda la gente. Los Kalunga se rehusaron a dejarla sola, pero ella manifestó que ya estaba contagiada con la enfermedad y tenían que irse antes que la peste pasara del islote al caserío.

Entrada la madrugada comenzó el éxodo. Los habitantes de Cantarrana cogieron sus pertenencias y se echaron agua abajo en balsadas, alumbrándose con antorchas encendidas en medio de la niebla que blanqueaba el río. Nadie podía ocultar la enorme tristeza que significaba tener que abandonar su pequeño paraíso. Los Kalunga se dispersaron por todo el Micay, adentrándose en varios de sus ríos tributarios como el Chuare, el Jolí, el Sigüí y el Agua Clara. Otros prefirieron la tierra del gran río Naya.

Mientras tanto, Marina se quedó sola en el despoblado lugar que fue cubierto por la niebla. Ella, en su choza, se dispuso a desaparecer en la oscuridad. Cuando se disponía a cerrar los ojos un extraño ruido la sacudió; algo que venía serpenteándose entre las matas a una velocidad inquietante la hizo poner de pie. Una figura se abalanzó sobre su cuerpo y la abrazó. Era Sirhán, que había abandonado la procesión. Marina no ocultó su alegría al verlo, pero prefirió regañarlo por la insensatez que había cometido. Sirhán le confesó que se había devuelto porque sabía que lo de la enfermedad en el aire

era mentira. Venía dispuesto a descubrir la verdad que se ocultaba detrás de la muerte de las matronas. La anciana guardó silencio y le preparó una sopa de resplandor, un plato solo para ocasiones especiales. Luego hizo esfuerzo por abrazarlo, pero se desplomó en el suelo. En su agonía le reveló el vínculo enigmático con el ‘Monte Arrullador’ y cómo, tal vez, allá hallaría respuesta. Le explicó la ruta. Antes de morir le declaró su última voluntad: que hiciera lo posible por enterrarla junto a sus hermanas en una tumba colectiva en la cima del monte; así, en prueba de su reunión más allá del infinito, cada equinoccio de primavera del año se manifestarían a través de una flor que renacería de un tula.

Rayando el sol, Sirhán desenterró a las seis matronas ancianas y construyó un cenotafio donde metió a las siete. Luego de tomarse la sopa se fue al ‘Monte Arrullador’. Desde el pie del monte empezó a notar cosas extrañas: pequeñas manchas rojizas que salpicaban sus pies. Al llegar a la cima observó, horrorizado, una imagen que marcó su existencia: los seis árboles, Trúntago, Choibá, Chachajo, Tangaré, Balso, Sangre Gallina y la palma del Pambíl, se hallaban destrozados, junto a otros árboles que, alrededor, yacían también derribados.

Escuchó un ruido a lo lejos y decidió seguirlo. Entre más se acercaba más le retumbaban los oídos. Al llegar al origen del ruido miró cómo un grupo de hombres dominaba un grupo de monstruos con lenguas alargadas

y llenas de dientes filosos que rechinaban en la piel de los árboles, mutilándolos, haciéndolos caer estrepitosamente a la superficie del bosque. Sirhán se devolvió des-pavorido, temeroso de que esos monstruos lo fueran a devorar y arrastrar hacia un destino desconocido como estaban haciendo con los árboles. Después de recuperarse del impacto se propuso resembrar los árboles sagrados del ‘Monte Arrullador’. Solo así le encontró sentido a su existencia.

Si este monte sagrado existe en el presente después de su aniquilación, fue porque ese niño que en el pasado fui yo, ese niño que se hizo joven, adulto y anciano, lo reconstruyó. Al morir el ‘Matronato’ me transfiguró en el espíritu guardián de este lugar. Esa es la historia.

—Ahora lo comprendo todo, pero tengo una última duda, ¿cuando yo muera y venga a reemplazarlo, qué pasará con usted?

—Empezaré mi proceso para reunirme con el ‘Matronato’, quien me convertirá en un ser etéreoamente superior.

—Se convertirá usted en un dios.

—Posiblemente.

—¿Y yo también tengo posibilidades de convertirme en un dios?

—Posiblemente, pero para eso debe existir otra u otro mortal que pueda conseguir alcanzar, antes que usted, a la musa de la selva: la legendaria ‘Flor del Tula’.

Ahora entréguese la flor, don Justo. Cuando usted muera no tendrá el mismo destino de sus hermanos y de los que alguna vez fueron los míos. Sufrirá una transmutación que lo convertirá en el nuevo espíritu guardián de este ‘Monte de las Ánimas’. No se le olvide, jamás, que es la reencarnación natural del ‘Monte Arrullador’.

ISBN: 978-958-56245-0-4

EL MONTE ARRULLADOR

© Jose L. Mosquera R. (López de Micay, Cauca)

Estudiante de derecho en trabajo de grado, líder de un colectivo juvenil llamado MAREA 'Movimiento Afro de Reconocimiento Étnico y Ancestral'.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Juan Sebastián Mina

KILELE



MENÚ



Vivo en Santiago de Cali, la capital del Pacífico colombiano. Es una urbe que se alza en medio de bosques, ríos, animales y montañas, pero que sigue siendo, al fin y al cabo, una urbe. Cuando me dijeron que visitaría el Pacífico sentí miedo. Sin embargo, también pensé: cortar las amarras lógicas, ¿no implica la única y verdadera posibilidad de aventura? Me aferré, como la sal al mar, a este dogma. Esta es una historia sencilla, pero no es fácil de contar. Como en una fábula, hay dolor y, asimismo, está llena de maravillas y de felicidad. Este es un relato de vida, una crónica de viaje.

Noches de Bocagrande

Las manos y caras negras que trabajan en el aeropuerto de La Florida, vestigios fantasmales del Alfonso Bonilla Aragón, nos recibieron. “Bienvenido a Tumaco, la perla del Pacífico”. ¡Y qué perla! Tres islas enormes se imponen sobre el mar preñado de basura. Cuenta la historia que la forma primigenia de estas tres islas era de pargos rojos. Estos habían sido enviados por Yemayá, madre de la vida y de las aguas, a reconocer sus dominios. Durante miles de años navegaron por todos los océanos de la Tierra. Un día se sintieron fatigados y se quedaron a descansar en los esteros de la costa Pacífica nariñense. La brisa de la tarde los adormeció, las olas los arrullaron y se quedaron profundamente dormidos. Poco a poco las mareas infatigables los cubrieron de arena; pronto una frondosa vegetación apareció sobre sus lomos y las lluvias torrenciales formaron riachuelos copiosos. Así cuentan se formó la perla a la que arribamos.

A la salida del aeropuerto nos esperaban dos vehículos para llevarnos hasta el muelle, aun así no cabíamos todos. Escuchamos que alguien dijo “es cerca”, así que decidimos caminar. En medio de migajas de dignidad humana y bolsas de basura entreabiertas flotaba nuestra panga, una lancha rápida. Nos subimos. El motor se puso en marcha e iniciamos

nuestros recorrido por el mar. Heriberto, un hombre de rasgos fuertes, ojos cansados pero seguros, y accesorios de oro que contrastaban con la renegrida pobreza del territorio, era nuestro guía.

Tumaco, oficialmente San Andrés de Tumaco, es un municipio colombiano ubicado en el suroccidente del Departamento de Nariño, a 300 kilómetros de San Juan de Pasto y a 30 minutos de la Isla de Boca grande, lugar que nos acogería durante cinco días. “Compadre, aquí”, dijo el hombre que acompañaba a Heriberto. Desembarcó. Un “nos vemo” con la mano en alto quedó como firma del contrato de cordialidad. Así es en el Pacífico.

A nuestra derecha descansaban “La yola” y “Angélica”, amarradas a un viejo palo como vivas reminiscencias de largas jornadas de trabajo. Tumaco, y sus alrededores, tiene como principal renglón económico la pesca artesanal; la practican pequeñas lanchas, como “La yola” y “Angélica”, en zonas costeras a no más de 16 kilómetros de distancia, dentro de lo que se llama mar territorial.

Heriberto hablaba de Bocagrande mientras miraba intranquilo su reloj. Una falla técnica —no supimos qué fue lo que pasó, pero vimos que recogía del mar, con bastante esfuerzo, un trozo de madera— nos había retrasado. El tiempo corría al vaivén de las olas. Los esteros y manglares me envolvieron

en un sopor del que solo regresé con el repicar de una marimba y un coro que cantaba *Kilele/ Todo el mundo está bailando/ Kilele/ Y también lo bailo yo/ Kilele...* Kilele, el grito africano que significa fiesta y rebelión, y que parecía meterse por entre las tablas del piso, subir por los jeans de los músicos y aflorar en las letras que llevaban en el pecho y la espalda: “Yo soy Genaro”. Tiempo después sabría, por boca del marimbero, que Genaro había sido un líder del Consejo Comunitario Asocasan, asesinado por “ellos” el 3 de agosto del 2015.

La noche abrazó el sol, a los cangrejos, a las palmeras y a nosotros. Lo único que se veía era el destello de la luna que se batía con una nube para que pudiéramos contemplarla. Alguien evocó al trío Martino: *Noches de bocagrande/ bajo la luna plateada/ el mar bordando luceros/ en el filo de la playa/ el mar bordando luceros/ en el filo de la playa/*

Era momento de dormir.

La madrugada nos sorprendió sin deseos de abandonar las camas. Adentro, sentíamos el viento mecer la cabaña; afuera el mar ya era alcanzado por una claridad que aumentaba su temperatura. Estábamos cerca al meridiano del Ecuador, por eso luz y tinieblas se reparten con equidad el día: 6:00 a.m. y se abre el telón. La función de las aves en el teatro del Mar. Una bandada de alcaravanes, en posición V para romper

el viento, cruzó el fondo del escenario. Cerca de la orilla, otros actores, estos en fila india: cientos de hormigas que subían y bajaban como en una montaña rusa, ora a derecha, ora a izquierda. Y la cabaña seguía a merced del viento. El mar. El horizonte que no existe; solo contemplaba un abrazo azul, apacible, sublime. ¿Cuál de los dos es el cielo, y cuál es el océano? El director, que algunos llaman azar y yo prefiero decirle naturaleza, armonizaba el ambiente: las aves declamaban sus sonidos; el sol coronaba el cielo y el mar imprimía un coro permanente: Zzzaaasss Zzzaaasss Zzzaaasss.

La noche anterior ese coro se mezcló con el repiqueteo de la marimba, el golpe seco del cucuno, el grito del tambor y los enérgicos movimientos de un grupo de jóvenes liderados por Gustavo, un gestor cultural forjado por las vicisitudes del territorio y por las necesidades propias y ajenas de las caras lindas de la gente que le rodea. Gustavo, con una pierna maltrecha, las marcas de la necesidad en los pómulos y del trabajo de lutier en las manos, me habló de su gestión en Tumaco: la vez que un amigo suyo robó en una tienda porque el hambre inundaba sus músculos y él tuvo que pagar para que “ellos” no lo mataran; también de aquella reluciente mañana en el Trasmilenio de Bogotá cuando una doña, en cuanto lo vio, apretó su bolso y se enchuspó como

un cangrejo en su caparazón. Contagiados de la mordorra que pululaba a nuestro alrededor, hablamos de cómo, seguros de su impunidad, los dirigentes del pueblo le entregaron el territorio a “ellos”, y “ellos” se encargaron del resto. También charlamos sobre los jóvenes que nos habían recibido y enseñado sus bailes la noche anterior. Su aspecto agarró un barniz de seriedad que hasta ese momento no había visto en él. Me dijo: “Esa... Esa que usted ve allá, se llama Juliet. Usted la ve bien, bailando. Pero la energía que saca es mala, es bien negativa”.

Resultó que sus padres eran concheros, que ella cuidaba de su hermana y que bailaba para olvidar el hambre. Dirigí mis ojos hacia la muchacha. Estaba sentada contemplando el mar; tenía el semblante como si adorara a Dios, en silencio, absorta, casi de rodillas. Recordé la frase que dice que el silencio es el grito más fuerte. Y fue un grito lo que nos invitó a la mesa: “¡el almuerzo está listo!”.

Un cangrejo en mi plato. Lo que comí esa semana, los olores y sabores que me fascinaron, vine a enterarme, eran producto de tres siglos de transculturación: *un cocido multiétnico en el que se fusionaron la sabiduría culinaria prehispánica, la hispánica y la afrodescendiente para crear una cocina tropical diferenciada, en la que se cruzan aguas y praderas, vientos, veranos ardientes y nieves eternas; una cocina de*

la abundancia, tradicional y exótica, llena de combinaciones inesperadas; un festín olvidado que apenas intuimos y que, pese a ello, subyace en el corazón del modo de ser latinoamericano en estas regiones de gran diversidad ambiental donde se impuso la esclavitud. Carajo.

Después del almuerzo, de la jornada de trabajo y de la tradicional fogata, me fui a dormir. Debíamos ma-
drugar para nuestro recorrido por el río. Pienso en la idea de que la enormidad es a menudo invisible cuando se la tiene muy cerca. Y parece que el mar pretende reivindicar esta idea a costa mía. Atrás dejamos el olor salobre que se impregnaba en nuestras narices para adentrarnos en la calma del río; quietud que solo es posible por la acción mediadora del manglar.

Avanzábamos por el río Mira, que nace en la provincia de Imbabura, noroeste de Ecuador, y que junto con el río San Juan se abre paso por el suelo colombiano hasta alcanzar sus 82 kilómetros de largo. Nos rodeaba el manglar. Esas formas alargadas, saladas por naturaleza y postradas por recursividad, parecían hacer venía a nuestro paso; aquellos otros que habían ganado la contienda por la luz del sol se alzaban imponentes, altivos, y alojaban entre sus ramas los trofeos propios de los ganadores: las aves. El rumor de las sierras cundía el aire. Un acorde que no va con la melodía de la naturaleza. Y las aves lo saben. Incluso

los árboles. Allá, unos metros a nuestra derecha, se alzaba un árbol particular. “¿Por qué no han cortado ese?”, preguntó alguien. “Porque está hueco”, respondió nuestro guía. La familia del mangle rojo, predominante a esa altura, ha sido tajada, empaquetada y vendida. Todos sus árboles, excepto uno: el árbol hueco que lentamente dejamos atrás; el árbol agujereado y sobreviviente que vació sus cuencas para quedarse en casa y erigirse como un monumento a la resistencia.

Apología de la naturaleza.

Los zancudos succionaban y envenenaban la sangre, pero ¿acaso no hacemos lo mismo con la selva? Mis ojos oyen el murmullo de las sierras. Seguíamos subiendo por uno de los brazos del río. El sol avanzaba rápido, recortando la sombra así como nuestra panga recortaba el territorio. Llegamos a un lugar llamado Río Mira Las cargas. Aquí *las cosas para mencionarlas había que señalarlas con el dedo*: “Señora, disculpe, ¿qué es eso?”. “Eso... eso è caña”, contestó la doña, conservando sus manos juntas. Sus pies sobresalían de unas chancletas con restos de barro. Escuché ruido dentro de la casa. Debía ser la mujer que momentos antes de que llegáramos buscó refugio en el silencio del interior. “¿Y eso?”. “Una ejcueta, puej. Pero se quedó sin estudiante”. Una cifra, de las pocas que recuerdo, debe ser por el dolor que me causa, dice que en el año 2014 cerca de 319 mil niños y adolescentes —el 3,07 por ciento del total de la

matrícula nacional— desertaron de sus colegios. Esa suma me aterra. Me pregunto si en ella están contados los 20 o 30 niños de esta comunidad. Río Mira Las Cargas no aparece en el mapa. Caseríos.

En ese momento el único sonido era un murmullo que provenía del motor de la lancha. Ya no había nada más qué decir ni hacer. La panga pareció sumirse en un aura de ánimo decadente. Dimos media vuelta, las cabañas nos esperaban. El camino de regreso fue igual: la panga devorando el río, el mangle vencido postrado haciendo la venia, las aves sobre los vencedores, las sierras, y el árbol hueco.

Días después, ya en el avión, recordé los versos de la agrupación ARS Un Componente Afro, que canta al ritmo de hip hop:

Han sido muchos los caídos/
Que entregaron sus vidas/
En busca de solución/
Que no solo quede en la historia/
Sino también en tu memoria/
Y que los lleves en tu corazón/



Guapi, del pez la pista y de la tierra cicatriz

Guapi, un portal entre el cielo y el mar, me recibió con un abrazo de 30º grados Celsius. Me sorprendió el

parentesco entre esta tierra y el Distrito de Aguablanca, sector en el que vivo en la ciudad de Cali. Unas risotadas a las afueras del aeropuerto, junto con un grito que se sumó al bullicio de la ciudad subieron la temperatura por lo menos dos grados y confirmaron mi extraña cercanía. Esto me hizo pensar en mi “banco de sentidos”, ese que es producto, entre muchos otros actos trasgresores, de risas que se traducen en maneras de extraviar sentimientos colectivos de tristeza; de un chocar de copas de aguardiente o arrechón, y del trasegar de los cuerpos rozándose. Es precisamente de esa forma como recorrimos, en un *chocho*, las calles a medio hacer, y aquellas con intención de serlo, del municipio de Guapi, hasta llegar al malecón, donde M. nos esperaba.

Allá...

Donde el mar se hace un ovillo melódico, y la espuma se alarga
en espiral de ausencias como añorando
nubes; en la patria
del sol y la palmera, limitada por las hondas
guitarras y las
marimbas quejumbrosas; sobre el ardido
corazón del trópico

M., nuestra guía, era una mujer con voz de contralto y cabello variopinto, baja, de brazos fuertes y andar

militar. Me preguntó por el viaje. Le respondí que este no parecía ser país para gente grande. Apenas si cupe en el *chocho*. Su risa fresca y espontánea me dio otra impresión de su figura. Dejamos nuestras maletas en un restaurante cuya letrina iba a parar directo al río Guapi. “Chicos, vamos”, dijo M. con su voz grave y marcial. “Teófila nos espera”.

Llegamos al Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico (IIAP), cuya sede es un salón blanquísimo, aspecto que confería una sensación de amplitud mayor de la que en realidad tenía. Nos encontramos con Teófila, una mujer cuya voz no se correspondía con su imponente cuerpo, pero sí con su corazón. Nos contó del proyecto de cultivo de plantas aromáticas y condimentarias de azoteas que adelantaba con las mujeres de la comunidad. Este proceso tiene como finalidad la seguridad alimentaria, así como la comercialización de las plantas, todo sustentado en la recuperación de semillas. Nos habló de su lucha con el Incora, de los consejos comunitarios y de la obtención del Premio a la cocina tradicional. Justo era la hora del almuerzo.

Volvimos al lugar donde dejamos las maletas y el olor a piangua, pescado frito y basura se mezclaba en el ambiente. El cauce del río arrastraba, como un imán, nuestra mirada de izquierda a derecha, mientras algunas devotas husmeaban los predios de la

idolatría frente a la catedral, y rezaban con la voz temblorosa, como si las palabras les quemaran los labios. Parece que encontraron en Dios la restitución de lo que “ellos” se llevaron, y de lo que dejaron: una cicatriz en la tierra. M. preguntó por mi almuerzo, pues era de los pocos que faltaba. Mandó por pescado, patacón y arroz. Mientras comía, pensaba en aquel premio de Teófila. Empoderamiento. El río imperturbable seguía su curso, así como nosotros debíamos seguir el nuestro. La lancha que nos llevaría a Chico Pérez había llegado. También la lluvia.

En el lugar que embarcamos unos niños desnudos se lanzaban al río, mientras otros se burlaban del que había resbalado. La crueldad de los niños no tiene color. Un joven me alargó la mano para ayudarme a bajar y el brillo de sus cuatro anillos hirió la humildad que reinaba en aquel muelle. Continuó lloviendo mientras nos alejábamos del ruido de la ciudad, y el viche se agotaba. Salvamos una bajamar y llegamos a Chico Pérez.

La vida en Chico Pérez, como en gran parte de las comunidades del Pacífico colombiano, se lleva al vaivén del mar. Unas veces el mar está lejos, a kilómetros de los caseríos, como estaba al momento de nuestra llegada; otras, se mete por debajo de las casas, construidas sobre pilotes y besa todo cuanto alcanza. En la comunidad la arquitectura

y disposición de las casas es sencilla: un callejón con construcciones a ambos lados; al final se abre paso, a derecha e izquierda, otra serie de casas igualmente apoyadas sobre estacas. Una T de hogares. Parecen un ejército que se apoya sobre zancos. Hay otro ejército cuyo distintivo se erige sobre un mangle que da la bienvenida a la comunidad. Es una bandera que el vaivén del viento hace que inevitablemente se posen los ojos sobre ella; la bandera es colombiana, así como el territorio dibujado en el centro de la misma, y seis letras hieren sus tres colores: FARC-EP.

Escuché que hace algunos meses “ellos” no vienen; sin embargo, son un rumor constante, una presencia que ha dejado marcas tan vivas como el mar que nos rodea. La gente parece tranquila, o resignada. Mientras cruzábamos el “callejón”, los lugareños nos veían frunciendo las cejas, como hace el sastre viejo con la aguja. Algo apenas comprensible: un grupo de 24 extraños, en una comunidad de poco más de 90 familias. Descargamos en casa de M. Nos organizamos. Algunas de las familias prestaron su casa para albergarnos. “Usté, vaya adonde la profe”, me ordenó M. Pero en casa de la profe no había espacio.

A la escuela del pueblo asisten cerca de 20 niños. Ahora está cerrada. ¿Dónde están esos niños? Jugar-

do, por supuesto. Cuando llegamos, vi unos niños con dientes blanquísimos que contrastaban con el color de su piel. Corrían descalzos tras un intento de pelota. Esta escena transcurría bajo la atenta luz ahumada del sol que les daba un aspecto palúdico. Dos estacas improvisadas —improvisado como casi todos en este país, en esta región, en esta comunidad— hacían las veces de arcos. No era necesario un juez, o marcas en la arena; los límites se imponían con inocente conveniencia.

La noche salió de la loma fecunda en mosquitos y ansiedades. Mientras escuchaba a mis compañeros susurrar comentarios acerca de la bandera, imaginé la historia de esas personas de la comunidad. A mi anfitrión lo vi poco, pero lo recuerdo bien, así como a una señora que me llamó la atención. Era robusta, con el cabello ensortijado y descuidado, con una cruz entre las manos y una extraña pulsera en los pies. Iba hundida en una meditación melancólica. El delirio. ¿Qué otra salida tendría esta mujer? ¿Salida? No lo sé, pero el abrigo de la religión no parecía calentarla lo suficiente.

Al siguiente día tuvimos que regresar a Guapi. Embarcamos y dejamos atrás a las mujeres jugando bingo y a los niños corriendo detrás del balón. El mar nos recibía, nosotros brindábamos, cuando un grito me devolvió a la realidad: “Gooool”. Colombia

le ganaba 1 – 0 a Uruguay en el Metropolitano de Barranquilla. En mitad de la inmensidad, estas emociones tienen un valor diferente. El viche seguía su descenso en la botella. Regresamos al muelle que nos había visto salir un día antes.

La aventura en territorio caucano terminaba. Mientras iba en el *chocho* hacia el aeropuerto metí la mano al bolsillo y saqué uno de los papelitos que acostumbro a guardar. Leí “hospitalidad”. La palabra se queda corta. Allá, dice Martán Góngora, Allá...

Donde el mar se hace un ovillo melódico, y la espuma se alarga

en espiral de ausencias como añorando
nubes; en la patria

del sol y la palmera, limitada por las hondas
guitarras y las

marimbas quejumbrosas; sobre el ardido
corazón del trópico

y la encajería de sus ríos lejanos,
atardecidos de piraguas, de

bogas y leyendas; en la costa sur del Pacífico
Océano existe

un retazo de la geografía del Cauca,
millonario de selvas y de

mangles, presuntuoso de aromas y de trinos,
de crepúsculos y

constelaciones y doncellas negras, que llevan
en su rostro el alba

eterna de sus risas de talco perfumado o de
velo nupcial.

El avión aterrizó sin contratiempos. El piloto nos dio la bienvenida. Los restos de inquietud se convirtieron en asombro y extrañeza. Ya en la ciudad de Cali me incorporé y caminé tranquilamente, con los ojos cerrados, de regreso a casa. Mierda.

ISBN: 978-958-56245-1-1

KILELE

© Juan Sebastián Mina (Cali, Valle del Cauca)

Vive en el Distrito de Aguablanca, en la ciudad de Cali, y estudia Licenciatura en Literatura en la Universidad del Valle.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

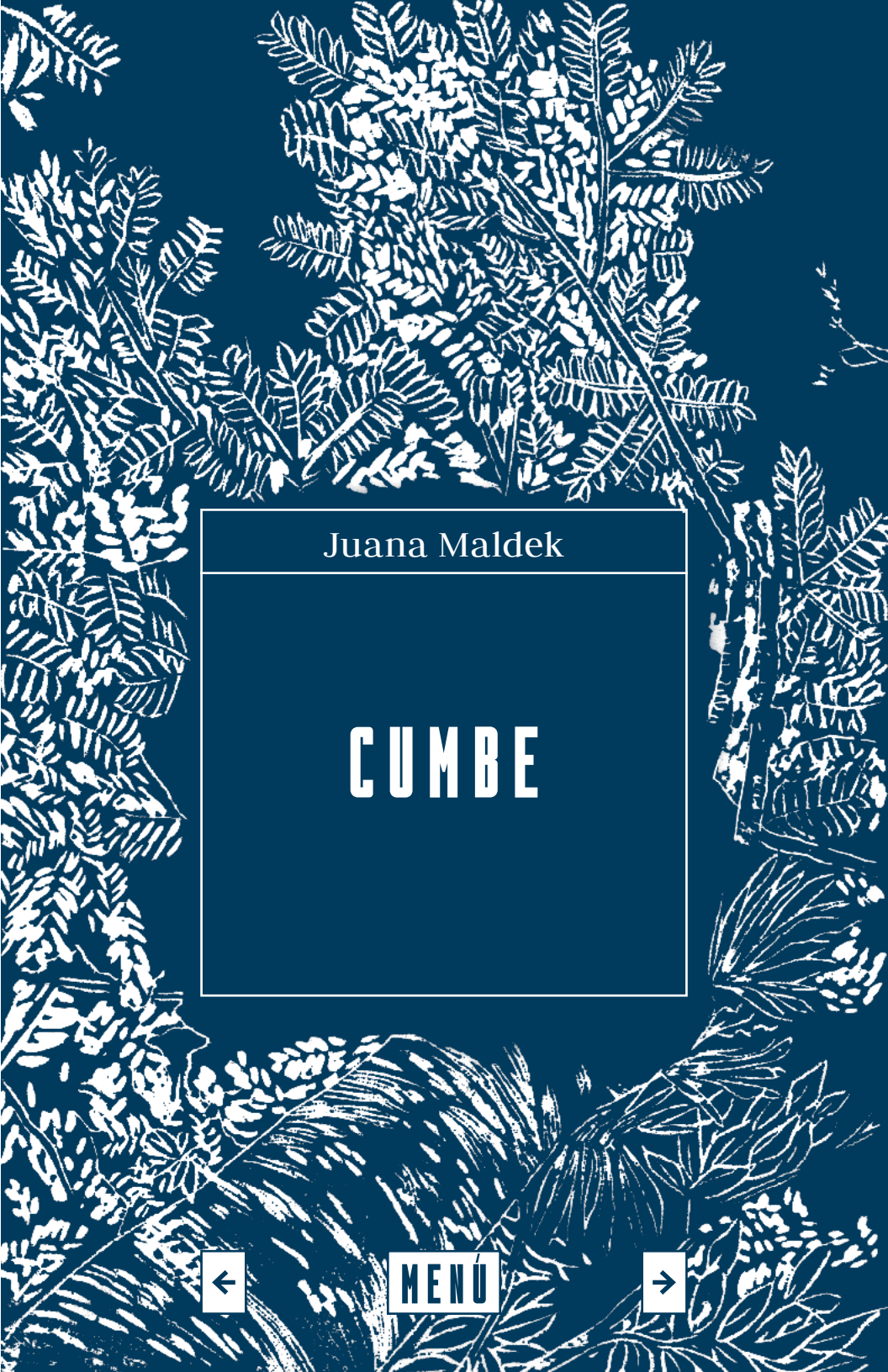
www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Juana Maldek

CUMBE



MENÚ



I

La noche era oscura. Apenas un rayo de luna dejaba ver la sombra de la vegetación. El constante sonido del mar me hacía sospechar la cercanía del puerto, el mismo que había cruzado horas atrás, deteriorado y cubierto de moho. Había llegado en horas de la mañana, cuando el sol reflejaba los vivos colores de las casas de madera, la vegetación espesa y la playa desolada. En mi cabeza, el nombre de Rita Mosquera rebotaba con fuerza, imaginaba su rostro arrugado en el balcón, a la espera de Azir, un hombre melancólico que nunca se acostumbró al ritmo desenfrenado de una ciudad como Cali, un yerbatero que se negó a

abandonar sus tierras. Al menos eso me había contado mi madre.

El viaje hasta ese lugar estuvo marcado por una serie de recuerdos de mi niñez, de mi madre y de nuestra vida juntas. Con el paso de los años, aprendí que las preguntas acerca de mi padre ausente estaban prohibidas. Mi madre había cerrado toda posibilidad de encuentro, decía que había desaparecido, que nadie sabía nada de él. Siempre me sentí ajena a la vida que ella aparentaba con recelo y que solo la cercanía de la muerte la obligó a desenmascarar. La acechaba la culpa y supo trazar en mi cabeza un mapa mental tejido de recuerdos y rumores. Su sensibilidad hipócrita me convenció y ahora yo estaba en el pueblo que había visto nacer a mi padre. Por otro lado, yo también quería escapar de una ciudad a la que siempre me sentí ajena, en la que no encajaba, no sé bien qué estaba buscando, pero un par de respuestas serían suficientes para reconducir mi camino.

Permanecí un rato observando la imponente selva detrás del caserío, los frondosos árboles y su espesura. Hacía calor y el cielo estaba gris. Recorrí un par de cuadras en busca de la casa de Rita. Todas las viviendas estaban hechas de madera, las ventanas abiertas de par en par y, en la entrada, había mujeres pelando plátanos o apostando billetes a números y letras. Se sentía cierta parsimonia festiva en las calles.

Un árbol de ceiba frente a la entrada de una casa azul llamó mi atención. Bajo su sombra vi a una mujer de unos setenta años, en cuyo pelo trenzado se formaban figuras. La señora bebía de una botella. Me acerqué a ella, que de inmediato se levantó con fuerza y clavó sus ojos oscuros en mi rostro. Sentí un corrientazo por todo el cuerpo. La botella rodó por el suelo.

—Vengo de parte de Carmela —dije mientras descargaba la maleta. Me observó detenidamente y sonrió, aliviada. Entonces me hizo seguir. No parecía sorprendida con mi visita.

Miré un tambor en la esquina de la sala. Me acerqué y con delicadeza toqué su cuero. La señora llevó mi maleta a un pequeño cuarto en el que había una cama cubierta por un toldillo. A través de la única ventana de esa piecita vi, en el patio trasero, un árbol de tallo liso y grisáceo, las hojas puntiagudas de un verde intenso. Más tarde, luego de una fuerte tormenta que amenazó con romper el techo, salí y recogí del suelo un par de frutos que, me dijeron, eran almendros.

Rita preparaba las más ricas botellas de viche del pueblo. Me llevó al cuarto donde destilaba el licor. En un fogón de leña había algunos trozos de caña de azúcar listos para destilar. Rita se acercó a un estante con muchas botellas. Sentí un olor fuerte combinado con hierbas dulces. Rita tomó una botella curada con nacedera y pimienta.

—Esta es pa' echar raíces —dijo—. ¿Si huele?
Cerró la botella con fuerza antes de seguir hablando.

—Azir viajaba de pueblo en pueblo y un día no regresó más, la madre selva se lo tragó.

Yo miraba con nostalgia los galones que había regados por toda la habitación. Pensaba que se estaban tejiendo los hilos de mi pasado en mis narices, pero no tenía más que escuchar.

—A la selva nadie entra, no hay camino pa' volver. Azir llevaba una de estas, pero nunca dijo adónde iba, —siguió ella, señalando la botella que tenía en la mano con un gesto de la boca.

De repente, la sentí débil, arraigada a la vida, llena de recuerdos pero solitaria. Yo, por mi parte, me sentía perdida, lejana del recuerdo que había narrado mi madre. Rita no me conocía, pero me estaba esperando. Además decía que había llegado justo en la noche donde la luna estaba nueva, cosa que no supe cómo interpretar.

No hizo muchas preguntas. Me enseñó la nacedera que guardaba agua y luego me llevó al patio trasero, encendió unas velas y, a la luz de la luna, destapó la botella que me había enseñado antes. Bebimos del líquido verdoso que desprendía un olor a plátano asado en leña.

—Más tarde no va a ver nada... nomá déjese llevar no mai' po los...

Bebí y caminé guiada por la voz de mi abuela.
—Estas son yerbas que curan, que matan y revelan. El trago que lo pone a uno donde debe estar.
Pensé en Azir. La selva se lo había tragado. Cerré los ojos y me desvanecí. Rita se acercó y me dio de beber de la botella.
Sentía la tierra meterse por mis poros.
—Esas olas de calor le van sacando el miedo. Déjese llevar nomai.
Yo no entendía muy bien, me sentía embriagada. Rita me sostenía. Al fondo una vocecita lejana susurraba: *El cuerpo estaba ligero*.
Recordé entonces a mi madre. Imaginé a mi padre. La luz de la luna reflejaba una línea horizontal sobre el agua. Caminé despacio; sentía el roce de las ramas, el crujido de las hojas y en el olor la inmensidad de la selva. Habíamos caminado durante un rato, no recordaba el camino. ¿Cuánto tiempo había pasado?

II

Sus ojos grandes y oscuros tienen un brillo particular y quienes la conocen saben que son parte de la extrañeza que irradia su espíritu. Desde los cuatro años tejía en argón asombrosos telares de pájaros tångara y plantas como la Santa María, con su inconfundible forma de corazón. Los más sabios de la comunidad

cuentan que la habilidad majestuosa de crear le fue otorgada en el nacimiento mismo. En medio de ceibas gigantes, la mujer que la recibió le concedió la virtud de la observación. De ella hizo expresión en la tradición femenina más importante de su comunidad: conectar los hilos de la mujer con la naturaleza. Kallista, la mujer más vieja del palenque y guardiana del bosque, le enseñó a entrelazar hilos, buscar fibras en las cortezas de los árboles y utilizar las plantas para sanar. Lo más importante era observar, conocer con detalle el territorio. Así, si fallaba la vista, se acudía al olfato o al tacto para reconocer. Aisha trepaba a los árboles cuando escuchaba a lo lejos el correteo de los puercos manaos, que una vez cada dos días pasaban cerca del caserío. Desde las altas ramas observaba el paso de la manada y fijaba su atención en uno en especial, esperando que la flecha del cazador atravesara el cuerpo del animal y este cayera tendido al suelo. La tierra se levantaba, duraba apenas un instante el desfile a toda marcha que dejaba un par de puercos sacrificados. Su madre le había dicho que no podía cazar porque era mujer, así que trepaba a los árboles tan alto como era capaz solo para ver pasar a los manaos.
En el bosque, las ceibas gigantes formaban un laberinto de raíces y troncos donde se escondía el secreto de su libertad. Aisha acompañaba cada mañana a su abuela a cuidar los senderos. Fue allí donde escuchó

la historia de sus antepasados. Hombres y mujeres que dieron su vida para que ella y otros cuantos pudieran vivir sin temor. Algunos se negaron a morir encadenados, repitiendo palabras de una religión que les imponían, se negaron a morir porque sabían que poseían la fuerza y el olvido no los conduciría a la libertad. La historia la recordaba cada día con más claridad y entendimiento: solo unos pocos habían llegado hasta donde estaba ella, en ese lugar rodeado de ceibas que ahora le parecía pequeño. Quizá no le bastaba con conocer la historia, esa en la que cuentan hubo largos días de humillación y después días de incertidumbre y otros tantos más cargados de desesperación; pero fue el amor a sus tradiciones y la conexión con la tierra lo que les dio el valor para resistir. Las mujeres que la precedían trenzaron en sus cabellos alborotados el mapa para escapar. Durante muchos años fueron un pueblo nómada, que caminaba en busca de un espacio donde no hubiese temor. Fue justamente en el hogar y suelo de las más grandes riquezas del planeta, en medio de la impenetrable selva, donde encontraron su libertad. Se asentaron en aquel espacio que reconocían como propio y lograron permanecer ocultos de sus perseguidores. Muchos murieron en el camino, pero a cambio una nueva generación nacía libre. Aisha había escuchado una y mil veces los relatos de su abuela y siempre se preguntaba cuándo podría cruzar

los senderos; pasaba horas en las copas de los árboles, observando el horizonte, preguntándose por lo que había más allá. No podía estar tranquila, al saber que existía un mundo que sus ojos desconocían. Cada día, el mapa que tejía con argón se hacía más confuso. Los árboles se movían, el musgo crecía y la espesura la protegía, las raíces de los árboles no revelaban el camino, no bastaba con observar, ahora debía conectar sus hilos con el secreto que escondía el bosque. Kalista sabía muy bien que la fuerza de los deseos de Aisha podía abrirle el sendero. La última vez había sido ella quien atravesara el bosque. Dos niños habían sido atacados por una serpiente nunca antes vista que apareció luego de la puesta del sol, cerca a unos racimos de plátano donde jugaban los chicos. Kalista, que había estado danzado suspendida en un árbol desde los primeros rayos, desde la madrugada hasta la caída de la noche, cuando escuchó los gritos a lo lejos. Cuentan que la serpiente se deslizó muy rápido entre los matorrales, solo los niños la vieron, la describieron de colores rojizos y negros y un largor que los doblaba en tamaño. Su picadura parecía mortal y durante varios días dejó postrados a los niños sin que ninguna planta conocida pudiera sanar su hinchazón. No se trataba simplemente de un simple ataque de víbora. Kalista recordó su danza. Ella, al igual que su nieta, siempre había deseado atravesar los senderos

y su abuela y su madre también habían sido guardianas. Esa noche visitó el bosque, recordó su historia y les pidió a sus antepasados en sus oraciones, pues quería salvar la vida de los niños, encontrar a la serpiente, atravesar los senderos. Se suspendió en un árbol y danzó durante horas, invocó a los espíritus del bosque para que dieran con alguna planta que curara a los pequeños del veneno. No había hojas secas en el suelo, el musgo verde e intenso se enredaba en las raíces de las ceibas. Bajó del árbol, la cabeza le daba vueltas y no podía ver con claridad, pero permanecía en pie. Deambuló durante mucho rato y cuando quiso darse cuenta ya estaba lejos del caserío, en un sitio desconocido. En ese nuevo lugar la vegetación era diferente. Pensó en sus antepasados y tuvo una sensación extraña, tal vez miedo. Quería regresar, pero sabía que si estaba ahí era porque debía encontrar la forma de salvar a sus hermanos. Tuvo fe en que los dioses la conducirán por el buen camino. Luego su mente se nubló y, en medio de vagas imágenes, vio a un hombre moribundo que le dio una botella con un líquido amarillento. Aquel hombre deliraba o quizá era ella la que no podía distinguir la realidad del sueño.

Kalista regresó con los suyos, en posesión de la medicina. Y en efecto, cuando los enfermos por la picadura bebieron el remedio permanecieron varias horas delirando hasta que expulsaron el veneno. En

esa ocasión Kalista no pudo explicar el encuentro con el moribundo. No recordaba muy bien lo que había sucedido y apenas tenía vagas imágenes del hombre diciéndole que era un curandero, pidiéndole que siguiera su camino, pues él ya había cumplido su misión y ahora debía morir ahí, en medio de la selva.

Aisha recorría los senderos y su pelo alborotado formaba un enramado que se movía con el viento como una llama de fuego ardiente. Siempre llevaba trapos cortos amarrados a la cadera y el torso cubierto por tejidos de vivos colores que contrastaban con su piel negra. Las últimas semanas se había dedicado a tejer las figuras que formaban las raíces de los árboles. Saltaba de raíz en raíz como una lagartija. En su mochila sonaban las piedras y minerales que recogía cada mañana del pozo azul. Un día miró con atención los árboles, se acercó a uno de ellos, abrazó su tronco y, al girarse, dejó deslizar su espalda suavemente. Las hojas secas formaron una cama de tonos naranjas. Cayó tendida en el suelo y se escuchó el crujir de las hojas. En el cielo las ramas formaban figuras que parecían manos abiertas. Ella levantó su mano para integrarse al cuadro; sonriente, observaba los últimos rayos de luz filtrarse entre las hojas. Cerró los ojos y se escuchó el soplo del viento como un susurro constante. Una bandada de pájaros tángara, con su plumaje vibrante, se posó

sobre la copa de un árbol. Oscureció y Aisha no encontró el camino de vuelta.

Siempre retornaba al árbol de su nacimiento.

Acudía a su abuela para hablar. Su cabeza inquieta preguntaba por lo que podría ver desde las copas de los árboles, debía observar cada detalle, conocer como la palma de su mano cada árbol del bosque, pues solo la paciencia o un deseo profundo podría conectarla con los senderos.

Al día siguiente decidió ir al bosque. Adornó un árbol con hilos y tejidos de vivos colores. Sujetó las ramas con gruesas cabuyas que caían al suelo y danzó alrededor del árbol. De repente, dio un salto y quedó suspendida. Estuvo un rato bailando en el aire, invocando con su danza a los espíritus que habitan en los troncos, las ramas y las raíces de las ceibas, conectando los hilos de la naturaleza con su cuerpo. Cerró los ojos y entró en un sueño confuso. En su cabeza se tejían las raíces de las ceibas. Al cabo de un rato bajó del árbol pero los hilos se habían soltado.

Esa noche visitó a Kalista y le contó que había invocado a las fuerzas del bosque. Kalista lo sabía y le advirtió que si su deseo era concedido debía asegurarse de no revelar nunca el secreto. Le entregó una botella, la misma que el hombre le había entregado años atrás, su color amarillento aún desprendía un olor a hierbas, le pidió usarla solo si se encontraba

con alguien. Esa noche fueron al río y se bañaron en las aguas claras del pozo azul.

En la madrugada, Aisha visitó el árbol en que nació. Llevaba en la mochila la botella, recorrió las raíces, dio varias vueltas intentando resolver el acertijo. Un camino se abría paso en el suelo, marcado por la tierra abierta. Sin dudarlo un momento le hizo caso a su instinto y se internó en el sendero. A cada paso sentía más lejos los árboles gigantes. Las raíces empezaron a desaparecer, siguió una delgada raíz en el suelo que la conducía al final del camino. Ahora estaba fuera del bosque. Reconoció que el pasto era más seco y que la vegetación escaseaba. Bebió agua de un bejuco. Caminó durante un rato sin rumbo fijo, estaba desorientada, pero el sonido del mar se escuchaba cada vez más cerca. Tuvo miedo de los ruidos que advertían la presencia de alguien. Pensó en los animales, se trepó en un árbol para sentirse protegida y desde allí divisó el río y se bajó rápidamente para ir en busca de agua.

III

Estaba en medio de la selva, ya no escuchaba la vozcita lejana de mi abuela. Ahora mis pensamientos se sacudían en desorden. Pensaba en mi padre y recordaba los relatos de Rita. Tenía la boca seca y los ojos

amarillentos. Caí tendida. Lloré por mi padre y entonces no reconocí el lugar. Sentía las ramas acariciarme la cara. Caminé durante un rato y ya no escuchaba la vocecita lejana de mi abuela. Estaba en el lugar que vio crecer a mi padre, mi padre que había desaparecido en la selva, cerca de un río. Me desvanecí al pie de un árbol, sus hojas se movían como si un animal se escondiera entre las ramas, me sentí a salvo de mis pasos. En mi cabeza los vagos recuerdos de mi padre se hacían más intensos. Tuve miedo, el efecto de la bebida que me jugaba una mala pasada con mis deseos. El vientre parecía desprenderse, como si las raíces de las que había hablado Rita salieran de mis tripas. De pronto escuché las hojas crujir, algo cayó del árbol. Unas manos pequeñas me daban de beber de la botella, ya no era mi abuela, nunca lo fue. Me quejé de no haber conocido a mi padre, de desconocer su historia, de la lejanía que aparentaba con recelo y de ese otro lugar que siempre desconocí. Deseo volver a la piecita, escuchar a Rita. El río estaba seco y ahora me hallaba tendida sobre una roca. En mis manos sostenía un extraño tejido, en el que pude ver figuras que me parecieron similares al peinado de mi abuela, junto a una botella vacía. Rita me dijo que la bebida me pondría donde debía estar y ahora yo solo quería abrazarla a ella.

Aisha saltó del árbol al ver a la mujer tendida en el tronco. Sentía que había dejado atrás la espesura, estaba desprotegida. Miró el tejido que aquella mujer tenía entre sus manos sin reconocer el camino. Había un olor raro en el aire y un ruido constante la perturbaba: una torre eléctrica que estaba a solo unos metros pero que desde ahí no podía ver. El río no se parecía a las aguas del pozo azul. Tenía un color amarillento que cubría las rocas. Se sentó junto a la mujer, que a esas alturas ya deliraba. Sacó la botella. Solo quedaba un último trago de la bebida. Recordó a su abuela y tuvo miedo de no encontrar el camino de regreso. Le dio de beber a la mujer, vio cómo sus ojos se nublaban, sostuvo la botella tan fuerte que Aisha no pudo quitársela de las manos. Imaginó a sus ancestros y a lo lejos reconoció las hojas y los troncos de las ceibas. Corrió tan rápido como pudo, guiada por los hilos que se abrían paso en la tierra. Sabía que allí estaba libre de toda amenaza.

ISBN: 978-958-56245-2-8

CUMBE

© Juana Maldek (Palmira, Valle del Cauca)

Escritora para productos audiovisuales, con gran interés en la etnografía visual y la investigación cultural.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017



Leo Ángel Rodríguez Cortés

**NATO Y SU
ABUELO
NATELO**



MENÚ



Era una noche fantástica. Junto a mis padres y mis hermanos celebrábamos la llegada del nuevo año, el inicio de una nueva vida para nosotros, sin saber lo que el destino nos tenía preparado.

Mi abuelo Natelo nos contaba que la Luna nos merecía todo el respeto del mundo, porque además de iluminar la Tierra y mostrarnos todas las maravillas de la noche, también nos ofrecía protección de vida. Pero de verdad yo no entendía nada.

Mi abuelo era de contextura gruesa, medía 35 metros de altura, su piel estaba arrugada por el pasar de los años, su cabellera era un hermoso follaje de color verde, y sus dedos eran largos y arqueados por tanto

trabajo. Religioso por tradición, adoraba a la Luna y a San Mangle. Todos los 24 de diciembre reunía a la comunidad de la orilla del río, de los esteros y de los bosques para hacer el velorio y cantarle a los santos. Mi abuelo tenía un bombo llamado el bambuquiao, bombo majuco, hecho de un trozo de árbol que le había regalado el maestro Chimbuza, un viejo respetado en la población, solidario con los demás y que apreciaba mucho a mi abuelo.

Cuando mi abuelo tocaba el bombo, el sonido llegaba hasta el último rincón del bosque alertando a sus habitantes para que participaran de la celebración. Era divertido ver conversar a mi abuelo Natelo con su primo Mangle Rojo, cuando se ponían a hablar de bombos. El tío Mangle también tenía el suyo de nombre Mazetudo, y eso era una competencia dura porque cada uno decía que era mejor que el otro. Lo bueno fue que nunca los vi pelear. Mi abuelo solo decía: “el día de la quema vemos el humo”, y terminaban tomando trago de la curada, una botella que él guardaba bajo la cabecera de la cama, la más especial, decía, y en efecto su mística era tremenda.

Después de alistar los bombos, el bambuquiao y el Mazetudo, mi abuelo Natelo y mi tío Mangle convocaban para el ensayo a las mejores cantoras, entre las que se encontraban la Perdí, la Pava Cantora, la Tórtola Baula, el Paletón Hembra, que con su pico largo ento-

naba el “Dios tele, tele” con ritmo melodioso y acoplado al canto del arrullo.

Era hermoso participar de estas reuniones religiosas. Junto con mi primo Mangleto nos sentábamos en un rincón de la pampa y mirábamos cómo estos maestros de la selva cantaban y tocaban hasta el amanecer, y cómo en la fiesta repartían bebidas típicas añejas que por meses conservaba mi abuelo para la celebración. Allí usted encontraba el curao, toma-seca, viche, todas hechas con plantas de la región y por supuesto había comidas típicas también. Para nosotros era mágico ver y aprender todos esos rituales culturales, ancestrales y espirituales, que son transmitidos de generación en generación.

Recuerdo que mi abuelo todas las tardes se sentaba en su mentidero, un asiento de guadua construido bajo la sombra de una palma de coco que quedaba en el patio de la casa con vista al río. A las seis de la tarde muchos pequeños y grandes llegaban para escuchar los cuentos que contaba mi abuelo: “El mágico Manglar”, “La pata de molinillo”, “El duende”, “El riviél” y “El tío conejo”, aunque también habían adivinanzas y décimas. La cosa era tan buena que el tiempo se pasaba volando y cuando nos dábamos cuenta ya eran las diez de la noche. Los jóvenes mangles y demás especies querían mucho a mi abuelo y lo llamaban cariñosamente El viejo sabio de la familia de los natos, más conocida como el natal del brazo del río Mira.

De todas esas adivinanzas la que más recuerdo es una que dice: “pasa por el agua y no se moja”. Los participantes respondían muchas cosas, pero la respuesta es: la sombra.

Y otra que quiero compartir con usted, amigo lector: “entra seco, sale mojao y con la punta chorreando”. ¡Malpensado! ¡Es el canalete!

Durante estos encuentros con mi abuelo la tradición oral era la reina durante la noche, así que imagínese usted todo lo que pasaba ahí.

Nunca me olvidaré de la celebración que hacíamos durante la noche del 31 de diciembre, la fiesta para recibir el Año Nuevo con el sonido de los instrumentos y cantos tradicionales de la Costa Pacífica. Todos juntos, con los piacuiles, las conchas y los cangrejos, prendíamos la rumba. El tío Cangrejo azul golpeaba fuertemente sus tenazas sobre la raíz de mi primo Mangleto, generando el sonido del cununo; mi tía Concha con sus hijas Piangüitas se abrían y se cerraban para producir aquel sonido majestuoso del bombo y el guasá; tío Piacuil y sus nietos tocaban la marimba y los Loros, Panchanas y Ardillas entonaban las canciones, adornando con aquellas notas musicales el paisaje sonoro de las olas del mar. Y así la noche se iba entonando con aquella fiesta que duraba hasta el amanecer, con líricas fantásticas de cantos melodiosos de los Paletones, Pichilingos y Patillos que le daban paso al nuevo día.

Cuando los recuerdos llegaban a la mente, nuestros cuerpos sentían el cansancio de aquella noche mágica, donde quedaban expuestos cada uno de los talentos para el deleite de todos los presentes. Y así, poco a poco, nos iba venciendo el sueño.



Fue el 2 de enero del año 1998. Eran las 8 y 30 de la mañana, cuando de pronto empecé a escuchar unos ruidos espantosos que se mezclaban con los gritos de mis hermanos. Me desperté aturdido y asustado. De inmediato busqué a mis padres, que estaban preocupados pero, aun así, les daban tranquilidad a mis hermanos mayores. Todos sabíamos, sin embargo, que había llegado nuestro fin.

En el suelo vi a unos seres extraños. Eran pequeños, con cascos de color negro en los pies y sus cabezas estaban forradas. En sus manos sostenían un aparato bastante raro, una especie de monstruo de cuyo cuerpo salía una lengua larga bordeada con dientes de sierra. Sentí mucho miedo, los monstruos habían llegado. Empecé a gritar: “¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Abuelo Natelo!”. Pero él no se despertaba porque ya estaba viejo y cansado.

Entonces vi cómo esos monstruos empezaron a destrozar a mis hermanos uno a uno y aunque ellos suplicaban por sus vidas aquellos seres los atacaban sin

piedad. Eso me desgarraba el alma y sentía que se me arrancaba el corazón. La impotencia era tremenda por no poder salvar a mi familia. Incluso intenté hacer un fuerte movimiento, tirándoles una rama encima, pero esos seres ni se inmutaron.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todo estaba perdido y en cuestión de horas toda mi familia se hallaba tendida en el piso, sus manos hechas pedazos. Solo sus pies quedaban sobre la tierra y, a un lado, las pieles y parte de sus corazones, mientras los troncos se los llevaban en trozos. Por un momento pensé que todo esto era una pesadilla. Pero de pronto escuché a mi abuelo llamarme con su voz entrecortada: “nie... nieto, sé, sé fuer... sé fuerte y resiste un poco; esto no es una pesadilla, lo que está pasando es real”, me dijo.

Sentí que mi vida se había acabado. Mi abuelo Natelo dijo que durante todo ese tiempo había estado rezando y pidiéndole a la diosa Luna para que apareciera y nos salvara, pero que ella no había escuchado sus plegarias. Le dije: “abuelo, ¿pero tú sabías todo lo que nos iba a pasar?, ¿por qué no lo evitaste?”.

“Nato, nieto querido, esto era inevitable y solo la diosa Luna nos podía salvar, pero no fue así. A ella la entiendo, porque no se puede aparecer cuando quiere, sino cuando los días o ciclos se lo permiten; son varias fases o momentos, por ejemplo: cuando la vemos redonda como el balón negro del tío Chachajo es Luna

nueva; si ves la figura de la mitad del queso de la abuela, es cuarto creciente, y cuando es un queso completo, está llena, y es ahí cuando estamos salvados. Pero si durante la noche oscura la vemos en el cielo es porque está menguante, por lo tanto nuestras vidas corren peligro, sobre todo en los tres últimos días de luna, prolongándose hasta los tres primeros días de la luna nueva. Durante estos seis días el frío se apodera de nuestro cuerpo, el corazón contrae la sangre y la convierte en savia, poniéndola a circular solo por nuestros brazos; en el tronco las fibras están más secas, convirtiéndose en un buen inmunizante para las polillas, cosa que los botas negras conocen muy bien, por eso nos buscan para cortarnos en trozos”.

“Abuelito”, dije, “¿entonces por eso es que decías que la diosa Luna era fuente de salvación y vida para nosotros?”.

Y él, con un suspiro que salió de lo más profundo del alma, me contestó: “nieto mío, escucha, tú eres muy pequeño y espero que comprendas lo que te voy a decir... Durante todo ese tiempo estuve concentrado pidiéndole a la diosa Luna para que nos hiciera el milagro, y cuando vi llegar a esos hombres diminutos, los botas negras, con gorras en forma de forro en su cabeza y una motosierra en sus manos, con la que generaban tremendo ruido, pensé: son los humanos depredadores, los que por décadas nos han atacado

como si fuéramos sus peores enemigos. Ellos destruyeron sin piedad a nuestra familia. Yo me encomendé a San Mangle para que te protegiera, porque tú, nieto mío, naciste con un don divino, eres el elegido por los ancestros Alcamoque del bosque, para que con tus vivencias cuentes cada parte de esta historia y también dejes un legado que será transmitido de generación en generación. Así nuestras familias serán siempre recordadas, por esas huellas que vamos dejando en los bosques y en los hogares de los hombres, quienes nos utilizan mucho para construcciones pesadas a la intemperie, debido a que somos fuertes y resistentes. Después de sacrificar tanto nuestras vidas esperamos que algún día los hombres reflexionen y tomen conciencia de lo importante que es cuidar la naturaleza, que los bosques son parte de la vida de cada uno de los que habitamos esta tierra.

Nato, quiero decirte que desde muy pequeño has demostrado capacidad para hacer las cosas, nada te queda grande y me haces sentir muy orgulloso, porque hasta el momento no he escuchado ningún comentario negativo de ti”.

“Gracias, abuelo”, le dije, “por quererme y enseñarme tantas cosas que me hacen sentir un ser importante”.

“Hoy es día de la última noche de Novena, ya casi son las nueve, y el primo Chachajo no ha llegado para iniciar el rezo. ¿Qué habrá pasado con él?, porque nun-

ca falla, es muy serio con estas cosas. Ahora nos toca resolverlo a nosotros solos. Afortunadamente estás tú, nieto mío, para sacar adelante esta misión sagrada para la familia”.

“Pero abuelo”, protesté tímidamente, “yo no estoy preparado todavía”.

“Nieto, sí lo puedes hacer”, contestó categórico, “¿recuerdas que cuando tenías siete añitos le rezaste la novena a mi comadre Chanula, mamá de mi ahijado Chanul? Esa fue una gran sorpresa para mí, cuando te escuché por primera vez, y dije: ¡caramba y este quién es! Mi nieto me va a superar y en verdad hoy lo estoy viendo crecer”.

“Sí abuelo, lo recuerdo, yo decía: me van a regañar, pero lo hice normal, porque de a poquitos fui tomando confianza y ahí usted se integró y rezamos los dos, el ave San Mangle, que se salven todos los árboles que en este bosque están, para que los botas negras no los vengan a matar”.

Jamás pensé que me enfrentaría a ese momento: cómo rezarle a mis padres y hermanos al entonar el rezo, San Mangle, diosa Luna bendita, con tu santa bendición protege nuestra población. La tristeza y el desconsuelo eran muy grandes, pero por petición de mi abuelo lo hice, porque no solo se trataba de despedir a cualquier difunto sino a mi propia familia. A pesar de todo el dolor, lo hice con mucho orgullo, porque, de

acuerdo a las creencias de los ancestros Alcamoque, un difunto que no reciba el rezo es como si se fuera *moro* al cielo.

Ese momento me marcó para siempre. El fuerte abrazo de mi abuelo me hizo sentir que la vida no era del todo ingrata conmigo, porque tenía a mi lado a un ser sabio, lleno de virtudes y dones otorgados por los dioses del bosque. No obstante, aunque él me daba toda la confianza del mundo, yo no aceptaba ser el elegido. “¿Por qué yo y no otro de mis hermanos?”, pregunté. “¿Por qué tuve que vivir esa tortura? Habría preferido morir. No, no, abuelo, yo no quiero ser el elegido, no quiero volver a pasar por lo mismo. Hasta peores cosas podrían venir y no me imagino en un futuro ver sufrir a mis hijos, aunque estoy salvado gracias a San Mangle”.

“Espera, nieto mío, no te apresures, porque aún no estás salvado”.

“¿O sea que esos hombres van a volver por mí?”.

“Es triste decírtelo, pero así será, nieto mío; porque los botas negras no descasarán hasta no acabar con el último miembro de la familia, lo mismo que hicieron con el tío Chachajo, a quien arrasaron sin contemplación, o como hicieron con los primos Chanul, que tuvieron que huir del territorio y se fueron como semillas colgados en el pico de los Loros, quienes los llevaron a otros lugares muy lejanos y hasta el momento no se ha vuelto a escuchar nada de ellos”.

“Abuelo, es preocupante lo que me estás diciendo, porque todos los habitantes estamos corriendo peligro en nuestra propia casa. Es grave que no podamos disfrutar de la lluvia, danzar con el viento, cantar con el sonido de las olas del mar y la corriente del río, de tener hojas verdes y dar frutos. ¿Por qué nos está pasando esto?”.

Él no respondió nada, sacudió su cabellera verde y se fue. Con mi primo Mangleto nos quedamos sentados a la orilla del río, hablamos de nuestro futuro y él me dijo que su papá ya no dormía bien en las noches porque sentía miedo y le preocupaba la seguridad de la comunidad de la orilla del río Mira, que había tenido revelaciones donde San Mangle le decía que las cosas iban a cambiar y, por lo tanto, tocaba estar preparados para enfrentar el momento. Porque los botas negras estaban tramando cosas malas contra todos los vecinos del sector, para poder cumplir con el pedido del patrón, y dizque se reían con tono burlón mientras fumaban cigarrillos y tomaban charuco.

Me estaba contando la historia de la revelación de su papá cuando de pronto llegó mi abuelo, todo agitado, y nos dijo que de la orilla del río salían gritos desesperantes, pidiendo auxilio, y que tocaba llegar hasta allá, porque sabía que su primo Mangle Rojo necesitaba ayuda.

Yo me asusté. Todas esas imágenes de la tragedia

que le pasó a mi familia volvieron a mí. Me sentí morir, fue horrible, pero saqué fuerzas y le dije: “abuelo, yo lo acompaño”.

Íbamos por la mitad del camino cuando vimos a mi tío Mangle Rojo, que venía bajando, arrastraba su pierna derecha, sangraba mucho por las heridas causadas. Yo temblaba de pavor y me senté a llorar. Pero mi abuelo se le acercó y le extendió la mano, para que no se cayera, y le dijo que le contara lo que estaba pasando allá en la orilla.

Mi tío Mangle nos contó que la situación era horrible. Se habían metido los botas negras, los mismos que atacaron sin piedad a mi familia, pero esta vez la cosa era peor porque también habían agarrado a los cancheros para comérselos hechos tapao, y a las Pianguas para hacerlas ceviche. “Nosotros tratamos de evitarlo, pero fue inútil. Había uno al que le llamaban El loco del machete y fue él quien me macheteó sin piedad en mi pierna. Por suerte pude escapar, así que fueron mis hermanos los que no corrieron con la misma suerte y ahora están despedazados en el suelo y lo mismo sucedió con los Piacuiles, que se encontraban celebrando y comiendo encima de ellos: quedaron atrapados bajo las tupidas ramas. Es un desastre lo que nos está pasando. Mientras escapaba escuché a los botas negras que decían: estos mangles están bonitos para sembrar casas y apuntalar muelles, porque enterrados son

bastante duros y nos van a pagar unos buenos pesos cuando los llevemos al pueblo”.

Mi abuelo Natelo también estaba consternado por lo que había escuchado y le dijo: “primo, lo siento, no sé qué decirle, nosotros todavía no hemos podido ponernos de la pérdida de toda nuestra familia. Pienso mucho en Nato, mi nieto querido, pero también en Mangleto, que es como su hermano, y solo nos toca seguir rezando, pidiéndole con fe a San Mangle y a la diosa Luna para que nos ilumine celestialmente. Es la única manera de estar salvados y para que nuestra descendencia tenga vida. Toca dejar que nuestras semillas sean llevadas río abajo, navegando sobre su propia concha, y que la fuerza del agua las arrime a una orilla donde se encuentren con otros mangles. Una vez allí, el viejo cangrejo que siempre está pendiente de recibir lo que llega, y de llevar todo a tierra firme, meterá la semilla dentro de su cueva y, unos días después, nacerá un hermoso y tierno bebé Natico. Y solo así será como cientos de nosotros continuaremos creciendo y navegando por el Pacífico”.

Después de escuchar las palabras de mi abuelo, mi tío Mangle Rojo se sintió con más ánimo y le dijo: “primo querido, lo que ha dicho me da fortaleza y consuelo, porque a pesar de las dificultades usted no tira las hojas, siempre está positivo. Sin embargo yo me indigno al ver cómo esos botas negras destruyen a nuestra

familia, por la ambición de dinero, sin pensar que nosotros somos parte vital para ellos, porque somos los que les proporcionamos el oxígeno y el alimento que se produce en nuestro suelo”.

Yo no podía estar tranquilo, me seguía preocupando todo, hacía muchas preguntas buscando respuestas que quizás nunca encontraría. ¿Por qué nos tocó a nosotros vivir esto? Somos jóvenes y tenemos sueños, queremos seguir proporcionando vidas pero siendo libres, cumplir con nuestro propósito de nacer, crecer, reproducirnos y morir solo después de cumplir todos los ciclos encomendados por nuestra Madre Tierra.

Y fue entonces cuando mi abuelo me dijo: “no renuncies todavía, nieto, recuerda que tú has sido el elegido de esta nueva generación, para que el legado continúe. Por eso quiero contarte algo: cuando yo era pequeño viví lo mismo que tú, fue horrible, pero gracias a la protección de San Mangle, de la diosa Luna llena y gracias también a los saberes y trucos de los ancestros Alcamoque, conseguimos despistar a los hombres malos”.

“¿Y qué clase de trucos eran esos, abuelo?”, quise saber.

“Presta mucha atención a lo que te voy a decir, nieto querido”, contestó él. “Porque ya no tendremos otra oportunidad de hablar”.

Yo me puse ansioso de escuchar sus secretos.

“Nato”, dijo, “para poder sobrevivir cuando estés grande, tienes que aplicar la única estrategia que te mantendrá con vida y así podrás escapar de las cacerías que hacen los hombres, llamados los botas negras. Lo primero que debes hacer es transformar lo más valioso que tenemos, el corazón”.

“¿Mi corazón?”.

“Sí, nieto querido, mira estas raíces que son añejas, ¿ves? Son regalos que la Luna me dio una noche en que hablaba con mi abuela. Estaba llena, yo amaba a esa Luna, que de repente empezó a elevarse y me miraba sonriente. Yo me asusté mucho y cuando le pregunté a mi abuela qué pasaba, ella me dijo que había llegado su momento. Era que la diosa Luna y San Mangle la llamaban. Ahora será el turno para ti, nieto. Deberás cuidar a la familia y a toda la comunidad del bosque, ayudando a dar vida a muchas especies y enseñarás a aquel a quien servirás de guía lo que hoy te he de enseñar. La clave para luchar será un noble corazón podrido. No lo olvides. Con el tiempo lo entenderás”.

Mi abuelo se puso tan amarillo como la luna y todas sus hojas brillaban. Cerró sus ojos y se vino abajo, lentamente, sin estruendo, con calma. Se recostó a mi lado y yo no pude llorar. Solo sentía felicidad. Mi sangre parecía nueva.

Fue un momento mágico para mí, parecía que las puertas de un nuevo mundo se abrían y sentí la pre-

sencia de mis padres. También la sonrisa y alegría de mis hermanos. Cerré mis ojos por unos instantes cuando, de repente, sentí tres golpes fuertes en el tronco de mi cuerpo. Me asomé para ver lo que pasaba: eran los botas negras, estaban allí, tres hombres, con machete y motosierra, pero no sentí miedo. Ellos se rascaron la cabeza y oí que decían: “está hueco, el desgraciado; perdimos unas buenas trozas de madera”. Luego se marcharon. En mi interior había loros, ardillas y paletones que entraban y salían cantando de felicidad. Yo me sentía bien. En ese momento recordé las palabras de mi abuelo y entendí que un corazón podrido no es malo. Es solo una estrategia para sobrevivir, tal vez la mejor. Porque huecos no les servimos a los humanos, pero valemos mucho para darle vida a otras especies del manglar y de la selva.

ISBN: 978-958-56245-3-5

NATO Y SU ABUELO NATELO

© Leo Ángel Rodríguez Cortés (Tumaco, Nariño)

Estudiante de Comunicación Social, trabaja en la emisora comunitaria Tumaco Stereo.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Marcela Cuero Rodríguez

AL VAIVÉN
DE LAS
MAREAS



MENÚ



De conversa en conversa se dice y se cuenta, que la luna amorosa es quien las trae y las lleva de vuelta. Todos los hombres y las mujeres ribereñas la respetan, porque las mareas les rinden su ayuda y calladamente los invitan a navegar en la calmada de la aurora, en el fresco crepúsculo y en la romántica y estrellada noche.

Sube el agua y baja el agua
Siempre en su eterno pasar
Al ritmo de la marea
Al son de bombo y guasá

*Hablando de las mareas
Me contaba mi tía Bruna
Que las produce la luna
Con un extraño poder
Que dizque influye también
En el corte de la palma
En la siembra de la caña
En la tala de madera
Y por su fuerza certera
Sube el agua y baja el agua*

*Cuando bajan la mareas
Quedan secos los esteros
Aparecen los tasqueros
Los cangrejos, el piacuil
Cruza torpe un alguacil
Que está preso en el barrial
Mientras el alcaraván
Lanza al viento su tañido
Y el agua, un adiós dormido
Siempre en su eterno pasar*

*Es el mangle centenario
El alma del litoral
Allí vamos a sacar
Piangua, zangara, ostión
Chorga fresca, caracol*

*Cangrejo azul, con almejas
Mientras sus garras entrena
Un tigrillo en el manglar
Y todo viene y se va
Al ritmo de la marea*

*En noches de luna llena
En la fiestas de mi pueblo
Despertamos con el trueno
Del trabuco o el cuetón
Un traguito de arrechón
Nunca nos puede faltar
Un caldo de munchiyá
Una porción de econcao /
Para bailar currulao
Al son de bombo y guasá*

Cada pescador es un hombre de corazón grande, un tejedor de esperanza en el océano inmenso. Ilumina la oscuridad de la noche justo antes de que el alba se pronuncie. No teme ser quemado por el sol, ni siquiera en los días más calurosos.

**Muy temprano Domitilo
Sale de su casa al mar
Llevando redes de pesca
Y tabaco pa' mascar**

*Sin importar marejada
Atraviesa los manglares
Recorriendo los lugares
Que jugó cuando niño
Al trompo o al zumbambico
Pescador de gran estilo
Buen hijo, padre y amigo
Con lluvia o con tronazón
Bien temprano Domitilo*

*Al principio de su marcha
Paisaje verde y azul
Recorriendo al mar del sur
Algo hondo y ligero
Peces y pájaros ciegos
Aparecen en su andar
Recorriendo aquel lugar
Una cárcel infinita
De pesca la flor del día
Sale de su casa al mar*

*La intensa fuerza del agua
Empujando la canoa
Colabora con el boga
Que muy cansado se siente
De embarcar tantos peces,
Luego prende su yesca*

*Pa' quel frío desaparezca
Metido en la resaca
Amontonando lo que saca
Llevando redes de pesca*

*Al golpe de la marea
En noches de luna llena
Domitilo va con ella
Por las olas cabalgando
Y su corazón vibrando
Queriéndose acercar
A su casa y descansar
Pronto llega, se arrancha
Encuentra a su muchacha
Y tabaco pa' mascar*

Como cada mañana, el sol lanza sus rayos desde el horizonte iluminando todo. La luz se escurre tímida-mente por hendijas y grietas y del fango de la orilla comienza a salir una nubecilla danzarina de vapor. Es el aviso a las mujeres de que la hora del oficio llegó.

**Al pronunciarse al alba
Y con la marea baja
Se embarcan las concheras
Con mi tía Bruna vieja**

*Estando bajas las mareas
En su canoa de tangaré
Tía Bruna va a recoger
En los bajos ricos chorgas
Acompañada de Olga
Y su sobrina Rosalba
Quien muy bien se percataba
De aquel momento propicio
Para hacer ese, su oficio
Al pronunciarse al alba*

*Cuando llegan a los bajos
Sacan chorgas a montón
Ya sea con lluvia o sol
Mujeres de gran valor
Trabajan con gran dolor
Hablando en voz susurrada
Dicen vender sin rebaja
Ellas mismas se animan
Arrimándose a la orilla
Y con la marea baja*

*Los viajes son agradables
Pues conversan y conversan
Contando sus experiencias
Tía Bruna, una vieja dura
Ni siquiera tiene arrugas*

*Y en sus años de chorguera
El mar le ha entregado a ella
Un mosaico de alimentos
Con canales y asientos
Se embarcan las concheras*

*El potrillo va repleto
Lo cargaron demasiado
Mucho molusco echaron
Una ola vino muy fuerte
Queriendo tapar su frente
Les cayó agua en la oreja
Y asustadas todas ellas
Achicaban y bogaban
Y después hasta rezaban
Con mi tía Brunavieja*

El movimiento es el ritmo de la vida que coordina y regula la naturaleza: la tierra, el aire, el sol, los latidos del corazón que son del hombre el motor. Allí se lee la energía del hombre negro del trópico, cuando la región va entonando sus cantos: berejú, patacoré y bambuco viejo.

Bien le suena ese bambuco
Cuando el cununo resuena
Y pa' no perdé el encanto
Ellas mueven sus caderas

*La marea sube y baja
En un sonoro cantar
La decide acompañar
La melodiosa marimba
Siempre la eterna amiga
Del bombo y del cununo
Después de tomarse uno
Un buen traguito de viche
Domitilo bailando dice
Bien le suena ese bambuco*

*Ese ir y ese venir
Es de las aguas un ritual
La luna interfiere más
Pues la marimba lo sabe
Por eso canta su salve
Al golpe de la marea
Y para ser más certera
El jolgorio se ha prendido
Parejos bailan junticos
Cuando el cununo resuena*

*Como siempre en la mañana
El sol lanza sus rayos
Y todos enguayabados
Que les duele la cabeza
Que se consiga cerveza*

*O más bien un buen caldo
De pescado con cilantro
Que le echen cimarrón
Y que busquen camarón
Pa' que no pierda el encanto*

*Cuando sube la marea
Y es noche de pleamar
La arrechera de bailar
Pone a Domitilo sabroso
Él va y guarda su chinchorro
Después coge una pareja
Y bien duro si la aprieta
Con ese canto sonoro
Y al ritmo de un solo tono
Ellas mueven sus caderas*

*En la algarabía instrumental se expresa vigor, el hombre
con pañuelo salta y salta invitando a la pareja que salga al
ruedo a bailar, muy cerquita el uno del otro en dos hileras
que avanzan. Todo el Pacífico goza.*

Los bailes e instrumentos
De este bello litoral
Se mueven y suenan todos
La marea da el compas

*Bombo hembra, bombo macho
Se acompañan al sonar
Mi abuelo sabe tocar
El sabroso corrulao
También hasta lo ha bailao
Pero fue solo un momento
Por eso yo hoy les comento
Lo que uno puede hacer
Cuando decide conocer
Los bailes e instrumentos*

*El currulao es el rey
En Buenaventura y Guapi
También lo bailan en Napi
Chico Pérez y San Cipriano
El hombre zapalateando
Empieza a coquetear
Pa' poder enamorar
A una hermosa dama
Utiliza las mañas
De este bello litoral*

*Hablado ya de la juga
Yo me voy para Tumaco
A comerme un encocao
Para moverme mejor
Cuando repica el tambor*

*Moviéndome como un toro
Con ese canto sonoro
Pues nadie se queda quieto
Parejas e instrumentos
Se mueven y suenan todos*

*Un bunde escucho sonar
Dijo claro mi tía Bruna
En una noche de luna
El pañuelo hay que mover
Si le provoca también
Un canto puede entonar
Moviendo usted guasá
Con un pasito elegante
Para atrás y pa' delante
La marea da el compas*

En un silencio terrible podía escucharse el remolino del viento enredado en las olas. Los pescadores entienden la expresión y en un coro de aleteo emprenden la huida, bogando en todas las direcciones, invocando santos y entonando rezos para llegar a sus casas de nuevo.

**En su casa marinera
Los pescadores se van
Comparten las historias
Que luego han de narrar**

*Estático él contempla
Lo profundo que es el mar
Cuando sale a pescar
Va llevando en su canoa
Vela abierta en la proa
De manera muy ligera
Con el viento se menea
Y este hombre moreno
Ha embarcado el remo
En su casa marinera*

*Con fuerza de voluntad
La tristeza él ahoga
En la furia de las olas
Con sudorosa sonrisa
El cuerpo le huele a brisa
Adueñándose del mar
Cuando empieza a bajar
La marea en media luna
Con frío o con hambruna
Los pescadores se van*

*Es el mar quien aprisiona
La infinita inmensidad
Pues muy extendido está
Por el norte y por el sur
Un largo camino azul*

*Que guardan en su memoria
Porque la niña Victoria
Es quien siempre les pregunta
Y como a ellos les gusta
Comparten las historias*

*Estando el agua alta
El pescado no abunda
Después se viene la lluvia
El brasero se apagó
Quel chinchorro se dañó
En las afueras del mar
Sin nadita que mascar
Estos hombres pescadores
Lo que traen son dolores
Que luego han de narrar*

No cabe más que esperar y confiar en el día siguiente.
Así pasa la vida pendiendo de un hilo entre batallas
cotidianas que marchitan la fe. Se espera el sol que
vendrá por la nube gris de la noche que se llena de
sombras tras la derrota del agua. No cabe más que
hacerse al pie de una botella de viche, y al ritmo de la
marimba, llorar sus muertos.

**Está el trópico costero
Muy bajo al nivel del mar**

**Cuando llega puja grande
Los pueblos se inundarán**

*El cuerpo empieza a sudar
Pues limita con el sol
Quien da un tremendo calor
Cuando estamos en verano
La quiebra viene temprano
Y se secan los esteros
Un desfile de cangrejos
Muy desesperados se ven
Bien caliente y sin llover
Está el trópico costero*

*En este pequeño pueblo
Se presentan muchos males
Se mueren los animales
Por sequía o inundación
Si a la gente le va mejor
No me quiero imaginar
Lo que pasa en el manglar
Y en invierno en los esteros
Está el pueblo costero
Muy bajo al nivel del mar*

*La costa, novia del viento
y amiga de sol y luna*

*Testiga es de la puja
Que abraza los caseríos
Las calles se vuelven ríos
A muchos les da calambre
No se asuste no se alarme
En mi calma en mi pensar
Bien inútil es luchar
Cuando llega puja grande*

*Firmes paredes de bareque
Hacen protesta pacífica
La ocasión lo amerita
Y cuenta mi tío Simón
Que se moja hasta el fogón
Y a este paso que van
Las aguas del litoral
Con su bajar y subir
Si sigue aumentado así
Los pueblos se inundarán*

¡Barajo la pendejada, compañero pescador! Hombre mediterráneo, hombre de gran valor, conocedor de aguas salobres y azuladas, de las mareas fluyentes de las que la luna es brújula, pescador de sueños y alimentos que luego vende para quedarse sin ninguno. ¡Barajo la pendejada, compañero pescador!

**Hay pescadores muy bobos
Siempre vende lo mejor
A su familia le dan
Canchimala y bocón**

*Pescadores asuerdados
Cogen pargo, camarón
Bagre, corvina, bocón
Tiburón y canchimala
Después hace cosa mal
Se enfurece como un lobo
Si la mujer busca el modo
De comerse el camarón
Él no acepta esa opinión
Hay pescadores muy bobos*

*Póngase a considerar
El trabajo que se pasa
Cuando se sale de casa
A las afueras del mar
Y tiene que madrugar
Con canaleta o motor
A veces con ventarrón
El pescado que ha cogido
Lo lleva al cuarto frío
Siempre vende lo mejor*

La mujer también se cansa
Cuando él llega de pescar
Destripar y destripar
Es lo que a ella le toca
Y se vuelve una loca
Con ese tremendo afán
Porque quiere terminar
La mujer ya tiene sueño
Y los peces más pequeños
A su familia le dan

Queriendo tener dinero
Para comprar motosierra
Y poder cortar madera
Construirse una casa
Para vivir con la amada
Después engendra un varón
Se sentirá mucho mejor
Su compañero ha de ser
Quien también viene a comer
Canchimala y bocón

Lo manglares han visto al mar soberbio descrestarse sobre el fortín de sus raíces rudas y caer doblegados ante su bravura frente a la calma de los alcatraces. Han oído lamentos y maldiciones que grabadas han quedado en el lodo, también han visto al sol morir en los recodos.

En un bonito danzar
Los vientos lo acobijan
Pues de todo aquel lugar
El manglar es el vigía

Del viento es testigo
Y vigilante es del mar
Hablándole del manglar
De yodo y sal siempre ebrio
Vecino es de los esteros
Que ven el agua pasar
Con el subir y el bajar
De las hermosas mareas
Seres vivos se pasean
En un bonito danzar

En las noches estrelladas
La luna medio se asoma
Imágeneselo ahora
Navegando en menguante
En una canoa grande
La pilota es quien la guía
Hasta llegar a la orilla
Domitilo va bogando
Y su camino marcando
Los vientos lo acobijan

*El remo se hace esperanza
Cuando hay tormenta en el mar
Los negros dejan de pescar,
Recogen su mayador
Con espíritu remador
Esquivando vendaval
Con la marea se van
Entonan cantares
los dichos y refranes
Pues de todo aquel lugar*

*Le pregunta el hondo mar
¿Negro qué te ha pasado?
Hoy has venido callado
Si te duele el corazón
Olvida y se acabó
Es solo una tontería
En voz bajita decía
De su roto corazón
En más de una ocasión
El manglar es el vigía*

En un movimiento vertical y horizontal, las aguas son arrastradas por la amorosa luna, un vaivén, un subir y un bajar, un ir y un venir las podrían definir. Los mareños las disfrutan porque comprenden que ese es su juego. Las mareas melifican los manglares y esteros y a los hombres les traen su sustento.

**Son las aguas y la luna
En un juguetón romance
Van y vienen muy juntas
Quisiera a usted contarle**

*Sube, sube la marea
Arropando los manglares
Que desnudos han de quedarse
Cuando el agua baja lenta
Y al pasar la tormenta
Las mujeres una a una
Sin renegar ninguna
Se preguntan las comadres
Si las que van a guiarles
Son las aguas y la luna.*

*En cabeza de agua señores
Se mete el mar a mi casa
Se desplazan las cucarachas
Salen culebras y sapos
Yo cojo un gran garabato
Cuando de su escondite salen
En las noches de menguante
Les tiro las pilas del radio
También pepitas y ajos
En un juguetón romance*

Si está en cuatro de quiebra
Las aguas bajas están
Para encontrar el manglar
Solito pa las mujeres
Quienes llevan sus enseres
Entre ellas las chalupas
Y nadita les preocupa
Enredadas en el lodo
Encontrando así el modo
Van y vienen todas juntas

Pleamar y bajamar
Muy grandes y muy pequeñas
En las historias de abuela
Uno escuchó decir
Que nunca llegó a sufrir
Por piangua pa los tamales
Sacaban de los raizales
Todo lo que querían
Eso les daba alegría
Quisiera a usted contarle

ISBN: 978-958-56244-6-7

AL VAIVÉN DE LAS MAREAS

© Marcela Cuero Rodríguez (Guapi, Cauca)

Activista social, poeta y estudiosa del folclor regional.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

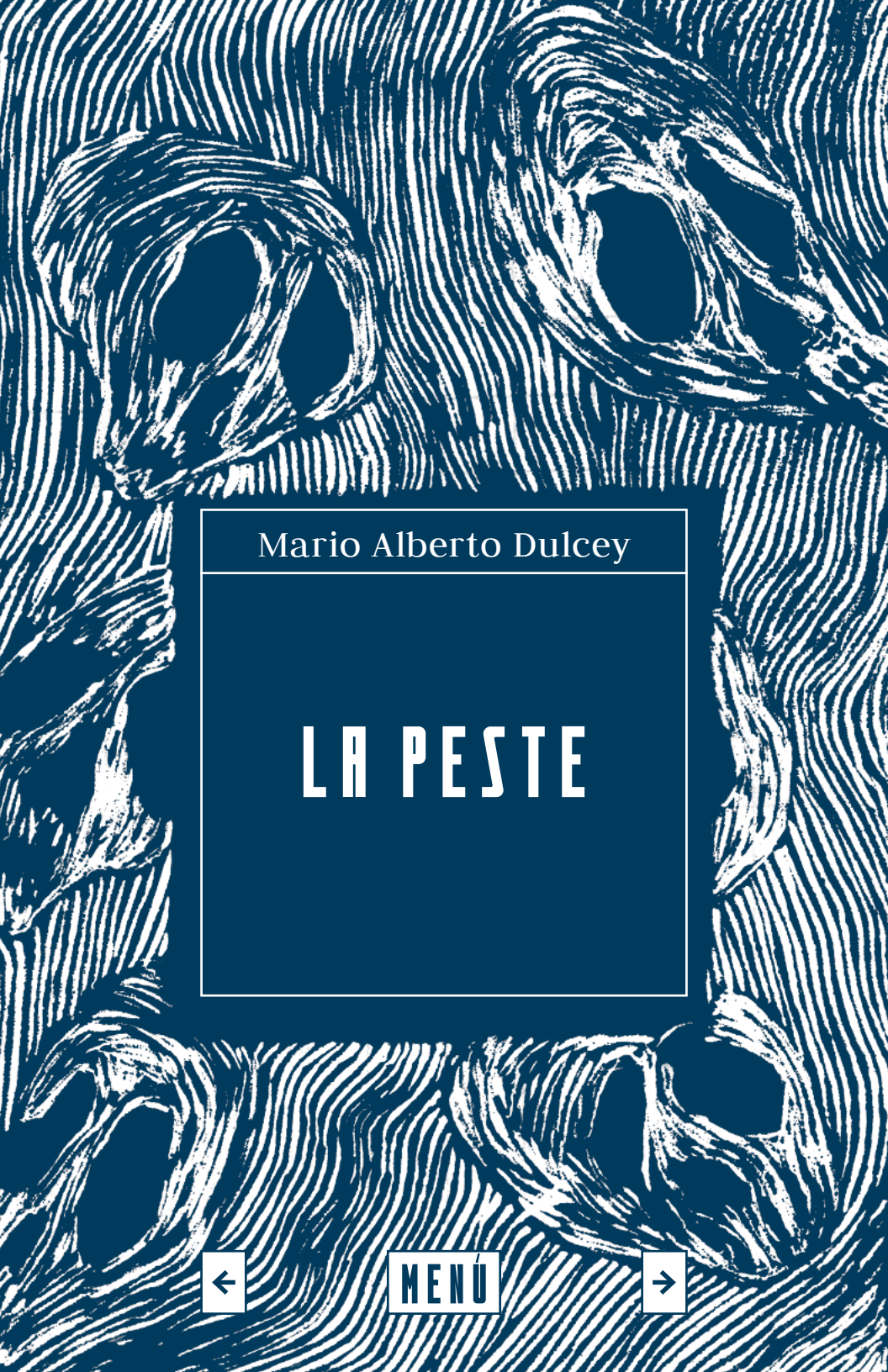
www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Mario Alberto Dulcey

LA PESTE



MENÚ



El lunes llovió todo el día. El agua revuelta alcanzaba los puntales de la casa parada sobre el río. Sentada bajo el arrullo de las gotas que rebotaban en los árboles y las ollas que aparaban agua, Petrona vio aparecer la figura humana arrastrada por las turbulencias.

Al igual que todos los habitantes del pueblo, Petrona no sabía qué era la muerte. Nunca había visto un difunto y desconocía los pormenores de aquel estado. Sin embargo, en ese momento, no dudó ni un segundo en reconocer que aquel hombre arrastrado por las aguas estaba muerto.

Un pescador que apenas regresaba encontró el cuerpo anclado a los mangles, muy cerca del pueblo.

Era grande y sobre su piel maderosa brillaba un musgoso fresco. El cuerpo estaba entero. Cuando quiso voltearlo para remolcarlo en su canoa, ya no estuvo seguro de que la muerte lo habitara, pues tenía los ojos más despiertos que cualquier otro, y algo en su pecho, como el corazón de un vivo, se movía sin parar.

En un pueblo donde solo se padecía por los azotes del amor, donde los pocos enfermos se curaban con infusiones de sauco o santamaría y donde otros graves o con achaques de viejos se iban a morir a la ciudad, los únicos que tenían el eventual riesgo de morir de hambre o aburrimiento eran los boticarios y los médicos.

Aburrida, así era la vida del doctor Balanta, quien se pasaba el día entreteniéndose la falta de oficio en el billar. Tomaba cerveza para desvanecer el calor invivible y sepultar su carrera en un remanso de paz donde lo último que se necesitaba era un médico.

Había llegado dos meses antes embarcado entre encomiendas, materiales de construcción y pasajeros inusuales con ropas extrañas que desde hacía poco empezaban a llegar al pueblo. En el muelle tomaban una lancha río arriba, y nadie volvía a tener noticia de sus pálidos rostros, de sus exóticos perfumes y de la enredada y misteriosa jerga que salía de sus bocas.

Se acomodó en el suelo, al pie de montones de bultos de queso costeño que aborreció desde ese día.

Mientras los otros, amontonados en la baranda, se disputaban cada esquina del barco, agitados con las tripas en el cuello y la barriga vaciada por los estragos del viaje de ocho horas sobre las movidas olas del mar.

Las dos maletas grandes que bajó del muelle, una con aparatos médicos y la otra con medicamentos, aún permanecían empacadas en la esquina de su cuarto, inmóviles desde el momento en que fueron descargadas. En la otra, que cargaba sin esfuerzo en su mano, guardaba las dos sobrias mudas de ropa que rara vez usaba y los valiosos cuadernos con complicados apuntes que conservaba desde su época de estudiante.

Fue el mismo padre Nicolás quien solicitó su presencia inmediata a la Jefatura de Salud, preocupado de que en el pueblo la gente empezara a morir de la noche a la mañana por el consumo de agua del río, como pasaba en pueblos alborotados por la fiebre del oro.

Ya instalado, su presencia representaba uno de los pocos lujos del pueblo. Había sido el mejor de la promoción de médicos de la Escuela del Puerto Grande. Ahora jugaba billar todo el día para no volverse loco.

El ir y venir de las canoas regaron el cuento por el río. Y en el pueblo la noticia del muerto se propagó como el sonido rebosante de la bocina de un barco que llega. Por eso antes de que llegaran con

el cadáver, medio pueblo había rodeado el muelle esperando, en el horizonte, el bote que se dejaría ver con la primicia.

Amontonados, los niños empaquetados en sus uniformes habían dejado tirados los cuadernos por salir detrás del profesor. El olor del cilantro y la cebolla había quedado impregnado en las manos de las señoras que dejaron el agua hirviendo y el plátano picado por venir a enterarse de la nueva; hasta los señores con el sudor aun corriendo bajo la frente y la sal cristalizada en los brazos, todavía respiraban el aroma del monte que acababan de cortar.

Mientras lo bajaban de la canoa, el agua escurría por los trapos que usaba como pantalones, y la piel babosa se deslizaba por las manos de los cuatro hombres que lo sujetaban. En el suelo, el aire se llenó de una fragancia extraña. Un revuelto entre flores y pescado.

Las almas que estuvieron allí se entregaban de lleno al placer de no decir una palabra. Solo dejaban que sus ojos abiertos como focos se estrellaran con los del difunto, y que el ritmo de la respiración de sus cuerpos se confundiera con el descompasado latir de aquel corazón. Entusiasmados, intentaban reconocer la nariz, los ojos, la mirada; algo que revelara parentesco con alguna persona del pueblo.

Tenía el rostro de todos, pero no se parecía a ninguno. Salidos del asombro de conocer los colores y olores

de la muerte, los habitantes del pueblo empezaron a preguntarse qué hacer. Agitados, dos hombres atravesaron la calle de la plaza y avanzaron en dirección a la iglesia. Desde hace rato el padre Nicolás había estado observando el alboroto: parado en la puerta de la iglesia había visto llegar las canoas, y ya sospechaba algo.

—Parece que está muerto, padre, pero el pecho le salta como un pescao recién sacao —dijo uno de los hombres.

Esa frase fue suficiente para que el padre reconociera que aquello no era asunto de la iglesia. Se santiguó tres veces, se hincó bajo el portón y se perdió en la oscuridad de su aposento.

Una calle más abajo permanecía cerrado el consultorio sin estrenar del doctor Balanta. Desde el sábado en la mañana había salido rumbo al billar. No había regresado.

Lo encontraron en el almacén de tablas, con una mano en la cabeza y la otra en un taco de billar, pensando cómo lograr la siguiente carambola. Jugaba contra el dueño, en un duelo donde había más parla que jugadas. Tres días, eso se les estaba tomando definir el chico. Desmotivados, tacaban más por el honor de cumplir la apuesta que por las ganas de seguir.

Apenas supo la noticia el doctor Balanta tiró el taco al suelo, pagó la apuesta y se alegró de no haber muerto antes de que a alguien del pueblo le diera por

morirse de una vez. Salió contento, y mientras caminaba rumbo a su casa cantaba la canción que sonaba en el viejo baffle del billar.

—Adió, Margariiiiiita; Margariiiiiita, Adíoóóóó...

Se quitó la barba de 3 días, desempolvó el bolso con los artefactos de auxilio y salió en busca del muerto. Al llegar se abrió paso y encontró el cuerpo tendido sobre el cemento. Se detuvo. Evadió la mirada de la gente y observó la marea que empezaba a subir. Lo impresionó el tono embarrado de las aguas que desde hace algunos días había empezado a perder su pureza. Cada vez apestaba más a lodo. Incluso a los niños se les había prohibido nadar por miedo al brote de granos.

Se arrodilló y examinó los ojos blancos sin respuesta. Tocó la piel babosa del cuerpo buscando el pulso perdido y se detuvo atento al movimiento agitado del corazón. El espanto que generaba la escena y que erizaba la piel de los espectadores, no distraía la atención del doctor Balanta. El trabajo en el Puerto, donde a diario manipulaba los cuerpos troceados por las sierras inclementes, le había arrebatado la sensibilidad de otros años.

Se paró, impávido. Miró las caras expectantes y confirmó lo que todo el mundo sospechaba: el pueblo tenía su primer difunto. A partir de ese momento, un sentimiento extraño, cercano al dolor y a la tristeza, prendió en las personas que empezaron a sentir el muerto como suyo.

Luego de la ola de bramidos y murmuraciones el médico anunció sus planes. Debía llevarlo al consultorio para hacer la autopsia que permitiera conocer las razones de su muerte.

—Aunque lo abran, solo van a encontrar agua y barro —decían algunos.

—Como pasa con todos los ahogados.

No lo demostraba, pero estaba preocupado. Los signos que presentaba el muerto no eran normales. Abriría el cuerpo de arriba abajo si era necesario pero cumpliría su deber; redactar un informe completo y convincente del primer muerto del pueblo.

Cuatro hombres llevaron el bulto enorme hasta la habitación de paredes blancas. Caminaban esquivando la mirada del muerto, luego volvían a mirar pasmados de curiosidad y miedo.

La gente, movida por la tristeza, dedicó el resto del día a hacer los preparatorios del velorio. Desde el momento en que el cuerpo abandonó el muelle, no se escuchó un machetazo más en el monte, ni una palabra más fue escrita en el tablero de tiza de la escuela, y los bares, el mercado y el billar, fueron cerrados para vivir el duelo a puerta cerrada.

Desde la iglesia, indiferente, el padre Nicolás observaba los intentos de la gente por embellecer el parque con los pocos lujos de sus casas. Los vio colgar sábanas blancas de los árboles, cargar los escaños,

las bancas desgastadas, barrer y espantar a las ratas monumentales que bien podían arrastrar a los niños que aún gateaban.

Unos pocos, que habían asistido a velorios en la ciudad y conocían los rituales de despedida, indicaban a los otros lo que debían hacer: esto debe ser así; aquello debe ponerse ahí, y todos se vestirán como se acostumbra en las fiestas de la Virgen.

La tarde caía sobre el muelle. Una docena de hombres, que trabajaban río arriba, salidos apenas clareaba el día, regresaban exhaustos y sin ánimos de hablar. Estaban vestidos de pies a cabeza por un barro amarillo que cuarteaba los trajes. Era el mismo tono que desde hace una semana teñía las aguas del río. Cuando supieron la noticia se taparon la boca con las manos, agarraron las picas y palas cansadas, irreconocibles por el barro, y corrieron a bañarse para conocer de cerca al difunto.

El sol se perdía en el río y las aves volaban esperando alcanzar el último chorro de luz que les permitiera iluminar el camino de regreso a sus nidos. En la pequeña plaza, las lámparas de petróleo se encendían y la gente ansiosa empezaba a llenar el lugar.

El doctor Balanta pasó mañana y tarde examinando el muerto. Entrada la noche, empezaba a enojarse. No solamente por no haber encontrado respuestas, sino por las insistencias de la gente que llegaban a preguntar si ya iba a terminar.

—Llévenselo, pero que esté aquí a primera hora —
dijo cansado de la molestadera.

Lo subieron a un pequeño potrillo de madera que parecía hecho para su medida. Sus brazos estirados cuadraban perfectamente en el molde de palo. Era provisional, pues el carpintero, que había empezado a trabajar desde la mañana, todavía se las ingeniaba tratando de construir su primer ataúd.

A la plaza iluminada por lámparas de petróleo que colgaban de los almendros no le cabía un cristiano más. Las fiestas de la Virgen nunca habían citado tanta gente. Los hombres portaban los vestidos almidonados que reservaban para matrimonios o correrías. Las señoras habían retrasado a sus maridos tratando de poner más color a sus desbordantes labios. Las más animosas eran las jovencitas; envueltas en sus vestidos de quinceañeras, hacían hervir de deseo a los muchachos, que sin el uniforme escolar exhibían ya la elegancia y los dotes de su naturaleza varonil.

Cuando el potrillo de dos metros entró a la plaza, el silencio considerado del duelo orquestó el lugar. Fueron segundos; todos al tiempo conscientes: era el latido agudo y claro del corazón que aún latía. Las miradas de pánico y temor de antes se transformaron en compasión. La lástima y la tristeza florecieron por los ojos.

El silencio se atenuó por los arrullos de las cantaoras que enseguida empezaron a llorar por la boca. En el

centro de la plaza ya consagradas al luto, las mujeres rezaban con la devoción de una madre que ora por el alma su hijo mientras los señores parados en las esquinas, o recostados bajo los almendros, observaban el espectáculo que poco a poco ablandaba sus inseguras corazas.

No se sabe en qué momento alguien dispuesto a terminar con aquel dolor que empezaba a sentirse en las tripas, puso a rodar el botellón de viche destilado en las ramadas del Saija. Tampoco se sabe el instante en que se esfumaron las ocho galonetas que se consumieron como agua, y mucho menos cuándo arrastraron una mesa para asentar el dominó que aplomó en butacas a los hombres deshabitados por el sueño. Nadie sabe en qué momento ocurrió todo esto, lo cierto es que todos los presentes fueron recordando que aún vivían. Que tenían demasiadas cosas por disfrutar. Empezaron a conversar, a reírse, a brindar por la vida. Así lo hicieron durante toda la madrugada.

A las seis y diez se destapó a llover. Las últimas personas que aún quedaban en la plaza se esparcieron ante el agua intrusa. Los hombres que quedaban agarraron el potrillo y doblaron la esquina rumbo al consultorio. El doctor Balanta había estado esperando desde las seis, parado bajo la puerta con un vaso en la mano, sostenido únicamente por dos jarras de café que se desvanecieron en el frío de la noche.

También estaba trasnochado. Había pasado toda la noche buscando en las hojas de sus libros la respuesta a aquel enigma de la naturaleza. Ese era el modo de trabajar de aquel hombre que se enorgullecía de no haber cometido errores en toda su carrera, y que ahora, en su cuaderno lleno de rayones incomprensibles, había anotado algunas posibles explicaciones.

Acosados por la lluvia atravesaron la puerta y pusieron el bulto en el suelo. Eran jóvenes, aquellos hombres, y en sus trajes negros de pies a cabeza no quedaba rastro de la elegancia de la noche anterior; solo una tufarada nauseabunda y unos ojos abultados de sueño.

Dejó el vaso aún humeante sobre la mesa, cerró la puerta y corrió la cortina de la ventana que daba a la calle para que entrara la luz. A través de ella alcanzó a ver a los cuatro hombres con la borrachera aún viva en los cuerpos: se alejaron en saltos para esquivar los charcos; luego caminaron recostados a la pared, con los hombros pegados a la cabeza, escapando a los chorros de agua que caían del techo. Los vio desaparecer en la esquina de la iglesia. Empapados, trasnochados, borrachos, contentos. Siguió contemplando la lluvia, hasta que los latidos del corazón lo despertaron de aquel trance.

Decidido a revisar hasta el último centímetro de carne en procura de las respuestas que se le habían escapado el día anterior, se puso los guantes de látex, tomó el cuaderno y una a una exploró las posibilidades.

Cortó con tijeras los trapos que habían sido colocados para adornar el cuerpo, y poco a poco el cuarto empezó a llenarse de ese olor de flores que había percibido en el muelle. Revisó palmo a palmo la espalda, las piernas y los dientes aún perfectos, cuidando de no perderse ningún detalle.

Al revisar con lupa descubrió que unas pequeñas raíces tiernas empezaban a crecer de las uñas de los pies; sobre la cabeza reverdecía un musgo que mantenía tibio el cuerpo; en las puntas de los pelos con forma de resorte que salían de la nariz y los oídos, habían empezado a nacer unas diminutas flores moradas, con estrellas amarillas en el centro. Todos los otros orificios que encontró en el cuerpo eran jardines pequeños donde florecían geranios diminutos. Las navajas y tijeras que intentaban abrir la carne se astillaban al roce con la cáscara que ahora era su cuerpo. La piel, que antes era babosa, se había convertido en una corteza áspera y dura.

Como pudo raspó el vientre maderoso. Los pequeños residuos de piel desprendidos los colocó bajo el lente del microscopio. Con el viejo artefacto traído celosamente desde Cuba en su primer viaje al exterior, observó gradualmente la infinidad de cosas que ocurrían a tan solo una palma de sus ojos. Examinó pasivamente durante algunos segundos. Luego permaneció estático. Retiró el ojo del lente, y por primera

vez después de muchos años, el doctor Balanta se sintió sorprendido.

Volvió a observar a través del microscopio. Sus ojos perdidos en los lentes de vidrio deliraban con la sucesión de imágenes que parecían extraídas de una película a gran velocidad: las partículas medio humanas, medio vegetales, se excitaban, se transformaban y se devoraban unas a otras. Todo el caos natural ocurría en ese instante sobre una pequeña lámina de vidrio de dos centímetros. Aterrado levantó los ojos por última vez del lente, se paró y caminó hacia la puerta, donde el agua corría por los bloques de ladrillo que componían la calle. Se arrojó, sin pensarlo, de frente contra la lluvia, esperando encontrar pronto a alguien que le ayudara a cargar el muerto. Debía actuar rápido.

Era mediodía, y a causa de la lluvia, la gente se entregaba al placer de dormir; azotados por los estragos del llanto, de la habladuría, de la cantadera, y sobre todo de tanto viche.

Acurrucados en una de las casetas del muelle, algunos hombres habían recostado una mesa, y hacían saltar las piezas de dominó en el paño de tela verde. Cruzadas algunas palabras decidieron socorrer al doctor.

Aún no había escampado cuando los cuatro hombres salieron con el potrillo cargado en sus brazos, rumbo al muelle. Aquel muerto que se perdía en la

esquina y que debía ser enterrado con urgencia esa misma tarde, no era más un asunto del que quisiera ocuparse el médico.

Los hombres atravesaron el río revuelto buscando llegar a la otra orilla habitada por el silencio salvaje de la selva, y por ejemplares de chachajo y peinemono. Localizaron el terreno menos pantanoso, hasta donde cargaron el cuerpo, protegidos con guantes, evitando cualquier contacto con su piel, como lo había indicado el médico. En cuestión de minutos habían terminado de cavar el hueco.

Así, sin chucherías que se pudren con el barro, sin flores ni bombones, sin despedidas, sin llantos, sin más, solo rodeado de árboles, y con unos chaparrones que solo se ven en septiembre, fue enterrado el primer muerto del pueblo.

De regreso, el doctor Balanta se aseguró de limpiar con cautela su consultorio y de deshacerse de los restos y utensilios empleados durante la operación. Luego se sentó frente a su escritorio y allí permaneció cuatro horas con la firme convicción de no pararse hasta terminar de escribir un largo y difícil informe de cinco hojas.

Eran las ocho. Por fin había dejado de llover. Se acostó, rendido. Setenta horas en el billar y más de cuarenta dedicadas al muerto. Durmió entregado al silencio de la noche.

El jueves amaneció soleado, como si aquella temporada de invierno crudo hubiera desaparecido para no volver.

El doctor Balanta se levantó hacia las once y agregó los últimos comentarios al informe. No quedó tranquilo hasta haberlo leído tres veces en voz alta. Corrigió cada detalle y lo metió en un sobre de papel madera. Se vistió y salió en busca del correo.

Afuera, el pueblo había retomado las actividades. En el camino, vio cómo el humo de las pequeñas cocinas del mercado salía desbordante por el techo y se perdía en el cielo. Al pasar frente la iglesia saludó al padre Nicolás que había escogido la calle para desperezar su cuerpo. Acababa de hacer la siesta de la mañana y apenas se restablecía para anunciar la misa de las doce. El padre lo interrogó sobre lo ocurrido con el difunto, quería tener toda la información, y mientras le hablaba no dejaba de mirar el paquete que guardaba bajo su brazo.

Decidido, el doctor le contó algunos pormenores de la operación. El padre permaneció en silencio. Los detalles de la autopsia lo pasmaron. Por primera vez en 38 años de implorar por la salvación de los demás, el padre Nicolás rogó por su propia vida. Se santiguó tres veces, se hincó bajo el portón y una vez más se perdió en la oscuridad de la iglesia.

El doctor siguió caminando rodeando el muelle. Cuando tuvo el río en frente se detuvo ante el cementerio de

árboles tajados con sierra que se escurrían por la corriente. Desde arriba veía a los pescadores tratando de esquivar la infinidad de árboles que se estrellaban con sus canoas. Era innavegable. Las lluvias de los días anteriores, el trasncho del martes, o el duelo del muerto, habían dejado una extraña sensación de destrucción que aumentaba con el paisaje desolador del río.

En ese momento, el médico empezó a notar un cambio violento en la respiración de la gente. Sus rostros empezaron a tornarse de un tono verdoso como el musgo que crece en las paredes del muelle y los ojos revelaban un malestar interno.

De las turbulencias del río, salía una tufarada de barro podrido que impedía identificar la antigua esencia que bañaba las calles del pueblo. La piel de los peces se descascaraba al contacto con las manos de los pescadores, y el plátano que traían del monte empezaba a teñirse de un amarillo enfermizo.

Se sintió preocupado, pensó que tal vez la próxima semana iba a ser agotadora. Que sus vacaciones habían terminado.

Siguió directo a la oficina de correo, y mientras caminaba miró la cantidad de árboles troceados que arrinconaban las canoas amarradas al muelle.

Ya en el correo, hizo las diligencias de envió. Pagó la tarifa y esta vez regresó directo a su casa, decidido a no distraerse y a pensar en las calles que enfermaban.

ISBN: 978-958-56245-4-2

LA PESTE

© Mario Alberto Dulcey (El Tambo, Cauca)

Cuentista y estudiante de Lenguas Modernas de la Universidad del Cauca.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño



Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Melkin Palacios

TERRITORIO EN EMERGENCIA



MENÚ



El sol empezó a caer lentamente detrás de la montaña. El día había sido extremadamente caluroso para un viejo como él, con la piel arrugada por la injuria de setenta años de trabajos al aire libre. Esa noche, el ánimo del anciano Tulito contrastaba con las risas festivas con las que la familia acompañaba la comida. A todos les llamó la atención, cuando de pronto, Tulito se puso de pie.

—¡Familia! —les dijo—. Me da pena tener que hablarles en este momento, en el que todos están tan contentos. Pero considero que es mi deber hacerlo, como cabeza que soy de esta familia. Querido hijo, queridos nietos, bien saben ustedes, que la presa que

nos estamos comiendo hoy es algo especial, es una bendición caída del cielo, mañana seguramente continuarán las penurias, a las que últimamente, por desgracia, ya estamos acostumbrados. Sí, señores, esta es la época de la escasez, dicho de otra forma: ¡la tierra está en emergencia!, ya no nos da el sustento, como lo hacía en el pasado.

Habló de una manera tan solemne que, sus nietos, aún sin comprender lo que quería decir el abuelo, se sintieron entristecidos.

Juan Roso, su hijo, tomó la palabra para preguntar:

—Papá, ¿por qué dice usted que la tierra está en emergencia?

Y el viejo respondió:

—¡Ay mis hijos! Cuando yo era niño esta comarca y sus ríos estaban vírgenes, era como un paraíso, todo era abundante, había muchas especies de animales. Imagínense que para cazar no había necesidad de adentrarse a la selva, cuando mucho se caminaba unos 500 metros. A veces, la gente iba subiendo o bajando por el río y se hallaban con los animales en la orilla. Era la edad de la inocencia, con decirles que los animales no le huían al hombre. Animales como el puerco de monte estorbaban, andaban en manadas de hasta ochenta ejemplares. El tatabro, que es un animalito muy sabroso. El venado, que es muy juguetón, a las seis de la tarde todavía se le veía corriendo en

las playas. El tigre, uno de los animales más hermosos, pero a la vez muy peligroso; en esta tierra donde no hay leones, sin duda era el rey. El macho monte o danta, un animal de mucha fuerza, por donde pasaba, destrozaba todo, con decirles que no se encontraba ni siquiera hierba, todo era destruido a su paso.

En ocasiones salían de la selva y eran tan confiados que se metían a las casas y allí mismo los mataban. Eran especies muy abundantes. Había también aves como el Pavón, un pájaro que en el monte asusta, tiene un canto aterrador. La pava, la perdiz conocida como la gallina de la selva. El paletón, o Dios-te-dé —eso dice en su canto—, tiene un pico muy lindo con los colores de la bandera de Colombia. La gente comía el tipo de carne que le provocaba; utilizaban las barba-coas, que era un mecanismo de ahumado, las cuales permanecían siempre llenas. La comida rodaba. Todo era fácil. Miren mis hijos: no había cosa más linda que los ríos, eran muy bellos, y sus aguas tan cristalinas que se podía ver hasta el fondo, la forma y el color de las piedras. No estaban contaminados. Estas aguas eran consumidas por todas las comunidades sin ningún tipo de problema. Los ríos estaban repletos de peces, tanto que se los escuchaba al pasar bajo las aguas. Cuando se sacaba el tiempo para pescar, se cogía más de lo que se necesitaba.

Juan Roso volvió a preguntar:

—¿Papá, con que métodos pescaban ustedes?

—Pescábamos con flecha, con atarraya, que es una red que tiene una línea de plomos, que al ser lanzada se abre en el aire, y ya en el agua se cierra atrapando a los peces. Pero el método más usado era el anzuelo, por su facilidad de elaboración y uso. También se utilizaba la trinchera con paredes de palmas que se hacían a la orilla de las pozas y quebradas; el corral, conocido también como una especie de calabozo, con la carnada en su interior, después de que el pez entraba, la puerta era accionada por una cuerda y se cerraba. Se utilizaba para atrapar algunos peces, especialmente el dentón. ¡Muchachos! ¡Les cuento! —dijo el viejo más animado, con un tono diferente al nostálgico que hasta ahora había utilizado—. Hablando del terruño, lo que sí había en estos montes era madera. Nadie le prestaba atención y sólo se utilizaba para la construcción de la vivienda y la elaboración de las canoas, que eran el único medio de transporte que había en la región. Estas embarcaciones se manejaban, empujándolas con un palo delgado de cinco metros de largo, la palanca, y también con el canaleta, un remo de madera, preferiblemente fina (cedro-chachajo). Muchos acostumbraban a decorarlos o al menos pintarlos con colores vivos. La navegación era una práctica difícil, sobre todo en ríos corrientosos, pero muy de la mano con la naturaleza, debido a que no había contaminación.

Juan Roso vuelve a interrumpir:

—Papá, ¿cuáles eran las especies de madera más finas?

—¡Hijo, son tantas las especies que no alcanzo a enumerarlas! Pero entre tantas, tenemos algunas como el abarco, que es un árbol hermoso y su madera es bastante durable; se utiliza en la construcción de barcos y exteriores de las casas. El cedro es utilizado para la fabricación de camas, baúles y muebles en general. El wino, que es un árbol frondoso que da bastante sombra, su semilla es apetecida como alimento de animales. El bálsamo es tan fino que se utilizaba para la construcción de barcos y durmientes de las vías del ferrocarril; su resina es utilizada en la elaboración de cosméticos y medicinas. Tulito hablaba con gran propiedad. Era indudable que dominaba el tema a la perfección. El algarrobo —continuó Tulito con su exposición— era apetecido por los seres humanos y por los animales, por la sabrosura de su fruto. De su semilla se saca una bebida parecida al café, que es un poderoso reconstituyente. Su madera es particularmente dura y sirve para la construcción de casas, mesas, vigas. El cohíba, árbol hermoso que, por la seguridad que le ofrecía, era preferido por el misterioso pájaro macuá para la construcción de sus nidos. Era demasiado duro y el único mecanismo que se utilizaba para

tumbarlo consistía en prenderle candela en la raíz para que se quemara.

Hijos míos, estas tierras eran tan ricas que el oro se sacaba con facilidad. Los dueños de estos territorios siempre hemos tenido una visión de conservación. Ciertamente se practicaba la actividad minera, pero se hacía de una manera artesanal, sin hacerle tanto daño a la naturaleza, no se utilizaba el mercurio para atrapar el oro. Por esta razón no se destruían los suelos, ni se contaminaban las aguas. ¡Muchachos!, tanto ha cambiado el tiempo que hoy todo está escaso. Lo que nuestros ancestros conservaron con tanto celo, para que las nuevas generaciones aprovecharan e hicieran buen uso de estos recursos y la naturaleza mantuviera su equilibrio, hoy se ha perdido. Hasta el mismo gobierno, sin medir los daños y perjuicios ocasionados por las grandes empresas y multinacionales, otorga permisos para la tala y aprovechamiento de la madera, al igual que reparte concesiones para la explotación minera. La pesca indiscriminada de personas naturales, con trasmallos y la fumigación con glifosato, han acabado con la mayor riqueza, dejando tras de sí la destrucción de la fauna y la flora.

Miren, toda esta afectación ha traído graves consecuencias. Los animales, como también muchas especies de peces y de aves, se volvieron tan escasos

que pareciera que estuvieran en vías de extinción. Se acabó la mayor parte de la madera, sobre todo la que es considerada fina. Los mineros artesanales ya no encuentran el mineral, porque la minería con grandes máquinas ha acabado con los yacimientos ricos, reconocidos a través de siglos de exploración minera. Esta nueva minería destruye los terruños, sedimenta y contamina los ríos, acabando con las especies nativas, dejando las aguas inservibles para el consumo humano, debido al grado de mercurio y otros químicos utilizados para sacar el oro.

Estos cambios tienen al territorio en emergencia, tanto así que los animales, los peces y los árboles en su lugar de origen se sienten desplazados.

Tras haber escuchado todo ese relato, aquella noche Juan Roso se desveló. Apenas rayó el día organizó una varita de guadua, le amarró un pedazo de nailon en la punta, luego empató el anzuelo y le puso un pedazo de plomo para que bajara al fondo del agua. Cogió un totumo con el que Tulito achicaba la canoa, se fue a cavar para buscar las lombrices que usaría como carnadas, luego se dirigió al río y se embarcó en la canoa. Allí cogió a una asustada lombriz y la enganchó en la punta del anzuelo. Tulito observaba todo, sentado en la raíz del palo de guama que estaba a la orilla del río.

Lo que ninguno de los dos sabía era que los peces se habían organizado para capturar a la persona

que fuera a pescar. Lo iban a llevar al fondo del río a que conociera la situación por la que ellos estaban pasando. Lanzó entonces Juan Roso el anzuelo y los peces, todos unidos, lo cogieron y tiraron de él con tanta fuerza que el pescador, con todo y caña, fue a parar al agua. Tulito trató de rescatarlo, pero le fue imposible.

En las profundidades, el sábalo convoca al conversatorio y en su calidad de coordinador toma la iniciativa y dice:

—Mis amigos, estoy muy preocupado por lo que hoy estamos viviendo. Por eso hemos traído a Juan Roso a este lugar, para que junto a nosotros se entere de la situación que estamos padeciendo.

Juan Roso, sorprendido, solo observaba a los peces sin decir una palabra. La bocachica tomó la palabra y dijo:

—Es muy importante que reflexionemos sobre qué vamos hacer para sobrevivir. Antes andábamos libremente por los ríos y ciénagas. Hoy no podemos salir. Nos atraviesan un poco de cosas con unos roticos y eso nos enreda, nos impide movernos. Nos están atrapando y están acabando con nosotros.

Luego habló la boquiancha y dijo:

—Soy una de las poquitas que quedamos.

—Asustadas nos escondimos en la raíz de un palo que se encuentra bajo del agua, de lo contrario no

estaríamos vivas: nosotras éramos una de las especies más abundantes que había en los ríos, pero han llegado unos extraños que nos están devorando, al igual que a otras especies.

A continuación, dijo el veringo:

—Miren, es importante que Juan Roso esté con nosotros y se entere de lo que nos está pasando. Yo, para protegerme de esa fiera que ha llegado a la zona, permanezco la mayor parte de mi tiempo metido en las palizadas que se forman en las orillas de los ríos. Además, a cada rato veo pasar a unos peces extraños, grandes y con un poco de muelas, correteando a los que somos de aquí: esos han llegado de otras partes.

Inmediatamente después el dentón dijo:

—Todo eso que ustedes dicen es verdad. Recuerden que, a nosotros, en el año 1997, nos dieron a comer una cosa que mató a más de trece millones de compañeros. Apenas quedamos unos poquitos y para salvarnos de esa sustancia que nos echaron en el Atrato, tuvimos que huir para algunos ríos pequeños.

Luego el angustiado bagre tomó la palabra y dijo:

—¿Para dónde nos vamos a ir? Nos están echando una cosa en el agua que nos está envenenando. Razón tiene la bocachica en decir que el agua no está clara como antes. Ahora está muy oscura y eso no nos deja ver. Por eso nos atrapan más fácilmente con su malla y encima ese poco de cachamas que andan en el río

se están comiendo a las boquianchas y a las sardinas. Esta es una situación muy grave porque se están quedando otras que no son de aquí, mientras acaban con los de la región.

El guacuco también se pronunció diciendo:

—Aquí vivíamos felices. Teníamos nuestras casas en el fondo del río. Eran unos huecos que hacíamos para la reproducción y protección de nuestra especie, en barrancos y peñas, pero apenas empezaron con unas dragonas a sedimentar los ríos nuestras casas se nos fueron tapando y quedamos ambulantes y así empezaron a acabar con nosotros, que ya estamos por desaparecer.

Luego el caga dijo:

—Nosotros toda la vida hemos vivido sirviéndole a la humanidad, trabajando en la limpieza de los ríos. Tenemos contrato indefinido con la empresa de servicios públicos del Atrato. Estamos preocupados porque, a pesar de que nosotros desempeñamos una labor humanitaria, nos tienen como a los peores peces y hoy, con la escasez de las otras especies, nos están atropellando de diferentes formas, sin tener en cuenta la función que hemos venido desarrollando durante mucho tiempo. La bocachica dijo algo que es verdad: esas cosas que están tirando al agua con ese poco de huequitos, los tales trasmallos, son uno de los métodos de pesca que están acabando con todos los peces; yo vivo cerca de la gente debido a que mi

trabajo es limpiar lo que ellos botan en los baños y allí los escucho hablando. Compañeros, aunque crean que nosotros somos cochinos, lo cierto es que hacemos un trabajo de limpieza buenísimo para la purificación de las aguas.

Muchos peces murmuraban y se miraban unos a otros. La sardina, muy asustada y con lágrimas en sus tiernos ojitos, dijo con voz temblorosa:

—A nosotras, por ser las más pequeñas y débiles, todos nos atropellan. Ahora nos hemos convertido en la presa fácil de los peces más grandes y de ese otro depredador llamado hombre. Todos queremos vivir y si nos siguen atropellando de esta manera, contaminando los ríos con mercurio, la sedimentación y el mal uso de la pesca, al final todos los peces nos vamos a acabar. Ojalá mis palabras le sirvan a la humanidad para que ellos, los hombres, algún día puedan cambiar.

Al escuchar estas palabras, Juan Roso no pudo contener el llanto.

Entonces la doncella, furiosa, intervino:

—Nosotras somos las más afectadas. Todo el mundo nos persigue por ser un plato exquisito. Nos atacan tanto de día como de noche. No tenemos libertad ni para dejarnos arrastrar por la corriente, debido a la cantidad de trasmallos y calandros que a nuestro paso encontramos por todo el río. Y por si fuera poco, ya no

nos permiten arrimarnos a la orilla para echarnos un sueño, como acostumbrábamos antes.

A todas esas, Tulito, desesperado, buscaba a su hijo por todas partes, con ayuda de amigos y vecinos, pero el muchacho no aparecía.

Tres días después vieron llegar a Juan Roso, muy triste y sin habla. Al cabo de veinte minutos de silencio, ante la insistencia de la gente, empezó a contar lo que había vivido con los peces. Para todos en la comunidad fue una admiración.

Pasó una semana y Tulito convidó al monte a Juan Roso y a Eugenio, su nieto, a cortar leña. Mientras tanto los animales reunidos esperaban a Juan Roso. Tan pronto llegó, fue guiado por un oso hormiguero, que lo llevó a un lugar donde se encontraban congregados todos los animales, comunicándose a través de coplas.

Mientras Tulito lo buscaba desesperado en la selva, sin poderlo encontrar, los animales lo metieron al centro de un círculo que habían formado. Desde allí, Juan Roso escuchaba los gritos y quejidos cada vez que un cortero derribaba un árbol. Eso lo conmovió tanto que sus lágrimas rodaron por sus mejillas. El conejo que lideraba el evento dijo:

Presten atención amigos

Yo creo que llegó la hora,

Para podernos comunicar
Lo vamos a hacer en trova.

Yo soy un líder muy bueno
Y no me quiero morir.
Algo tenemos que hacer
Para podernos reunir.
Es una labor bonita
Que ha realizado el oso.
Para que hoy estemos juntos
Con el amigo Juan Roso.

Yo como líder de la selva
Estoy muy preocupado.
Por el lado que nos metemos
Nos tienen acoquinados.

Esto les dijo Juan Roso
Estoy muy acongojado.
A partir de este momento
Les aseguro soy su aliado.

El tigre dice Muchachos
De muchas cosas soy capaz.
Estoy procurando al máximo
Que entre nosotros haya paz.

El guacamayo gritaba
En un cogollo de cohíba:
Dios mío, si esto no lo paran
El hambre nos aniquila.

Yo me alimentaba
De la fruta del cohíba.
El hombre con su motosierra
Me ha dejado a la deriva.

La guagua embarazada
Ella no sabe qué hacer.
Qué pasara con mi hijo
¿Me lo dejarán nacer?

Una abarquito lloraba
Buscando en el monte a papá.
Un motorsierrista perverso
Lo había venido a aserrar.

Esto dijo el oso hormiguero:
Ustedes me toman por cansón.
No saben que muchos de nosotros
Estamos en vía de extinción.

El venado tembloroso
¿Dios mío, qué vamos a hacer?

Destruyendo al medio ambiente
Vamos a desaparecer.

El venado sollozaba
Con ganas de llorar:
¡Ay, Dios mío, mis hijitos!
Dónde iremos a parar.
Esto que estamos viviendo
Es algo doloroso.
Lo dejamos en las manos
Del Todopoderoso.

Yo era un tipo orgulloso
Que en las playas salía a jugar.
Hoy no lo puedo hacer
Porque me pueden matar.

Esto dijo el perico:
Me dicen que yo soy lento,
Pero soy un animal
Que poseo mucho talento.

Vivimos en la montaña
Con mucha sensación.
No nos podemos descuidar
Cuando sentimos el pon.

Hoy cumpla 70 años
Les hablo con la verdad.
Cuando tenía 15 años
Andaba con libertad.

Esto me decía mi abuelo
Esto ahora es algo extraño
Yo morí todavía muy joven
Y tenía 120 años.

El hombre nos está acabando
A todos sin compasión.
Un día lo veré de rodillas
Pidiendo ante Dios perdón.

Vivimos en la selva
Con mucha precaución.
A veces pasa el avión
¡Maldita fumigación!

Eso que ellos nos echan
Es aguacero envenenado.
Lo que no logra matar
Lo deja todo quemado.

Esa maldita fumigación
Nos tiene atropellados.

Todo el medio ambiente
Lo tiene contaminado.

Esto dijo el cuervo:
Mire señor Juan Roso,
Todo esto es un don
Que te dio el Todopoderoso.
Yo me alimentaba
De los peces que trae el río.
Hoy no lo puedo hacer
Porque todo se ha perdío.

Eso dijo el Martín pescador,
Estoy temblando de frío.
De tanto tirarme al agua
Y nadita que he conseguío.

Estoy muy bravo dijo el tigrillo
Trepado en un árbol de carrá.
Porque un mal hombre mató
A la viejita de mi mamá.

Estoy muy angustiado
Por la muerte de mamá.
Él me anda buscando
Para poderme matá.

Con esta deforestación
Nos está atacando el frío.
Miren que se están secando
Ya toditos estos ríos.

Esto decía el cangrejo
Montado en su palizada.
No sé por qué la humanidad
Hoy está tan peloteada.

Ya estamos muy poquitos
Nos estamos acabando.
No entiendo esta humanidad
Qué será que está pensando.

Salimos de nuestras cuevas
En busca de provisión.
Viene el hombre y nos atrapa
Con machete y barretón.

Quiero decir con mis versos
Todo lo que está pasando.
Todo lo que Dios dejó
El hombre lo está acabando.

Esto dijo la Catanica
En una palma de chontaduro.

Ya no lo podemos comer
Porque lo acabó el picudo.

Este mundo era bonito
Y todo era muy abundante.
Qué será de los pajaritos
Que nazcan el año entrante.
Cuando yo vine a este mundo
Se andaba libremente.
Hoy se los digo de verdad
Que acabaron el medio ambiente.

El mono gritó y gritó
En un cogollo de cohíba.
Dios mío mete tus brazos
Que el hombre nos elimina.

Estos días ando muy triste
Me dan ganas de pegar un grito.
Porque un cazador mató
A mi hijito el más chiquito.

Al día siguiente, cuando Juan Roso regresó de la selva, bañado de lágrimas, después de andar ver-
seando con los animales, encontró a la gente de la
comunidad reunida en la casa de Tulito. Tulito corrió,
lo tomó en sus brazos y lloró. Las gentes, al ver esto,

murmuraban unas con otras y decían: “esto es un
milagro. ¿Será que el niño tiene virtud?”.

Juan Roso, en medio del llanto, empezó a narrar lo
que había vivido con los animales. Contó que primero
lo llevaron a un lugar donde estaban reunidos todos y
empezaron a expresar los atropellos que el hombre les
está causando.

—También escuché quejarse y llorar a los árboles
—dijo Juan Roso—. Esta experiencia la viví ayer, en el
trascuro de la reunión. Cada vez que algún cortero
pegaba un hachazo, el palo gritaba como cualquier
ser humano.

La historia contada por Juan Roso hizo que toda la
comunidad se convirtiera en la máxima defensora del
medio ambiente.

ISBN: 978-958-56245-5-9

TERRITORIO EN EMERGENCIA

© Melkin Palacios (Bojayá, Chocó)

Líder comunitario, decimero y estudioso de la tradición oral de la región.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño



Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Pilar Madrid

EL MAREÑO Y LA PULPERA



MENÚ



Muy cerca del canal, entre hermosas palmeras que se yerguen cual esbeltas morenas desafiando a los vientos, los tiempos y las tempestades, se encuentra la casa de Simeón y Juana, pintada de color verde viche, con vivos tallados marrones en el balcón de bahareque color verde esmeralda. Él, pescador de remo y vela muy experimentado, con las huellas del sol sobre su piel y el reflejo de muchos calendarios; ella, no tan quemada pero con suficientes argumentos para exponer con solvencia los atributos de su tierra, ama de casa, jaibera y, desde hacía poco, incipiente pulpera de oficio.

Todo transcurría normal entre las faenas rutinarias de pesca con chinchorro, trasmallo o changa, que a

veces se extendían por todo el día o toda la noche, en algunas ocasiones con resultados nefastos, otras veces muy halagadores. También ella en forma natural se desenvolvía en los detalles inherentes a su labor, ya escalando, fileteando, ahumando, salpresando o secando al sol todo tipo de pescado, o acondicionando cualquier tipo de marisco; como jaibera era diestra con el chayo, a menudo lograba sacar al pueblo canastos de cutapas y de machos para deleite de los fieles a la degustación del encocao y finura de los carapachos.

Desde hacía algún tiempo había empezado a preocupar a esta pareja lo que algunos, como don Saturnino, consideraban una consabida pero trágica sentencia en contra del mareño, a saber: que, a pesar de sus colosales esfuerzos, veían poco recompensado el fruto de su sudor, pues la ganancia que obtenían rápidamente se esfumaba, se desvanecía como por arte de magia. Era como una maldición que se cernía sobre esta profesión. No había ni uno rico o al menos alguien con cierto grado de comodidad, a pesar de que muchos habían tenido en ocasiones buena producción.

Habían hecho todo lo que estaba a su alcance. Don Gilberto les había preparado baños, riegos y sahumerios pero aun así todo se diluía, ya porque se habían acostumbrado a vender los productos a cualquier precio a los intermediarios o bien porque gran parte de las escasas ganancias se quedaba en las cantinas y

otro tanto, un poco menor, eso sí, en la chancera. Solo ínfimos residuos de abundancia llegaban adonde realmente debían.

Por esto y más, un día, intentando romper con el hechizo, acordaron en familia que la mujer tomaría con afán la pulpería; no para que se anclara en una u otra entrada del canal y así caer como gaviota en los atardeceres o a la hora que fuera, según las aguas, a cuantas canoas con redes subieran, ni para que atisbara la entrada de los pesqueros para cambiar el honor de su piel por unas cuantas canastas de ranfañas, como acostumbraban algunas, sino para que se encargara de vender la cosecha que él mismo cazara. ¡Magnífico complemento!

Aquel día a las dos de la tarde Simeón ya estaba listo en la canoa con el trasmallo para pesca blanca, el chinchorro, los canastos de childén, tachos con abundante hielo, los demás implementos y, por supuesto, el brasero con buena yesca y harta estopa seca que sirviera no solo para la Uramba sino también para ahuyentar la mano de jejenes que por aquella época abundaban; esperaba a los otros compañeros, los cuales en efecto no tardaron y arrancaron del puerto a una faena que auguraba solvencia, pues las aguas eran muy buenas y apenas comenzaba la puja de aguaje chiquito.

Estaba muy cerca la Semana Santa, por lo cual era muy importante estar al tanto de todos los

preparativos, pues aún estaban en boga los sietes arroces, los tamales de chorga y plátano, los aborrajados, el cabello de ángel y otras golosinas que no eran solo para los de casa: eran también para compartir con los vecinos y familiares, especialmente con los que venían desde afuera para la ocasión. Era el sentido común trabajar un año para comer una semana; este era suficiente motivo para cobrar ánimo y armarse de valor. En dos días sería Viernes de Dolores y habría que mercar con ganas, pues tanto la alacena como los bolsillos estaban vacíos, así que había que darle a matarse día y noche para arreglar la tan anhelada semana.

A ritmo de canaleta, bien entrada la noche, llegaron a un cantil promisorio, lejos, en una bocana de la costa abajo, mientras vaciaba el agua y aparecía el bajo, o mejor, la playa; armaron los trasmallos, poco faltaba para terminar de tender las redes, cuando de súbito se oscureció el firmamento como anunciando tremendo temporal, cosa que los puso a pensar lo peor. Sin embargo, al llegar donde estaba el pequeño grupo de pescadores, se alegraron de ver que el aguacero no pasaba de un leve chubasco y, tras él, apenas vino un moderado agite de las olas.

Alertados por unos fuertes jalones de las redes, de inmediato se hicieron a la revisión y, como si fuese una réplica de las míticas pescas bíblicas, había

abundante cantidad y gran variedad de peces: guajajo, ñato, bagre, jurel, machetajo; según decía Santiago, el más veterano de la tripulación, debido a la tormenta amenazante, enloquecidos, los peces seguramente se habían apartado de las manchas o bancos y, perdido el rumbo, vinieron a dar derecho a sus redes como caídos del cielo.

Aunque la cantidad fue buena, al día siguiente cuando el agua hubo bajado al punto ideal se dieron a la otra faena. Una vez hecho el cerco, se oyó la voz del capitán: era el momento de templar las cuerdas y arrastrar la red, porque el barrial era muy peligroso. Con el agua al pecho, expuestos a las rayas, pejesapos y tantas cosas espantosas que tiene el mar por dentro, alguien que no fuera un ducho chinchorrero se habría estremecido de pavor, los cojones atorados en el pecho, con las urticantes caricias de las aguamalas en los brazos o piernas descubiertos.

Fue dura pero muy gratificante esta tarea, bien valió la pena: tití, pateburro, calamar, cayó de todo en cada lance y en cantidades suficientes; al final del día, entre los implementos, las personas y la pesca, las canoas estaban casi repletas; daban gracias a la pura purísima, como la dueñas de los mares, por haber dado tan tremendo regalo. Ahora sus hijos iban a pasar una Semana Santa como en los viejos tiempos, como cuando el cielo estaba más bajito y todo era más fácil.

Ya en la tarde, una vez emprendieron el camino de regreso, se fue opacando el ambiente y poco a poco se fue dejando venir una gran tormenta. Esta vez sí fue en serio, obra de un Sureste, según Santiago. Se descerrajó el torrencial aguacero con viento de proa casi hasta las seis de la mañana. Llegados al sitio donde las pulperas al acecho trocaban por miseria el duro trajinar de los mareños, dejó Simeón a sus compañeros y soltó el fruto de su sudor, canasta tras canasta, a cambio de unos cuantos pesos que, si bien mitigaban en algo la escasez, no compensaban los descomunales esfuerzos; el traje que por horas llevaba en su cuerpo, estaba embebido, sus manos chuildadas por el frío y el hambre brutal que retorció sus tripas, pues la noche anterior no había logrado merendar, el brasero mojado nunca quiso despertar.

Simeón se aferraba al consenso conyugal como íntimo recurso para poner en jaque a la pobreza. ¡Loable motivación! Pasó orondo con su porción, a bordo de su canoa de palialte, por entre las pulperas que desde la madrugada estaban apostadas, cual bandada de gabanes al acecho, a lado y lado del canal, soportando también las inclemencias del tiempo, que tampoco con ellas quiso ser benévolo, aferradas a la esperanza de encontrar quién les vendiera a precio de huevo su pesca para luego revenderla ellas a precio de oro en la plaza del pueblo; pues en eso consiste su ventaja, por eso a diario se exponen al

sol y al agua, por eso soportan la rudeza del trato, las propuestas insidiosas, el constante vaivén de las olas que de proa a popa dejan las lanchas, muchas de las cuales pasan sin mirar si las salpican. Al llegar a su casa, poco antes de las siete, Juanita, como cariñosamente la llamaba su esposo, ya estaba en guardia; luego de separar lo de la casa, hizo el trasbordo y respectiva valuación de la mercancía, en la cual tenía cifrada sus esperanzas. Como era de suponerse, cada quien tenía su propia embarcación; la de ella era un potrillo de tres brazas pintado de negro por fuera, alquitranado, y por dentro todo era de color azul cielo, desde el canaleta hasta la banqueta de bahareque, pasando por las letras del nombre de la embarcación, que estaban a un hilo de desatar la hecatombe gramatical: dEmi siAlmiran.

Terciado su bolo y su sombrero, ambos de paja, puesto su delantal floreado, con bolsillos a lado y lado sobre la falda, partió Juana no sin antes recibir algunas recomendaciones, aunque nimias, ya que como mujer obviamente era más diestra en esos menesteres, evitando o armando el regateo. También recibió sugerencias acerca de la mercadería que para la fiesta debía traer. Mientras tanto, él mitigaría el hambre, el sueño, el frío y el cansancio para luego en la tarde, con una buena merienda, celebrar en familia el preludio de la semana más deseada.

Ya en la plaza, en justa medida conforme al precio común en el mercado, Juana, ensarta tras ensarta, fue saliendo de todo su pescado y a las once y treinta ya estaba lavando su potrillo y disponiéndose a mercar en las tiendas cercanas a la plaza. ¡Qué buena venta! Mucho más mejor que aquellos compañeros de Simeón, a quienes de poco les sirvió la bonaza, pues aquí el vendaje quedó en casa y ni riesgo de que se fuera a gastar la plata en viche, como ocurrió muchas veces, mucho menos se lo jugarían a la suerte en esas malditas chan-ceras. ¡Qué buen acuerdo empresarial como pareja!

Con alegría desbordante, porque jamás había dispuesto de una suma tan gigantesca, seleccionaba y contaba su dinero poniendo aparte los billetes más grandes y repartiéndolos en todos los bolsillos; seleccionó un bolón de los más gruesos y, envueltos en un pedazo de papel que le sobró de la lista de compras, lo guardó en el corpiño color negro; otra buena parte, no chichigua, la echó en la copa del sombrero, presionándolo fuerte contra la cabeza.

Subió rumbo a las tiendas, se metió al tumulto de la plaza donde se ofrecía de todo, se percibían todos los olores, había gente de toda calaña y por ende múltiples intenciones; en tanto se acercaba a la tienda de don Marceliano, en mitad de la plaza, algo llamó su atención y, lentamente, cual reo hacia la guillotina, se fue acercando y vio una mesa grande,

redonda y con cierta concavidad que tenía una cantidad de números dibujados en casillas y una bola que era arrojada cada tanto desde un costado de la mesa para que bailara caprichosamente antes de alojarse en uno de esos números.

Quien operaba dicho artefacto era un hombre de mediana estatura, de nombre Lisandro, tez oscura, ladino, quien por estar matando peces de forma indiscriminada con torpedo había perdido su mano izquierda. Y aún así, con el tuco y la que le quedaba, era igual o más hábil que cualquier ambidextro, tanto para la cachimona como para las tres cartitas o las tres tapitas.

—Hagan sus apuestas, señores y señoras, que rueda la bola, se suelta la cachimona —arengaba Lisandro en su apetito voraz y sórdida cacería de incautos, mientras de forma solapada sus dos payasos, haciéndose de rogar, como quien dice que no quiere pero pone su sombrero, simulaban depositar jugosas apuestas.

Lanza la bola y preciso cae en el número donde apostó uno de sus secuaces, el cual recoge gustoso toda la ganancia. Entre tanta palabrería y falacias sin sentidos el corazón de Juana se fue llenando de falsos motivos y, rodando por la rampa de su ingenua impericia, quiso probar ahora que tenía las manos libres, pues todavía no había comprado nada de lo previsto.

Metió la mano donde tenía la plata menuda. Aún recelosa, apostó unos cuantos pesos. Aquel mocho indolente quien ya maliciosamente se había percatado de las pingües ganancias de aquella incauta, ávido de impiedad, con deseos de hacerle morder el anzuelo, comenzó a darle guinda y la dejó ganar esta primera ronda, lo que acabó por animar a la jugadora, que se ajustó el sombrero, metió la mano al bolsillo derecho y apostó de nuevo, esta vez a otro más grande. Volvió a ganar. Se le iluminó el rostro, se exorbitaron sus ojos y, juzgando eterna su supuesta buena racha, cuadruplicó la apuesta diciéndose a sí misma:

—Con esto le demuestro a mi marido que la plata en mi mano es donde rinde.

Mientras tanto, el mocho taimado, con su as bajo la manga, habiendo percibido el guiño del compinche que urdía la tetra con argucia, antes de lanzar la bola, soltó su candente arenga:

—Dupliquen sus apuestas, señores y señoras, que rueda la bola y se va la cachimona.

Lanza la bola haciendo uso de su fiera tahuresca, por la cual, antes que una, pareciera tener tres o cuatro manos bien diestras, mientras los ojos inquietos la veían girar y girar para luego asentarse fijamente donde aquel payaso, que aparentaba ser uno más de los incautos, tenía su apuesta.

—Ya era hora —dijo él, fingiendo haber tenido hasta entonces un día trágico, mientras sus largos brazos, cual las ganchos con las que el diablo sale a pescar almas, se estiraban para recoger con ansias el fruto del sudor de muchos insensatos, entre los cuales Juana veía cómo se esfumaba todo lo que se había ganado, pellizcando incluso parte de la venta.

—No se asusten, señoras y señores, tampoco sientan pena porque en este juego unas son de cal, otras son de arenas —consolaba con astucia Lisandro.

Mientras esto ocurría en la plaza, una escena distinta tenía lugar en casa. Desde las doce, Simeón se había soltado de los brazos de Morfeo y, con hambre de nuevo, pues aunque había quedado de sobar con cabo de hacha, el tapao del desayuno ya se había diluido entre los espantosos ronquidos. Como no había nada en la alacena solo pudo cocinar un plátano pintón en el rescoldo y pasarlo con el agua de una pipa que logró bajar desde la azotea. Asomado al balcón entre bostezos contemplaba el cambio de agua, las canoas que subían y bajaban entre el cristalino río. Creía ver entre tantas a Juana, pero al acortarse la distancia se desengañaba.

Entretanto, frente a la mesa de apuestas, aquella señora se había quedado paralizada, pensando y pensando, mientras su comadre Ernestina, su íntima, disimuladamente con el codo o la punta del pie y con

muecas le hacía señas de que se retirase. Sin embargo, aturdida quizás por los embelecos o empecinada, ya habiendo entrado en el calor del juego, hacía caso omiso a las advertencias de su amiga.

—La van a tumbar, comadre, hágame caso, le habla la voz de la experiencia; yo ya pasé por ahí, jummm, esos malditos están amangualados pa' dejarla sin cinco —insistía Ernestina, tratando de persuadir a la víctima que, haciéndose de oído y vista gorda, persistía en su error, y pensando en redimir su tonto orgullo después de esta derrota, dijo:

—¡Qué carajo! Lo mismo es ocho que ochenta, una manito más, recupero lo mío y adiós, tío lobo.

—Bravo, vecina, así se hae, usted si sabe cómo es este juego —decía el mocho, dándole casquillo, mientras como un felino voraz se lamía midiendo el salto de su presa.

Y como dice el dicho, “ahí fue donde la puerquita torció el rabo”, pues a partir de entonces empezó el verdadero calvario. Apuesta tras apuesta, fue adentrándose en el calor del juego, enajenándose con una pasión libidinosa y sin medir las consecuencias; golpe tras golpe, peso tras peso, se fueron yendo los fondos de uno y otro bolsillo o depósito secreto.

Al verla desfallecer por sus “de malas”, la dejaban ganar una u otra ronda, pero en la siguiente lo pagaba con creces; el dinero perdido y el temor a la reacción

de su marido le habían hecho caer en un alocado desenfreno, se había vuelto adicta, asida a la esperanza de vindicación, sueño cada vez más lejano, pues por cada peso que de vez en cuando ganaba, eran diez de los cuales la despojaban en su desdichado empeño.

Le quedaba tan solo el paquete que celosa y sabiamente había resguardado entre sus nobles pero flácidas gemelas, una buena suma, lo suficiente para adquirir algunos bienes básicos, una buena remesa con que cubrir la veracidad; pero pudo más la fiera audacia de los secuaces de Lisandro —que, con premeditada y pasmosa alevosía, se habían preparado para emboscarla— antes que el pundonor y el eco retumbante de su propia conciencia.

Con la ablepsia que causa la avaricia, fija la mirada en la macabra mesa, llenos sus oídos de las basuras que con elocuencia mordaz alimentaban su mórbido apetito; pausadamente, la contumacia convertida en su propio verdugo, Juana fue levantando su mano, la metió en su pecho y, como si estuviese rayando su ya desgarrado corazón, sacó en el puño la última gota de su doliente esfuerzo. Tal como si quisiese romper las coyundas de su mala racha, con la mano empuñada se persignó y besó un viejo escapulario que, bañado de frío sudor, había salido enredado en uno de sus dedos. Y así, reflejando un semblante de despedida de amado al puerto eterno, lo depositó todo en la mesa, no sin antes susurrar algunos aforismos que acuñaba en su cerebro:

—¡Quien no se arriesga, no pasa al mar! ¡El que no arriesga un huevo, no cosecha un pollo! Así que... ¡Al Charco o a Santa Rosa!

Mientras tanto en la casa, con un silencio moral, su marido trataba de apaciguar los fatídicos pálpitos que lo habían hecho despertar sobresaltado, extendiendo su mirada escrutadora, tratando de descubrir cuál de las canoas que se aproximaban era la de su amada. Pero nada que aparecía.

Con la anuencia e impasibilidad de los agentes del orden que guardaban, o mejor, merodeaban la zona, siendo ya las dos y treinta y cinco de la tarde, la bola terminó su fantasmagórico recorrido. Pasmada y con sombría expresión, el alma hecho flecos, soltando las amarras de su orgullo por tan escalofriante estupor, prorrumpió la mujer en amargo lamento al ver cómo la caprichosa esférica se estacionaba muy lejos del número donde ella había casado. Sin un peso en los bolsillos, sin la menor migaja de mercado y amalayándose de su suerte de perro, como despertando de un letargo, comenzó a caminar por las calles del pueblo.

Asomado Simeón vio pasar a Susana cantándole en versos, luego a Florencia, con su sombrero chicanero canteado al lado derecho, por ser casada, y también a Paulina y a otras compañeras roncando canaleta y con coplas lanzándole puya, otras con inusitada cortesía lo saludaban como queriendo decir más de lo que decían;

Simeón, aunque lo intuyó, las trató con cierta reticencia, con desdén, consciente de la inquina que, por la nueva profesión de su mujer, se había despertado en ellas. Se limitó a preguntarles si alguna de ellas había visto a su mujer, a lo cual muchas asintieron con sonrisa insidiosa o moviendo la cabeza en silencio doloso.

Poco después de las cuatro de la tarde, el agua ya media vaciante, con el estómago silbando, ve a gran distancia una canoa en la cual, lentamente y sin roncacar canaleta, se acercaba una mujer. Por el gálibo del potrillo conoció que era Juana y, como quien no sabe la cosa, continuó fresco en el balcón. Ella, en forma remolona, a medida que se acercaba candongueaba la canoa a uno y a otro lado hasta que, hundiéndose, comenzó a dar gritos y señales de naufragio.

Sin darse prisa, como entendiendo la patraña, pero impelido por el clamoroso lamento de sus hijos que miraban desde la pampa, Simeón, bajó, tomó su canoa y bogó hasta donde estaba la señora, quien batallando con la canoa bocabajo en el agua desde donde esgrimía rebuscadas justificaciones, trató de convencer a su marido de que acababa de tener una desgracia.

—Se ahogó todo, Simeón, todito lo que traía, la remesa tan grande y hasta la plata; es que como la canoa venía ten con ten, tujbló, hasta las cachas con tantas cosas, esa lancha que pasó tan cerca casi se me encarama.

Claro que había algo con lo que ella no contaba: su comadre Ernestina hacía más o menos una hora había bajado y, contrario a la actitud de las otras, pasó cer-nidita, remolona, por el otro lado, tratando de no ser descubierta, queriendo pasar desapercibida sin tener que inmiscuirse en asuntos ajenos.

—No quiero tener que darle estancia a nadie de lo que otro ha hecho; “el que quiere su mojongo que se lo eche en el hombro” —pensó Ernestina.

Mas fue imposible escabullirse porque de relancina la alcanzó a ver Simeón, quien de un grito le hizo acelerar el corazón mientras se abotaba a la otra orilla.

—Comae Ernestina, uuuuuuu, apegue pa’ ca’ de prestico, hágame el favor.

Haciendo uso del compadrazgo que desde hacía quince años tenían, Simeón, con inquieto afán por satisfacer sus presagios, inquirió de su comadre la verdad de lo que sucedía; ella, sin más prerrogativas, accedió y con diligencia declaró con pelos y señales la desfachatez de su comadre.

—Claro que parecía tomada por un embaucamiento —dijo Ernestina a modo de conclusión—. Fue que la embaucaron y ella cayó.

Ante la espeluznante declaración, Simeón, pasmado había quedado, pues se puso a pensar en el diluvial aguacero, el hambre inquisidora, el asqueroso barrial, la espantosa mancha de jejenes que caían a la cara

como puños de arenas en plena madrugada, el trasnocho entontecedor de dos jornadas seguidas y tantos otros peligros que había tenido que sortear. ¿Todo por nada? Y qué decir de la burla de la cual sería objeto por parte de sus compañeros, si él mismo les había echado en cara la ventaja que les tomaría con su simbiótico emprendimiento; le tocó cobrar coraje para sobreponerse anticipadamente al escarnio.

Herido por ver cómo su honor propio y su orgullo varonil quedaban en entredicho, deseoso de agarrar a su mujer por las greñas y embarcarla o ahogarla a punta de canaletazos, con ganas de descargar sobre ella la furia de sus brazos, de hacerle sentir de manera atroz lo execrable y punible de sus hechos: pero, inexplicablemente, ante la imagen de sus hijos en la pampa, se contuvo. Pudo ser también por restarles deleite a las miradas curiosas de los que cuchicheaban desde los balcones y las canoas que, pasando por ahí, quedaban extasiadas, bombeadas, al son del agua, intentando disfrutar del dolor ajeno. Envolviendo en saliva cual ajenjo y tragando en un suspiro su propio orgullo tan solo respondió:

—¡Barajo, Juana! Engañar pendejo no tiene ciencia. ¿Cuál lancha, Juana? ¿Sabes cuánto tiempo hace que yo estaba ahí en el balcón? Desde hace más de quince minutos no pasa ningún motor por aquí; además, ¿cuál remesa? Y ¿cuál plata? Será la bola o la cachimona.

ISBN: 978-958-56244-1-2

EL MAREÑO Y LA PULPERA

© Pilar Madrid (Guapi, Cauca)

Activista de los movimientos afro y estudiante de Comunicación Social de la Universidad del Cauca.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Rakel Rengifo Rengifo

PATIANGA



MENÚ



¡Ay Dios mío! ¡Virgen del Carmen! ¡San Antonio bendito! Se escucharon los gritos en medio de la lluvia y del rugido de un río que luchaba por construir su propio paisaje: socavaba, tajaba, abría como a una torta la ribera del nuevo cauce. Era ya de madrugada, llovía, las nubes se peleaban en el aire y al estrellarse, unas con otras, derramaban sobre esas tierras sus luces destellantes, que lo iluminaban todo, y permitían ver en la noche la magnitud de la tragedia. El horror era acrecentado por los truenos que por momentos invadían el espacio auditivo y no dejaban escuchar nada.

Las orillas de Bocas de Satinga y de las veredas del municipio de Olaya Herrera, situadas a lo largo del río

Sanquianga, estaban siendo devoradas por las aguas del río Patía, ante la impotencia de sus habitantes, que corrían de un lado para otro golpeando las puertas de los vecinos. Algunos, a pesar del estruendo, seguían dormidos. Hubo quienes nunca despertaron, otros lo hicieron en el momento de despedirse de sus vidas, seguramente batallaron con la muerte y después se entregaron a ella, resignados.

Petrona, la profesora de biología, miró a través de la penumbra cómo, en un instante, sin dar tiempo a nada, el río se llevó a una veintena de viviendas con sus moradores adentro, entre las que se encontraban la de Silveria, la de Juana, la de María, la de Tomasa; todas ellas amigas de su infancia, con las que jugó a la lleva, al chapacajón, a la libertad; con las mismas que camaroneó y bautizó las muñecas de pan que les hiciera su madre, la dueña del horno del pueblo. Ahora, solo quedaban los recuerdos, porque ellas con sus casas, sus familias y todos sus enseres, habían corrido río abajo.

En medio del bullicio, a Petrona le pareció escuchar el llanto de Martín, el bebé de nueve meses de Tomasa, que el día anterior había empezado a dar sus primeros y últimos pasos en la tierra. Chachita, la perra de Josefa, la única hembra entre los perros del barrio San Miguel, la que armaba los escándalos en sus días de celo, intentó salir por el tejado de la

casa, arrastrada por la corriente, pero en las turbulencias que formaba el agua, una lámina de zinc la degolló. Marinita, la bruja del pueblo, la que predijo la tragedia sin precisar fecha ni hora, no tuvo tiempo de escapar porque una de las vigas de su casa le hizo añicos la cabeza. Cuando encontraron su cuerpo estaba carcomido por las jaibas y los camarones. Aun en ese estado conservaba, apretada entre sus manos engarrotadas, la caja de cigarros que fumaba en los trabajos de hechicería.

Joaquín, el novio de Bertilda, sentado sobre las cortezas de los troncos con las que cubrían las calles del pueblo, miraba absorto los árboles que flotaban derrotados en el río. Entre la palizada creyó reconocer pedazos de la casa de su finca. Lleno de nostalgia recordó el día en que su padrino Aquilino, un hombre entrado en años que no tenía familia, lo mandó a llamar para que compartieran juntos un sancocho de gallina, sazonado con chillangua, orégano y albahaca. Después de comer, el viejo comenzó a contarle lo mal que iba su salud, y mientras le hablaba de sus achaques le entregó una carpeta con papeles.

—Ahijado, aquí le dejo de herencia mis tierras. No podrían quedar en mejores manos. Además, no tengo otro heredero.

—Gracias, padrino —atinó a decir el muchacho, sorprendido.

El resto de la tarde recorrieron los cultivos y hablaron de esas cosas que hablan los padres con los hijos. Esa fue la última vez que conversaron, porque a los pocos días el anciano murió víctima de la mordedura de una culebra.

Joaquín había trabajado sus tierras con mucho empeño, movido por la ilusión de brindarle a Bertilda una vida sin afanes: casarse, construirle una casa, comprarle una cama, una planta eléctrica y un televisor. Ella pariría los hijos, los cuidaría, haría la comida, lavaría la ropa y cumpliría con sus deberes de esposa. Él, por su parte, seguiría cultivando la finca, compraría nuevas tierras, cazaría y pescaría, procuraría que nunca les faltara nada. Apenas era el mes de abril y todo estaba listo para la boda que tendría lugar en septiembre, en la fiesta patronal. Sumido en los recuerdos olvidó la tragedia. Siguió sentado con la mirada perdida en el fondo del agua. De repente, entre la turbiedad del líquido, vio a Bertilda con su vestido de novia, enredada entre las ramas de un árbol luchando por su vida, mirándolo con los ojos desorbitados; sin pensarlo se lanzó a rescatarla, cayendo en un remolino que formaban las agitadas aguas y que lo acogió en su vientre para, entre giros y tropiezos, golpearlo hasta morir.

Los habitantes de Bocas de Satinga, que vivían al interior del pueblo, se despertaron en medio de los

angustiosos gritos de sus vecinos. Conscientes de que nada podían hacer para ayudarlos, sin que pusieran en riesgo sus propias vidas, se acomodaron expectantes, a unos treinta metros de la orilla, con el morbo de quien no quiere perderse un solo detalle de la tragedia. Los santos de la iglesia fueron sacados en andas hasta el borde del río para que los demonios que movían las aguas del Patía se calmaran, desafortunadamente para los santos, el río reclamó con prontitud el pedazo de tierra, donde los fieles con mucha fe los habían colocado. Sus cuerpos de yeso fueron a dar a lo más profundo del agua, donde quedaron sepultados por las toneladas de barro que arrastraba el torrente. Ellos no volverían a escuchar una plegaría ni a ver la luz de una veladora nunca más.

En medio del barullo ocasionado por el llanto, los lamentos y la risa nerviosa, Petrona escuchó traquear su casa. Recordó que al salir precipitadamente abandonándolo todo y dejando su suerte al destino, había olvidado sacar el cofre con las alhajas; único bien con el que contaba. Sin dudarlo corrió hacia la vivienda, no sin antes forcejear con quienes intentaron detenerla, de cuyas manos logró zafarse y ganar la entrada, sin darse cuenta que detrás de ella iba Marieta, su hija de seis años, en busca de la muñeca de trapo que le había regalado su madrina Margarita el día de los cumpleaños. Ya en el interior de la casa,

Petrona se dirigió a la alcoba y sacó el cofre que guardaba dentro del duro y desgastado colchón de paja donde dormía. Iba de salida, cuando la casa dio carambolas en el aire. En fracciones de segundo, de un salto, puso a salvo su vida.

Mientras la casa caía lentamente y los gritos de Marieta se escuchaban por toda la orilla, sintió que la vida se le iba en un segundo y despertó. Miró a su alrededor y se tranquilizó al comprender que todo había sido una pesadilla, producto quizás de las altas temperaturas que la mantenían deshidratada. La hacían soñar con el agua convertida en tragedia o con el agua salvadora transformada en idílicos oasis tras los cuales ella corría hasta que terminaba exhausta, tirada en la arena muriendo de sed, o tal vez sus pesadillas eran ocasionadas por el recuerdo de los innumerables desastres que causó y seguía causando, en la región, el fatídico canal.



Acostada, con los ojos pegados al techo, recordó el día en que su padre le dijo a su madre que empacara todas las cosas, porque en ocho días empezarían a trasladar, al río Sanquianga, el aserrío que él administraba en el municipio de Mosquera. El motivo, según le escuchó decir a su papá, era un canal que otro

empresario había abierto, y que fue bautizado con su nombre, “Canal Naranjo”, por el cual los corteros del Patía pasaban las trozas al Sanquianga, donde los aserríos las transformaban en tablas, tablones y chanclo-nes, madera que era llevada en barcos hasta el puerto de Buenaventura.

Se levantó, abrió la ventana de su habitación, y un aire cálido le besó el rostro, que había empezado a ajarse con los años. Miró a la distancia: vio al río como siempre, ancho y turbio. Sumergió su mente en el pasado, cuando a sus siete años, agarrada de la mano de su viejo, escuchaba las conversaciones de él con los corteros y los dueños de aserríos. Para todos ellos el Canal Naranjo era una bendición, porque el trayecto para sacar la madera a los aserraderos se había reducido significativamente, lo que hacía que el negocio fuera más rentable. El canal se hizo cada vez más amplio. Al ser el nivel del Patía más alto que el del Sanquianga, sus aguas corrían con fuerza y devoraban junto con las orillas del canal, las del resto del río Sanquianga, que siendo violentado y anulado, perdió su identidad y terminaron llamándolo Patianga. A medida que los terrenos de la ribera del río y sus cultivos eran inundados o tragados por las impetuosas aguas del Patía, los nativos fueron perdiendo el interés por la agricultura y sin otra alternativa, amparados por las licencias de explotación

con las que el Inderena comerciaba, se lanzaron al bosque. Armados con hachas y motosierras masacraron la selva para conseguir el precario sustento de ellos y sus familias.

Junto con el canal llegaron también las dificultades. La mayoría de los pobladores de las veredas del río Sanquianga se desperdigaron por toda la región, ya que por la erosión de las orillas, no había en esas riberas un pedazo de tierra donde la mano del río no pudiera llegar. Las frecuentes inundaciones ocasionaron las epidemias de paludismo, dengue, fiebre tifoidea e infecciones de la piel entre otras, lo que hizo insufrible la vida en los campos. Sin embargo la guerra del hombre contra el bosque y del río contra el hombre aún continúa.

Un repentino dolor de patria chica golpeó su espíritu. ¡Caramba!, dijo en voz alta, ¡tan bello que era el Sanquianga! Recordó aquel río de aguas rojas y tranquilas cuyas entrañas eran el apacible hogar: del munchillá, del bocón, del barbudo y de todo el ecosistema de agua dulce. Sus riberas estaban llenas de zapotales, naranjales, platanales, más todos los cultivos de pan coger que en ellas pudieran crecer. Cerró los ojos y vio el bosque, casi virgen, con sus árboles de sajo, cuángare, y todas las demás especies maderables y no maderables propias del cenagoso vientre del guandal, y del guandal mixto, que

unidos conformaban un maravilloso bosque en medio de los humedales.

Los recuerdos la trasladaron a sus ocho años, cuando en compañía de sus hermanos entraba a los guandales a jugar a las escondidas y a mirar en su entorno a conejos, ulanes, venados, zorros, ardillas y cusumbos que vivían en aquel paraíso terrenal, en cuyos lodazales solían quedar atrapados, hasta cuando los padres iban a rescatarlos.

Como si estuviera haciendo un inventario de imágenes trajo a su memoria a sus paisanos: hombres, mujeres y niños con la piel curtida por el sol, con sus casas de madera y paredes a medio levantar, que dejaban grandes espacios entre tabla y tabla para que el aire entrara y se paseara alegremente por la casa. Ellos, los nativos, con sus potrillos y canaletes de colores, con sus canastos, cabos, arpones, atarrayas y trasmallos; ellos, que sentían la música de sus ancestros en la sangre y se deleitaban viendo la cadencia de sus mujeres al caminar como diosas danzarinas del guandal.

La llameante pisada del sol hacía crujir los techos de zinc. Eran las once de la mañana y ella todavía daba vueltas en la habitación, enredada en una atmósfera de añoranzas; esta vez tuvo la sensación de haber dormido demasiado. Últimamente le costaba quedarse dormida, y cuando al fin lo lograba soñaba

con el río y sus desastres, luego se despertaba asustada y empapada en sudor. ¡Carajo!, se dijo ¿cuándo voy a entender que todo pasó hace treinta años?

Petrona, junto con otros líderes comunitarios, tocaron puertas aquí y allá pidiendo ayuda, no solo para terminar con las calamidades producidas por el Canal Naranjo, sino también para que el gobierno centrara su atención en mejorar la calidad de vida de ese pueblo de la costa del Pacífico, que al igual que todas las demás comunidades de la región, era tratado como si allí todos fueran ciudadanos de tercera.

Finalmente los ruegos y súplicas dieron frutos. Fue así como después de muchos intentos fallidos el Estado logró salvar a Bocas de Satinga, con la construcción de un canal de alivio, al que bautizaron con el nombre de Canal Navarro, porque así se llamaba el gobernante de turno.

Con el pueblo a salvo, vinieron el acueducto y el alcantarillado, la interconexión eléctrica, la pavimentación de las calles y otras obras de infraestructura con las que el gobierno se manifestó. Los satingueños empezaron a vivir con cierto confort y a olvidar poco a poco la tragedia, hasta que se hicieron a la idea de que esta había terminado. Ahora cuando el río se desbordaba, ni siquiera se enteraban. El Patianga que pasaba frente al pueblo, había quedado convertido,

gracias al canal de alivio, en un inofensivo río que no ofrecía ningún peligro.

Frente al pueblo se formó una playa donde jugaban los niños. Pronto allí se construyeron viviendas. Al otro lado del río se abrieron discotecas y lugares de esparcimiento. Más allá, a unos cien metros, quedaba el Canal Navarro.

El incesante trabajo de los aserríos dejó unos bosques degradados y enfermizos, que trajeron con ellos los veranos eternos y la orfandad de la flora y la fauna. La acumulación de los sedimentos que arrastraba la corriente hizo que el río perdiera navegabilidad. Se formaron bajos hoy aquí, mañana allá, lo que confundió a los marineros que ya no sabían por dónde dirigir los barcos que venían de Buenaventura a Satinga y viceversa. Varias embarcaciones encallaron y se voltearon aparatosamente, dejando como consecuencia grandes pérdidas en vidas humanas y mercancías. Los buques no volvieron a entrar al muelle. Esperaban en la playa de La Vigía a que la marea subiera y hubiera suficiente agua para continuar el viaje. En algún lugar cerca del pueblo dejaban a los pasajeros y a la carga, desde donde eran transportados en canoas hasta Bocas de Satinga.



Petrona soñó con agua. Esta vez era el agua salvadora. Llenó con avidez los recipientes de la casa.

La contempló como a un tesoro. Al despertar se sintió agotada. Creyó que los tanques estaban llenos, así que se dirigió a la azotea para bañarse, pero en estos solo quedaba barro. Ach, renegó. ¡Otra vez me engañaron mis sueños! Y yo que venía a bañarme, ¡Qué verano tan largo! Llevamos un año sin lluvias, y para colmo de males, hace seis meses que el acueducto no funciona, ya la gente empezó a morir por consumir agua contaminada. La comida escasea, en el campo los cultivos perecen tostados por el sol; ¡y esta sed insaciable de todos los días! En la intimidad de su alcoba se hizo el baño del gato. A veces clarificaba el agua con alumbre y se bañaba en la casa, pero por lo general lo hacía en las malas aguas del río Patianga.

A las siete de la mañana de aquel quince de enero Petrona recibió una invitación de cumpleaños de su prima Aisa. Esta vivía en el vecino pueblo de Mosquera. Su espíritu estaba sediento de alegrías, así que arregló una muda de ropa y fue al muelle a buscar una canoa que la llevara hasta allá. Al embarcarse recordó que hacía ya diez años no veía a su prima, y tampoco a su pueblo natal.

En el trayecto vio el paisaje de natales y naidizales. Probó el agua, cuyo sabor salobre parecía perpetuarse en el recorrido. Pensó que definitivamente el río había invadido el mar más allá de lo que ella

había imaginado. Pronto aparecieron los manglares con sus trajes de fantasmas. En ellos echó de menos el verde de otros tiempos, sustituido ahora por el enfermizo color ocre. La vida había huido de sus cuerpos. Observó que el nivel del mar había aumentado, y en los tramos donde el mangle se conservaba aún con vida, vio que los tasqueros, que antes hacían su cortejo en las raíces, ahora se apareaban en la parte alta de los árboles. Entristecida por la decadencia de lo que antes para ella había sido el Edén, fijó su mirada en el horizonte y entró con su imaginación a los manglares de su niñez. Vio a las pianguas con sus conchas abiertas, alimentándose en la marea alta; miró piacuiles, cangrejos, iguana, pericos y a todos los habitantes del manglar, disfrutando del entorno; ellos eran la viva imagen de la vida. Sonrió con la misma alegría de cuando era niña.

El trayecto, que antes duraba treinta minutos, ahora había durado dos horas.

En la orilla la esperaban su tía Nidia, sus primas Aisa Delfidia y Marisol.

—¡Cómo ha cambiado el paisaje de estas tierras!

—Sí, la tragedia del Canal Naranjo todavía no termina —le contestó Aisa.

—Los pescadores y los concheros —intervino Delfidia—, se adentran cada vez más en el mar para conseguir los alimentos.

—Y lo peor —dijo Marisol— es que ya se están afectando los arrecifes de coral más grandes del país, y al paso que vamos el Parque Natural Sanquianga terminará convertido en un cementerio de manglares, y todo por la intromisión del Patianga en el mar.

Ese fue el tema de conversación mientras caminaban en dirección a la casa.

El festejo fue la ocasión para recordar viejos tiempos con la familia, al calor de uno que otro trago de viche para entonar el cuerpo y bailar currulao hasta el amanecer. Al día siguiente, mientras desayunaba, Petrona creyó escuchar la risa de Marieta. La buscó y se encontró con los ojos de Luisa, la hija de Marisol, quien era físicamente idéntica a su hija muerta en una de las desgracias del Canal Naranjo. Petrona le esquivó la mirada, tomó un sorbo de café, se despidió de sus parientes y salió a embarcarse en la primera lancha que la llevara de regreso a casa.

Febrero comenzó en medio de la sequía y sus consecuencias. El hospital no daba abasto con los enfermos por el consumo de las aguas del Patianga. Todos los sábados un grupo de personas salía a la calle con sus paraguas abiertos y cirios encendidos, pidiéndole a Dios que se apiadara de ellos, que les mandara todos los aguaceros posibles.

El calor y los recuerdos mantenían a Petrona alestargada. No soportaré otro año sin lluvias, se dijo

mientras se ponía la bata de etamina que usaba para dormir.

Llegaron las lluvias y se quedaron ancladas en el pedazo de cielo que cubría el territorio del Patiangá. El río inundó y erosionó con más fuerza las orillas, hasta destruir por completo el canal de alivio. Junto con él se fueron los hombres y las mujeres que ese sábado en la noche asistían a los bares y a las discotecas. En la madrugada, las madres, esposas, hijos y amigos de las víctimas desterraron con sus llantos el silencio de las calles. Algunos intentaron tirarse al río en busca de los suyos, pero muy pronto tuvieron que superar la tristeza y comenzar a luchar por sus propias vidas. A medida que los días pasaban, el Patiangá crecía en su ola de destrucción y arrastraba entre sus aguas, no veinte viviendas, sino veredas enteras. Los cuerpos sin vida daban vueltas entre las revoltosas aguas. Algunos cadáveres pasaban izados en las ramas de los árboles. Varias hectáreas de bosques fueron arrancadas de la tierra por el río, los animales, que antes alegraban con sus voces, ahora putrefactos, a punto de estallar, viajaban errabundos, convertidos en comida para moscas y gusanos, saturando con olores nauseabundos el ambiente, mientras que una nube de pájaros e insectos, volaban sin rumbo en busca de nuevos horizontes en medio de la lluvia.

Con sus aguas reunidas el Patiangá reclamó con insistencia la playa que antes había formado; con la playa, las casas y algunas vidas y después de la playa... el pueblo.

La voz del río y de la lluvia, el aullido de los perros, más el ruido que hacían las casa al caer, escondían en su universo de voces apocalípticas, los lamentos de las gentes que ante el dolor habían curtido sus almas y poco a poco se daban cuenta de que nada arreglaban con llorar, que el tiempo para guardar luto por todo lo perdido sería tal vez el resto de la vida, que ahora trataban de salvar.

Con la brillante luz del sol lastimándole los ojos Petrona vio a Marieta, sentada en la orilla, en un pedazo de tierra que el río acababa de recuperar, corrió a ayudarla, con tan mala suerte que fue arrastrada y tirada al suelo por la muchedumbre que huía desesperada, alejándose del río. Y mientras sentía cómo la pisoteaban y le quitaban la vida, Petrona despertó de otra de sus pesadillas, con el repiquetear de la lluvia coqueteándole al tejado.

Afuera, en el parque, el pueblo vibraba celebrando los carnavales más alegres de la historia, en medio de la lluvia, del jolgorio, al son del grupo Saboreo, de los Nemus del Pacífico y de las agrupaciones locales. Hombres y mujeres permeados por la música, movían sus caderas al ritmo de temas como la arrechera y la vamo

a tumbá. Atraída por la risa y el gozo de sus paisanos, Petrona salió de la casa y observó que al frente se había formado una rumba, todos bailaban, se abrazaban y levantaban las manos al cielo dándole gracias a Dios por la lluvia.

Petrona se sintió invadida por una energía de otro mundo, que le borró de golpe todos los malos recuerdos de una vez y para siempre. Contagiada por la euforia de la gente, bailó hasta cansarse y con su espíritu renovado no volvió a soñar con el río ni con ninguna tragedia. Las lluvias continuaron, hasta que todos empezaron a temer que se repitiera la catástrofe de treinta años atrás y las pesadillas de Petrona volvieran a convertirse en realidad.

ISBN: 978-958-56245-6-6

PATIANGA

© **Rakel Rengifo Rengifo** (Mosquera, Nariño)

Comerciante y narradora por vocación. Fue promotora social en un proyecto de conservación y uso de bosques de guadalupe.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© **MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS**

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

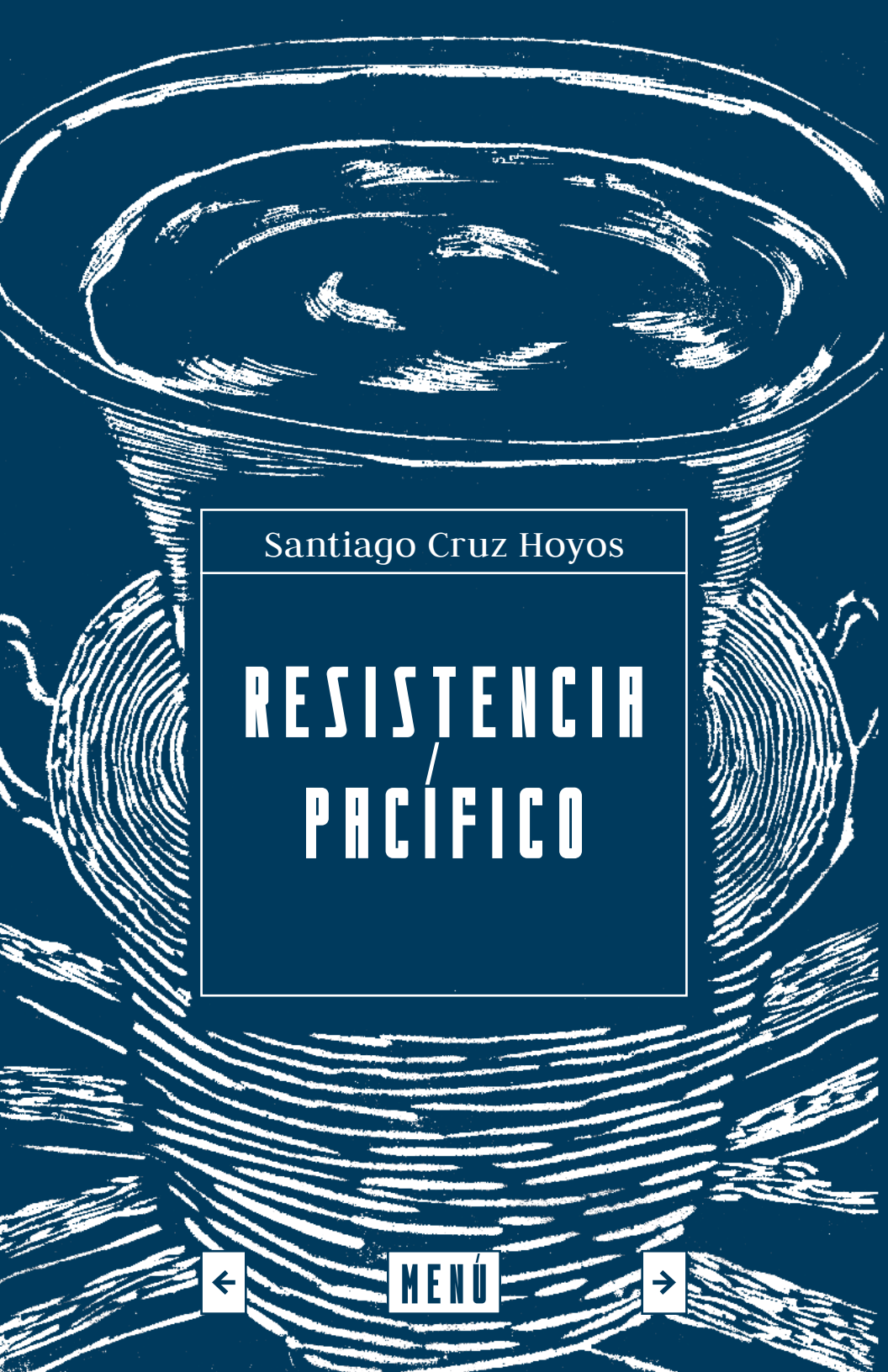
www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Santiago Cruz Hoyos

**RESISTENCIA
/
PACÍFICO**



MENÚ



I. Marimba

Gustavo Colorado está seguro de que se trató de una maldición. La gente en Tumaco, hace mucho y de un momento a otro, comenzó a modificar los cultivos tradicionales por algo que de tanto sembrar se volvió, también, tradicional: la coca. Según la Defensoría del Pueblo, Tumaco es el municipio de Colombia con más cultivos de coca: 19.960 hectáreas.

Entonces, ya nada fue como antes.

En el municipio comenzó a pulular el dinero, sigue Gustavo, y la mayoría se miró con desconfianza. Se acabó el trueque, aquello de que yo pongo el pescado, tú el plátano, y en cambio arreció el narcotráfico y

con él la violencia, o la tentación de vivir de ella. Matar, para algunos, es sinónimo de trabajar, “ganarse la vida”. En 2016 en el municipio asesinaron a 136 personas, aunque hay que decir también que fue el año con la tasa de homicidios más baja de Colombia en 42 años: 24,4 por cada 100.000 habitantes, según el Ministerio de Defensa, algo que no sucedía desde 1974.

—Eso fue algo que nos trajeron acá, no sé quien, pero nos cambió. La coca nos cambió. Porque los tumaqueños por naturaleza, por herencia, somos pacíficos, pero por las ansias de dinero de algunos comenzamos a tener conflictos. Para el resto del país el municipio es algo así como el Mal, porque es lo que presentan periódicos y noticieros. Somos noticia cuando hay atentados, cuando sufrimos tragedias.

Gustavo dirige el Centro Cultural Artesanal del municipio. Trabaja con niños y jóvenes para enseñarles música ancestral venida de África, pero también para blindarlos de las drogas y las armas. Tocar marimba, hacer cultura, como posibilidad real de vida en vez de, por decir algo, aceptar pasar droga a Centro América en una lancha o alistarse en un grupo armado: Rastrojos, Águilas Negras, tantos.

En Tumaco, uno de cada diez niños termina el bachillerato. El toque de la marimba es la manera que Gustavo encontró de espantar la maldición. O por lo menos de intentarlo, aportar algo, no quedarse de

brazos cruzados así lo que se haga no cambie mucho las cosas. O a lo mejor sí.

—La marimba además cura —jura él, y enseguida señala su pierna derecha.

Cuando tenía cinco años Gustavo padeció de fiebre tifoidea, después poliomielitis. Eso explica su leve cojera. Como tenía dificultades para caminar, se quedaba en casa escuchando a su abuela interpretar música tradicional y se empeñó en aprenderla.

Golpeaba las paredes, el comedor, una olla, lo que fuera que sonara. Con el tiempo se hizo marimbero. Fue la marimba la que lo sacó de casa —para tocar en las fiestas, en los festivales—, la que le hizo superar la dificultad de caminar, bandearse sin problemas. Por eso insiste: cura. Por eso, también, se hizo luthier; constructor de marimbas.

—La marimba de Tumaco es diferente a la del resto del Pacífico. Nace en la selva. De ahí vienen todos sus materiales: la guadua, la chonta, el bejuco, todo. Y se construye también ahí, en medio del bosque y a la luz de la luna. El mar es la guía. Cuando usted se acuesta, lo que escucha es el ronquido del mar. Así se hace la primera tabla de la marimba: con el mar roncando en la noche. A medida que va subiendo la marea, el mar va roncando más fuerte. Eso mismo pasa con el resto de las tablas.

Para los tumaqueños la marimba es gozo y respeto. Es la madre de todos los instrumentos, “la señora de

la casa”. Por eso, no todo el mundo la puede tocar. Si alguien está “mal dormido” la marimba se resiste. No suena igual. Si una mujer tiene el periodo tampoco. Y, como la matrona, cuando la transportan fuera del municipio, por decir algo al Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez, en Cali, el instrumento ocupa el puesto de adelante en el carro o en el bus. La marimba es celosa. Tiene cosas por decir.

Los marimberos que asisten a las clases de Gustavo interpretan una onomatopeya que dice algo así como: No cortemos los árboles/ O cortemos uno pero sembraremos diez/ Con la marimba se intentan proteger los bosques, tan arrasados por los que viven de contrabandear madera, que la sacan de Tumaco a través del río Mira; pocos los ven aunque sí los escuchan. El sonido de las motosierras a lo lejos es inquietante, genera esa sensación de que está pasando algo que no debería y sin embargo no se puede hacer mucho para impedirlo.

En el departamento de Nariño, cada año, según la Secretaría Departamental de Agricultura, se talan 100 hectáreas de bosques, aunque se busca llegar a un acuerdo con los que lo hacen: por cada árbol talado, sembrar otro, no importa de qué especie.

—Con la marimba no solo se intenta cuidar el manglar y la selva que estamos acabando; también conservar la identidad. Nuestra música y nuestros bailes

se están perdiendo porque los jóvenes están saliendo del municipio o porque están muy influenciados por la gente que llega de afuera. Y a nosotros nuestros ancestros nos entregaron una herencia que no podemos dejar morir. Por eso también enseño marimba. Para que las nuevas generaciones tomen la antorcha, sigan, no la dejen apagar. Que la marimba no deje de sonar, porque es parte de lo que somos —dice Gustavo.

Resistir puede significar muchas cosas. Defender el territorio, por ejemplo. O las prácticas culturales de la comunidad. No dejar de ser lo que se es; no olvidarlo. Conservar algo que podría perderse. Se defiende “el patrimonio material e inmaterial” porque nos da identidad, nos recuerda de dónde venimos. Perderlo es sentir un extrañamiento. Perderlo es perderse, no saber quién demonios somos, para qué estamos.

Resistir, también, es de alguna manera ser auténticos, particulares, ejercer el derecho a la heterogeneidad en días en los que cada vez nos parecemos más: comemos lo mismo, escuchamos lo mismo, hacemos lo mismo, nos encontramos en el mismo lugar, Facebook, el centro comercial. Resistir es liberarse, huir de lo homogéneo, de lo predecible, de lo controlado.

Aunque a veces una aparente resistencia en realidad puede ser una puesta en escena, un show, mostrarle al turista lo que quiere ver, lo que espera ver; el cliché. Las fincas cafeteras deben parecer fincas cafeteras así

ahora sean hoteles, así ya no cultiven café; las tribus indígenas invocan dioses en los que ya no creen, para el documental; alguien se viste como ya nadie se viste para aparentar que se hace parte de una cultura extinta o a punto.

Resistir, verdaderamente resistir, en cambio, es una convicción, una manera de vivir, un proyecto. Como tocar marimba en el caso de Gustavo, o sembrar para garantizar la seguridad alimentaria de las comunidades, su salud.

II. Plantas

‘El médico’ no es exactamente un médico, aunque tal vez no dista mucho de serlo. ‘El médico’ jamás pasó por una universidad, pero sabe cómo curar desde un dolor de estómago hasta problemas en el hígado. ‘El médico’ nació en el Chocó y es experto en plantas medicinales.

Asegura que con el matarratón desaparece cualquier resfriado, y con la sábila y la santamaría el dolor de cabeza. Con el sauco se puede desparasitar o librarse de un guayabo. El noni aumenta las defensas.

Las plantas son tan poderosas, dice él, que incluso existió una que era capaz de ablandar el oro, hacerlo maleable. La utilizaban los indígenas hace por lo menos 200 años, pero los que tenían aquel secreto murieron.

Ahora, camino justamente a una plantación de hierbas medicinales en Guapi, departamento del Cauca, ‘el médico’ comenta que en su tierra esas matas han sido la salvación de muchos.

Entre 1997 y 2002, en días de paros armados en el departamento, cuando a la guerrilla o a los paramilitares les dio por decretar toques de queda, restringir la movilidad de vehículos, identificar quién salía y quién entraba, prohibir el ingreso de medicamentos “porque van para el enemigo”, los enfermos apelaron al conocimiento milenario de sus hierbas para curarse.

A finales de los 90, de hecho, se reunieron los Consejos Comunitarios de las comunidades negras y los resguardos de los pueblos indígenas para capacitar a algunos de sus miembros como “promotores” de la medicina tradicional, publicaron recetarios, crearon botiquines comunitarios: no dejarse morir porque a otro, con más poder, con un arma, le dio la gana de prohibir la entrada de medicinas con la excusa de que son para el enemigo aunque en el fondo la razón pueda ser otra, lucrarse. La medicina tradicional, otra forma de resistencia.

Y como toda resistencia, es peligrosa. Los grupos armados también prohibieron salir a recolectar plantas. Que alguien estuviera por ahí en la selva les despertaba sospechas. ‘El médico’ cuenta que quien llevara en el bolsillo más de 15 mil pesos ponía en riesgo su vida.

Para los paramilitares, esa era la cifra máxima que podía llevársele a la familia. El que tuviera más era visto como colaborador del bando contrario, lo asesinaban.

Y encima, ciertos ‘comandantes’ confundieron la medicina tradicional con la santería africana. Porque son muchas leyendas. Una de ellas dice que con solo hacer una oración, preparar una comida con ciertas plantas y dársela al verdugo, o amarrar los dedos del pie de la víctima, de alguien que haya sido asesinado, el asesino se entrega a las autoridades. O se enferma hasta que muere.

Por sospecha de que el mito fuera cierto, no les fuera a pasar a ellos, los grupos armados ilegales comenzaron a perseguir y a asesinar a los brujos de los pueblos y a vigilar la recolección de las hierbas. En la guerra, es apenas obvio, no solo hay pérdidas humanas, ambientales. La cultura también muere a no ser de que alguien, pese a todo, siga curando, sembrando. Sembrar para no depender del poderoso debe ser una de las formas más efectivas de resistencia.

III. Árboles

El Corredor de Conservación Chocó – Darién, ubicado en el municipio de Acandí, es el primer proyecto de conservación en el mundo en un territorio colectivo dedicado a los bonos de carbono. Es decir: por proteger

todo ese corredor, todos esos bosques, 13.465 hectáreas exactamente, el consejo comunitario de la zona, Cocomasur, genera créditos de carbono que después vende y así beneficia a su gente. “Beneficio colectivo”.

“Este proyecto ayuda a mitigar el cambio climático global y a salvaguardar los ecosistemas y la vida salvaje del Darién mediante el fortalecimiento de la identidad territorial y la capacidad gubernativa de Cocomasur. Es uno de los primeros en el mundo en usar nuevas metodologías bajo el Estándar de Verificación de Carbono (VCS por sus siglas en inglés), así como estándares comunitarios, de clima y biodiversidad (CCB por sus siglas en inglés). Bajo la orientación de Anthro- tect y el Fondo para la Acción Ambiental y la Niñez, Cocomasur está llevando a cabo actividades de campo para afrontar los principales factores de deforestación y degradación del ecosistema en la región”, se lee en un documento preparado por la comunidad.

Proteger los árboles: otra forma de resistir.

La selva del Chocó es sumamente atractiva: tierras que podrían funcionar para ganadería, por ejemplo, o para desarrollar proyectos turísticos a gran escala (Acandí está apenas a una hora de las playas de Capurganá) o explotación minera a costa del medio ambiente y las comunidades. Cuidar esa selva entonces, y que de paso eso genere recursos para la gente, es asegurar el territorio de posibles invasores.

En esa línea, lo primero que hicieron los integrantes de Cocomasur fue conocer sus bosques. Recorrerlos, saber qué especies tenían, para qué servían, cuántas había, entender el valor del entorno en el que habitan. Enseguida le solicitaron al gobierno la titulación colectiva de los predios, otra garantía para evitar que cualquiera con plata y poder político llegue a desplazarlos y en cambio ingrese, por decir algo, maquinaria para desviar un río.

Y en Cocomasur se les ocurrió lo que a nadie hasta ese momento: explorar el negocio de los bonos de carbono. Proteger el bosque para que alguien les pague por esa conservación el equivalente a la cantidad de CO₂ que esos árboles pueden capturar.

El CO₂ es un gas que permite el equilibrio de la temperatura del planeta pero en exceso, por la contaminación de los carros, por los gases de las vacas, por las fábricas, hace que el mundo se caliente: cambio climático. Los bosques se encargan de capturar ese exceso de CO₂ y con ello permitir que la vida siga.

A 30 años, es la estimación, el Corredor de Conservación Chocó – Darién emitirá 2.800.000 créditos de carbono, 90.000 anuales. Cada bono representa una tonelada de CO₂ y puede costar entre 3 y 10 dólares. El dinero recaudado se destina a beneficiar a las 419 familias que integran el Consejo Comunitario de Cocomasur. Defender el medio ambiente puede

ser también una gran empresa y sin embargo aún hay temas por aclarar.

Los mercados de carbono no se han regulado, pero se concibieron esperando que las empresas y países pudieran compensar sus emisiones con las acciones de otros países y comunidades para reducir la deforestación, así como conservar y hacer un manejo sostenible de los bosques. El espíritu ha sido motivar cambios de comportamiento invirtiendo a la vez en tecnologías limpias, pero existe el riesgo de caer en la lógica de pagar por contaminar. Algunos países y empresas lo asumen, otros no.

El desarrollo a cambio de que otros no lo hagan; eso supone un problema.

Resistir a veces implica seguir una doble vía, la participación de los que pueden — deben — tomar decisiones. Mientras eso pasa, en todo caso, cocinar puede ser otra manera de resistir que está al alcance de todos.

IV. Aborrajados

En el patio, sobre una mesa metálica, están los ingredientes: un kilo de camarón, maíz añejo, las hierbas de azotea: poleo, orégano, cebolla guapireña, albahaca, chiyangua (también conocida en otras zonas de Colombia como cimarrón). Y algo de coco.

Por la casa va y viene Teófila Betancurt, la sabedora. Afro, de brazos y piernas gruesas, delantal, turbante, tiene la seguridad de quien sabe lo que hace; una matrona del Pacífico.

Teófila es la encargada de convertir todo lo que está sobre la mesa en un aborrajado, el mejor de Colombia según el Premio nacional de platos tradicionales del Ministerio de Cultura en su versión 2016.

—Esta es una receta ancestral del municipio de Guapi. La preparaban las mujeres de los ríos San Francisco y Napi. Como son comunidades muy alejadas de la cabecera del municipio, no podían comprar fácilmente otros productos, inventaban sus recetas con el maíz que producían. Por eso en Guapi se preparan más de 60 platos distintos, todos a base de nuestro maíz añejo. Como el aborrajado —dice Teófila mientras comienza a mezclar el maíz con los demás ingredientes.

La receta era considerada en la región en tiempos remotos como “especial”. El aborrajado guapireño se preparaba en Semana Santa para que los ahijados se lo obsequiaran a sus padrinos. El plato se servía con arroz con coco, fríjol con maduro y postre: Cabello de Ángel.

—La presa del aborrajado puede ser de mar, como en este caso, que utilizamos camarón. Pero también puede ser de agua dulce: una mojarra. Todo depende de

lo que tengamos a nuestra disposición y eso también lo hace muy especial. Es una receta que fortalece nuestra autonomía alimentaria. No dependemos de los productos de afuera, ni siquiera el aceite, que lo podemos preparar con corozo. O con coco —explica Teófila, y enseguida advierte que hubo un momento, hace mucho, en que los habitantes del municipio de Guapi y su zona rural dejaron de ser productores para convertirse en consumidores.

Ella no sabe muy bien por qué, pero tiene su sospecha: el Estado ha traído cultivos nuevos a la región, por decir algo la palma aceitera, y las comunidades lo vieron al principio como un buen negocio, así que se dedicaron a ello y descuidaron todo lo demás: el arroz, el coco, las plantas condimentarias, las medicinales, la crianza de las gallinas.

Y encima las nuevas generaciones anhelan un futuro en la ciudad, la universidad, una empresa, no el campo.

Eso hizo tal vez, sigue teorizando Teófila mientras se mueve por el patio con un cucharón, que la economía de Guapi fuera quedando en poder de gente del interior.

Como pocos locales producían, y si necesitaban consumir, los graneros, las peluquerías, las tiendas, las farmacias, las ferreterías, los estancos, casi todo el comercio, terminó manejado por paisas que se percataron de las oportunidades que ofrecía el

municipio. Y esa migración ha hecho que las costumbres del pueblo cambien.

—Anteriormente, cuando yo era niña, criábamos las gallinas para hacer el sancocho. Ahora compramos el pollo en el granero de la esquina, congelado. Un pollo que seguro llega maltratado por todas las carreteras y todos los barcos y todos los aviones por los que tiene que pasar para llegar aquí. Dejamos de condimentar nuestra comida con las plantas de azotea, para utilizar Maggi o Caldo Rico. Y uno va a un restaurante escolar y se da cuenta que le están preparando a los niños arroz con salchichas o sardinas enlatadas, cuando tenemos a la mano todo el pescado. Desde muy temprana edad le están cambiando la cultura gastronómica a los niños. Por eso a veces prefieren un salchichón de la tienda, con arroz y papas y gaseosa, a un tapao de pescado o a un seviche de piangua.

La amenaza de la pérdida paulatina de toda esta cultura ancestral hizo que Teófila, junto a doce guapienses más, crearan en 1994 la Fundación Chiyangua. Se encargan, sobre todo, de recuperar prácticas, saberes y conocimientos de la región. Porque está bien conocer otras culturas, otras maneras de estar en el mundo, otras músicas y otras gastronomías, pero sin el extrañamiento de la propia; sin el riesgo de no saber más lo que en realidad se es.

Con la Fundación han publicado libros con recetas de la gastronomía típica tradicional. También abrieron un restaurante exclusivo de platos típicos de las comunidades rurales. La Fundación va hasta los asentamientos más alejados para que su gente prepare las recetas más antiguas y así aprenderlas, conservarlas.

El nombre de la Fundación, el mismo de la planta con la que se condimenta el aborrajado, tiene un significado étnico, de hecho. Chiyangua es otra manera de nombrar al cimarrón, y cimarrón era la manera de llamar a los esclavos que se rebelaban; que resistían.

—Hacer este aborrajado tan nuestro es una forma de resistencia cultural y económica: visibilizar lo que tenemos, garantizar nuestra alimentación sin tener que comprar los productos de afuera. El premio que obtuvimos por parte del Ministerio de Cultura está ayudando a que la gente se interese en aprender la receta, porque no toda la gente sabía prepararla. Además el premio le llegó a la autoestima de las comunidades. La gente siente ahora que es importante su cocina, su cultura —dice Teófila, y se dispone a enseñar el paso a paso del aborrajado guapireño.

Lo primero es poner el maíz a añejar y aquello tarda diez días. Para añejar el maíz se deja en una olla con agua. Todos los días hay que cambiar el agua, por supuesto.

Después el maíz se saca, se lava bien, se muele hasta que quede suave; una harina. Posteriormente esa harina se disuelve en agua de coco, para hacer una colada espesa. Mientras tanto se prepara el guiso con las hierbas de azotea. Enseguida se baten 8 huevos de gallina criolla y se mezcla todo con la mano hasta lograr una gran masa consistente.

El aborrajado de Guapi, Cauca, se frit. Recién salido de la olla tiene el aspecto de una presa de pollo apanada y se sirve en hojas de plátano que también están ahí, al alcance de la mano en el patio de cada casa, aunque antes de utilizarlas las hojas se pasan por la estufa, para matar cualquier impureza.

Una vez en la boca, lo primero que se nota es que, a diferencia del aborrajado tradicional de plátano molido y queso, el guapireño es salado. Primero sientes sal y después el sabor y el aroma de las hierbas junto al camarón. El mejor aborrajado de Colombia sabe a mar, a bosque.

La selva.

ISBN: 978-958-56245-7-3

RESISTENCIA PACÍFICO

© Santiago Cruz Hoyos (Cali, Valle del Cauca)

Periodista de la revista GACETA del diario El País, de Cali.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Sintia Angulo

MALDITA MARAVILLA



MENÚ



Yo soy desbocado
Al hablar
Pero me encanta
Contar lo que pasa
En mi litoral.
Vivo en un territorio llamado La Perla
Mi casa queda sobre el mar.
Todos los días nado en el ancho mar,
Lo comparo con comer todos los días.
Dicen que soy chismoso
Pues les cuento a ustedes
Que son curiosos
Que yo soy ¡comunicativo!
Como todo niño
Inquieto y atrevido
A veces mi lengua
Es picante...
Ya que a nadie
Le gusta que le digan la verdad
Y a veces es mejor callar.
Pero como yo me enfermo
De no poder contar las cosas
Eso me entra una piquiña
En todo el cuerpo
Que no aguanto más
Y pues ni modos
Me toca el bochinche

Contar...
Pero cuando se trata
De uno mismo
Uno da rodeos
Como meterle el agua
Al coco
Mis razones tendré
Para no revelar nombres
Solo les diré
Que estén atentos, señores.
La gente dice
Que a mi edad
Soy astuto y maduro.
Muchos pensarán
Que siempre en el Pacífico
Hay que rimar
Pues yo les diré:
¡Que no señores!
Que mi único interés
Es contarles un poco
De lo que pasó en La Perla
Señores
¡Es una maldita maravilla!
No estaré atento del ritmo
Repito:
¡No esté atento del ritmo!
Ñño lo mío es que usted

Entienda el chisme
Y si usted forma un bochinche
Y me viene a preguntar quién es
Yo contestaré, Compa yo no sé
A mí me lo contaron, o lo escuché
Pues no me acuerdo pues.
Pero solo a usted que le escribo
Le puedo confesar que me pasó
Ya intuyo o me imagino
Que está pelando los ojos
No revelo nombres
Como es un bochinche
Nadie fue.
Dejemos así
Le empiezo a contar:
Supongamos
Pa que me entienda
Vi el rostro de mi má
Más negro que el carbón
De la rabia que le dio
Yo no sé señores qué lo causó
Pero este bochinche
Me lo averiguo yo.
No sé si es en el mentidero
O con el decimero del pueblo
Pues ñaños yo les digo
Que quedé como cangrejo

Mareado de lao a lao
Por no saber el bochinche
Pues yo ya me conozco mi gente
Qué narra bien
Con puntos, comas
Y señales.
Me contarán del berembembén
Pues atento quedé, señores
Empecé a servir el desayuno
Buscando cualquier prueba
Que me diera luces
De lo ocurrido
Para darme cuenta
De lo que pasó
Pues les digo, señores
Que la noticia
Me cayó
Como camarón con aguardiente
Yo casi me muero señores
Usted que me está escuchando
O está leyendo
Este relato y yo narrando
No se preocupe, compa
Que no se va a morir de un infarto
Solo quiero advertir, señores
Que si son sensibles sean fuertes
Porque lo que sigue

Señores
Ni mi madre se lo cree.
Resulta como
Estar en altamar
Perdidos todos
Y a punto de llorar
Con cara de cuzuñaco
De ver el mar
Y no poder
Hacer ná.
Una mancha negra
Que de observar
No puedo más
Peces muertos flotando
Y ni siquiera se puede
Nadar en el mar.
Ya estaba
Con la cabeza hinchada
De ver el cochino mar
Ya que un atentado
Contaminó los ríos y el mar
Y parece que nadie
Logró parar,
Como dicen en la radio,
El desastre natural.
Paren oreja
De esta triste realidad

Que llegó hasta los ríos
Y mató el manglar.
Y mi mamá y yo
No quedamos sin trabajar
Dios, no lo puedo entender
Que hombres de mala fe
Atenten contra su ser
Dejando a un pueblo sin trabajo
Porque no se puede conchar
Ni pianguar
Porque el manglar sufrió este gran mal
7 kilómetros de mancha de crudo
Está en el mar
La impotencia de hombres
Mujeres y niños
Que no tienen herramientas
Adecuadas pa remediar este mal.
Nativos de buena voluntad
Como nos dicen
Se inventan cómo salvar al mar.
Esfuerzos en vano
Hoy el pueblo llora por el manglar
Y un ministro que no entiende
Dice que lo único que se perdió
Fue el manglar.
Como no entiende la realidad
El pueblo se quedó sin trabajar

Las madres concheras
Las piangüeras
Ellas sí saben
Qué es el manglar
La fuente de los sueños
Que le cantan las madres
Cabezas de hogar
Es tan fácil hablar
Cuando no se vive
Del manglar
Que se cuida, preserva y mantiene
Menos mal mi pueblo sabe ya
Que en politiqueros
¡No se puede confiar...!
Y que aquí
Hemos decidido vivir del mar.
Y ahora nos dejan sin la posibilidad
De trabajar.
Cuándo se va a superar
Quizá dicen los expertos
Y la radio:
En diez años por mal contar.
Es un desastre ambiental
La quebrada Pianulpí
Que da al río Guiza
Que conecta al bellissimo río Mira
Y sus aguas sucias y contaminadas están.

Ay niños, nos miramos
Nada de ponerse a llorar
Más aburridos que pescador
Sin chinchorro.
O peor aún
Sin mar
Boca de jaiba dijo
¡Vamos a ayudar!
Ay niño, no les dije que casi me muero
Pero bueno, no es tiempo de llorar
Es mejor unirnos y empezar a salvar
Esta maldita maravilla
Que ya no aguanta más.
Que el hombre le ha hecho tanto mal
Y ahora nos toca actuar.
Ay yo te canto río
Que eres herencia ancestral
Que mi pa y mi ma
Me enseñaron a cuidar el mar
Esta mancha
Me parte el corazón
Como si me arrancarán
De mi hogar y mi tierra.
Querido amigo
Ahí quedo sembrando
Mi ombligo
Por eso te cuido

A lo ancho y a lo largo
Cuenta conmigo
No fue un descuido
Te pido perdón
Por la raza humana
Que no entiende
Que eres manantial de amor.
Ojala algún día
Te pidan perdón
Y laven sus culpas
En tus aguas de reconciliación.
Ñaños aquí no se habla
Con nombres propios
y es mejor que todo
Quede en secreto.
Nunca entendí
Por qué tuvimos
Que salir del pueblo
Mi pa vendió el potro
En el que salía
A trabajar mi ma
Y las herramientas
De mi pa
Y como siempre
No falta el aprovechado
Que lo quiere todo regalado.
No entendí lo que pasó

Pero en los ojos de ambos
Había mucho dolor.
Todo se vendió
Para un viaje
Que yo no entiendo.
En silencio
No puedo expresar
Lo que sentí al dejar mi pueblo
La noche sola
Como es la noche
Oscura, triste
Así me sentía
Una noche que no
Era negra.
Sin la alegría del negro
De la música de marimba
Los cantos espirituales.
Esa noche
Nadie cantó
No se oía la marimba
Y corazón no había.
Árbol sin tierra
Pescador sin potro
Concheras sin manglar.
Cuando salimos de mi comunidad
Casi me muero al dejar el mar
Me escondí

Y mi pa
Dijo mijo
Nos vamos ya
Y cuando empieze
A llorar
No pude aguantar
Y salí sin rechistar
Solo porque mi pa
Dejara de llorar.
Para yo no sentirme mal
El viaje desde La Perla a Cali
Fueron como 14 horas
Tres horas hasta Buenaventura
Córdoba, San Cipriano
Mi cola estaba ñata
De ese largo viaje
Me bajé con las piernas
Entumidas pero al fin
Llegamos.
En ese trayecto
Todo cambió.
Mi padre
Que es mi héroe
Estaba silencioso
Ya no hablábamos
No reíamos
Pero algo me causaba curiosidad:

Sus brazos fuertes
Que me abrazan
Una y otra vez
Como si fuera un bebé
Un abrazo cargado
De un silencio
Y en su mirada una tristeza
Que imploraba compasión.
Yo como siempre alentaba
A mi héroe... mi papá.
Cuando salimos del pueblo
No lo podía creer
Dejarlo todo:
Llegamos a otra comunidad.
A San Cipriano en el
Valle del Cauca
Debo confesar
Que me sentí triste
Por mis viejos ñaños
Mi escuela
Y dejar el mar.
Cuando llegué a
San Cipriano
Pensé que había llegado
A la tierra prometida
De la que me hablaba
Mi abuelo

Pero por la tristeza profunda
Que sentía
Yo no salía
Ni siquiera comía
Yo que le pego
A los aliños
Y cuando tengo hambre
No dudo en buscar lo mío.
Pero extrañaba todo
El olor del manglar
Jugar con mi perro cangrejero
Que salíamos a correr
Por la playa a espantar
Los cangrejos
Y mi perro cangrejero
Nadie le ganaba
Lo tuvimos que regalar.
Estaba más triste
Que costeño comiendo pasta
Pero mi ma entró al cuarto
Y me dijo, mijo
Salga a jugar
Que todos
Los días los niños
Lo vienen a buscar
Y usted se esconde
Sin dudar.

Mijo hay que volver
A empezar
Coja esa huasca
Y la llanta
Y haga un columpio.
Mire ahí lo dejo
Cuando canteo la cabeza
Veo a una niña
Ofreciéndome un mango gigante
Y la llanta
Y ella tenía la sonrisa del sol
Radiante.
Me levanté de la cama
Y con disimulo me arreglé
Y la niña me dijo vamos a nadar
Y luego me empujas en el columpio
Yo me quedé quieto
No respondí
Cuando ella llega
Y aplaude
Vamos a nadar.
De una vamos
Casi que no me salen
Las palabras
Luego de un mes salí
Por fin de la casa
Gracias a la niña

Más linda
Que mis ojos
Habían visto.
Llegamos al río San Cipriano.
Era uno de los ríos más lindos,
Sus aguas transparentes
Compa, eso parecía
Un espejo.
Ay y unas ñañas
Que pa que le cuento
Unas negrotas hermosas
Con sus cabellos vivos
Que reafirman nuestra raza
Ahí conocí a Ofelia
La niña que logró
Que saliera de mi casa.
Se pasaba el río
De lao a lao
Pues pa qué les digo
Me salvó el amor...
Y atrás quedó el olvido
Los malos momentos
De la situación
De mi Perla querida.
Ya han transcurrido
Doce años
Jummm me volví

Un tumba locas
Pero Ofelia era
La única loca que
Me enamoró y me casó
Bueno me cazó
Y ahora con ella quiero
Regresar a mi Perla
Mostrarle dónde aprendí
Todo lo que sé
Pero cuando le conté a mi pa
Me dijo, pa que va pa llá
Sea feliz con Ofelia
Y mi pa empezó a hablar:
Vea, mijo
Yo no le he contado la verdad
Nos fuimos de allá
Porque me quedé dormido
En la empresa petrolera
Y no activé el sistema
De emergencia para
Cerrar las válvulas
Después del atentado
Y que el crudo de petróleo
No contamira el mar.
Y yo me siento mal
De contarle esto
Pues me quedé dormido

Después de haberte cuidado
Toda la noche, hijo mío
Esa terrible fiebre
Que parecía
Que estuvieras
Expuesto al sol
Tipo una de la tarde
Cuando hace más calor.
Sus manos
Sudaban,
Parecía que ninguna hierba
Lo calmaba
Ni limoncillo
Ni la manzanilla
Ahí me quedé con usted
Tremendo susto
Me pequé
Me quedé dormido
Cuando desperté
Muchas horas habían pasado
Ignorando lo sucedido
Cuando recibo una llamada
Del derrame de crudo esparcido.
Me sentí tan culpable
Que renegué de estar vivo
Cuando lloraba por lo sucedido
Y tú llanto no contenido

Tu pecho agitado
Viendo en tus ojos rabia
Y desafío
Encontrándome yo
Y viéndote herido
No solo a ti
Sino a mi esposa
Que dejé sin trabajo
Por mi descuido
Y miles de familias
Sin saber qué hacer
El hambre y la situación
Se hicieron insostenibles
Animales y peces muertos,
Escuchando la voz del pueblo
Dolido
Entendí, Dios mío
Que tenía que irme
Por mi salud entendido
La conciencia
Me enferma.
Y en cada abrazo
Que te doy
Te pido perdón
Hijo mío
Gracias al Dios del cielo
Que me lo protege

Y lo ampara
Esa noche llovió
Y la tierra se refrescó
Y como cosas
De la naturaleza
Usted se curó
Y como súper héroe
Tenía que salvar a mi amigo
Que eres tú, hijo mio.
Por esa razón
Tuvimos que partir
Esa noche y en silencio
Ahora sí, hijo mío
Están contestadas
Tantas y tantas
Preguntas que hacías
Y me afligían
Hijo querido
Y yo solo con un abrazo
Te respondía, hijo querido.
Pa...
Ay, qué carajo
Esto es peor que ver a la Tunda
O quedarme sin el amor de la negra
Pa, usted no se culpe
Y ya ha pasado mucho tiempo
Y desde que vivo en estos

Ríos cristalinos
Soy feliz
Esta vida me la gozo
Entre yarumos, árboles
De pepepán
Y lo que me causa más orgullo
Es que soy el guardabosques
Y siempre hacer este recorrido
Me llena de orgullo
Y cuando veo un extraño
Dañando lo mío
Le enseño que tratando bien
A la tierra, ella nos tratará bien.
Ya olvidé el pasado
Todo lo que he aprendido
Lo sé de ti pa.
Ya deje la cochería,
Tómese un trago de viche,
Esto le saca la mala energía
Y le voy a decir a mi ma
Que le prepare un sancocho
De bagre, que le eche
Chirarán y chiyangua para que
Ese sabor de La Perla
Le cicatrice las heridas
Viejo, ya no le eche tanto
Cacumen

Ay vea quién viene
Los niños con las frutas
Marañón, guaba, mango viche,
Zapote, caimito, chontaduro.
Usted ha compartido todo
Su conocimiento
Ey, compa, llame a las mujeres
Que vamos a celebrar
Y a La Perla del Pacífico
Yo vuelvo para cosechar.
Allá está enterrado
Mi ombligo y quiero
Volver con mi esposa
A cultivar y escuchar
Un aguabajo sonar
Extraño el mar
Y cómo no decirlo
El manglar
Que todas las mañanas
Salíamos con mi ma a trabajar
Recorriendo el bello paisaje
Del río Mira
Cómo no volverse a enamorar
De la tierra que tanta
Sabiduría nos dio
Dejando el conocimiento
En alto

De nuestra tradición cultural.
Estas riquezas naturales
Quiero perderme en su selva
Cerrar los ojos
Y escuchar la naturaleza
Que siempre nos bendice
Regalándonos dulces y
Ácidas frutas
Plantas curativas
Suelda con suelda, matarratón, sábila, borojó
Mire pa
Todo lo que hemos
Logrado y de tanto luchar
San Cipriano es reserva natural
Y la comunidad se aferra a la tradición
Y la única bruja que no asusta
Es la de San Cipriano
Que es el único medio
De transporte
Que no contamina
Causando a niños
Y grandes
Emociones muy fuertes.
Y siempre dicen
Hay que volver
Mi Perla
Es hermosa

Y yo siempre la recuerdo
Una tierra fértil
Y pa, allá yo me quiero quedar
Yo que la conozco
Muy bien
Sé que usted
Daría cualquier cosa
Por volver.
Mi pa se quedó callado
Ni siquiera decía nada
Solo saboreaba su bebida
Y por fin me dio un abrazo
Con alegría sus ojos brillaban
Como sacándose un peso
De encima.
Él y yo empezamos a celebrar
Somos seres humanos
Y nos podemos equivocar
Pero lo más importante
Es no volver a errar
Aprender de las señales
De la vida y entender
Los secretos de la
Naturaleza.
Y ahora después
De largas horas
De hablar con mi pa

Me pudo entender
Y llega mi mujer
Y me dice que no
Quiere dejar su tierra
Ay no, volvemos
A empezar y me va
A tocar
Volver a contar
Esta historia ya
Para así convencer
A mi mujer
Aunque ella y yo
Sabemos que el placer
Está en amar la tierra.
Ah les cuento que mi ma
Se puso un chuzo de comidas
Y eso no da abasto
Y si quieres
Volver a La Perla
Saboreando estos
Ricos platos
La gente se siente
En casa
Pero teniendo claro
Que muchas cosas
Nos pasan.
Lo más importarte

Es que todo mejoró
Me acordé
Que esta carta no llegará
Simplemente hace parte
De un proceso familiar.
Y como todo queda
En familia aquí no hay nombre.
a nadie se le sostiene
a nadie se le acusa
Este berembén
Quedó a medias, pues
Pero como les dije
Lo importante es
Saber uno quién es.
La naturaleza te devuelve
Lo que siembras.
Por los clavos de Cristo
Me va volver a empezar
A contar otra vez
No qué carajo oí pues
Aquí no se le sostiene
Nada a nadie
Por eso es
Un berembén.

ISBN: 978-958-56245-8-0

MALDITA MARAVILLA

© **Sintia Angulo (Tumaco, Nariño)**

Poeta, gestora cultural y presidente de la organización comunitaria Pazarte.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© **MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS**

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Velia Vidal

BAJO EL YARUMO



MENÚ



I. Primera parte: Danilo y el dolor de estómago

Sonó la campana, salimos corriendo
Vitalino Mecha, mi mejor amigo
Me estaba esperando aunque ya gruñendo
Como era costumbre, se iría conmigo

Caminamos juntos hacia la vereda
Saltamos los charcos, cogimos moritas
Y de entre la hiedra que todo lo enreda
Sacamos batatas para hacerlas fritas

Tumbamos guayabas, cogimos limones
Y así se nos hizo muy corto el camino
¡Es hora de almuerzo niños juguetones!
Gritó doña Alicia, desde su molino

Había un sol picante y hacía calor
Como para echarse un baño en el río
Acordamos vernos después del sabor
Por el charco de Cilo, que es un tío mío

Pasado el almuerzo yo me despedí
Mi mamá me dijo “Mejor reposate”
Yo que soy bien terco, nada le atendí
Y encima de todo cogí un chocolate

Vitalino Mecha ya estaba nadando
Y me retó a un salto desde el marañón
Para descrestarlo me tiré saltando
Y con dos volteretas gané su atención

Cogimos la champa de mi tío Cilo
Con su canaleta pa’ poder remar
Navegamos largo y al mejor estilo
De los grandes buques que van por el mar

Íbamos bajando y sonó un motor
Era el señor Lucas con su cargamento
Nos dio unos bananos del gajo mejor
Porque Vitalino era su menor nieto

Ahí nos arrimamos a comer bananos
Cuando mi barriga empezó a sonar
Nos dio mucha risa, hasta nos revolcamos
Porque los crujidos no querían parar

Luego vino un viento, con fétido olor
Y por la flatulencia Vitalino huyó
Me gritó de lejos con voz de cantor
“Tus hediondos peos no los aguanto yo”

“Si de eso tratara, solo de mear
Te decía que hicieras por el pichindé
Pero tenés ganas es de ir a cagar
Usá el inodoro de quien te lo dé”

Que si los bananos, que si el chocolate
Que si haber nadado aún sin reposar
Yo ya lo sabía sin ser disparate
Que ya me tocaba correr a cagar

Como ya era tarde para reaccionar
Escogí meterme cerquita en el monte
Ya después vería cómo iba a limpiar
O el que se tropiece, toca que lo afronte

Me metí a un ladito donde no se viera
Bajé rapidito mi pantaloneta
Que tener descanso ojalá yo pudiera
Luego de cagar de forma discreta

Mientras iba haciendo mi necesidad
Supe que no estaba en sitio seguro
Había un Yarumo en la vecindad
Estaba metido en verdadero apuro

Vi que las hormigas venían bajando
Muy organizadas de manera sabia
Unas por mis piernas ya se iban trepando
En mis pies y nalgas soltaron su rabia

Sacaron tenazas, soltaron veneno
Las muy testarudas me hicieron su presa
Mordieron con ganas y con desenfreno
Casi se me suben hasta la cabeza

Por culpa de ellas no tuve descanso
Ni una sola roncha en mi cuerpo cabía
Así que les iba a acabar su remanso
Yarumo y hormigas los arrasaría

Corrí como pude hasta donde mi abuelo
Y me iba bajando una que otra hormiga
Todavía mierda caía por el suelo
Pero ya no tenía dolor de barriga

Le narré llorando lo que había ocurrido
Dije que a toditas quería matarlas
Y que ese Yarumo, cómplice bandido
Tenía que cortarlo por alimentarlas

“Bañate primero, mi nieto Danilo
Ese horrible olor quítatelo con maña
Que yo mientras tanto el machete afilo”
Dijo con gran calma el viejo Romaña

Agarró su pala, cogió su machete
No cogió veneno, yo me sorprendí
Si ellas se regaban como un gran tapete
¿Cómo iba a matarlas? ¡Lo desconocí!

Si todos decían que el viejo Romaña
Sabía del monte sin tener igual
No llevó veneno, de manera extraña
Siendo el más sabido de este litoral

Ya íbamos llegando y lo vi junto al río
Vitalino Mecha me estaba esperando
Aún no comprendía semejante lío
Y se nos sumó para ir caminando

Llegamos al punto, aún olía hediondo
Mi abuelo Romaña me entregó la pala
El fino machete lo guardó hasta el fondo
Que porque su bosque él ya no lo tala

Tierra de capote me mandó a coger
Para que tapara todo lo cagado
Que a nadie mi mierda fuera a sorprender
Aunque uno en el monte anda con cuidado

Nos llevó a sentarnos junto al carbonero
Que quería dejarnos unos dos consejos
Él debía enseñarnos el mejor sendero
Porque del abuelo somos los reflejos

Nos contó la historia de cambio del río
Vino una creciente y los despertó
El agua anegaba todo el caserío
Cultivos, canoas, casas azotó

Tuvieron que irse hacia nuevas tierras
Supieron la causa y ya era muy tarde
Dejaron por siempre tantas motosierras
Para que la selva siempre los resguarde

Les tocó empezar con todo de cero
Sembrar nuevos frutos y nuevos cultivos
Trabajar muy duro hasta con aguacero
Dejar los oficios que fueron lesivos

A donde llegaron no había mucho bosque
Lo habían talado desde tiempo atrás
Pero allá moraban hormiga y Yarumo
Y venían creciendo con matas detrás

Al paso del tiempo fueron viendo todos
Que bajo el Yarumo surgía la vida
Unas nuevas plantas se hacían sus modos
Para usar la sombra y buscar comida

“Y este monte joven que ustedes ven hoy
Fue por los Yarumos que pudo crecer,
Se los digo ahora que ya viejo soy
Que he visto estas tierras en ir y volver”

Hablaba el abuelo con melancolía
Pero a la tristeza no daba cabida
Se veía claro lo que él quería
Darnos un mensaje pa’ toda la vida

“Y es que ese Yarumo ahí donde lo ven
Con tronco delgado y apariencia débil
Sirve como nadie a nuestro sostén
Para que esta tierra no se vuelva estéril

Y aunque no lo noten sus pequeños ojos
Pasan cosas grandes dentro de esta selva
Aquí tienen uso hasta los gorgojos
Y algunos misterios no hay quien los resuelva

Las grandes hormigas en su desespero
Si les ponen nalga, nalga morderán
Porque ellas no cesan en su gran esmero
De cuidar la casa que siempre tendrán

Bien puedan mis niños y sigan jugando
Dentro de esta selva hay mucha diversión
Pasé muchas tardes en el río nadando
Y tengo por esto una gran pasión”

Cogió su machete y se fue acomodando
Nos bajó dos cocos antes de partir
Mientras los pelaba seguía narrando
Y con gran firmeza remató al decir

“Que les quede claro antes de yo irme
Que no es buena idea en el monte cagar
Y que para siempre deben de cumplirme
Que hormiga y Yarumo se deben cuidar”

II. Segunda parte: hormigas atacadas

Aquí en este Yarumo el trabajo no para
Recorremos hojas, bajamos, subimos
Sabemos de siempre lo que nos depara
Con tanto que hacer, no nos aburrirnos

Nuestra reina y madre, primera habitante
Llegó una mañana a este joven Yarumo
Se posó en su tallo de forma elegante
Y tomó sus partes para su consumo

Empezó a tenernos a muchas hermanas
Nos iba enseñando a hacer las labores
Recoger comida todas las mañanas
Y cuidar al Yarumo de sus predadores

De una enredadera o hierba rastrera
De alguna serpiente de las cazadoras
De osos perezosos o iguana cualquiera
Debíamos protegerlo como cuidadoras

Y es que lo cuidamos con penas y glorias
Porque es nuestra casa y nuestro alimento
Y además sabemos por viejas historias
Que hasta de la selva es un gran sustento

En aquella tarde como muchas otras
Laborábamos fuerte y con diligencia
Era una costumbre entre todas nosotras
Llenar la alacena requiere paciencia

Por ser esos días los de floración
Teníamos muchas tareas que hacer
Lo que generaba una gran tensión
Incluso unas veces tocaba correr

Vimos desde arriba un señor cucarrón
A nuestro Yarumo pretendía subirse
Ir a detenerlo era nuestra misión
Si sobrevivía, tendría que irse

En una cuadrilla de unas cien hermanas
Por considerar que era grande presa
Bajamos luciendo todas las tenazas
Ese cucarrón tendría su sorpresa

Le picamos todo su grueso pellejo
Unas por las patas, otras por la panza
Resultó muy fácil, pues ya estaba viejo
El pobre animal no tuvo esperanza

Cantamos victoria y celebramos un rato
Sin saber del peligro que corrían nuestras vidas
No pudo predecirlo ni el mejor olfato
Resultamos siendo las más sorprendidas

Primero fue un chorro de gran proporción
Que a algunas ahogó por cómo caía
Otras alcanzamos a hallar protección
Eso no era lluvia, nadie comprendía

Era agua caliente y de sabor salado
Supe por las gotas que no lastimaban
Todas las hormigas que había a mi lado
Tenían mucho miedo, apenas temblaban

Eso no podía ser agua del cielo
Porque también daba visos amarillos
Aquí cualquier lluvia moja todo el suelo
Y esto no lo hacía, eran como flequillos

Pensamos que era por el cucarrón
Aunque él no tenía amigos en el medio
Que fueran a venir en su protección
Y ya estaba muerto, no había más remedio

El caso es que el chorro nos desordenó
Ya no era cuadrilla, era caos de hormigas
A cuidar a otras ni una se dignó
Y nos atacábamos como enemigas

Después de tanta agua vino lo peor
Una cosa extraña se nos posó encima
Tenía un orificio y un fétido olor
Que más se sentía en este húmedo clima

Por el orificio se oían salir sonidos
Con vientos extraños se soltaban gotas
De un líquido café que dejaba aturcidos
A quienes no estaban en zonas remotas

Era una sustancia hedionda y viscosa
Caía de a pocos y con lentitud
Y a quien atrapaba de forma forzosa
Quedaba bien muerto y sin ataúd

Para ese momento ya nos alertamos
No podíamos seguir cada una escondida
A nuestras hermanas morir no dejamos
Si era necesario daríamos la vida

Salimos al ataque de esa cosa extraña
Por donde pudimos nos fuimos subiendo
Pedimos refuerzos a dos grandes arañas
Hasta que esa cosa se alejara huyendo

Cuando la picamos la primera vez
Vimos que no era otra cosa que piel
Podíamos librarnos de su hediondez
Mordiéndolo con fuerza el orificio aquel

Después de propinarle su gran merecido
Fuimos comprendiendo aquella situación
El chorro era orina, caliente fluido
Y líquido mierda, ¡qué gran desazón!

Lo que no entendimos era la razón
De venir a hacernos semejante daño
Si a nadie estorbamos en esta región
Solo si al Yarumo lo ataca un extraño

Cuando ya subimos a nuestra morada
Quienes de algún modo pudimos vivir
Vimos a la reina bastante asustada
Y nadie intentaba volver a salir

Mi madre lloraba a sus hijas muertas
Y de las que huyeron no quería saber
“Son unas cobardes y unas inexpertas
Que a nuestra colonia no piensen volver”

Nuestra sabia madre, en la selva experta
Después de calmarse llamó a convención
Quería escuchar la historia completa
Para tomar juntas una decisión

Nos pidió narrarle los hechos vividos
En medio de lágrimas y aún alteradas
Contamos lo que habíamos sufrido
Y hasta analizamos historias pasadas

En tiempos de antes que aún aserraban
La cosa era dura, no había compasión
Creían sin saber que si el Yarumo cortaban
Podría prestarles una mejor función

Con esa creciente ellos aprendieron
Y así ya pudimos vivir con más calma
Las aguas crecidas también nos sacudieron
Y así nos hicimos de este bosque el alma

Las lluvias que anuncia con su hoja el Yarumo
O las fuertes mareas que empujan al río
Nos ponen trabajo de cuidado sumo
Lo que no se trata de un gran desafío

Lidiamos a ratos con los curanderos
Que toman las hojas para hacer remedio
Ellos ya conocen bien nuestros senderos
Y no se detienen en ningún asedio

Pero este ataque que nos era nuevo
Venía a atormentarnos la cómoda vida
No podía explicarse aquel hecho malevo
Debíamos buscar la mejor salida

La reina pidió silencio y espacio para pensar
Buscaba la mejor forma para a todas proteger
A su querido Yarumo no quería abandonar
Para poder evitarlo algún plan debía tener

Nos anunció nuestra madre que era su decisión
Que fuéramos a la copa para mejor divisar
Algún Yarumo más joven que no llame la atención
Nos iríamos de noche, para así colonizar

Arriba nos encontramos con esa iguana ladina
La sagaz aprovechó que ninguna hormiga estaba
Se vino a comer Yarumo y convidó a su vecina
Y cuando nos vio venir la estrategia ya pensaba

“¿Y por qué están tan cabizbajas
Mis bellas y diligentes hormigas?
Si ustedes tienen grandes ventajas
¡Créanme!, lo he visto todo mis amigas

Tengo una propuesta muy clara y sencilla
Yo les puedo describir todo lo que ha sucedido
Pero antes me permiten, alimento sin rencilla
Y les doy solución, al problema que han tenido”

Comió pues la iguana hasta que se llenó
Y saltó a la rama de un cámbulo vecino
Con la misma sagacidad de siempre actuó
Con su desconfianza y su andar mezquino

En esta ocasión cumplió su palabra
Y nos contó todo la iguana sagaz
Desde el agarrobo vio la escena macabra
Y mientras reía contó suspicaz

“Todo esto se trata de una gran cagada
Fue el niño Danilo que es muy inexperto
No es ningún ataque, no les hará nada
Su dolor de estómago le causó desconcierto

Ya le quedó claro por sus picotones
Que no es buena idea en el monte cagar
Y el viejo Romaña explicó en dos lecciones
Que hormiga y Yarumo se deben cuidar”

Y así fue como todo a su cauce volvió
En nuestra colonia a la reina explicamos
A pesar de todo hasta risa nos dio
Por una cagada casi nos marchamos

III. Tercera parte: el viejo Romaña

Tejía unas redes con grandes puntadas
Donde no se enrede ningún pez pequeño
Para que los mares y nuestras quebradas
Conserven riqueza como es nuestro empeño

En esas sentí que llegaba Danilo
Mi nieto travieso y además sabiondo
Entró sin guardar nada de sigilo
Lloraba, alegaba y olía bien hediondo

Muy rápido supe lo que había pasado
Yarumo y hormigas me pidió matar
Lo que él no sabía que tenía preparado
Era una lección para nunca olvidar

Yo lo acompañé hasta el lugar de los hechos
Y ahí estaba todo lo que había dejado
Su plasta de mierda llena de desechos
Y el montón de hormigas que había matado

Después de ponerlo a tapar su reguero
Lo llevé a que atento todo me escuchara
Nos sentamos juntos bajo el carbonero
Quería que este monte también él cuidara

Le hablé de mis tiempos como aserrador
Corté nazarenos, choibás y cativos
Siempre me llevaba el guayacán mejor
Aserré yo tanto que perdí los estribos

Para irnos metiendo a sacar lo mejor
Cambiamos el cauce natural del río
Y aún ignorábamos que era lo peor
Habíamos sentenciado nuestro caserío

Las más bellas casas de este litoral
Los botes más grandes y mesas hicimos
Con tanta madera, fino material
Mientras acabábamos con nuestro destino

Detrás de cada árbol iban animales
Pavones, pericos y hasta grandes micos
Hacíamos mucho daño en esos jornales
Y así aspirábamos a volvernos ricos

Eso fue hasta el día de aquella creciente
Que en muy poco tiempo con todo arrasó
Gallinas, sembrados y por poco gente
El río a la fuerza volvió y se encausó

Entonces mudamos todas las viviendas
Nos tocó forjarnos aquí un nuevo hogar
En cada familia cambiamos las sendas
Con nuevos oficios para no dañar

Una nueva forma de vivir hicimos
Donde se respetan el río y la selva
A las motosierras a callar pusimos
Para que este bosque a su origen vuelva

Yo me he vuelto viejo y doy mi consejo
Porque los pequeños no lo saben todo
Debemos servirles como buen espejo
Pero si no escuchan, no los incomodo

Así a cada uno según lo que toque
Yo le narro el cuento de lo que he vivido
Les doy enseñanzas sobre nuestro bosque
Pa que no se pierda lo que se ha aprendido

A mi nieto Danilo me tocó enseñarle
Que no es buena idea en el monte cagar
Y que para siempre debe de ocuparle
Que hormiga y Yarumo se deben cuidar

IV. Epílogo: el sabio Yarumo

Al pobre Danilo se le hinchó la nalga
Una gran nostalgia a Romaña invadió
Entre mis hormigas el miedo cabalga
La iguana ladina fue quien más ganó

Yo aquí desde arriba lo veía todo
Sentí algo de angustia del pobre Danilo
Y quise ayudarle pero no había modo
Su gran sufrimiento aún no lo asimilo

Sé que las hormigas muerden con dureza
Sobre todo cuando sienten amenazas
A nadie deseo convertirse en su presa
Ni ser una víctima de aquellas tenazas

Se veía chistoso Danilo corriendo
Buscando al abuelo para que me cortara
Ingenuo el pequeño no estaba sabiendo
Que el viejo Romaña a este monte ampara

Son muchos los años que lleva vividos
Ya aprendió el secreto para habitar en paz
Conoció la selva en muchos recorridos
Con calma y armonía, vive con solaz

Y mientras Romaña lección impartía
Aquí las hormigas sufrían su pena
Era una tragedia lo que se vivía
Querían marcharse a una casa ajena

Pensaron dejarme, sentí desazón
Si yo no las tengo vulnerable soy
Son quienes habitan en mi corazón
Por eso alimento y casa les doy

Yo las necesito como ellas a mí
Riegan mi semilla y también me cuidan
Por eso a estar solo un momento temí
Ya sé que al marcharse de todo se olvidan

Vi cuando llegó la iguana ladina
No me imaginé que fuera a salvarnos
Con la misma lengua que todo fulmina
Les contó la historia que pudo ayudarnos

Es que doña iguana ahí donde la ven
Con su lengua larga siempre arma tropel
Luego sale huyendo de todo vaivén
Y se esconde fácil por su verde piel

Y si dado el caso la van a coger
Salta desde lo alto la iguana atrevida
Se cree voladora, que sabe correr
Por eso es que tiene una pata torcida

Pero hoy se merece mi agradecimiento
Si ella no coopera aunque por conveniencia
Yo ya me hallaría en profundo lamento
Habríamos perdido nuestra convivencia

Ya las hormigas a su oficio volvieron
El viejo Romaña se dedicó a sus redes
Los niños jugando en el río siguieron
Y la iguana verde siguió en sus mercedes

Retornó aquel orden que este bosque tiene
Que hemos aprendido con mucha atención
Que por nuestro esfuerzo aún se sostiene
Por eso asumimos siempre esta misión

Yo seguiré aquí en mi sitio plantado
Anunciando aguaceros y prestando salud
Dando mi sombra a árboles de crecer pausado
Para que luego se expandan con amplitud

Y lo diré siempre a quien pueda oírlo
Este bosque espeso sabe darlo todo
Lo único que pide es evitar destruirlo
Y dará beneficios desde cada recodo

Que en esta selva hay un gran secreto
Y unas verdades que no pueden eludir
Esto se trata más que nada de respeto
Y conservarlo todo para un mejor vivir

Y así como Danilo aprendió algo elemental
Que no es buena idea en el monte cagar
Que se sepa en todo pueblo de este litoral
Que hormiga y Yarumo se deben cuidar.

ISBN: 978-958-56245-9-7

BAJO EL YARUMO

© Velia Vidal (Quibdó, Chocó)

Comunicadora Social y Periodista, líder del proyecto Motete, que arrancó en Quibdó y cuenta en el momento con tres clubes de lectura, dos infantiles y uno de mujeres. Orienta además el Club de Lectura de Maestros del Banco de la República en Quibdó.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Víctor Manuel Rengifo

/
**METIÉNDOLE
EL AGUA
AL COCO**



MENÚ



La melancolía de dejar atrás mi tierra me golpeaba muy hondo el alma, pero tenía que resolver este misterio. No era justo conmigo seguir viviendo este infierno. Imagínense ustedes, tener que estar envuelto todos los días en una pesadilla interminable. Soñar todos los días lo mismo.

Cansado de esta situación decidí viajar hasta el lugar que en mis sueños se mostraba como un bucle y que, por lo menos en ellos, conocía muy bien. Fue así como después de ocho horas de vuelo, llegué hasta Bogotá, en América del Sur, y ahora solo me separaba una hora más o menos del mágico Chocó, tierra que le brindó a mi familia toda la riqueza que hoy posee y

en la que mi tatarabuelo conoció al amor de su vida y madre de sus hijos.

Sobrevolé la selva espesa en un pequeño avión lleno de pasajeros atemorizados por la turbulencia y al cabo de cincuenta minutos llegamos a nuestro destino. Luego, sin vacilar, tomé una buseta hasta Andagoya. Al cabo de unas horas ya me encontraba en aquel lugar. Todo era como en mis sueños, aunque con algunas variaciones.

Había un gran parque en frente de una hermosa catedral; el lugar era quizá más bello de lo que había imaginado. Allí comenzó mi aventura.

Andagoya era un sitio histórico para los chocoanos. Según la historia que escuché contar a un señor llamado Gibson, este pueblo fue saqueado por inmigrantes gringos, quienes para extraer oro y platino cortaron gran parte de los árboles del territorio, luego cavaron profundo la tierra con máquinas que trajeron de Estados Unidos. Se llevaron el oro y dejaron preñadas a las mujeres de los negros cimarrones que se habían asentado en el pueblo. Gibson decía que todavía quedaban en el pueblo algunos restos de las máquinas que se habían usado para buscar el oro y que algunos de los viejos de su edad eran descendientes de la unión forzada entre las mujeres del Chocó y los hombres de ojos azules venidos del norte. Muchos tenían apellidos como Smith, Williams y Adams. Escuchar eso me puso triste, así que decidí marcharme

del parque y seguir el rumbo trazado en mis sueños.

Caminé por el parque, pensativo, hasta que me planté frente a la gran Virgen Negra, una enorme escultura que medía tres metros y estaba justo en el centro del lugar. En mi sueño no había tal Virgen sino una desconocida ceiba. En el centro del parque, sin embargo, tal como lo esperaba, encontré las tres monedas que había visto en mi sueño, medio escondidas al pie de la estatua: una de bronce, una de plata y la última de oro. Las recogí, aun sin saber para qué servirían, pero me limité a copiar lo que sucedía en el sueño. Luego me fui por un sendero largo y casi desértico que estaba cercado por llamativas piedras de colores, que además tenían muchas perforaciones. El paisaje se hacía más opaco a medida que avanzaba. Sin embargo, iba decidido; nada me haría abandonar mi deseo de acabar con esta pesadilla.

Tuve mucha sed durante el recorrido, pero no pude beber nada porque no llevé provisiones y el único riachuelo que encontré después de mucho caminar era de color grisáceo, blanqueado por los residuos que dejaba el trabajo que hacían los mineros de la región. Noté que allí, en ese paraje, todo era diferente, ya no había casi árboles. No después de haber sido el gran centro de explotación maderera del Chocó. Sin embargo, no me importaba el deprimente paisaje, pues estaba resuelto a continuar mi exploración. Así, después de haber avanzado sin rumbo, llegué a toparme con un letrero que decía: “NO VAYA A PASÁ, QUE AQUÍ LA

BELLEZA NO SIGNIFICA BONDAD” (el mismo letrero que había visto en mis sueños). Estaba escrito sobre un árbol que parecía salido de la nada porque era el único que ahí se podía ver. Se notaba que el letrero llevaba mucho tiempo ahí.

Me aventuré a seguir adelante y a los pocos pasos todo el lugar se había transformado. Ahora podía ver muchos animales saltando en un suelo muy verde, árboles frondosos en todos lados, palmeras repletas de coco y un río correntoso en el que parecía que nunca nadie había mojado una hoja.

Miré hacia atrás y noté que, extrañamente, no se veía el camino árido que había recorrido, sino un reflejo de los árboles y el paisaje exuberante. Sorprendido, intenté devolverme, pero una barrera transparente me tenía atrapado. Era un cerco invisible que no podía ser penetrado y me impedía salir. Presa del miedo, comencé a golpear la barrera, cada vez con más fuerza y desesperación. Lo hice durante varios minutos hasta quedar casi sin aliento. Al volverme, exhausto, me sorprendí al descubrir que nuevos animales se habían sumado a los que había visto inicialmente. Un león... sí, era un imponente león lo que veían mis ojos; los suyos estaban como encendidos en fuego. Un lagarto gigantesco también apareció, además de tres osos y algo parecido a una araña desconocida. Los animales estaban concentrados mirándome: osos, felinos, ardillas, ciervos, serpientes, insectos y muchas otras criaturas. Sus rostros reflejaban maldad. Mucha maldad. Sentí pavor y corrí veloz hacia el río.

Corrí rápidamente, atrás venían los animales, el grupo completo. A veces hacía fintas y amagues para intentar esquivarlos pero era inútil, así que solo intentaba apurar el paso. Y cuando casi me alcanzaban, sentí algo que volaba sobre mí. Aquello, fuese lo que fuese, me tomó de los hombros y luego: ¡chambluuuum! Al río fui a parar.

Casi inconsciente, fui arrastrado por la fuerte corriente del río y en ese estado no pude apreciar con claridad a la mujer que nadaba como un delfín. Quería agradecerle por haberme prestado socorro, pero al ver que tenía una especie de cola perdí el conocimiento.

Minutos después me desperté en la otra orilla. Un fuerte aleteo me obligó a mirar hacia arriba. Era un gran pájaro de color blanco. Bajé la mirada y en frente de mí había un letrero, esta vez en una lengua que no conocía; la inscripción estaba a la entrada de una cueva. El ave, mientras tanto, comenzó a cantar: *siuuuu, siuuu*. Luego se posó sobre la entrada de la cueva, encima del letrero. Pensé que el ave me estaba dando una señal, pero, ¿qué significaba? Mi intuición me llevó a pensar que en la cueva había algo espléndido y recordé entonces los diamantes que había visto en mi sueño. Lo extraño es que no había rastro alguno de aquel que me mataba, aquel cuya cabeza era dulce, fresca y cuyas manos eran ramas.

Miré otra vez en dirección a la entrada de la cueva. Dos palabras había en la inscripción: Manún gara. Pronuncié las palabras y esto bastó para que la cueva se abriera y un

pequeño sendero empedrado de diamantes me indicara el camino hacia el fondo del lugar... Me apresuré a recoger las piedras preciosas, una a una, hasta llenarme las manos, pues parecían de muchísimo valor. Me encontraba ya adentro de la cueva. Afuera la gran ave blanca seguía posada sobre la entrada. Otra vez cantó: *siuuuu, siuuu*. Había cierta desesperación en su canto, pero yo ya me había dejado deslumbrar por las piedras preciosas y no hice caso a las advertencias del ave. Después de la piedra número diecisiete había un libro. Lo recogí. El ave volvió a cantar, el sonido era casi imperceptible.

En la cubierta del libro aparecía la imagen de una palmera de coco. Lo tomé en mis manos e intenté abrirlo, pero no me fue posible. La cubierta no se separaba. Usé toda mi fuerza y el libro seguía sin abrir. Le di la vuelta y en el revés encontré un agujero en forma de círculo y de inmediato pensé en las monedas que había recogido en el parque y que aún llevaba en mis bolsillos. El espacio en el libro no era muy grande, descarté dos de ellas e introduje la tercera, que era de bronce. Inmediatamente el libro comenzó a moverse bruscamente, como si estuviera vivo, cosa que me dejó aterrado y lo dejé caer al suelo. Entonces un colorido destello comenzó a salir de sus hojas ya abiertas. Finalmente la forma de una extraña criatura apareció: un par de largas piernas de humano que, luciendo una extrema delgadez, despuntaban en un tronco parecido al de una palmera de cocotero. Sus manos eran como ramales verdosos

que movía a su antojo en cualquier dirección. Pero de lejos lo que más me sorprendió fueron sus múltiples caras. Tenía ocho y eran cocos: tenía cocos por cara y en cada coco tenía ojos, dos ojos grandes, verdes, que delataban maldad y de los que brotaba sin cesar un líquido. Su boca era la de un humano normal. Era un coco humano, era... ¡el Coco!

Frente a frente me miró con extrañeza. De repente sus palmas estaban en mi rostro y un frío sobrenatural me erizó la piel. Me tomó entre sus ramas y me levantó sin mediar una palabra. Luego sencillamente me dejó caer. Me estremecí adolorido y lo próximo que sentí fue una voz envejecida que maldecía mi presencia en el lugar mientras decía:

—Tú y los tuyos han profanado mi casa. Atrapados para siempre quedarán en el dominio de la selva. Nunca más volverán a cortar a uno de los míos.

No supe en ese momento a que se refería exactamente.

Me volvió a golpear en el rostro. Sangre brotaba de mis mejillas. Intenté decirle que no sabía de qué hablaba y otra vez me golpeó, ahora en las piernas. Caí de rodillas. Se repetía la escena de mi muerte, esa que en sueños había visto tantas veces. Parecía mi final.

El Coco me tomó otra vez entre sus ramas, me elevó a una gran altura y me dejó caer. Al suelo venía cayendo yo a toda velocidad cuando, de repente, ya estaba a lomo del gran pájaro blanco que había visto afuera de la cueva. Volamos para escapar y atrás de nosotros venía el extraño ser arrojándonos cocos.

El ave me llevó a un monte alto, a salvo del extraño Coco. Me dijo que me tranquilizara y que, igual que yo, ella también había quedado atrapada en el lugar; que antes de que lo convirtieran en ave ella era una investigadora que había venido a conocer la extraña historia de un espanto que mataba a los que, para hacerle daño a la naturaleza, invadían su territorio.

—Recuerdo bien el día en que llegué —dijo el ave—. Eran como las cuatro de la tarde. Una selva ruidosa me había recibido esa misma mañana, eco de múltiples voces animales que armonizaban una melodía que yo nunca había escuchado y en la que predominaba una especie de canto bellísimo de aves que no pude identificar, además de un aullido que extrañamente se parecía al de unos lobos hambrientos. Grillos y cascabeles de serpientes se mezclaban con el sonido de los truenos, que gritaban con toda potencia la voz del cielo en aquel día lluvioso. Yo nunca antes había estado en un lugar parecido. Noté que había disminuido el ruido de los animales con el paso del día; también la lluvia. Ahora se escuchaba con mayor fuerza la caída de agua que daba origen al río sobre el que me encontraba. Una leve sensación de temor me llevó a contemplar la idea de levantar el ancla del fondo del río a unos cinco metros de profundidad; allá en el fondo se veían peces de muchos colores. Me distraje y no subí el ancla por el ruido de un coco que al caer espantó de la orilla a una pequeña y colorida serpiente.

La selva espesa estaba tal como me la habían descrito: miles de árboles plagados de un verdor fascinante. Semejaba

un bosque de esmeraldas colgantes que se mezclaban con centenares de palmeras de coco que parecían no caber en el paisaje. En esas veo venir una canoa con un solo ocupante. Me saluda y con un gesto de la mano le correspondo. Me sugiere que me vaya, que es peligroso estar en esa zona. Le digo que así lo haré, pero, por supuesto, no hago caso, ya había visto pasar el día entero en ese lugar, a la espera de ver algo que desconocía. El hombre siguió su camino río abajo confiado en que yo también me alejaría de allí muy pronto. No obstante, mi curiosidad o quizá mi terquedad me impidió marcharme. No me iría sin saber qué era lo que había en este lugar. Las oscuras historias que escuchaba en la lejanía me habían traído a este mágico paraíso chocoano y no regresaría a mi ciudad sin antes averiguar hasta qué punto eran ciertas.

¿Por qué la gente había huido? Esa pregunta apuñalaba mi cabeza. ¿Cómo era posible que en casi nueve horas de vigilancia no hubiese podido ver eso que tanto atemorizara a los habitantes de este lugar? Ahí en la distancia solo se apreciaba la escuela vacía. Era evidente que el lugar estaba solo hacía rato; las familias habían huido. Cualquiera habría dicho que tenían algo mejor que hacer en otra parte, pero la realidad es que este lugar no los quería. Ni a ellos, sus antiguos habitantes, y, según comprendo ahora, tampoco a mí.

La naturaleza había callado completamente, incluso me sorprendió ver el agua caer de la cascada sin hacer

ni el más mínimo ruido. El silencio entumecía mis sentidos. Solo mi piel reaccionó y fue para ponerse como la de las gallinas que han perdido en el vagar sus plumas. Caía la tarde y yo sin éxito ya estaba dando por terminada ese día mi expedición.

Luego un viento frío sopló de sur a norte y en esa misma dirección apareció en el río otra canoa, esta vez con dos hombres a bordo. Por las hachas deduje que eran leñadores y pensé que iban a cortar árboles justo en ese paraje donde me había pasado todo el día esperando.

Me anticipé a saludar, ellos saludaron también y acto seguido les pregunté si iban a talar allí, señalando con un gesto de mi boca la selva que tenía en frente.

—No, compadrito, allí nadie corta ni una hoja porque Él no deja —contestó el más joven, mientras con su mano apuntaba a una palmera repleta de cocos. Estas palabras fueron suficientes para que el compañero de canoa le diera una palmada en la espalda que lo obligó a callarse.

Volví a preguntar:

—Hombre, compadrito, y ¿cómo así que esa palmera no deja?

Esta vez respondió el otro, quien con voz entrecortada dijo:

*Contaban los viejos antes
Pa' asustá a los pequeñitos
Largas historias del coco
Un espanto maldito*

*Y si vos queré saber
De dónde viene el hechizo
Contarte quiero ahora
Cómo fue que eso se hizo
Y es que dios así lo quiso
Que de la tierra saliera
Fue sembrada una palmera
En una muerta criatura
Vea usted la desventura
Que contaban los viejos antes*

*Cuando la gente ignorante
Dañar la tierra quería
Emanando de la nada
El espanto aparecía
Diga usted que no sabía
Eso a él no le importaba
Si su cara usted miraba
Mejor que muerto se diera
Se encontró la calavera
Pa' asustá a los pequeñitos*

*Ayayay mi dios bendito
Gritaban los abuelos
Si su nombre pronunciaban
Les sobrecogía miedo
Cree usted que yo quiero
Que él se aparezca ahora
Allá arriba una señora
Pa' matarlo tiene el truco
Dicen que con un bejuco
Largas historias del coco*

*Por eso es que poco a poco
Le recomiendo se vaya
Deje atrás el curioso
Párese por otra raya
Tire lejo su atarraya
Que pa' morí sobra tiempo
Váyase mejor contento
Que con vida ya está ganó
Yo le recuerdo hermano
Es un espanto maldito.*

Con esas palabras se despidieron los señores y yo me quedé pensativo: un espanto maldito, nacido de una palmera que fue sembrada donde habían enterrado a un niño. Me daba pavor pensar en el resto de cosas. Sin embargo no pude olvidar lo que había dicho sobre la se-

ñora que tenía el truco para matar la criatura, así que fui río arriba a buscarla. No fue difícil hallarla porque era la única mujer que había por los alrededores. Me deslumbró su belleza. No pensé encontrar a alguien así en aquel lugar. Sus ojos eran de un azul eléctrico y medroso. El pelo tenía esa forma circular que tienen los árboles frondosos abultados por muchas hojas. Era negro además, así como su piel que estaba desnuda hasta el torso donde se podía ver la firmeza de sus senos que inevitablemente provocaron en mí un evidente deseo sexual. Me reprimí cuando sentí mis ojos invadidos por los de ella.

Para disimular mi fascinación le pedí que por favor me contara la historia del que había nacido de una palmera y no dudó en relatarme una parte de ella: *“eje epanto se llama El coco y mata a los que dañan la sevva. Dicen loj que saben que ante de volverse epanto, era un pequeño niño que jembraba el campo con su madre y que unos jeñores de ojos azules que cortaban madera y se llevaban el oro; violaron y mataron a su mamá, y dije que al jovencito lo enterraron vivo pa’ que nadie sospechara, ahí donde dejaron al niño luego sembraron una parma e’ coco... Yo esta histodia la he conta’ un poco e’ veces y si quiere sabe ma’ me tiene que pagá con plata, porque de eso e que yo vivo, de conta’ esa histodia”*.

Como yo no tenía plata la señora no me quiso contar más sobre el espanto, así que, aunque ya estuviera muy oscuro, decidí regresar al pueblo. No había avan-

zado mucho por el camino cuando de repente el espanto se me apreció y me golpeó todo el cuerpo. Luego me sentenció a quedar atrapado para siempre en este lugar y me convirtió en esto que ves, un pájaro blanco. Así he vivido los últimos once años de mi vida.

Le dije al ave que me llevará donde la señora, que yo pagaría para que nos contara el resto de la historia. Volamos entonces hasta ese paraje de la montaña donde ella vivía.

Le di la moneda de plata y así pudimos escuchar el final de la historia. Según la señora, la única manera de matar al coco era logrando que un pájaro carpintero perforara la quinta cabeza del espanto y a continuación, por el agujero, debíamos verter el agua amarga que salía de un bejuco llamado zaragoza. Sabiendo el secreto nos fuimos en busca del mentado bejuco amargo que crecía silvestre en la cascada que nutría el río. Preparamos el zumo con la savia extraída de uno de los sarmientos de la planta. Luego buscamos la ayuda del pájaro carpintero, quien accedió a colaborarnos con facilidad.

Estábamos listos.

En la cueva, sin embargo, no vimos al espanto; allí solo estaba el libro. Lo guardé sin abrir la bolsa que cargaba. Dimos vueltas en el interior de la caverna y al ver que no aparecía el Coco comenzamos a mentar su nombre sin parar. Así, después de unos minutos, teníanamos frente a nosotros a la criatura que, sin darnos

tiempo de reaccionar, comenzó a agredirnos; primero al ave, lastimando una de sus alas, lo que le impidió volar muy alto. Yo intenté distraer al espanto. Me puse justo frente a él y de nuevo el Coco me tomó entre sus ramas, presionando mi garganta hasta dejarme casi sin respiración. Mientras tanto el carpintero picoteaba la cabeza del Coco, la quinta.

La horrible criatura se sacudía, una y otra vez, pero el carpintero no se le despegaba. El Coco me soltó para tratar de espantar al pequeño pájaro. El carpintero fue a parar al suelo de un palmetazo. El Coco comenzó a temblar y sacudió en círculos su cuerpo hasta hacer que del cielo inesperadamente llovieran cocos. Muchos cocos caían con rapidez y violencia, nosotros tratábamos de esquivarlos. Mi cabeza recibió varios impactos y el ave blanca otros tantos que la dejaron en el suelo casi muerta.

Desde el suelo, alcancé a sacar, del bolsillo de mi tula, el frasco que contenía el zumo del bejuco. El Coco alcanzó a ver lo que tenía dentro. Me levanté y el espanto vino hasta mí para golpearme con su ramaje. Ya no podía incorporarme. Risas macabras salían de su boca, luego alzó su voz para decirme un secreto que yo desconocía.

—Sabía bien que volverías, la naturaleza nunca se equivoca y hoy te volvió a traer hasta mí.

No sé a qué se refería. Pero volvió a hablar para explicármelo.

—Abre el libro que llevas en tu bolsa. —Volvió a decir mientras con uno de sus ramales castigaba la unión del carpintero a nuestro equipo.

Sin tardanza abrí el libro. Gran sorpresa me llevé cuando vi que en la primera página había una foto envejecida que parecía ser mía. Sin embargo estoy seguro de que no era yo. No podía serlo. Al pie de la foto estaba escrita una maldición y el nombre... el nombre de mi tatarabuelo: “maldito serás tú y los tuyos por dañar la tierra. Malditos los que siembran niños y se llevan el oro. Morirán como mataron. Malditos ustedes los ojos azules”.

Ahí comprendí por qué soñaba lo que soñaba. Mis familiares nunca me contaron sobre el origen de nuestra riqueza. Al aparecer querían dejar todo atrás, en el olvido.

Sin oportunidad de defenderme de la historia escrita, el Coco volvió al ataque, esta vez lastimando mis piernas. Por suerte, el ave blanca acudió en mi ayuda y a picotazos rechazaba los ramales del Coco. Mientras tanto el carpintero lograba llegar hasta la quinta cabeza y martillaba ahora con más fuerza... la gran ave blanca se sumó también a esa tarea. Eran dos picos contra la quinta cabeza del Coco, abriendo en ella una cavidad. El espanto se sacudió, esta vez con mayor violencia. Un ramal logró impactar nuevamente a las dos aves que al suelo fueron a dar.

El Coco también cayó al suelo, justo a mis pies, adolorido y picoteado. El agua comenzó a brotar de la cabeza del Coco, agua que mojó al ave blanca y la convirtió otra vez en un ser humano normal. Esa era mi oportunidad. Abrí el pequeño frasco y dejé correr el zumo de zaragoza en el interior de la cabeza del Coco, que comenzó a retorcerse, hasta que se quedó inmóvil, derrotado. De repente su forma de palmera comenzó a desaparecer y, en un instante, se hizo más y más pequeño, con forma circular. Ahora ya no tenía nada de humano. Era solo un coco. Un simple coco al que le habíamos metido el agua. Lo tomé en mis manos y lo metí a la bolsa en la que cargaba el libro.

Ahora estamos aquí, escribiendo unas nuevas páginas que esperamos cambien la historia que nosotros, los ojos azules, dañamos. Páginas que sellaremos con la última moneda. La de oro, porque por oro comenzó esto y con oro terminará.

ISBN: 978-958-56246-0-3

METIÉNDOLE EL AGUA AL COCO

© **Víctor Manuel Rengifo (Quibdó, Chocó)**

Narrador y cuentista. Docente de lengua castellana en un colegio del municipio de Istmina.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© **MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS**

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional
Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete
www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Yair André
Cuenú Mosquera

RENACIMIENTOS



MENÚ



I

La primera vez nací muerta en el vientre muerto de una negra recién muerta. A mi madre se la llevaron a mar abierto, atravesando la bocana y esperando a que la marea estuviera alta y sus aguas enervadas para que no quedara rastro, como si sobre el mar se pudieran dejar huellas. Allá, en una tarde que en principio fue soleada, le dijeron que era una bruja maldita y que por ella, por su culpa, los peces se estaban muriendo y las familias estaban pasando hambre. Creyentes del cielo no sabían nada de derramamientos de aceite ni imaginaban que otro ser humano, en otro sitio, pudiera

causar tal contaminación. Mi madre era la adivinadora del pueblo y pasó de ser la señora a quien se consultaba para saber con quién se acostaban los maridos de las señoras, a convertirse en la que se acostaba con todos, según aquellas. Quedó sentenciada por el rumor, el más efectivo de los verdugos. Una madrugada, poco tiempo después de aislarnos por completo y prácticamente condenarnos a morir de hambre, se metieron a nuestra casa y con las mismas velas con que ella honraba a Obbatalá, mi Padre, los vecinos empezaron un incendio que dejó a mi madre con los pies enterrados en el barro frente a la casa, viendo cómo las llamas lo consumían todo mientras la gente murmuraba cuán merecido nos lo teníamos. Mi madre cargaba entonces conmigo en su hinchado vientre.

La amarraron y, entre escupitajos y cientos de insultos, la condenaron al destierro, a morir en altamar. Dos tipejos aceptaron treparla en una lancha. No dejaron que los niños del lugar nos vieran y, mientras nos arrastraban hacia el muelle, se oían los portazos y las ventanas que se cerraban. Allá en altamar los muy justos le preguntaron a mi madre por un último deseo, tal vez porque lo habían oído en algún cuento, y ella pidió que le dejaran ver a su criatura nacer. Creyeron que era mucho pedir. A cambio ofrecieron concederle la gracia de la vida a esta que

está contando. Antes de que ella musitara palabra alguna le cortaron la cabeza con un machete mogo- so que habían tomado de nuestra casa, pues así es como se mata a una bruja negra en el Pacífico, o eso decían. Antes de tirar el cuerpo al mar, me sacaron de una patada de su vientre. Yo estaba muerta. La tarde se oscureció. Un aguacero infernal hundió la lancha. Quizá mi padre se abanicó entre las nubes. Él había destinado para mí una vida, vida que yo no le pedí pero mi padre así lo quiso; mi espíritu fue repartido por el mar Pacífico, con cada pedazo de mi cuerpo nonato.

Parte de mis bracitos se los tragaron los peces, algunos pedazos de mis pequeños pies quedaron dispersos en los corales y mi cabeza, o lo que quedaba de ella, fue a dar a una playa cerca de la isla de la Diosa de Siete Cabezas. En la orilla se la repartieron los cangrejos, las hormigas y hasta un enorme pelicano que vino a llevarse un ojo que apenas se formaba en lo que no había llegado a ser ni un intento de rostro. Mi cabello se lo tragó la tierra y se abrazó a las raíces de los árboles que crecían. Ahora yo soy todo, estoy en todo aquello que puedas mirar. Puedo volar, nadar y caminar. Protejo lo que existe, la naturaleza y la gente. Es mi momento de nacer, por segunda vez, pero viva.

Los vecinos vivían al borde de la orilla del mar. Sus casuchas habían sido construidas con madera y en cada esquina dejaban ver una amarra. No tenían mucho pero sí lo suficiente. No escaseaba, bastaba con lo que había. No se engordaban, comían lo suficiente. Todo era justo, preciso, suficiente. Corrió el rumor de que vendrían unos hombres en un barco para botar un aceite contaminante. Ante esto habían decidido consultar a la bruja que sabía el destino. Años atrás, siendo ese un lugar en el que cada quien llegaba y levantaba su casa, había arribado una extraña joven. Unos viejos decían que había salido del mar una madrugada, pero nadie podía precisar su origen. Era perceptible un halo de misterio que provocaba una mezcla de atracción y temor, sensación que aumentaba gracias a una pequeña cruz de madera enterrada frente a su casa y a la que se veía atada lo que parecía una linda muñeca negra.

Un día, mientras jugaban todos en la playa, ella les gritó desde la puerta de su casa: “¡Éntrense, que se viene una ola que va a tapar todo!”. Aunque la habían olvidado, fueron los viejos los primeros en entrarse a sus viviendas, seguidos de los demás. Horas después el miedo se encerraba en las casuchas que soportaban el embiste de una gigantesca ola. Desde aquel momento empezaron a consultarla.

Cuando pudieron salir de sus casas nuevamente le llevaron obsequios de agradecimiento a la recién llegada. Alguien se atrevió a preguntarle cómo sabía que vendría esa gigantesca ola y ella les contó que era la hija de un Dios y que su madre había sido despedazada en mar abierto. Eso bastó para que se esparciera el rumor de que era una bruja y que más valía guardar cierta distancia. Sintió tristeza. No podía mentir y su verdad atemorizaba a las personas. Pese a ello sus advertencias no cesaron. Las personas querían cada vez más y cuidaban menos lo que les rodeaba. No bastaba con pescar lo suficiente sino que era necesario que sobrara un poco, después no servían un par de butacos, pues había que tener madera en casa aunque se pudriera. Ella se asomó a la puerta de su casa una vez y les gritó: “¡Están abusando de la madre tierra, no corten más de lo que necesiten, no pesquen más de lo que necesiten, no cacen más de lo que necesiten!” Esta vez las mujeres no hicieron caso pues estaban convencidas de que ella correspondía al deseo de sus maridos. La abuchearon y empezaron a matar cangrejos solo para tener algo que arrojarle a su puerta. Una lluvia de crustáceos y piedras le cayó encima.

Mientras arrojaban cosas no se dieron cuenta de que una gigantesca embarcación se asomaba en el horizonte. Cuando la nave llegó a la orilla, unos hombres desembarcaron y con sus armas empezaron a

asesinar a todos los que tuvieron a su alcance. Los invasores no tuvieron piedad, y tras saquear las viviendas, las quemaron, como hicieron con el poco bosque que quedaba. De los manglares salía una humareda y los árboles que aún se mantenían en pie fueron cortados. La última casa que quedaba por asaltar estaba en la cima del poblado: allí vivía ella, la bruja. Cuando llegaron, la mujer salió a la puerta, totalmente desnuda y con los ojos en blanco. Varios hombres se abalanzaron sobre ella, deseosos de saciar sus apetitos. Sin embargo, en ese instante los cangrejos que estaban tirados en la puerta recobraron la vida y crecieron hasta alcanzar el tamaño de un hombre. Las cabezas de los invasores rodaron por el suelo bajo la presión de las tenazas de esas criaturas y finalmente un ejército de perros cangrejeros rodeó a los hombres. Todos los que intentaron huir sucumbieron en las fauces de estos animales fabulosos.

El aceite que traía la embarcación ennegreció las aguas. Los que se habían escapado presenciaban aquel espectáculo desde la orilla y, atemorizados, no daban crédito. Ella se acercó al mar y en el instante en que tocó las aguas negras, la mujer se convirtió en un pez de tamaño humano. Se sumergió y empezó a tragar toda la negrura de la orilla. Veía cómo los peces muertos flotaban y tragaba con mayor velocidad, casi con desespero. Su estómago se inflaba y ennegrecía. En

tanto tragaba la negrura de las aguas, mayor era el tamaño de su panza. Estaba a punto de estallar cuando terminó de tragar todo el aceite del mar y las aguas quedaron cristalinas.

Arrastró su hinchado cuerpo de pez hacia la orilla nuevamente y, en el instante en que salió del agua, empezó a retornar la figura humana. Su panza parecía repartir la mancha negra por todo su cuerpo mientras se desinflaba. Quedó negrísima, cual alquitrán. Lentamente regresaban los pocos que habían quedado con vida y, lejos de agradecerle por lo que había hecho, la señalaron como la responsable de todos los males y la obligaron a huir entre lo que quedaba del que fuera un frondoso bosque. La perdieron de vista. Aún dicen que cada vez que una persona corta más madera de la que necesita o pesca más de lo que requiere, se aparece esta bruja en diferentes formas. Algunos le han llamado “El Riviel”, y dicen haberla visto en la Isla Gorgona, en San Cipriano, cerca al río Atrato en Quibdó y hasta en las carreteras de Tadó.

Cuentan así que a Chico Pérez llegó una mujer negra como el alquitrán que acaba de salir del Océano Pacífico. Fueron los niños, encabezados por la pequeña Nicolth, voz del grupo, quienes dijeron haberla visto salir de ahí, del mar. Venía desnuda y con el pelo chamuscado, como si el agua hubiera estado hervida o ella viniera de una quemazón. La mujer les preguntó por

el hombre más viejo de Chico Pérez. Ellos la llevaron a la casa de éste, quien se asustó mucho al verla, y gritó: “¡La tunda, la tunda!”. Ante sus gritos los niños salieron corriendo y el hombre más viejo del lugar cayó al piso. La mujer se metió rápidamente a la casa de este y se encerró. Como pudieron recogieron al viejo y lo llevaron a la casa de la profesora. Allí el hombre se despertó muy asustado, diciendo que no esperaba ver a ese espanto a la edad que tenía. Que la había visto cuando estaba pequeño, que debía de ser la hija de la mujer a la que sus abuelos habían llevado al mar, que era idéntica.

El hombre más viejo les refirió la historia que le había contado su abuela, el cuento que explicaba quién era ella. “No pensé que llegaría a contar esto pero era cierto, mi abuela nunca me mintió. Vi pasar a su madre, aquella que llevaron a mar abierto, atravesando la bocana y esperando a que la marea estuviera alta y sus aguas enervadas, para que no quedara rastro...”. Contó lo que le habían contado y nunca había conseguido olvidar ese rostro. El rostro del Riviel, el rostro de la Tunda, de la mismísima Madre de Agua, de la Madre-monte. El viejo tomaba agua temblando.

Todos estaban muy atemorizados y le preguntaron qué podían hacer. Él recordaba que su abuela le había contado que si algún día reaparecía, tendría que llevar ante ella al primer niño que la hubiera visto para que

le pidiera que se fuera. Que ella hacía caso a los niños, que a los niños los quería porque veía en ellos a la hija que no la habían dejado ver nacer. Entonces preguntaron quién había sido el primero en verla y todos los niños dijeron que había sido Nicolth.

El viejo le pidió a la niña que se acercara a la mesa en la que lo habían tumbado. “Vas a tener que hacerte cargo”, le dijo.

Nicolth, llena de valentía, asumió la responsabilidad y un rato después se plantó frente a la entrada de la casa de la bruja. Apenas se abrió la puerta, la niña entró a la casa. Todo Chico Pérez estaba expectante. Luego de unos minutos, salieron las dos de la casa y Nicolth la traía del brazo.

Fue un día inolvidable en Chico Pérez. Hicieron un partido una contra una. En un lado Nicolth y en el otro la bruja. Cuando empezó el picado los únicos espectadores eran los niños, que ya no tenían miedo. Gritaban y aplaudían las jugadas de ambas. Nicolth gambeteaba a la bruja, quien sonreía por vez primera. Poco a poco, los mayores se fueron acercando. La niña era un prodigio, gambeteaba y marcaba goles. La bruja no se quedaba atrás, aprovechaba su estatura para proteger el balón. Y jugaron así durante todo el día hasta que oscureció. Las gentes encendieron velas para iluminar un poco el lodazal y, sin darse cuenta, llegó un momento en que la penumbra fue tan profunda que parecía que

Nicolth tan solo jugaba con su sombra. No se veía nada pero se oía el balón correr y los pies que lo golpeaban. Tras un grito de gol que se elevó cerca de la medianoche, cayó un torrencial aguacero, un diluvio como no se había visto nunca en Chico Pérez. Todos corrieron a refugiarse en sus casas.

A la mañana siguiente, el brillo del sol dejaba ver un verde césped en la cancha y los otrora árboles secos estaban llenos de flores y sus hojas rebosantes de vitalidad. Cantaban pájaros que tan solo el más viejo del lugar había oído en su niñez y el mar estaba tan limpio como en el primer día de la Creación. Pero lo que más llamó la atención de todos, fue una bella muñeca negra que estaba atada a una cruz de madera que había sido enterrada en mitad de la cancha. El más viejo se acercó y, antes de tomarla, murmuró algunas palabras en una lengua desconocida para todos. Luego pidió que llamaran a Nicolth de nuevo. La niña aún dormía en su casa. Cuando la trajeron traía su cabello prieto alborotado y las marcas de la cobija en su rostro, lo que provocó algunas risitas de los niños. El más viejo se arrodilló ante ella y pidió a todos que hicieran silencio. Nicolth contó que, con la llegada del aguacero, aquella mujer le había dicho: “mi tiempo ha concluido”. Y que mientras todos corrían hacia sus casas, la mujer en cambio se había dirigido hacia el mar. Todos miraron al viejo, quien dijo: “es tu destino, y no puedo pasar las

páginas de una vida que aún no has vivido”. Y dicho esto, le entregó la muñeca diciendo: “toma, es para ti. Llegará el momento en que entiendas qué hacer con ella”. Luego se puso de pie y gritó: “¡Ashé pa ti, ashé pa mí, ashé pa todos!”.

El más viejo del lugar les dijo lleno de lágrimas que habían sido perdonados por los dioses, que ya los habían liberado de la condena por lo que habían hecho y que ahora debían cuidar de la naturaleza tanto como si se los hubiese encomendado el padre celestial. La gente se puso tan contenta que todos decidieron pintar las casas, recoger las basuras, volver a sembrar en sus patios; Nicolth se llevó la muñeca a casa y regresó con el balón. Chicos y grandes invadieron la cancha y la algarabía no se hizo esperar, se pasaron la hermandad untados de barro y la dicha arribó vestida de uno y otro gol.

III

–¡Quedé, quedé en la Univalle!

–Estoy muy orgullosa de usted mija. Eje e’l sueño que io siempre tuve pa’ usted que e’ taan inteligente. Que mi Dio’ me la bendiga y me la guarde ¿oyó?

–Nombre de Dios, mamita.

–Dio’ me la bendiga, mami.

Llegó a Cali. De esta ciudad siempre escuchó que era la capital del Pacífico colombiano. Que encontraría una mezcla entre las distintas costas de la región, pero que, curiosamente, era una ciudad sin costa. Elijió estudiar Ingeniería Ambiental. Desde el principio se mostró muy interesada en comprender los procesos de las comunidades negras, como la suya. Una joven delgada, con cuerpo de atleta y una anécdota que le encantaba contar: “Cuando yo estaba pequeña jugué fútbol con una bruja”. A algunos les parecía una graciosa anécdota de la negrita y a otros, pura imaginación de campesinos. Como los que vienen de municipios recónditos de la geografía Pacífica, fue a templar al Distrito de Aguablanca, en una habitación que le alquiló una amable familia que tristemente había perdido a su hija en un accidente. “Te pareces tanto a mi Liby”, le dijo la señora de aquella casa cuando aceptó arrendarle la habitación.

Y así fue como aprendió a conocer Marroquín, la Comuna 14, la 13, la 15, la 21... después con los compañeros de la universidad se metió a Siloé, la Estrella, la Nave. Combinaba sus estudios en ingeniería ambiental con un fuerte activismo social. Era una mujer muy impetuosa y segura de sí misma y, aunque le dolían muchas de las cosas que le pasaban cada día, nunca agachaba la cabeza. Al llegar a casa, en su habitación le contaba a su diario que se había visto obligada a

enfrentarse con un grupo de negros en la Universidad, quienes la habían tildado de negra falsa solo porque estaba enseñándoles a unas chicas blancas a cultivar unas plantas que se daban en su tierra.

A veces, cuando se quedaba dormida, sentía que alguien se sentaba a su lado en la cama y acariciaba su rostro. Al principio sentía mucho miedo y luego empezaba a imaginar si podía ser la bruja con la que había jugado fútbol o si era la chica que solía vivir en su habitación, y de quien había visto algunas fotografías en las que aparecía hermosa y joven, con una bella sonrisa blanca que daba brillo a su rostro. Decidió escribirle a su abuela, contarle cómo estaba todo. Contarle que Cali era calurosa y la gente caliente. Que eran amables y racistas; le decía que era una ciudad mojigata y con doble cara; que un día podía abrirte las manos y darte un abrazo, y al siguiente, con esas mismas manos querer asfixiarte.

Su abuela ya solo podría contestarle en sueños porque, a la vuelta de su carta, le enviaron otra en la que le contaron que la señora había muerto recientemente, pero que siempre hablaba de lo feliz que la hacía saber que su nieta estaba cumpliendo su sueño, y que, aunque Nicolth no lo creyera, su abuela había fallecido con una sonrisa y muy tranquila. Esperaban que ella supiera tener la misma calma para aceptar la pérdida. Por todos era sabido que ella le había hecho una

promesa al más viejo del pueblo, antes de irse a Cali. Y aunque nadie sabía qué era exactamente, siempre se lo recordaban.

“Lo que te dijo la Tunda e’ que te va’ morí viniendo ‘e Cali por otra muerte. Naciste con la luna d’ella, la muerte e’ la dueña e’ tu vida. No le cuentes a nadie porque viene ma’ rápido. Ella va’ llamá, ¡Nicolth, no vengá a Chico Pérez! ¡No vengá, Nicolth!”, le había dicho el más viejo. Pero su sentimiento pudo más que su propio deseo de ser fiel a su palabra, a sabiendas del riesgo que representaba no cumplir la promesa. El fin de semana después de recibir la carta empacó maletas y, desoyendo las advertencias de la dueña de la casa, que decía tener malos presentimientos, se enfiló para su pueblo con la clara intención de ver a los suyos y acompañarlos tras el fallecimiento de su abuela. Entonces no pudo asistir al debate en el que tenía pensado participar con el discurso que había escrito, que seguía revisando, que quería compartir. Ya no podría ayudar a la señora de la casa en la reunión con las mujeres de Marroquín en la que irían juntas a construir las primeras azoteas en zona rural de Cali, por la Buitrera de Pance. No alcanzaría a ir ese fin de semana con el chico de literatura a enseñarle a comer pescado en la galería de la Alameda. Su abuela había muerto y su corazón y su emoción podían más que sus compromisos en la agenda.

Llegó a la terminal de transportes y tras esperar por largo rato emprendió un viaje en el que nunca se sintió tranquila. Al descender del vehículo, cerca al muelle, se acercaron dos tipejos por la espalda y le apuntaron con un arma diciéndole que siguiera como iba, que qué creía esta perra, ¿que nunca la atraparíamos o qué? Que de cualquier manera ya le había llegado su hora y que el que se metía con ellos ya sabía cómo era la vuelta. Que al patrón no le gustaban las brujas, y que la hijueputa maricadita con las muñecas y las cruces ya se le había acabado. Que si por ellos fuera, hace rato le habrían pegado un tiro y suerte, pero que el patrón había dicho que a las brujas había que pelarlas en el mar, y que ya no se hiciera la marica que sabía que le iban a cortar la cabeza. Que siguiera tranquila, mami, sin hacer ruido. Ella no sintió temor, fue más como una premonición y ahora el calor de su abuela se hacía perceptible.

La montaron en una lancha y se fueron con ella. La perversión inundó su cabeza. Vos estás muy rica pa' pelarte así como así, caminá te mostramos lo rico de la vida pa' que no te vayás sin probar. Desviaron el camino y llegaron a una playa sucia horas después. La ataron a un árbol y la violaron tantas veces como pudieron. La sangre que brotaba de su cuerpo fue absorbida rápidamente por la arena. Había perdido ya la sensación en su cuerpo. La bruja con la que jugara

alguna vez apareció frente a ella y puso la muñeca en su vientre. Solo ella la veía. Sonrió, ambas lo hicieron. Su vientre se empezó a hinchar. Como si de una señal se tratara, la montaron de vuelta a la lancha. Seguía hinchándose. Asustados, se apresuraron por llegar a mar abierto. El vientre estaba a punto de reventarse y, llenos de miedo, decidieron cortarle la cabeza con un machete mogoso. El mar se hizo remolinos y destruyó la lancha, tragándose a los tipos con toda la fuerza de sus embravecidas aguas. El vientre se reventó. Yo estaba muerta. Como la primera vez, nací muerta en el vientre muerto de una negra recién muerta.

ISBN: 978-958-56246-1-0

RENACIMIENTOS

© Yair André Cuenú Mosquera (Cali, Valle del Cauca)
Estudiante de Literatura en la Universidad del Valle. Egresado
del SENA en Producción Audiovisual y líder social.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del
proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como
parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades
afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de
REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa
del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y
Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017





Yijhan Rentería Salazar

**MI ABUELA
RITA**



MENÚ



La casa se había hecho pequeña para las seis personas que ahora vivíamos en ella. Fue mía la idea de alargarla tres metros hacia el patio trasero, una solución con la que todos estuvieron de acuerdo. Y las cosas habrían sido perfectas de no ser por el asunto del limonero de veintisiete años que se aferraba al suelo a diez pasos del final de la casa.

—Hay que cortarlo. No puede quedarse ahí —dijo mi madre mientras el jornalero que habíamos contratado observaba la situación a la espera de la orden para tirarlo abajo.

Dejé la decisión suspendida mientras entré a la cocina a tomar café. Ese limonero, el árbol de chirimoya

que mi madre ya había mandado a cortar y el aguacate que el vendaval de junio pasado arrasó desde las raíces habían sido sembrados por mi abuela. Eran mi forma de mantenerla viva tras seis años de muerta. Caminé de nuevo hacia el patio entre la indecisión y el hastío del café, demasiado dulzón para mi gusto. A mitad de camino, como por efecto de un interruptor, se encendió en mi cabeza la solución.

—¿Podemos trasplantarlo, don José? —pregunté. Su cara revelaba la dificultad del asunto.

—Es muy grande, y con esas espinas es muy duro moverlo, lo chuza todo a uno...

—¿Y si le ayudamos?

Mi madre, seducida por la idea de que el árbol sostendría el terreno, se unió al pedido. El hombre aceptó sin remedio trasladarlo al final del erosionado del patio. En las últimas dos décadas las fauces de un precipicio le habían robado cinco metros al terreno.

Con cada palada de don José para agrandar el orificio donde lo plantaríamos se ensanchaba en mi cabeza la memoria de mi abuela Rita. El perfume de la tierra mojada; el machete clavado en el suelo y la taza con restos de café sobre el tallo trunco del chirimoyo disparaban el recuerdo. Vino a mí uno de los tantos días en que la acompañé a cuidar el patio de una de las casas que ella misma levantó para sus hijos. Un colchón de hojas secas se extendía en el lugar.

El amarillo de las guayabas dulces y agrias resaltaba entre la hojarasca. Hacia el final del patio, cerca de la quebrada, un par de guanábanos habían madurado sus frutos. En los costados comenzaban a crecer los racimos de bananos y primitivos. Mi abuela rió al ver todas las papayas agujereadas por los pájaros. Mientras surcaba y resembled algunas plántulas recordó a Francisco, el padre de sus segundos mellizos:

—Era un pendejo, un vendido... Uno a veces se arrepiente de juntarse con cierta gente —dijo—. Me mantuvo cansada hablándome siempre de las correrías del papá y sus amigos gringos, unos tipos que llegaron al Chocó buscando oro como en 1919. El viejo les facilitó todo: habló con el intendente, les prestó un rancho para quedarse y hasta les hizo de mandadero. Al año empezaron a hacer plata y le dejaron de hablar; nunca le pagaron. En esa pobreza nació Francisco, en el 22, hija. Pero él se vanagloriaba diciendo que su papá fue muy amigo de los gringos de la Chocó Pacífico. Dígame si no era un pendejo. Me acordé de él porque a veces, estando yo en Buchadó, limpiaba el patio así como ahora, y Francisco, en vez de ayudar con el azadón o el machete, contaba las historias del papá y sus amigos gringos, como si eso fuera mucha cosa. También me echaba piropos de lo bonita que tenía la espalda, de lo lisa que era mi piel. Era un baboso —terminó esa vez, mientras hacía un no con la cabeza.

A Francisco lo había conocido por puro azar en el 54, durante las fiestas de Bebaramá. Él aguardaba en el muelle mientras ella desembarcó tan desprevenidamente que le pisoteó la maleta. Se apresuró para reclamarle, pero cuando quiso balbucear la primera palabra, ya Rita había liberado su carcajada. Él pronto advirtió la gracia con que se le movían los hombres al compás de la risa; rió también y le extendió la mano para ayudarla a enderezarse. No se embarcó.

En la noche, decidido a verla, llevó puestas todas sus alhajas. Cuatro anillos en la mano derecha para darle el saludo y uno en el dedo índice de la izquierda por si debía señalar algo. Aunque Francisco bebió durante toda la fiesta, la ira le impidió emborracharse. Fue solo uno de los muchos parejas con los que ella bailó esa noche. La conversación fue tan escasa que apenas le alcanzó para saber su nombre y que tenía tres hijos. Sobre la media mañana se arrepentía de no haber zarpado Atrato abajo, estaría cortando madera en Cacarica y no aquí mordiéndose las tripas de la rabia. Era jornalero de una empresa renombrada que llevaba maderas del Chocó para fabricar muebles y contrachapado a la capital del país.

Mi abuela me contó que dos días después se encontraron en el río y él no vaciló en reclamarle. Ella le aclaró que había ido a pasar las fiestas con su familia, por eso había bailado con sus primos y no con

él, no era para tanto. Para finales de junio, con el asunto olvidado, el enamoramiento era evidente. Él subió un par de veces a Quibdó para verla. Pasaban juntos tanto tiempo como la geografía y sus vidas ocupadas les permitían.

Entre ir y venir por el río los amores se hicieron fuertes y seis meses después, en navidad, mi abuela Rita y sus tres hijos se embarcaron hacia Buchadó, donde Francisco vivía solo con su mamá, quien sin miramientos le reprochaba en voz alta haberse juntado con una madre de tres hijos que no eran suyos. Él pasaba los días cortando madera río abajo y regresaba cada fin de semana. Para Rita fueron tiempos difíciles junto a su suegra. Por instantes recordaba las advertencias de sus primos y sus intentos de persuadirla de no irse a vivir Atrato abajo. Le contaban historias de muertos que bajaban descompuestos por el río; champas atacadas por la chusma que disparaba contra cualquiera y caseríos desocupados por los bandidos en un solo día. Le quitó el sueño la historia de un matrimonio que se celebraba con una balsada cuando llegaron los chusmeros y se llevaron al novio. Le contaron la leyenda de uno de ellos que asesinó a un recién nacido con su bayoneta y días después corría loco por las orillas diciendo escuchar el llanto de la criatura. Aunque no tuvo que ver esos horrores con sus propios ojos, vivir con

su suegra Amanda era suficientemente tortuoso: le restringía el uso del fogón, el agua azufrada para beber, el petróleo para las lámparas y los momentos de risa con los niños.

La casa era fresca y espaciosa, cabían todos con holgura suficiente como para evitar ver a su suegra de rato en rato. Atrás, a la distancia de cuatro escalones de madera, se extendía el mar de tierra que era el patio, sembrado hasta donde alcanzaba la vista. Para mi abuela, la siembra era consuelo y refugio. Plantaba hierbas aromáticas para las comidas, caña agria para los rebotes de lombrices de sus hijos, amansajusticia y dormidera para aplacar a la vieja Amanda, sauco y escancel para refrescar a Francisco a su regreso y florales caprichosos que escupían al suelo los capullos sin abrir.

Poco después de llegar, la rutina de sobrellevar a su suegra, cultivar sembrados que no eran suyos, cuidar de sus hijos y recibir el pescado que su marido mandaba desde río abajo, había empezado a hartarla. Le pidió a Francisco que la llevara a su trabajo, quería ver ese lugar que él le había descrito como gigantesco y difícil. Él se negó, no era lugar para mujeres; ella insistió la semana entera hasta que el hombre dejó de responderle. Aprovechó la oportunidad de su silencio y se apresuró a alistar todo para la salida. Una vecina solitaria con la que hizo amistad aceptó quedarse con los niños.

En el puerto, Rita se sentó junto a Francisco con determinación, aún no aclaraba el día cuando el sonido de la lancha se hizo cercano. Se puso de pie y fue la primera en subir, se sentó en la mitad de la embarcación y reservó un puesto para él.

—Estás tentando al diablo —fue lo único que dijo Francisco durante el viaje.

Mi abuela y yo habíamos terminado de limpiar la mitad del patio, ella hizo una pausa para erguirse. Con la mano izquierda sobre el palo del azadón y la barbilla sobre la mano, continuó:

—Cuando vi ese peladero, hija, sentí como un frío... Para donde volteaba se veían los troncos cortados de los abarcos. En un momentico cortaron cinco y seis palos... Le pregunté a Francisco lo que pasaba con esa tierra después y me respondió que cómo así, que qué iba a pasar, que nada, que eso quedaba así y que si iba a empezar a preguntar pendejadas me devolvía esa misma tarde. Esos corteros trabajaban duro: mientras los unos talaban los otros sacaban del camino los árboles más pequeños y así podían arrastrar los troncos hasta el canal que ellos mismos habían abierto para dejar entrar el río y sacar la madera en un planchón hacia el Atrato. El viernes de esa semana, antes de regresar a Buchadó, vi el canal por primera vez: había como quinientos palos balseando, ahí, muertos de verdad y Francisco me decía que eso

era poquito para lo que daba el monte. Los animales se buscaban otro lugar y eso era todo. Yo me preguntaba para qué tanta madera, como si fueran a construir un pueblo entero.

Mi abuela detuvo el relato mientras entramos a la casa, se sacó un cigarro sin filtro del bolsillo de la falda y se tanteó las trenzas buscando un fósforo, lo encendió frotándolo contra la piedra molendera, fumó un par de veces y se puso el extremo encendido dentro de la boca. Con el pasado removido entre las arrugas de la cara y luego de enturbiar el aire de la cocina con un humo denso, siguió hablándome con la dicción enrarecida por la candela junto a la lengua:

—Volví allá otras dos veces, la última fue en la primera semana de febrero del 57, la jornada era cada vez más adentro en el monte y se veían más animales enloquecidos buscando otro lugar para meterse. Ardillas, monos, pájaros, arañas, culebras; todos correteando el monte al igual que los corteros. Ese último día un cortero disparó dos veces con su escopeta. De entre las ramas vimos cómo un perezoso caía de una a otra tratando de sostenerse con uno solo de sus brazos. Cayó como anudándose varias veces sobre su propio cuerpo. Cuando estuvo quieto el hombre se acercó y lo sacudió del brazo poniéndolo boca arriba. Ahí estaban las dos crías mamando de la madre

muerta que todavía los abrazaba. Tu abuelo se rió y dijo: Vean este par de vergajos, y todos soltaron la carcajada. Cuando el planchón nos sacaba hacia el río yo iba pensando “este no es hombre pa mí”. ¿Qué hacía yo con un cortero?

—¿Y entonces qué hizo abuela? —pregunté.

—Nada, ya qué... Estaba preñada.

Con su tercer embarazo a cuestas Rita se alistaba sembrando nacederos cerca del agua. Le ayudarían a perder la panza rápido y a recomponerse tras el parto. Aunque crecían como maleza en orillas tranquilas ella decidió sembrar los suyos. Los puso en el hoyo mientras invocaba todas sus propiedades y les susurraba lo que quería de ellos. En eso estaba cuando una presencia extraña se le hizo cierta. Dio prisa al rezo. Si ojos traen... y puso un puño de tierra en el orificio. Si manos traen... y el sonido acelerado del agua le pareció más intenso... No me hagan daño, amén. La oración o la certeza le sacudieron el miedo. ¿Necesita algo?, preguntó sin darse vuelta. No, pero quiero saber qué hierba mala le estás metiendo a mi patio para dañarme los sembrados, le contestó Amanda. Mi abuela no musitó palabra.

Ella, que prefería aguantar a Francisco que a Francisco con su madre, no dudó en aceptarle la propuesta de irse a vivir con él a Cacarica. Sabía que lo vería apenas por las noches entre semana, cansado

con ganas de un baño y de dormir luego de la cena. Luego los viernes él subiría el río para estar con su mamá hasta el domingo. Disfrutaría de esa paz. Solo pidió que la casa tuviera sembrados, o al menos tierra. Cacarica era una vereda pequeña por donde pasaban hacia el Atrato chilapos de Turbo, tules de la frontera con Panamá, emberas de monte adentro. Había siempre con quien intercambiar una buena historia mientras los niños se acercaban discretamente, jugando a disfrazar su intromisión en las conversaciones adultas.

Sus hijos, que aún no tenían edad de ir a la escuela, se encariñaron con un par de perros sin doliente que Rita cebó con comida diaria y baños para extraer las garrapatas. Eran una caravana de cinco entre los caminos. Comían moras de monte durante los mandados. Chico y Rinti, como los llamaron, abandonaron el aspecto fantasmal de los primeros días para mostrar el brillo del pelaje café y negro en lugar de esa pelusa de misericordia que tenían antes. Ladraban enérgicos mientras jugueteaban con los niños frente a la casa.

Hubo tiempo seco entre marzo y abril. La subienda era abundante en el Atrato y en los ríos cercanos. Los niños se permitían la glotonería de iniciar una posta de pescado y pasarse a otra para probar distintos sabores. Las sobras eran arrojadas a las gallinas a la mañana siguiente.

El silencio sostenido de la Semana Santa se puso sobre los ríos, se suspendió la siembra, la caza y la tala en el monte. No se navegaba en los días santos y el olvido de ese detalle le significó a Francisco quedarse con Rita y no con su madre. No se lamentó, disfrutaba los momentos en que podía contemplar la enorme panza a contraluz. Una risa nerviosa se tomaba su cara cuando parecía ver olas bajo la piel de mi abuela. Fueron días calmos hasta que irrumpieron vientos bulliciosos que sacudieron los techos de las casas y levantaron objetos livianos del suelo.

Llovió sin pausa desde la noche del sábado hasta el domingo al mediodía. El río crecía aceleradamente. Todos sintieron miedo. El agua rozaba el tercero de los cuatro escalones de la entrada de la casa cuando Francisco le pidió a mi abuela recoger las sábanas, la ropa, las manoplas y los gorritos que había estado tejiendo para el bebé. El río subía entre las ranuras del piso de la sala y los niños estaban aterrados. Eva consolaba a Esteban, su mellizo tres horas menor; Marcos lloraba a gritos aferrado a las piernas de su madre, le miraba la cara tratando de evitar ver el agua casi en sus rodillas. Francisco clavó dos mesones de madera contra una esquina de la sala y sobre ellos una tarima de tablones gruesos. Allí subió a Rita y a los niños. ¡Chico y Rinti!,

dijo Marcos en medio de un llanto lastimero al percatarse de que habían dejado de ladrar.

Francisco, que sufría de asma, los había atado a los guayacanes de la puerta trasera. Con el agua a la cintura se movió por el pasillo, tomó una bocanada de aire, se sumergió, alcanzó una de las cuerdas y la haló un par de veces, la fuerza del agua ajustó el lazo hasta ahorcar a Rinti. La otra cuerda se había roto en la mitad. Los pequeños lloraron los nombres de sus perros hasta dormirse, casi flotando sobre la plataforma de madera.

Tres meses después, en su lecho de parida, Rita odiaba a Francisco como nunca antes.

Empezó a dejar de pensarlo mientras amamantaba a sus hijos en turnos cortos para sortear el llanto; cada uno en una teta por un rato, y luego a la otra en un malabar que a esas alturas conocía bien. Ella decía que de un seno le salía agua y del otro leche, si asignaba un lado permanente a cada mellizo, uno de los dos moriría lentamente de hambre. Dejar de amamantarlos era volver a la congoja.

Conservaba vivo el recuerdo de ese domingo de resurrección cuando las palizadas que los corteros lanzaron al río en el tiempo seco crearon un dique que estrechó el caudal con su maraña de troncos y ramas. El río se hizo una bomba de tiempo que explotó llevándose sembrados y potreros completos;

dejando a la gente sin techo y a sus hijos en duelo. Sus mellizos nacieron en Buchadó, en las manos inclementes de su suegra. Pasados los cuarenta días de guardar tras el parto, tomó nuevamente a sus hijos y navegó Atrato arriba hasta Quibdó. Desempolvó su casa y retomó su horno de panadería, su vida y su libertad con bríos renovados. Cinco bocas la querían fuerte.

Puse un puntal a un costado del limonero para darle equilibrio y soporte mientras rellenábamos el hoyo de resiembra. Don José con la pala y yo con las manos. Es un arbusto tan soberbio que lucía con cierta gracia la evidente mutilación de sus ramas. Pagué el precio; con los brazos lacerados por las púas y un hilo de sangre ya seca sobre la ceja derecha, di dos pasos hacia atrás para contemplarlo. Sin duda era como Rita, incólume a pesar de las heridas, de las pérdidas, de las mudanzas. Siempre se puede volver a echar raíces, dije alto en una fuga de pensamiento mientras veía todo con la opacidad de las lágrimas que no dejé salir. Un mar de imágenes recorría mi cabeza. La vi haciéndome sobijos para el dolor de barriga; la vi en una tarde caminando loma arriba con el machete en la mano derecha y su falda a media pierna donde empezaban las botas, siempre de medio luto resistiéndose al color; la vi detrás del humo del cigarro que fumaba sin pausa durante sus

faenas; la vi tejiendo trenzas en sus cabellos blancos; vi su gesto de fastidio cuando la llamábamos a comer; la vi amasando hierbas para limpiar el aura de la casa en los malos tiempos; la vi hablando sola entre las citronelas de un rincón del patio.

Ella, que dio vida en contra de la corriente, que paría mellizos en las orillas que arrastraban tantos muertos, que se unió a un predador de la selva y se resistió a él sembrando los caminos que recorrieron juntos; ella, que se murió tranquila cuando quiso, tomó mis manos y las llevó hasta el suelo del patio para poner más tierra a la raíz del limonero. En un momento quise llorar de nuevo pero me pregunté si Rita alguna vez había llorado por otra cosa que no fueran sus muertos. Me detuve. Volví a la cocina. El olor de la tierra revuelta colándose por la ventana era un bálsamo para mi alma que atravesaba las celosías arriba del fregadero. Colé la mirada varias veces para encontrar el limonero mientras desprendía lentamente con una ramita el barro de la suela de mis zapatos.

ISBN: 978-958-56246-2-7

MI ABUELA RITA

© **Yijhan Rentería Salazar (Quibdó, Chocó)**

Maestra en lingüística, autora de poemas, guiones de cortometraje, coordinadora de educación artística para la infancia y, recientemente, partícipe en la construcción del módulo Pacífico del Nuevo Diccionario de Colombianismos.

ISBN: 978-958-57636-9-2

© **MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS**

El Maletín de Relatos Pacíficos se realizó en el marco del proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, como parte de la estrategia de comunicaciones para comunidades afrocolombianas y del pueblo negro “El Pacífico habla de REDD+” a través del Diplomado Pacífico en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Luis Gilberto Murillo Urrutia, Ministro

Carlos Alberto Botero López, Viceministro de Ambiente

César Augusto Rey Ángel, Director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos

Rubén Darío Guerrero Useda, Coordinador Grupo Bosques

Diana Marcela Vargas Galvis, Coordinadora Nacional REDD+

Instituto Caro y Cuervo

Carmen Rosa Millán De Benavides, Directora General

Juan Manuel Espinosa, Subdirector Académico



Fondo Acción

José Luis Gómez R., Director Ejecutivo

Natalia Arango Vélez, Directora Técnica

Luis Germán Botero, Director Administrativo y Financiero

Sofía Cuenca Becerra, Directora Jurídica

Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”

María del Pilar Restrepo Orjuela, Coordinadora

Ivonne Mercedes Caicedo Perea, Enlace regional Pacífico

Cindy Alexandra Sánchez Rodríguez, Apoyo operativo

Coordinación editorial y creativa

Juan Álvarez

Juan Cárdenas

Elizabeth Valenzuela

Diseño

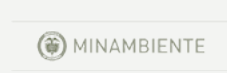
 Machete

www.estudiomachete.com

Impresión

Torre Blanca Agencia Gráfica

Bogotá, Abril de 2017



MALETÍN DE RELATOS PACÍFICOS



Alicia Castillo Lasprilla



Carlos Rodríguez



Carlos Andrés Hurtado



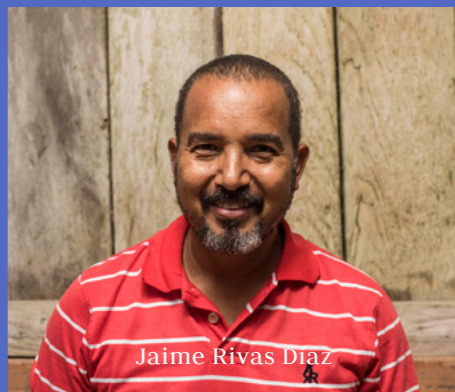
Dayana Zapata Flórez



Giuseppe Ramírez



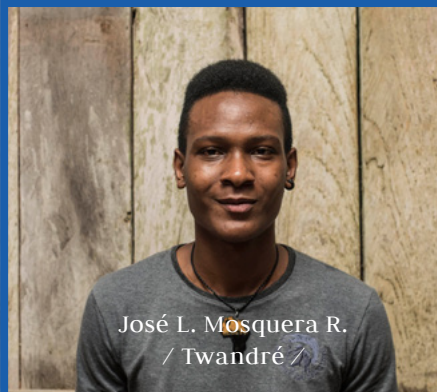
Ivonne M. Rojas



Jaime Rivas Díaz



Jairo Anaxarco
Ortiz Lemos



José L. Mosquera R.
/ Twandré



Juan Sebastián Mina



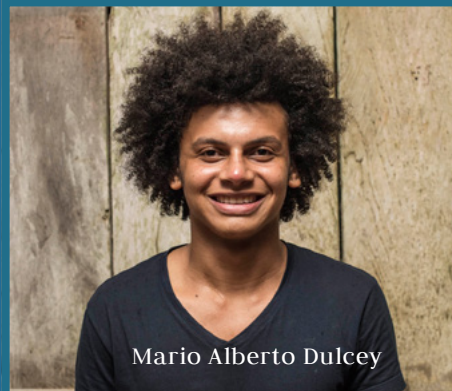
Juana Maldek



Leo Ángel Rodríguez Cortés



Marcela Cuero Rodríguez



Mario Alberto Dulcey



Melkin Palacios



Pilar Madrid



Rakel Rengifo Rengifo



Santiago Cruz Hoyos



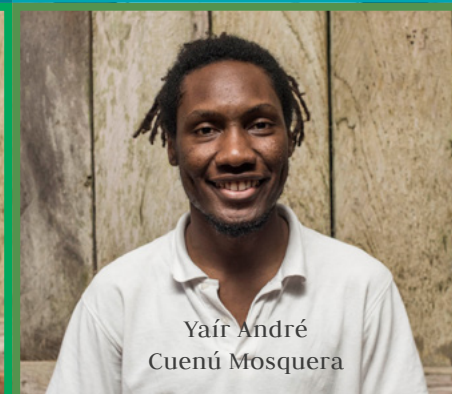
Sintia Angulo



Velia Vidal



Víctor Manuel Rengifo



Yair André
Cuenú Mosquera



Yijhan Rentería Salazar